

CIGARRALES

DE ICHIC

UAN

AD AUTÓNOMA DE NUEVA

CIÓN GENERAL DE BIBLIOTE



HERSO
DE
MOLINA
CIGARRAS
DE
TOLEDO



PQ6434

C5

1621

868.3

T275c



1080029692



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



4
4135



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®

BIBLIOTECA RENACIMIENTO

DIRIGIDA POR

G. MARTINEZ SIERRA

COLECCIÓN DE

OBRAS MAESTRAS
DE LA LITERATURA UNIVERSAL



LA EDICIÓN Y COMENTARIO

DE LOS TEXTOS CLÁSICOS ESPAÑOLES,
LA TRADUCCIÓN DE LOS EXTRANJEROS
Y LOS PRÓLOGOS DE UNOS Y OTROS
ESTÁN A CARGO DE EMINENTES ESCRITORES,
CRÍTICOS Y ERUDITOS, LOS MÁS
COMPETENTES EN LA MATERIA:

GABRIEL ALOMAR, AZORÍN, PÍO BAROJA,
JACINTO BENAVENTE, BERNARDO G.
DE CANDAMO, AMÉRICO CASTRO, JULIO
CEJADOR, ENRIQUE DIEZ-CANEDO, FER-
NANDO FORTÚN, RICARDO FUENTE, VI-
CENTE GARCÍA DE DIEGO, J. GÓMEZ OCE-
RÍN, FRANCISCO A. DE ICAZA, JUAN R.
JIMÉNEZ, RICARDO LEÓN, EDUARDO
MARQUINA, G. MARTÍNEZ SIERRA,
FRANCISCO MEDINA, ENRIQUE DE ME-
SA, ANTONIO PALOMERO, R. PÉREZ DE
AYALA, JACINTO O. PICÓN, CIPRIANO
RIVAS CHERIF, FRANCISCO RODRÍGUEZ
MARÍN, VÍCTOR SAID-ARRESTO, EUGE-
NIO SELLES, RAMÓN M. TENREIRO, MI-
GUEL DE UNAMUÑO, FRANCISCO F. VI-
LLEGAS, ETC., ETC.

LA PARTE ARTÍSTICA

DE ESTAS EDICIONES ESTÁ ENCOMENDADA AL
ILUSTRE DIBUJANTE
FERNANDO MARCO.



Don Gabriel Ferrer

Calderón
Mar. 12 - 1919

868.3
Num. Clas. 7275c
Núm. Autor 33550
Núm. Adg. - 7 -
Procedencia _____
Precio _____
Fecha Mayo 1956
Clasificó _____
Catalogó 69



Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

56286

33550

BIBLIOTECA

RENACIMIENTO

OBRAS

MAESTRAS

DE LA

LITERATURA

UNIVERSAL

CIGARRALES
DE TOLEDO

COMPUESTOS POR EL MAESTRO
TIRSO DE MOLINA
NATURAL DE MADRID

A D. Svero de Quiñones y Acuña
CAVALLERO DEL HÁBITO DE SANTIAGO
REGIDOR PERPETUO
Y ALFEREZ MAYOR DE LA CIUDAD
DE LEÓN
SEÑOR DE LOS CONCEJOS
Y VILLAS DE SENA
Y HILIAS



EDICIÓN
TRANSCRITA Y REVISADA
POR
VICTOR SAID ARMESTO

33550

33550

86.3
F.M.



APROVACION

Por comisión del señor Vicario de Madrid y su tierra, vi un libro intitulado CIGARRALES DE TOLEDO, compuesto por el Maestro don Gabriel Tirso de Molina, en prosa, y diverso género de versos, en el qual no hay cosa contra la Fé y buenas costumbres, sino muchas dignas del delicado ingenio de su autor,—dispuestas con elegante y cortesano estilo y con muestras de erudición que en todas ciencias tiene el que las trata aqui,—y de que se mande salgan á luz para alentar los ingenios á sutiles discursos, y gastar algunos ratos de los que ocupa la ociosidad, enemiga de toda virtud.

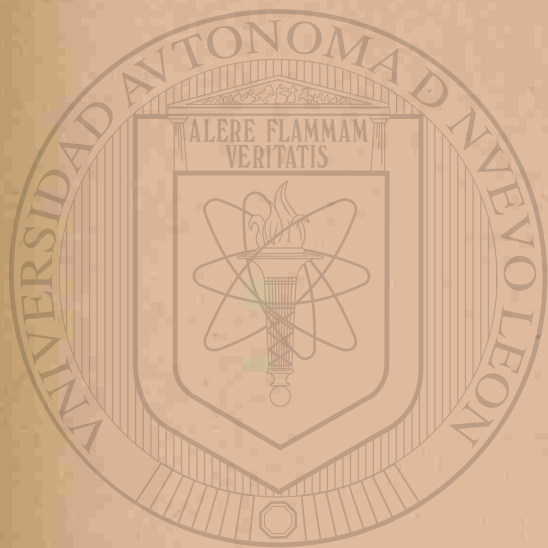
En San Martin de Madrid á 8 de Octubre de 1621.

FR. MIGUEL SANCHEZ.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO SALVADOR TOSCANO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO



APROVACION

Por mandado de V. A. he visto este libro donde no hay cosa contraria á la Fé y buenas costumbres.

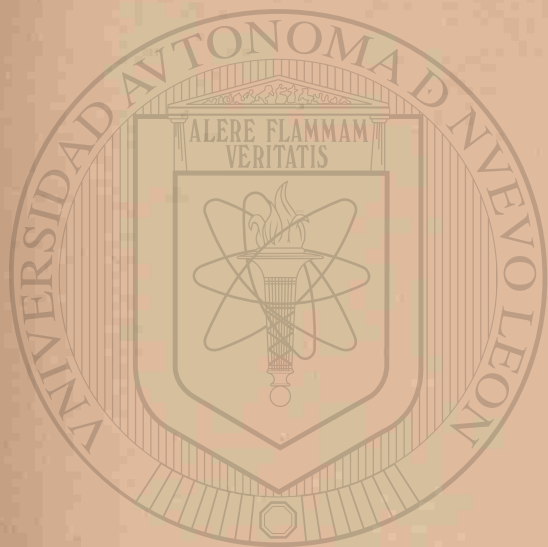
El ingenio y estudio del Autor es grande, como se descubre en la materia entretenida destes discursos, donde hallarán los aficionados aparato notable de invención fabulosa, y artificio muy diestro en las Comedias selectas que entremete. Puede V. A. dar licencia á su impresión.

En Madrid 27 Octubre 1621.

DON IUAN DE IAUREGUI.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



LOPE DE VEGA CARPIO

Con menos difícil paso
y remotos [h]orizontes,
[h]oy tiene el Tajo en sus montes
las deydades del Parnaso.
La lira de Garcilaso
junto á su cristal luziente
halló de un laurel pendiente
Tirso, y esta letra escrita:
“Fenix, en tí resucita,
canta, y corona tu frente. .”

Digno fué de su decoro
el ingenio celestial
que canta con plectro igual
tan grave, dulce y sonoro.

Ya con sus arenas de oro
compiten lirios y flores,
para guirnaldas mayores
á quien, con milagros tales,

los ásperos *Cigarrales*
convierte en selvas de amores.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



DE DON ALONSO DE CASTILLO SOLORÇANO

Si Toledo se hermosea
por tener sus *Cigarrales*,
con los sobrenaturales,
Tirso, Madrid se recrea,
agradece á vuestra idea
que le dexé en sucesión
partos de recreación,
estancias de amenidad,
preceptos de urbanidad
y exemplos de erudición.

DE DOÑA MARIA DE SAN AMBROSIO Y PIÑA
MONJA EN LA MADALENA DE MADRID

La fama, eterna alabanza
ya no espera, no porfia,
si el libro en quien la tenia,
ya es gloria, no es ya esperanza.
Solo vuestro ingenio alcanza
con el arte y la esperiencia,
essencia y sér de la ciencia,
déllico aliento de infusa,
lauro eterno vuestra Musa,
luz, Gabriel, de inteligencia.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



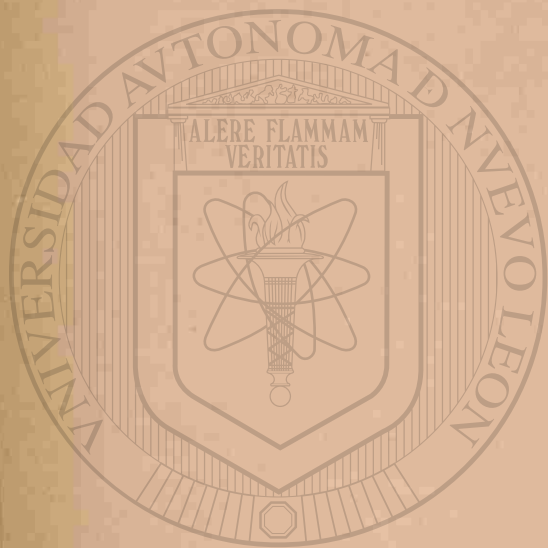
CIGARRALES DE TOLEDO

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 2025 MONTERREY, MEXICO



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

A DON SUERO DE QUIÑONES Y ACUÑA, CAVALLERO DEL HÁBITO DE SANTIAGO, ALFEREZ MAYOR, Y REGIDOR PERPÉTUO DE LEÓN, SEÑOR DE LOS CONCEJOS Y VILLAS DE SENA Y HIBIAS, &c.

Tiene V. m. tanto derecho á todos mis estudios, que si ingrato quisiera negarle el dominio del presente, me pusiera este libro pleyto; y quando yo no se le dedicara, él mismo se acogiera á la sombra de su amparo, tanto por pagar deudas de su padre quanto por el interés que se le sigue de su patrocinio. No sé qué mejoras llevan los hijos prohijados á los legitimos, que en algún modo parece se aventajan á la naturaleza, si es más perfeto lo que elige la libertad que lo que necesita la generación, disculpa antigua y admitida de los poco calificados, quando responden que si pudieran escoger padres nacieran con la generosidad que les falta.

Mis CIGARRALES, á su imitación, enmiendan defectos heredados del natural, con la participación del adoptivo; y tengo por cierto que les ha de caber parte en la buena fama y general aceptación con que V. m. es amado en esta Corte, pues á ninguno he comunicado en ella, de alto ó baxo estado, rico ó pobre, ignorante ó discreto, que no se haga lenguas en la alabança de su apacibilidad, cortesía, nobleza y demás calidades con que adquiere el grado de perfeto Cortesano el que cursa

esta confusa Universidad, sin que en esta parte haya quien fiscalize, — milagro del siglo presente, con ojos para examinar faltas, sin lengua para alabar perfecciones.

Ya este libro está adoptado por U. m. y ya le corre la misma fortuna. Si se quexare de la poca de quien le engendró, agradézcame la mucha que se le sigue del Patrón que le he dado, pues por el respeto de éste no se acordarán de los deméritos del otro. Guarde Nuestro Señor á U. m. con las circunstancias que merece y yo deseo.

EL MAESTRO TIRSO DE MOLINA.

AL BIEN INTENCIONADO

No sé—¡oh, tú, que me estás leyendo!—si tienes derecho al título que te doy en el de este *Prólogo*. Si te cuadra, alábate por dueño de una executoria tanto más calificada en el tiempo presente, cuanto menos puesta en uso. Y si no, en leyendo el sobrescrito, déxame para quien voy, que no es cortesía abrir cartas ajenas y profanar letras aseguradas por el derecho de las gentes en el crédito del nombre á quien se remiten. Pero bueno sería que, por no hablar al bien intencionado para quien voy dirigida en tiempo tan estéril de ellos, me quedasse virgen, y, como carta rezagada, se malograsen los ratos que gasto en mi contextura.

Anda, léeme, no se te dé nada; y haz cuenta que estoy sobrescrita: *Al bien intencionado, y, en su ausencia, al malicioso; en casa de la mormuración; porte, ocho reales...* Ya me has abierto, y yo sé que, en tu opinión, á título de lo segundo. Pues si tú te conocieras por mal intencionado, predestinaras tus acciones, porque ¿quién hay que registrando defectos al espejo del propio conocimiento, no procure enmendarlos? Y si son suplementos en lo físico tanta cabellera, moño, tinte y diente postizo, ¿por qué no lo serán en lo moral virtudes que á tan poca costa se hazen naturales?

No quiso el que me dió el ser disculpar mis faltas con lo acostumbrado de que á persuasión de amigos me encomendó á la imprenta; porque, ¡lleve el diablo al que le habló tal palabra! Ni es discreta satisfacción

sacar á vistas hijos corcobados, por la aprobación de amistades apasionadas, pues si á quien feo ama, hermoso le parece, por tí, que no estás en la lista de mis comprendidos, se podrá dezir al contrario: que á quien murmura de lo perfecto, lo hermoso le parece feo.

Ya juzgarás, por lo dicho, que me vendo, sobervio, por consumadísimo. Pero ni te engañas en todo, ni en todo aciertas. Mira: toda arrogante presunción es locura, y todo abatimiento de sí mismo, que no se exercita por Dios, es pusilanimidad. Ni me tengo por tan monstruo que no salga con esperanças de poder luzir entre mis contemporáneos, ni por tan bien complotado que me prometa entre ellos ser primero en licencias. De uno y otro tendré.

Como salgo á vistas desnudo, haréte alarde de mis faltas y sobras. Pudiera yo como tú (si eres hombre), ponerme de noche vigotera, enrizar guedexas, traer peto, bruñir balonas, prohibir pantorrillas; y si eres muger, arrastrar telas, enmelar manos, embadurnar mexillas, adulterar cabellos, sostituir corchos; y viérasme corneja, si me ves gozque de la China. Desta suerte salí del vientre de mi madre—si puedo dar este nombre á la imaginativa que me concibió y á la pluma que me sacó á luz. De los defectos que en mí hallares, parte tiene la culpa mi progenitor, y parte el ama que me enseñó á hazer pinitos. ¡Duelos me hizieron negra, que yo blanca me era! ¡Ocho meses ha que estoy en las mantillas de una emprenta, donde, como niño dado á criar en el aldea, me enseñaron los malos resabios que en mí descubrieres: mentiras de un ignorante compositor que tal vez añadía palabras, tal sisaba letras! Y ¡oxalá para [ra] en esto, y no se me acogiera llevándosele á mi padre el dinero adelantado de mi criança—medio precio de mi impresión,—y me dexara jubón á la malicia, la mitad de seda y la otra de fustán, obligándole á buscarme nuevo pupilage, mohatrar papel y trampear la costa! Un padre tengo y dos ayos. ¿Qué mucho que haviendo andado

tantos días por casas ajenas, salga con lo que se les pega á los niños de la Dotrina?

Tampoco te doy esto por disculpa; que no se me da de tí un caracol. ¡Mira qué sacudido salgo! Pero siendo vagamundo, ¿qué mucho? Porque ó me lees haviéndome comprado,—y si diste por mí tu dinero, ¿qué menos precios equivaldrán al provecho que á tu costa tiene mi padre?—ó me pediste prestado á mi dueño; y si lo hiziste por hablar mal de mí, eres poco agradecido, pues te aprovechas de la hazienda agena para desluzírsela á tu amigo.

El día que salí de la tienda entré á servir á quien me compró; y desde entonces ya no corre por cuenta de quien me dió el ser mi defensa, sino del señor á quien reconozco. Dí mal de mí, que de camino dizes mal dél, y le pagas el empréstito en injurias de su doméstico; que yo te prometo, por más que fulmines, no se acobarde mi Autor, tanto, que no prometa mi *Segunda parte*, pues con ella crecerá el gusto al amigo y la embidia al que no lo fuere. Puédote afirmar que está ya començada; y en tanto que se perficiona, dadas á la emprenta *Doze Comedias*, primera parte de muchas que quieren ver mundo entre trezientas que en catorze años han divertido melancolías y honestado ociosidades. También han de seguir mis buenas ó malas fortunas, *Doze Nobelas*, ni hurtadas á las toscanas, ni ensartadas unas tras otras como processión de diciplinantes, sino con su argumento que lo comprehenda todo. Muchos hermanos me promete señor padre; pero respóndole yo que “como comiéremos,,.”

La vanguardia llevo. Haz presa en mí; que como te ocupes tanto en mi censura que des lugar á los demás, daré por bien empleados mis naufragios, á trueco de la prosperidad de mis sucesores.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES

CIGARRALES DE TOLEDO

POR EL MAESTRO TIRSO DE MOLINA

NATURAL DE MADRID



EGOCIJADA estava la Emperatriz de Europa,—Roma segunda y corazón de España,—de que en competencia del cielo cuyas benévolas influencias goza, una noche serena y apazible, guardajoyas de sus diez recámaras, hubiesse sacado á vistas más ostentativa que otras el luzido aparador de sus estrellas cuya claridad participada hazia las veces del sol, pues como virreynas suyas sustituyen en su ausencia. No las echara menos Toledo, aunque como otras veces se atreviera la obscuridad (sumiller de sus cortinas) á echar las ordinarias de sus nubes, pues en su emulación esta noche havia coronado sus altas torres, elevados chapiteles, antiguos muros, ventanas y claravoyas, con lo más luzido del cuarto elemento que cevado en el blanco artificio de las avejas, por verse tan alto señorear de la sagrada Vega, creyó estar en su natural centro. Y los esmaltados valles y enriscados montes que la miravan ufanos por verse vezinos suyos (en fee de ser agora cabeça de Castilla, si primero del mundo) juzgavan sus inquietas luzes por apretadores, plumas y medallas de diamantes con que adornando su cabeça á imitación de sus hermosas damas, mostrava en su tocado que hasta las cosas inanimadas hermosea el adornarse al uso. El nunca suficientemente alabado Tajo, incansable rondador de su belleza, retratando en el oro potable de su cristal las luminarias, dava más quilates dél á sus arenas y materia más co-

piosa á los versos de Marcial, Ovidio y Juvenal, para celebrarlas. Hasta el mismo Tiempo, — que al casi eterno círculo de Apolo obligava, á los principios del estío, á coronar de açuzenas y claveles la celeste cerviz del León hercúleo, como Julio de espigas á Ceres, — parece que con más sutileza desvelava sus pinceles en el natural esmalte de los árboles.

En fin, el celestial adorno de las esferas, las regozijadas luminarias de Toledo, la deleytosa compostura de los jardines, y la canora música, que desde los miradores que salen á la Vega celebravan y entretenían ya las unas, ya las otras, hazían aquella noche la más alegre y festiva de cuantas sus nobles habitadores se acordavan haver tenido; cuando en el camino que viene de Madrid, al emparejar con sus conocidas ventas y descubrir la dorada piña de sus casas; un cavallero, hijo suyo, en quien igualmente competían la nobleza y la virtud, y entrambas en supremo grado le hazian amado y respetable, con los desseos que en cerca de tres años de ausencia podia causar la amada patria (¡y tal patria!) se acercava apresurando un macho vayo que con adereços de monte, verdes, caminando de portante por lisongear á su dueño, hazia que las espuelas sirviessen más de adorno que de necesidad, poniendo en no pequeña á un criado de á pié y á otro de á cavallo: á aquel, de que caminando al trote, y á este de que trotando en el camino, maldixessen tanta lixereça.

Suspendióse don Juan de Salzedo — que así se llamaba el cavallero — con el repentino objeto de su resplandeciente habitación; y deslumbrado con tanta luminaria, creyó al principio que resucitando en Castilla el músico incendiario de Roma, sustituyendo por Tarpeya el antiguo Castillo de San Cervantes, cantava desde él, alegre, la triste representación de Troya.

Pero reparando después en la correspondiente orden de sus luces, conoció su engaño, pues nunca la confusión dió lugar á la curiosidad de tan vistoso ornato. Y juz-

gando por feliz pronóstico de su venida tan alegre recibimiento, no pudo reprimir la lengua á que, interpretando al alma, no dixesse:

— “Medio lustro há, ipatria ilustre!, que por esse mismo tiempo salí de tí tan acompañado de desdichas como de consuelos; y tú, más cruel que madrastra conmigo — si con los estrangeros más que madre piadosa, — no permitiste una luz siquiera en una de tus torres, que haziéndome escolta facilitasse á los ojos la ocasión de verte y al alma obligasse á despedirse de tus muros, ya que fué imposible hazerlo de la causa de mi destierro. Negóme el cielo las tuyas conformado con tu riguridad. Y la imaginación ofuscada con las nubes de tantas sospechas, oprimiendo la luz de mi amor (que aunque es todo fuego, cuando se alimenta entre cenizas de zelos es de la suerte que el del infierno, que si abrasa, no alumbra), tropezava á cada passo en mis agravios poniendo á riesgo de despeñarse la esperanza. A oscuras salí, habiendo durado esta larga noche medio lustro; y agora, que ignorante de tu alegría creí hallarte en el mismo estado, conozco en la mudança de tus fiestas lo que pueden las del tiempo, pues en la piedras la causa. Y ¡cuán verdadero sale el proverbio que aconseja el ver á desseo á quien no se pretende dar fastidio, pues quiero prometerme (aunque tan desdichado) que las luzes que enciendes son en gratulación de mi venida! Si ya no fuesse que sirviendo tú misma de túmulo hiziesse el aniversario á mi ausencia... A lo menos, si esto fuesse así, no juntarías al nombre de rigurosa el de olvidadiza. ¡Ay, tirana ocupación de mis pensamientos, Lisida hermosa! ¡Si del modo que la variedad de los años ha sido bastante á enseñarme los edificios de tu patria aplaudiendo mi venida (que con tanto despego me negó la deuda natural de madre desterrándome de su cara habitación) hiziesen en tí otro tanto, y ya que imitas en la aspereza á sus piedras, las imitasses en recibirme con la agradecida demostración de su presencial... Mas puesto que el ser tú

tan parcial de la mudança me promete hallarla en tu rigor, será más poderosa mi desdicha para conservarte firme en mi aborrecimiento....,

En estos discursos ocupava sus imaginaciones, entretanto que la vista se regalava con la ostentativa apariencia de la Imperial Toledo; cuando á la mano izquierda, á pequeña distancia, entre unos almendros—que perdido el temor al riguroso verdugo de sus flores, los más años por madrugadoras castigadas, mecía en cunas verdes con los braços de sus ramas, ayudada[s] del viento, las tiernas crías de sus partos, ya amargas y ya dulces, que por lo que se parecen al amor no quisieron dar lo uno sin lo otro,—oyó á dos personas, que, aunque el recato con que hablaban no dió lugar para percibir distintamente sus razones, bastó para distinguir las y conocer que la una era de hombre y la otra de muger. Y pareciéndole que las conocía, le obligaron á suspender el passo y escucharlos, cuando la muger proseguía desta suerte:

—“Ya dexo, don García, el principal tema de mis quejas. Y olvidada de la sustancia dellas, echo mano de lo que pudiera ser me estuviera más bien si el amor que te tengo permitiera que partiéndote de Toledo le pusiera en cura y manos de la ausencia, médico tan diferente de los que se usan, que pocas vezes, ó ninguna, ha tomado el pulso á apasionadas almas que, mediando recetas del olvido, no haya restituído en breve tiempo á su antigua y mal guardada salud el más desahuziado enfermo. No te pido ya que me quieras, que bien sé que no puedes, porque si el amar es hazer entrega del alma á la cosa amada donde assiste más que donde anima, y tú estás sin ella, necesidad fuera pedirte un imposible. Conozco, por mi mal, que no tienes alma que entregarme, pues la tuya, que á Irene ofreciste echándola de su natural habitación y no admitiéndola ella, anda como criado despedido, desacomodado. Tu dama no quiere ó no puede darte la suya, por hallarse bien con su aman-

te, ya seguro esposo. Cierras la puerta á la mía, cuando siquiera por la falta que te haze (parte tan principal) pudieras recibilla de prestado. Si estás sin alma, siendo esta el sugeto del amor ¿cómo pretenderé yo que me quieras? No te pido tanto. Menos es lo que te suplico. A que no te ausentes te persuado, que no es razón pague mi amor, no viéndote, la ingratitud con que Irene me da vengança de la tuya. Pues aunque es verdad que saliendo tú de Toledo pudiera prometerme el remedio ordinario que la ausencia causa, y más en mugeres,— como vosotros dezís,—sugetos suyos, ya yo estoy de suerte que tendré por más tormento olvidarte que quererte aborrecida. A un hidrópico aconsejavan, si quería alcançar salud, que no bebiesse; y respondía que por mayor enfermedad juzgava la sed que padecía que el peligro con que la enfermedad le amenaçava. Peor me hallaré, don García, no amándote, que me hallo aborreciéndome tú. Y no será justo que siendo yo muger tenga más valor mi voluntad, (permaneciendo en adorarte despreciada) que la tuya por huir cobarde los méritos que puede ganar con el Amor siendo martir de sus impossibles; pues el servir sin interés es efeto de un alma noble más que de la del que ama por la paga, como el jornalero. Ya que no puedo obligarte á ser agradecido, oblíguete, á lo menos, á ser cortesano; y si esto no basta, basten las canas ilustres de tus padres que sustentando el pelo de sus años en tu vista, será fuerça que des con su vegez en tierra si les quitas el báculo de tu presencia, arrimo de su vida.,,

—“Pluguiera á Dios (respondió el referido don García) que tuviera yo tan libre, hermosa Serafina, la voluntad, como tengo el entendimiento para que al passo que conozco lo que te devo pudiera pagártelo. Confiéssome deudor tuyo. Y cuando no huviera otra ocasión para ausentarme que la impossibilidad de satisfazerme, era bastante á apresurar mi partida, pues uno de los mayores sentimientos del deudor noble es tener presente al acreedor á quien pagar no puede, Liberal, me sueltas

esta deuda, pero con obligación terrible, pues es con cargo de quedarme á la vista de mis ofensores, cosa que será imposible si consideras la condicion de los zelos. A todos no[s] está bien mi ausencia. A tí, para olvidarme; á Irene, para que goze sin el contrapeso de mi vista el fruto de su ingrata eleccion; á su consorte venturoso, para asegurarle de los zelos, que, si siendo pretendiente le tocavan en el alma, agora, que es dueño legítimo, le tocarán en la honra; á mis padres, para que no viéndome morir viviendo delante de sus ojos fien de la mudança de los ayres la de mi desassosiego; y ultimamente, á mí, para ahorrar de enemigos, pues si me llevo conmigo la privacion del objeto de mi amor, bastante á quitarme la vida, escuso con ella los agravios, que teniéndolos presentes tal vez á pesar de la cordura ocasionaran á la desesperación para tomar vengança de quien está menos culpado en mis desdichas. Fuera de la falta que en este aprieto me haze, don Juan de Salcedo, con cuyos sabios consejos y entretenida conversacion pudiera contrapesar mis sentimientos, me necessita á que le siga, pues hasta en salir los dos desterrados y no favorecidos de nuestros empleos somos parecidos; aunque don Juan ya se diferencia de mí, pues es amado en ausencia y espera cuando vuelva dar más dichoso término á sus pesares que el que yo desconfío, pues desposándose esta noche mi adorada ingrata, imposibilita mi esperança.,,

Apenas con estas últimas palabras certifié don Juan los indicios de quien era el que las dezia, cuando fué todo uno el arrojarse de la cavalgadura y el correr á ellos, braços abiertos, diziendo:

—“A lo menos, amigo verdadero, la última razón con que honestays vuestra jornada, no os ocasionará á ella, pues me truxo el cielo á punto que siendo testigo de lo que mi amistad os deve, lo será también de la nueva obligación en que le haveis de poner no ausentándoos.,,

Havíanse levantado los desconformes amantes; él, aperciéndose rezeloso de quien desseava, con su muerte, asegurar el estado que gozava; y ella, temerosa de que interesados en las prendas de su honor y sangre, intentavan defendellas, sospechando que sabian la resolución con que havia salido de Toledo para restituírle su apasionado amante. Pero seguros y alegres con la conocida voz del caro amigo, dieron lugar con los braços á que el repentino contento licenciase la lengua para que, adelantando palabras en don García, le dixesse:

—“Solo vos, desseado don Juan, podíades ser bastante á sazonar disgustos al parecer imposibilitados de consuelo. Mi Santelmo haveis sido, tanto más socorrido, cuanto más diligente en mi remedio, pues el otro se aparece passada la tormenta, pero vos me socorreis en la mitad della.,,

—“Y á lo menos, dixo Serafina, desta dicha quedo con mayor obligación. Y assi quiero assegurar abraços que salgan fiadores deste empeño, aunque nuevas tengo yo que daros, con que desadeudarme, que dilato para cuando den lugar amigables recibimientos.,,

—“Bueno es, Serafina hermosa (respondió don Juan) que pagueis deudas con prisiones y que las que por cortés confessais hipotequeis en tan seguros abonos como vuestros braços. Recíbolos como por precussores de las dichas que me teneis guardadas; porque de tal depósito me prometo mejor sucesso que el que conjeturavan mis desconfianças. Y para que agradezcamos á este apazible sitio el hallazgo que cada uno en él hemos hecho, lleyen á essa primera venta las cavalgaduras mis criados; y assentándonos los tres donde los dos estávades, celebremos nosotros, á imitación de nuestra Patria, esta alegre noche, pues aunque ignoro la causa de tanta luminaria y alegría, seguro estoy, por grande que sea, que no iguala á la que con veros he tenido.,,

Sentáronse los señores, y apeáronse los criados en

la referida venta, conocida en esta comarca por el nombre de *las Pavas*, donde, hallando un coche á la puerta, en que Serafina havia venido, adelantándose á atajar los passos y determinaciones de don García cuyo cavallo y moço en la misma parte esperavan la de su señor, con pocas señas se dieron por conocidos, y professaron las ordinarias amistades que en semejantes puestos establece el traginado licor, que, como si fuera imagen de milagros, tiene tantos devotos de sus medidas; puesto que aunque se aprietan las cabeças con ellas, aumentan más que disminuyen sus dolores. Entretanto, pues, que estos desembolsavan cuartos por embolsar cuartillos, y entre un brindis y otro governavan el Reyno (que el vino, como tan gran señor, no se contenta con la autoridad que tiene en el mundo mayor, sino que quiere ser Monarca del menor, que es el hombre, poniendo la silla de su jurisdicción ordinariamente en la torre de su [h]omenage, que es el celebros; y así, nunca trata menos que en materias de Estado, y en fee de su monarquía gradua con la mitad deste blasón á sus vassallos), havian sus señores cumplido con las acostumbradas gratulaciones y dándose parabienes mezclados con pésames, sentándose al pié del más copado almendro de los muchos de que aquel sitio abunda, y dado ocasión á que don Juan dixesse:

—“Entre muchos enfermos, el médico (que merece este título) á aquel primero visita que, más peligroso, necessita de más breve remedio. Y así, supuesto que los tres estamos en el Hospital del Amor—pues no me parece le esté este nombre impropio á quien tanta diversidad de enfermedades comprehende—y vos, don García, á peligro, según la malicia de la vuestra, de que os trasladen al de los incurables, licencia me dareis,—ya que las últimas palabras por donde os conocí se prometían mejoría y alivio con mis consejos y amistad,—á que primero me informe del principio de vuestra pasión y progresso della, que os cuente la mía. Pues yo habituado á padecer tantos años ha y con la esperanza de sanar

que me dió lo que os oí (aunque en confuso), podré entretenerme, como Serafina prometerse buen successo, si el amar sin competencia y el ver á su prenda en las manos del desengaño son indicios de mejoría. Sacadme, si es que estimais nuestra amistad, de la admiración en que me pone el estado en que os hallo, que como os dexé tan libre del de amante y os veo tan professor de su facultad, os prometo que me la causa no pequeña esta novedad...

—“Por muchas razones, respondió don García, devo hazer lo que me mandais. Y entre otras, por el desahogo que trae consigo el referir un apasionado sus desdichas; que aunque dizen que el refrescar la memoria suele aumentar tormentos, yo soy de opinión contraria: pues es alivio del enfermo el quejarse, y mal que tiene desaguadero en la lengua no aprieta tanto el corazón, fuera de que la lástima con que ve celebrar á los oyentes, el desdichado, sus infortunios, se los disminuye, pues él pesar repartido es menor; y como el contento se aumenta comunicado, así tambien el disgusto se aligera. Esto, pues, y el mandármelo vos, me obliga á que dándoos de los míos verdadera noticia, empiece así: Sentimientos de vuestra no comunicada ausencia—que pararan en agravios, á no disculparlos el poco lugar que dan á obligaciones y amistades, desesperaciones de un amor mal pagado,—me truxeron, los primeros días que nos dexastes, tan ociosa la voluntad y dessazonado el gusto, que le fué necessario mendigar entretenimientos con que engañar la soledad de un alma tan desocupada como vos sabeis que estava la mía; pues por no admitir huéspedes que se alçassen con ella, si no es por vos (que por correspondencia de estrellas y simpatía de inclinaciones recíprocas las nuestras) para todos los demás estuvo á puerta cerrada. Entre otros muchos, pues, de quien fié el divertirme, fueron las fiestas que todas las octavas del *Corpus Christi* celebra la famosa villa de Yepes, tan nombrada por el culto con que sirve á este misterio cada año,

como por el generoso licor que produze. Eran las de entonces nombradísimas, por serlo sus mayordomos; y las prevenciones de gastos y curiosidades que publicavan el abono de sus haciendas y la liberalidad de sus dueños, havian sacado de todos sus comarcanos infinitos desseos de vellas, caviéndole no pequeña parte á nuestra ciudad, y á mí el acompañar, entre los muchos que salieron, á dos herederos, cuyas haciendas en Polan y cortesano trato en Toledo, tenían acreditados de modo que les davan sus lados los más calificados cavalleros suyos.

“Llegamos, en fin, un día antes de la víspera desseada, y aposentámonos en la casa de un vezino rico de aquella villa, — que en tales ocasiones todos tienen huéspedes, unos de obligación y otros de interés. — Y después de haver registrado damas naturales y forasteras, como en lugares cortos hallan tantas horas de sobra los ociosos cada día, por entretener aquél tres ó cuatro que le faltavan para la cena, de palabra en palabra paró la conversación en jugar al *hombre* uno de mis compañeros y yo á otros dos cortesanos, huéspedes también de nuestra possada; el uno de los cuales, picado con dos chachos que le dimos y veynte escudos que le costaron, á puras persuasiones suyas y disgusto nuestro mudó en el *parar* el *hombre* (tabardillo de las haciendas, pues uno y otro, con sus pintas, acaban casi de repente, éste las vidas, y aquél, el apoyo dellas, que es el dinero). Empeoró de suerte el perdidoso con la mudança, siéndole el otro hasta en esto compañero, que á pocas suertes se hallaron sin mil escudos y con millares de arrepentimientos por haver comenzado el juego y venido á las ya no alegres fiestas para ellos. Quise dalle fin, porque nos llamaban á cenar, y ellos le havían puesto á su dinero. Pero sacando el uno una imagen de Nuestra Señora de la Concepción, de diamantes, y el otro una cifra de letras de oro sembradas de los mismos, dixerón:

—“Estas piezas valen, sin las [h]echuras, cuatrocientos doblones entre las dos: dozientos y cincuenta la una, y lo

demás la otra. Jueguen vuessas mercedes sobre ellas, que si las ganaren, en Yepes hay quien abone su valor y la fineza de las piedras; y cuando falten, deudos tenemos aquí que asegurarán su precio.,,

“Parecióronme tales como afirmavan y la presencia de sus dueños, indigna de toda sospecha, prometía. Y assi, bolviendo á tomar el naype, bolvió la fortuna á favorecernos, y á mí principalmente; que, por cumplir el proverbio, me pronosticó en esta ganancia la poca que podía esperar en amores. En fin, ellos quedaron sin joyas y escudos, y yo con las dos piezas y seys mil reales de aumento, de que se sintieron tanto los dos picados, que el uno dellos, baraxando en seco, dixo:

—“Si los que nos han ganado (no sé yo cómo) fueran tan diestros en las espadas vivas como en las pintadas, desquitara yo, á buen seguro, en las unas lo que he perdido en las otras. Pero pocas vezes valiente[s] por papeles lo son por el azero.,,

—“A lo menos (dixo el otro) más exercitados estarán los que siguen — como cuervos el ejército — las ferias y concurso de gente en las tretas que pintó Juan Bolay, que en las que escribió Carrança.,,

“Sintióse mi compañero, como más colérico y menos advertido en la licencia que da á la lengua una pérdida cuantiosa, y respondió:

—“Andan tan juntos el juego y las armas, que no sé yo que haya capitán célebre en lo uno que no lo sea en lo otro. Y de mí podré afirmarles, señores hidalgos, que de mejor gana echo dos traviessas en el campo, que una en el tablero.,,

—“Poco se echa de ver á vuessa merced (replicó el primero de los dos) si hemos de dar crédito á la curiosidad de la que ciñe, pues si no truxeran más hechos los naypes que ellas, pudiera ser que sacaran tan poca sustancia los unos, como las otras havrán sacado sangre.,,

—“Esso yo os lo prometo (acudió el otro); que en lo poco manosseado de las guarniciones y empuñaduras,

nos aseguran que pueden pretender por su limpieza cualquiera beca en los Colegios mayores de Salamanca y Alcalá.,,

“Había yo callado hasta entonces; pero, obligado de su descompostura, les respondí:

—“En la Corte, y en cualquiera parte donde hay bien nacidos, sé yo que los que se precian de sello, y juegan, pierden callando, por ganar crédito perdiendo. Si vuessas mercedes lo son, como creo, no es justo pierdan la reputacion juntamente con el dinero, tan malo de desquitar después.

—“El *creo*, lo agradezco (dixo el mismo) que, aunque con sonsonete, si fuera nuestra calidad misterio de fee, yo estoy cierto tardara más en pronuncialle.,,

—“No lo haré yo, le respondí, en castigar vuestro descomedimiento.,,

“Y trasladánd[ol]e la mano á la cara, y la daga á un brazo, que le *passé*, saqué la espada, á tiempo que mi compañero havia hecho otro tanto y herido á su opuesto en la cabeça.,,

“Salimos desta suerte á la plaza, donde nuestra posada tenia la puerta principal. Y alborotándose toda la villa, cargó tanta gente y armas sobre nosotros, sin saber quienes eran los alborotadores, que con su confusión y la de la noche que ya venia, tuvimos tiempo para retirarnos y un criado para dezirnos:

“Vénganse vuessas mercedes tras mí, que á la puerta del lugar les aguarda mi camarada con las calgaduras.,,

“Seguímosle; y subiendo en ellas, dimos la buelta á Toledo, bien que por otro camino, por desmentir los que sospechamos havian de seguirnos. Y tomando á las ancas los moços, dimos tanta priessa á las siete leguas que dista Yepes desta ciudad, que, habiendo salido á las ocho, nos hallamos á la una llamando á las puertas de la casa del heredero, cómplice en el juego y desgracia que haveis oido. Abrióronle, y combidóme á que-

dar con él aquella noche; pero yo, dándole las gracias, le dixé que la cuestión y calidad que los heridos mostravan pedian más diligencia y cuydado con nuestras personas; y assi, que se quedasse mi moço con mi cavalgadura en su casa por no inquietar la de mis padres, entre tanto que yo iba á ella y sacava los dineros y joyas que pudiesse, previniendo en ellas y en el que conmigo tenía, cualquiera successo que nos resultasse, y que le aguardaria la mañana siguiente en el Hospital de Afuera, cuyo Administrador era deudo mio y nos aseguraria de cualquier extorsion de la justicia, disponiendo de nosotros según la neccesidad y nueva deste caso nos avisassen.

“Cuadróle mi resolucion. Y apeándome, guié á mi casa con una linterna flamenca que le pedí, destas que no dan luz sino cuando su dueño quiere y la abre una puertecilla de bronce que encúbrela de vidrio. Y como tenía llave maestra, fuéme fácil, sin inquietar la gente, entrar hasta mi cuarto que estava en baxo, en una sala que aquí llaman palacio, en el patio della. Abrí, en fin, lo más passo que pude porque no me sintiessen y con mi venida no esperada se alterassen mis padres, ocasionándome á contalles el suceso de que tanta pena havian de recibir. Y aplicando la linterna á un escritorio para sacar dél cantidad de joyas y dineros, me pareció que sentía, sobre mi cama, el ruido sordo que suele hazer el sueño en quien duerme con algún desasossiego. Causóme novedad, porque si bien mi madre tenia otra llave de la misma cuadra, y ella correspondía á otras que estavan alrededor del mismo patio, nunca en mis ausencias havia consentido que nadie se aposentasse en ella. Assi, por ser capaz la casa para cualquiera huésped que viniesse, como por saber lo que yo disgustava desto quando llegava á mi noticia, ni tampoco por maravilla, la puerta, que por de dentro se mandava, se abría, si no era para hazerme la cama y adereçarme el aposento quando yo assistia en la ciudad. Curioso, pues, de saber lo que

podía ser ello, me llegué con la linterna á medio abrir, pisando como si tuviera gota, y hallé acostada en mi misma cama (si bien mejorada de sábanas, almohadas y colcha) una dama, que, aunque vezina nuestra y celebrada por hermosa y discreta, el poco cuydado que hasta entonces habia tenido en tomar de memoria hermosuras me pusieron en duda de quien fuese, aunque no de que otras veces la huviesse visto. Mostrava en los azeros con que dormía, que era aquel primer tercio de su sueño, cuyo poco rezelo, ayudado de la seguridad del hospedage, clausura de la puerta, obscuridad de la noche y calor del Estío, — que en el principio de Junio aligerava ropas, — desenfadava bellezas ocultas, hazia alarde de pedaços de cristal competidores de la [h]olanda de la misma cama, y si en ella pudiera caber embidia, la mostrara tener de haver para más afrenta suya dado lugar á que juzgassen mis ojos la ventaja que la hazía.

“Yo os doy mi palabra, don Juan amigo, que sin reparar en la descortesía en que habia de incurrir si despertava, los agravios que habia de formar su honestidad de verse vista, y el sentimiento de mis padres si lo sabían, estuve tan fuera de mí, y tan dentro de las niñas de mis ojos (tiranas ya del alma á quien combidaron para ver por ellas aquel milagro) que imité por un largo espacio, en lo insensible, — si ella en lo cándido, — á una estatua de mármol. No sé si me enamoré entonces; que si el amor es hábito, y éste se adquiere poco á poco por muchos actos, juzgareis á impropiedad de amantes de comedia el tener la voluntad tan dispuesta que á la primera vista se rindiesse, aunque fuera de que hay quien afirme poderse engendrar, de un acto solo, una costumbre. La excelencia del objeto suele tener tanta eficacia, que haze más en un instante que otros en muchos días.

“A lo menos, si yo entonces no me enamoré, sé que me admiré copiando en el alma aquella belleza; pues si el Filósofo llamó al entendimiento de los niños *tabla rasa y limpia en la cual se imprime con facilidad*

cualquiera imagen ó especie por hallarla desembarazada de otras, siendo tan niño mi amor, y tan desacostumbrada mi voluntad á semejantes peregrinas impresiones, facilmente pudo recibir ésta que, como primera, conservó, y conservará hasta la muerte.

“Y porque disculpeis cualquiera repentina sujecion de mi libertad, diré lo que entonces ví y agora adoro:

“Tenía los cabellos de resplandeciente açavache (si el açavache se peyna) recogidos, parte, en una redezilla de nácár — y si pressos me prendieron ¿qué hizieran sueltos? —; y parte, licenciosos, quebrantando la cárcel, se desenfadavan por el espacioso campo de cristal de la frente y [h]ombros, tan atrevidos, que algunos dellos osavan besar ya las rosadas mexillas y ya las puertas de coral, depósito de tantas perlas. Los ojos, guarda-damas de sus niñas, havian hecho portero al sueño, que, con la defensa de sus negras pestañas, sino alabardas, sutiles flechas, defendían la entrada á importunos desseos, puesto que como pobres mendigos donde quieren se entran. ¡Inaudita vitoria de Amor que venciesse una voluntad tan rebelde como la mía, embainadas sus principales armas y la cautivasse á cierra ojos! Las cejas que los coronavan, pudieran — siendo iris de sus dos cielos — asegurarme la clemencia que hipotecó en el de las nubes el Soberano Autor de la universal inundación, si, por ser tan negras como los cabellos, no pronosticaran con su luto el trágico fin de mis amores. Buscando estoy comparaciones para las mexillas, de quien ellas son el hipóbole, y no las hallo, porque si alego la leche mezclada con claveles, los jazmines entretexidos de rosas, ni las igualan, ni es justo traer exemplos tan comunes; pues no hay pluma que pinte hermosuras que no las manossee. Solo digo que eran mexillas de dama de Toledo; donde pudieran castigar á los afeytes por vagamundos, pues gozando de los naturales del Tajo, cuantos inventó el engaño son aquí impertinentes, y si no es que el amor desproporcione mis encarecimientos, os asseguro, que sacó las

deste milagro de belleza en limpio, siendo las demás sus borradores. La nariz proporcionada se havia puesto por juez árbitro en medio, señalando los límites de su jurisdicción, y obligando los labios á conjeturar cual devia de ser el tesoro que guardavan, siendo sus puertas de rubíes. De buena gana trocara el rapaz de Chipre los braços de su diosa madre por las cunas de los dos [h]oyuelos, uno debaxo de la hermosa nariz y otro debaxo de la boca, puesto que sossegara poco en ellos, pues fuera grossería y no descanso dexar por el sueño la contemplación de tales [h]oyos. A lo menos, si él no fué admitido, tropecó mi libertad en ellos, de suerte que nose levantara tan presto de la caída; y á no asirse mi esperança al apazible cuello — en lo blanco leche, si en lo riguroso alabastro, — fuera maravilla no despenarse. No sé si fueron crueles ó piadosos los pechos de la sutil camisa en permitirme viesse los de aquel dormido hechizo, pues si les deven agradecimiento los ojos, puede con razón formar quejas la libertad. Llamáralos yo pellas de nieve, si no abrassaran; cerros del Potosí de la hermosura, si no los hallara tan avarientos della; globos de cristal, vía láctea de su cielo, y, en fin, pechos de Irene que es más que todo. Tenía sobre ellos la diestra mano apuntando en el relox del corazón — que pulsava mis pesares, — las horas de mis penas, si no era que con aquella acción jurasse no quererme; la otra, apoyando la cabeça, mostrava ser digno de tal fábrica solamente tan hermoso pedestal; y entrambas, tan bien hechas, tan blancas y tan largas, como cortas con mi dicha. No os refiero pedaços de cielo, que, intercediendo el calor, me permitió ver la colcha, nube de aquella Luna que me enseñó en fragmentos sus reliquias, por guardar el debido respeto á su honestidad y el justo decoro á nuestra conversación.

“Si tan repentinos assaltos os parecen suficientes para derrivar una alma no prevenida, juzgad qué tal quedaría quien halló en su casa tan apercebido de armas al enemigo; que yo solo os sabré afirmar, que en la contem-

plación de tan milagroso objeto, de buena gana me quedara en aquella postura filosofando discursos toda la noche. Pero obligóme á suspendellos el dar la dormida vencedora un buelco al otro lado, y infinitos á mi corazón creyendo despertava. Pero havíase apoderado el sueño, de tal suerte, della, que aunque cerré la linterna y encomendé al silencio no permitiese se dessazonasse aquel amoroso hurto, reparé brevemente que proseguía en su natural descanso. Y assi, bolviendo á hazer la favorable luz mi tercera, por no malograrsele á quien sin saberlo me havia hecho tantos favores, determiné desocupar la cuadra; y dando licencia al atrevimiento á que animasse á los labios para imprimirse en la cándida cera de la bella mano que tenía sobre los pechos, por entre sus torneados dedos, como por entre celosías, pienso que alcanzaron á tocar la nieve de uno dellos.

“Tenía debaxo de la cabecera, pendiente de una trença de plata y azul, una cruz de diamantes y esmeraldas, que me persuadió, le tomasse, el alma codiciosa de prendas suyas, en contracambio de la libertad que me usurpava y de la joya de la Concepcion que gané y atándola con un listón cabellado á seys bueltas de una cadenilla de oro tirado me havia echado al cuello. Dexésela en el mismo lugar donde hallé la otra. Y despejando, bien que de mala gana, el aposento, bolvi lo más passo que pude á cerrar la puerta, haziendo fuerça á los pies para que, desobedeciendo á la voluntad, no tornassen á lisongear los ojos con la peregrina gloria de mi nuevo empleo.

“Salí, en fin, á la calle volviendo á echar la llave á su postigo. Y determinado de passar lo poco que quedava de la noche en casa del referido heredero, passé por la de mi dama (que estava dos más abaxo de la mia) cuyas puertas hallé abiertas y su familia ocupada en trasladar muebles de una casa á otra, casi frontera de la suya. Sospeché no fuessen ladrones, porque á tal hora, y con ropa á cuestras, no pude persuadirme se mu-

dasse su dueño. Y deteniendo al primero que encontré, le pregunté donde iba de aquel modo. Conocióme como á tan vezino suyo, y respondióme:

—¡Bien parece, señor don García, que ocupado vuesa merced en las fiestas de Yepes, ignora las desgracias de mis señoras! Sepa que la misma noche que se partió á ellas, el descuido de una donzella y el atrevimiento de una vela mal acomodada pegó fuego á nuestra casa, tan irremediable, que hasta que se reedifique nos es forçosso el trocarla por esta de enfrente, donde pasamos los pocos bienes que perdonaron las llamas. No deve de haver entrado vuesa merced en la suya, pues no sabe este suceso y los huéspedes que tiene en ella, que son mis dos señoras, vieja y moça, y aun sospecho que acomodadas en su mismo palacio; que como tan vezinos y nobles, sus padres de vuesa merced juzgaron á agravio la elección que hazian de otra más lexos. Dos dias ha que sucedió el incendio; y porque cuando se levanten hallen aliñada la nueva passada, madrugamos, como vuesa merced ha visto, á componella...

“Conocí entonces la ocasión del venturoso hallazgo que mi amor hizo en mi casa, acabando de enterarme de quien era la nueva ocupación de mis pensamientos. Y aunque mostré en la cara el pesar de aquella desgracia, se las dí en el corazón al fuego, autor de mi felicidad.

“Despedíme dellos y encargúeles no dixessen me havian visto, porque haviendo venido por unas damas convidadas á las fiestas, sin entrar en mi casa, determinava bolverme luego con ellas, y me pesaria llegassen á oídos de mis padres semejantes ocupaciones. Prometiéronmelo, y yo, llegando á la del amigo referido, la hallé abierta, y á él que iba á buscarme. Holgóse de que le escusasse aquellos passos, y aseguróme del rezelo que podia causarme la passada pendencia con dezirme que un criado suyo acabava de llegar de aquella villa y havia sido testigo de vista de la prisión de los dos heridos perdidosos, por mano de un Alguazil de Corte que llegó

en su seguimiento, y los bolvia á Madrid no menos que por ladrones famosos. Sossegámonos con esto. Y aunque la estrella de la diosa enamorada pedia albricias de la cercana venida del mayor planeta, y mi huésped me acomodó de regalada cama y aposento fresco, ni el cansancio, ni los embites del sueño, bastaron á no gastar hasta las diez del día todo aquel tiempo en repassar la lición primera de mi amor, que aunque estudiada de repente, ha tiranizado mi memoria. Muchas vezes imaginava la confusión de mi dama cuando se despertasse y reconociesse el truco de las joyas, que, aunque la que yo la dexé era de más valor para el interés, no para la estimación de voluntad, por havérsela dado quien era dueño de la suya.

“Y para que sepais de que tanta era para ella, os contaré anticipadamente lo que acerca desto supe y me dixo una criada, fiel depósito de sus secretos, y agente después de los míos, gracias al oro que todo lo facilita.

“Amávanse con recíproca correspondencia, dias havia, don Alexo y Irene—que son los que ocasionan las fiestas y luminarias con que esta noche celebra sus desposorios nuestra ciudad, en fiee de lo que universalmente sus vezinos los estiman y quieren, pues aunque mis zelos y agravios procuren desacreditallos conmigo, puede más en mí el conocimiento de su valor y prendas para alaballos, que la embidia de su gloria, porque, á pesar della, os confieso que don Alexo, en cortesia, nobleza, bizarría y discreción, es digno sugeto de toda alabanza; y Irene en honestidad, gentileza, sangre y condición apazible, es honra de sus bellezas y espejo de sus damas.—Eran los dos iguales en lo que vale menos y se estima en más, que es en la hazienda; de edad florida y capaz para el estado que toman, porque Irene ha cumplido los veynte años, y don Alexo, añadiendo cuatro á la suya, aun no ha acabado de matizar la parte más respetable de la cara con el negro y robusto boço. Ella, sin padre y en la tutela de una madre venerable y vi-

33550

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO MEYER"
Indo. 1625 MONTERREY, MEX.

tuosa, y él, sin ésta y con aquel, son únicos herederos de sus bienes y valor. Y, en fin, tan para en uno, que lastimado el Amor por vellos divididos, esta noche se ha determinado de juntallos. Todo esto me obliga á confessar la fuerça de la verdad, en mí siempre poderosa.

“Huviéranse los dos casado con el consentimiento de sus naturales dueños (que, si con certidumbre no sabían que se querían, lo sospechaban) á no aguardar don Alexo en la venidera flota una cuantiosa herencia que le dexava un tío suyo, hermano de su padre y Gobernador loable de una de las más ricas provincias del Perú,— de cuya muerte y sucesión en su hazienda, con el despacho della, habían tenido cartas y aviso cierto,— no porque la que poseían en Toledo no bastasse, ni porque la codicia de la que esperaba su suegra quisiesse hazer vendible la hermosura de su hija (que era noble y por el consiguiente desinteressable) sino porque haviéndose de partir en breve el mismo don Alexo á Sevilla á disponer con su contratación el buen despacho de la plata, por dilatar menos su cobrança, cuando llegassen los galeones, quisieron con más sosiego celebrar lo uno y lo otro juntamente; que herencias sobre vodas, son marcos de oro sobre pinturas.

“Por esto, pues, y por querer los dos amantes gozar el estado de su possession con todas sus antecedencias y circunstancias, dilatavan lo mismo que apetecian, como el muchacho que come con deleyte la poza de almivar, que apesar de su buen aliento la va cercenando poco á poco regateándola al gusto porque dure más, que casamientos repentinos sin estas disposiciones son de menos estima y sazón, y como vestido sin guarnición, que por fina que sea la materia luze poco y cansa muy presto. Con la taça penada destas entretenidas dilaciones brindavan desseos y gastavan dias, hasta que por la mitad de Mayo llegó uno en que haviendo surgido en Sanlúcar un navio de aviso, le tuvo don Alexo y su padre de lo que importava su presencia en Sevilla para el

recibo de papeles de consideracion que venian en él, y de quienes dependía el breve avío de la hazienda, que afirmavan traer aquella flota. Encargóle el viejo su partida y fuéle fuerça obedecelle con no poca resistencia de la voluntad martirizada con los temores de aquella ausencia. Vióse con su dama, aquella noche, por una ventana baja que caia á una calle angosta y sin salida de las muchas con que desluzieron parte de la hermosura de nuestro Toledo los avarientos edificios de los moros, los años que la habitaron. Havíanse hablado por ella, con más gusto, otras muchas, terciando la sobriedicha criada, y entonces gastando las horas que permite el recato y el silencio en los ordinarios extremos que usa el amor cuando está de camino. Ultimamente se despidieron, dándose para apoyos de su memoria prendas de firmeza labradas de diamantes: Don Alexo á Irene, la cruz que hallé debaxo de sus almohadas, y ella á él, una magdalena de las mismas piedras guarnecida. Y cuando éstas le faltaran, bastavan las perlas con que hizieron sus hermosos ojos la costa de aquel viaje, para enriquecella.

“Partióse, en fin, el favorecido cavallero, y la ausente dama gastó los dias—para ella siglos—en llorosas soledades que mide el tiempo, y hay desde veynte de Mayo hasta veynte y cuatro del mes de Junio, que fué el que abrasó su casa el descuydo de aquel doméstico enemigo que os he contado; resultando desta desgracia, el hospedage que mis padres dieron en la mia á la madre y hija, y luego el suceso y principio de mis amores y hallazgo de la dormida ingrata, cuyo suceso he querido contaros en este lugar para declaracion de lo que se sigue.

“Havía yo dormido poco ó nada, como os dixé, aquella noche y mañana, con la novedad de mis pensamientos, cuando oyendo las onze al relox, y entrándome á llamar el heredero para que fuésemos á oír missa, por ser aquél el día del santificado Luzero, honra del Jordán y

precursor de Cristo,— que aquel año había concurrido con el de la octava del Corpus, y en el Hospital célebre de don Juan Tabera, que tiene su advocación y le llama vulgarmente nuestra ciudad el Hospiral de Afuera, se festejaba con real demostración y concurso de todos,— vestíme apriessa, assí para cumplir con esta obligación cristiana como con los deseos que tenía de ver despierta á quien me [h]echizó dormida. Oimos en san Vicente la de un clérigo, [h]arto apropósito de mi poca devoción, que la dixo en guarismo, juntando casi á un mismo tiempo el *Introyto* al *Ite Missa est*. Y bolviendo á la amigable posada, despedido de su dueño, subí á cavallo con mi criado y entré en mi casa fingiendo acabava entonces de llegar de Yepes cuyas fiestas dexava de ver por haver sabido que en nuestra calle se había abrasado una casa principal; y sospechando, según las señas, era la nuestra, lo dexé todo por certificarme de la verdad.

“Abraçóme mi madre, y mi padre exageró cuan bien lograva en mí su semejança, assegurándome los dos de mi fingido sobresalto, refiriéndome lo que yo ya me sabía. Mostré desabrimiento de que contra mi gusto (que no ignoravan) en mi aposento durmiese otro que yo, y más, mugeres, habiendo tantos en que acomodallas, á que me satisfizo mi madre con que el adereço más curioso del mio y el haver tenido dos desmayos del susto Irene, había dispensado por aquella vez, y que la había dexado sola en él para que sossegasse sin ruido, puesto que en la pieça inmediata de más adentro durmió su madre pegada la cama á la puerta por donde se comunicavan aquellas dos cuadras, para acudir la con brevedad si sintiesse haverlo menester, aunque cerrada la dicha puerta porque no la desassossegassen; mandándome la fuesse á visitar y dar el pésame,— que yo acepté contentísimo como quien no desseava otra cosa, si bien mostré rehusarlo haciéndome de rogar, poniendo por excusa la poca comunicación que hasta allí habíamos tenido.

“Fuí á verlas luego, descalçándome sólo las espuelas,

y hallélas en la mitad de la calle que ivan á missa. Acompañélas, por más que lo rehusaron, obligándome mi amor á reysterar otra vez aquella devoción, y pareciéndome más corta que la primera, con ser de un Padre de la Compañía que con tanta curiosidad, espacio y policia las dicen, advertí, con no poca, si traía la joya que la dexé y de no vérsela me desconsolé notablemente. En fin, saliendo con ellas no me permitieron passar de allí, aunque no por eso las perdí de vista hasta que entrándose en su casa bolví á la mía. Comimos; quise dormir la siesta y no pude, feriendo el sueño en la multiplicada contemplación de mi nuevo cuydado, si hermoso desnudo, con las galas, guarnicion de la belleza, hermosísimo. Llegó la tarde, favorecida de un viento fresco y unas nubes pardas que sirviendo de toldo contra las inclemencias del sol combidavan á visitar la Vega y en ella la advocación del referido Santo. Y pareciéndome no dexaría de aceptarla mi dama, me vestí de rua, y acompañado del cortesano heredero que vino á verme, baxamos juntos al espacioso llano poblado entonces de infinitas flores de damas, si á falta dellas todo el año lo está de yerva.

“Aqui es forçoso hazer una digressión, sin la cual dificultareis la inteligencia deste enmarañado successo, cuya principal parte toca á la hermosa Serafina que está presente.

—“Si es el de mis desdichas (respondió ella) no quiero, don Garcia, que me priveis del descanso que recibiré en contarlas yo misma, assí porque las sabré dezir al passo que supe sentirlas, como porque obligaciones de mi amor en vuestra lengua perderán parte del valor que tienen, cercenando los merecimientos por desminuir las la paga.,,

—“Ya vos sabeis que lo confieso (dixo don Garcia) y con ellas la imposibilidad de su satisfacion. ¡Ojalá que pudiera la voluntad hazer pleyto de acreedores, que vos, como más antiguo, cobrárades primero! Mas, pues es vuestro gusto ser relatora de vos misma, proseguid ade-

lante, que yo le tendré en oiros, y de camino ganareis un testigo en don Juan en abono de vuestra deuda.,,

—“Como en las de Amor se permitieran fiadores (respondió él) de buena gana saliera yo por don García. Pero no sé que hasta agora las admitan sus tribunales, ni es razón; pues para empeños de voluntad nunca son sançadas las ajenas. Començad, señora, que si la piedad capta la benevolencia á los oyentes, la que me haveis causado me tendrá atento.,,

A que no respondiendo Serafina, por dar principio á su discurso, dixo assi:

—“Algunos días antes que el fuego (de quien yo hize tanta confianza que le aposenté en mi pecho con las veras que el Amor, que le conserva, puede ser testigo) terciasse tan mal en mi favor con don García, y abrasasse la casa á Irene para darle ocasion á amalla, pudiera yo alegar antigüedad, si por ella tuvieran mejor asiento los que se honran con las becas de su Colegio. Porque al tiempo que mi madre y un hermano (que por la muerte de mi padre usa con más rigor que deviera de su jurisdicción) tenían tratado por cartas casarme con un cavallero de Córdoba, — mayorazgo de tres mil ducados, en profession soldado, en edad mediana y en nombre don Andrés, con quien mi hermano había en Flandes, años antes, professado la amistad que los de una nación, en las estrañas, iguales en nobleza y inclinaciones, establezen, — y antes de darme parte dello, como si yo fuera la que menos importava para su execución, le habían embiado un retrato (de que dizen que estuvo muy enamorado) y la certidumbre de su efeto, para cuyo fin solo aguardavan su presencia, sucedió la impossibilidad de la parte más principal para su conclusión, que fué mi voluntad, acomodada, sin saber la davan dueño, con otro si más ingrato no menos noble. Fué, pues, el caso, que viviendo nosotros enfrente de la casa de don García y muy cerca de la de

Irene, con quien desde niña tuve particular amistad, y las ventanas de una y otra tan juntas que aunque las dividía una calle su angostura (cosa común en Toledo) casi las hazía comunicables, sucedió una noche, entre otras, que don García cantasse á un balcón con la gracia que vos sabeis, señor don Juan, le comunicó por mi mal el cielo, y que desde otro le oyesse yo con no poco gusto, por ser tan á mi propósito el estado que entonces gozava mi libertad, bien descuydada de que, siendo hidalga, la havia de empadronar tan presto Amor por pechera. Y porque, para atormentarme después, hurtó entonces la memoria [á] los oidos los versos que conserva, os los quiero referir, que son desta suerte:

Alma, la herencia mayor
De vuestra felicidad
Se cifra en la libertad,
Que es de infinito valor.
Compralla intenta el Amor,
Porque el engaño la oprima;
Guardaos dél, aunque se anima
Cuan á tales ferias sale,
Porque una joya no vale
Más de aquello en que se estima,

Sus deleytes son gitanos,
No hagais della ostentación
Que hace á la lealtad ladrón
Quien lleva el oro en las manos.
Si con sus gustos villanos
A rifársela os obliga,
Advertid, cuando os persiga,
Que es la hermosura tirana
Cual moneda segoviana:
Poca plata y mucha liga.
No salga sino es por tassa
A vistas, que es novelera,
Y libertad ventanera

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"FALFONSO" REYES
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Poco permanece en casa.
 Sed con los ojos escasa
 Si salir á ellos procura,
 Que por más que os asegura
 Dañan ventanas abiertas,
 Y en casa donde hay dos puertas
 No está la hacienda segura.
 Entre piratas estraños
 Que os amenazan andais,
 Mas como vos no querais
 No os vencerán sus engaños.
 Lograd vuestros verdes años
 Y guardaos de Amor cruel,
 Que si Fedra os da el cordel
 De su confusa labor,
 La ventura que hay mayor,
 Es vivir libre en Argel.

“Milagrosa eficacia comunicó el cielo á la Música; con cuanto intenta sale, adormece los Argos, domestica los brutos, atrae las piedras, suspende los tormentos, ahuyenta los espíritus, y si es verdad lo que afirman tantos antiguos, conserva el mundo con la suave consonancia de sus orbes, de donde devió de tomar motivo aquel gran Dotor, para llamar esta máquina “verso heroyco cuyas sílabas son sus criaturas.,, A lo menos, en mí, pudieron, ya que no vencerme, disponérme de suerte que á pocos lances se enseñoreó de mi libertad quien tomó por instrumentos los suyos para cautivarne.

“Tenemos un Cigarral cerca del religiosísimo Monasterio de los Padres Capuchinos, con una casa en él, suficiente para gozar en invierno del sol y en verano de sus flores—que regadas de una fuente y á vista del caudaloso río, las pule Flora, sirviéndole de espejo, con el peyne sutil de los vientos mansos que de ordinario las lisongean,—donde muchas vezes nos íbamos, ya en un barco, ya en un coche, por dos ó tres días, á abrir las ganas con

que en su quietud apeteçíamos después de la cortesana vivienda de Toledo. Y uno dellos, que fué pienso que el dézimo, después que oí cantar á don García, havien-do mi madre y hermano ido al referido convento, me dexaron sola en él achacando indisposiciones de que me aproveché por començar ya á darme gusto la soledad, presagio de mi amor. Y á cosa de las onze, estando ha-ziendo un ramillete de jazmines y clavellinas por diver-tir pensamientos que empeçaban á desmandarse, entra-ron dos hombres, con otro en los braços, herido y des-mayado, que poniéndole sobre ellas y la cabeza en mis faldas, me dixerón:

—“Exercitad, señora, la piedad tan propia de la nobleza que tan natural es en las damas de Toledo, con este cavallero, y mandad á vuestros criados le acomoden en una cama, entretanto que nosotros vamos, yo, por un Padre destes aquí cercanos que le absuelvan, y mi compañero, por un cirujano que remedie si es posible su peligro.,,

—“Y en diziéndome esto, se fueron, dexándome á tiempo que no havia quedado persona conmigo, por estar, unos, con mi madre, y otros, en la ciudad por las cosas necessarias para nuestro regalo. Turbéme con la impensada desgracia; mas sacando fuerça de flaqueza y quitándome un paño de cambray guarnecido que tenía en la cabeza, le apreté con él lo mejor que fué possible una herida que tenía debaxo del pecho izquierdo, de que sa-lía infinita sangre, y parecía mortal. Y reparando luego en su disfigurado rostro, conocí que era don García. Si á los sentimientos ordinarios os parecen bastantes para hazer estremos los que dieron principio á mi afición, juzgad cuales serían los míos; que yo lo que sabré deziros es, que trasladando aquel golpe desde su pecho á mi alma, vertí sangre del corazón por los ojos, en tanta copia, como él por la herida.

“Dí voces á los cigarraleros comarcanos sin osarme levantar de donde estava, pareciéndome que cualquier ligero movimiento havia de ser causa de que más en bre-

ve se acabasse de apagar la poca luz en que se cebava su vida. Y apenas havia dado las primeras, cuando entró por la puerta un escudero de casa y con él don Andrés, el cavallero de Córdoba, que acabava de llegar en aquel punto á Toledo, y no hallándonos en la nuestra, venía con aquel criado á buscarnos. Halló más de lo que quisiera, que fué al herido en mi regazo, y á mí con tantas muestras de amor como de sentimiento. Conocióme por el retrato que tenía mío, y echando de ver no ser mi hermano el que ocupava aquel lugar, conjeturó de mis extremos que algún interessado en mi honra, assaltándole en aquel puesto, le havia, por vengarse, muerto. Y assi, dexándose llevar del repentino furor de los zelos, sin dezirme palabra, sacó la daga y quiso con ella abrir nuevas salidas al alma que porfiava con la vida á desocupar su antigua habitación. Yo, entonces, coligiendo de aquella acción colérica que era el que le havia herido, y no satisfecho con aquella vengança bolvia á echar el sello á su crueldad, con el ánimo que en las mugeres amantes y ofendidas es tan poderoso me levanté assiéndole della, duplicué los gritos, y pedí justicia al cielo y á las gentes, contra el agresor, de aquel insulto.

“Llegaron á ellas dos Alguaziles, que los más de Toledo por instantes escudriñan aquellas casas de plazer (ellos saben por qué), los cuales, oyendo mis voces, hallando el herido en el estado dicho, á don Andrés con la daga desnuda y á mí ensangrentada y afirmando que era quien le havia muerto, le prendieron, al tiempo que bolviendo mi madre y hermano con la familia de oír missa y conociendo al que aguardavan para yerno y cuñado, con la confusa información que les dieron los presentes, tuvieron por infalible que el haverme yo escusado de acompañarlos al Monasterio fué por dar lugar á que don Garcia entrasse á poseer lo que tan presto se pierde y tan despacio se llora. Ocasionó esto á mi hermano (que de suyo es colérico y precipitado) para que con la espada desnuda fuesse tras mí, que amparándome

de la mucha gente que se havia juntado, me traspusieron á otro Cigarral, y desde él, por orden del Corregidor, á la casa de una señora principal y viuda, depositándome en ella y dándomela por cárcel. Retiróse mi hermano; llevaron preso á don Andrés; pusieron dos Alguaziles de guarda á don Garcia, que buuelto en sí y ignorando la confusión de tantos sucessos le estaban curando un cirujano á vista de un médico, entrambos famosos en su facultad, y le aseguraron no ser la herida del peligro que se sospechava, no siendo de parecer que por entonces hiziesse mudança de alli. Bolvióse mi madre á la ciudad traspasada de dolor; y llegando entonces el que havia ido por el confessor religioso afirmó á los circunstantes (con el testimonio del que truxo el cirujano) que no sabian de aquel caso más de que riñendo dos hombres contra uno, allí cerca, detrás de unas paredes, havian visto caer á aquel cavallero herido y echar los agresores hazia San Bernardo, y que ellos, viéndole desmayado, de compassión le havian traído á aquel Cigarral, pidiéndome le hiziesse socorrer mientras buscavan quien remediase assi su cuerpo como su alma; y que desta verdad sería testigo la sangre que en el suelo donde fué la pendencia aun estava caliente.

“Resultó de aquí el llevarlos también á la cárcel (que á vezes es la piedad dañosa) y venir el padre de don Garcia tan lastimado como padre de un solo hijo; preguntáronle lo que en esto havia y respondióles: que saliendo aquella mañana á gozar el fresco tan apetitoso entre aquellos jardines, halló riñendo dos hombres, saliendo él, por ponellos en paz, con los gages ordinarios de tales ocasiones; jurando, para el passo en que estava, no tener culpa en todo el contrapunto que havia echado el engaño sobre aquel canto llano.

“En fin, por no cansaros: la justicia se informó de los retraidos (á quienes también prendió cogiéndolos fuera de sagrado), y averiguada la verdad, salió libre don An-

drés, que no satisfecho della, se bolvió á Córdoba, y mi hermano, según dixeron, con él, jurando no tornar á Toledo menos que á ocasión de borrar con mi muerte la nota que había dado mi mal culpada fama. Convaleció don García. Vino á visitarme Irene, que, como tan mi amiga, estava satisfecha de mi inocencia, y después de varios arbitrios escogió por el más acertado el aconsejarme bolviessse á la compañía de mi madre, de que la disuadí con el peligro que corría si hallándome mi hermano con ella executava sus vengativos propósitos; y assi, nos pareció mejor por entonces me asegurasse debaxo de la protección de un tío mio, casado, y de edad respetable. Hizelo assí, y mi madre, añadiendo á sus años esta pesadumbre, acabó con ellos y con la vida, sin querer — ni aun en el último passo, donde las injurias de más consideración se perdonan, — verme. Cumplió mi tío con las obligaciones de su entierro y honras, recibimos los acostumbrados pésames y visitas, y passándonos todos á mi casa procuramos saber donde estava mi hermano para dalle cuenta de lo sucedido, tomando á la suya mi tío aplacalle con la información de mi inocencia. Pero no fué posible hallar memoria dél. Solo le respondió, don Andrés desde Córdoba, se havia buuelto á Flandes.

“Quedé yo llena de sus rezelos, cargada de luto y perseguida de pensamientos amorosos, que fueron bastantes en mí á forçarme á escribir estos renglones á la causa dellos, tomando por achaque el parabien de la convalecencia. Y por ser de virtud tan eficaz los versos para persuadir, quise fiar éstos el buen principio de mi pretensión:

CARTA

El parabien de vuestra mejoría
Me he dado yo á mí misma, interessada
En vuestro aumento ó daño, don García;
Que si establece, en ser comunicada,

La sangre un parentesco, ya nos haze
Deudos la que sacó la fiera espada.

Engendre Amor espíritus que enlace
En el fuego vital de sus trasumptos,
Y al alma alcaçar organice y trace.

Pinte en bosquexo líneas, forme puntos
Naturaleza en su obrador materno
(Los dos agentes de su efeto juntos)

Que en el principio del compuesto tierno
Solo á la sangre la materia toca
Conservación del parentesco eterno.

Pues de la vuestra no me dió tan poca
La herida lastimosa, que no sea
Su amoroso depósito una toca.

Bañada en ella quiera Amor que vea
Su virtud, que hasta el alma reduzida,
Tirano, sus potencias señorea.

¿Possible es, don García, que una herida,
Sacando sangre en vos, fuego en mí encienda
Y dos almas rezelen una vida?

¿Que un solo azero vitorioso ofenda
De un golpe dos sugetos y que passe
Espíritus un hierro y no lo entienda?

¿Cómo es possible que la sangre abrase
[H]elada ya y del cuerpo despedida,
Y siendo material, almas traspasse?

Matais muriendo, herido dais la herida
Que Amor, áspid oculto, hizo en mi pecho
Entre flores segura y divertida.

Si fuera Venus yo, ya huviera hecho
Rosas la sangre que esmaltó mi Quinta
Aunque usurpara á Adonis su derecho.

Si del Catay, la que el Ariosto pinta,
Angélica, la sangre de Medoro
Para escribir mi amor me dicra tinta.

Retratos suyos somos, aunque ignoro
que en vos halle la fee que halló la bella

En su amante, pues tuvo fee aunque moro.
Entre las flores, de la suerte que ella,
Herido os ví, y acumulando enojos
Amor por imposibles atropella.

¡Quien creyera que hizieran los despojos
De un cuerpo casi muerto, don García,
Tal ruina en el alma por los ojos!
A sangre y fuego, en fin, la batería
Escalas pone y al asalto llama,
Cautiva resistencias, zelos ería;

Y no contento con rendir su llama
La libertad, entre las manos puso
Del que dirán, sino el honor, la fama.
Creyó mi hermano ó sospechó, confuso,
Agravios cuando os vió de aquella suerte,
Contra su honor, que en mí vengar dispuso.

¡Pluguiera al cielo que me diera muerte,
Pues perdiendo por vos la vida cara
La libertad viviera sana y fuerte!

Fuérades mi deudor, sin que llegara
A que os sacara prendas mi fatiga,
Y Amor, muriendo yo, os executara.
Fortuna, en mí propicia, ó enemiga,

(El sucesso dirá cuál atributo
De aquestos dos su ceguedad obliga),

Llamas de amor oculta en triste luto,
¡Ved, si verde se pinta la esperanza,
Naciendo negra cual será su fruto!

En conclusión, por vos daré vengança
Mi presunción soberbia, desde agora,
Al amor en poder de la mudança.

Sin madre estoy por vos; y la habladora
Lengua del vulgo, licenciosa afirma
Contra mi honor lo que atrevido ignora.

Si obligaciones el valor confirma,
Sobrándoos tanto, no me persuado
Neguéis lo que la sangre vuestra afirma.

La vida me devéis, con el cuydado
Que me cuesta su riesgo, y juntamente
La fama, que la plebe ha profanado.

Si, como noble, sois correspondiente,
Fácil conformidad de voluntades
Me puede dar satisfacción decente.

En calidad, hazienda y en edades,
Poco el cielo á los dos nos diferencia
Puesto que tema amor adversidades.

Pero si á ajenos gustos dais licencia
Y no merezco, en todo desdichada,
Recíproca de amor correspondencia,

Viviré, aborrecida, consolada
De veros, muerta yo, seguro y vivo,
Acreedora siempre y no pagada,

Porque Amor sume gastos sin recibo.

“Estos mal concertados, si bien sentidos versos, cerrados como carta con su sobre escrito y porte, mezclé entre las muchas que truxo el mismo día un cartero, que siendo ellas tantas y rebolviéndolas yo mientras buscava las que venían para mi tío, no fué dificultoso incorporalla con las demás. En fin, por este camino (escusando el de terceros, enemigos forçosos del secreto) vino á mano de quien desseava. Pero como halló el mal recibo que, quien tiene antiguo huésped, haze al advenedizo, á poder escaparse de sus manos se bolviera á las mias. De viola de leer con la gana que mostró su respuesta. Y remitiéndomela con una criada de su madre me la dió con achaque de que la embiava á saber de mí en que parte podría hallar las puntas para un manto (encomiendas de una forastera) conforme á aquella muestra que venía embuelta en un pliego, preñez de su ingratitud. Sospeché lo que podía ser; y aunque no conocí la letra—que otra vez no había visto, desseosa de ver lo que menos me importava,—respondí me informaría de mis amigas, cuyo buen gusto dava más ocasión á sus galas que mi luto,

para cuya diligencia me quedava con la dicha muestra. Partiósela con esto, y yo, confusa, y apetitosa de averiguar dudas, licencié criadas y ocupaciones, quedándome si no sola, á lo menos mal acompañada, con los desengaños de la respuesta, que era desta suerte:

CARTA

Si el confessar la deuda pagar fuera
Yo ajustara á los gastos el recibo,
Pero donde el alcance es excesivo,
Y ninguno el caudal, aun no hay espera.
Prendas sacó la execución primera
De una verdad en cuyos yerros vivo,
Y no hay acción á bienes de cautivo,
Que á podellos gozar, libre viviera.
Acabad vos con él, suelte la prenda,
Y hasta que vos cobréis su finca aguarde,
Que á fée que es abonada el alma mía.
Pero vos acreedor, yo sin hacienda,
Cobraréis, mi señora, nunca ó tarde,
Que á esto se pone quien á pobre fia.

“Bien quisiera yo hazer una bella retirada, conocida la dificultad de la impressa, y bolver la libertad por los mismos passos á su primero alojamiento. Pero quando retrocedió Amor sin dar de ojos, no teniéndolos, y atajándole el camino tropieços de zelos averiguados, formé queexas, ponderé agravios y propuse olvidos, engañándome á mí misma con la salud imaginada en la cura, sobresalto que suele prometer una no correspondida voluntad, que tal vez juzgan desengaños, por contra-yerva de amor, á los zelos. Pero ¡qué mal juicio! mostrando la experiencia que son ceros en su cuenta, pues cuantos más se le juntan, crece más su número, y tantos pueden ser, que á una pequeña vanidad de amor añadan infinidad sin suma.

“En fin, no dieron lugar, por todo aquel día, sentimientos de mi menosprecio,—que por tal juzgué entonces nobles satisfacciones,—á los de mi afición; y tratándome como sana dí á mi libertad la bienvenida. Pero sucedióme lo que al que recibe una herida mortal, que, al principio, la fuerza del golpe adornece de suerte el sentimiento, que no le duele, siendo después tanto mayor cuanto lo fueron las treguas que dió el dolor. Tomó el mío corrida atrás para acometer con más ímpetu, y fué de modo que atropelló, si no con la salud, con los apoyos della, sustento y sueño. Y lo peor desto fué, que como no tenía con quien comunicar mis desvelos, andavan á tiento en mi casa, aplicando medios ridículos, sin hacer en mí más efeto que atormentarme puertas adentro del alma.

“Havíase me dado por amiga della, muchos días havia, Irene, como os he referido. Y siendo vezinas, diéronle aviso [de] lo uno, y lo otro, de mi indisposicion, obligándola á visitarme, que fué á tiempo que don García, sano ya del todo, havia buuelto de Yepes, y Irene, sin sabello, mostrábase más poderosa dormida que yo despierta.

“Una tarde, pues, que las dos estábamos á la ventana frontera de mi enemigo, y él, por gozar tan buena ocasión, templando un laud á ella y fiando de los ojos ponderaciones del alma que no fió de la lengua, haviéndonos hecho una agradable cortesía, y atribuyéndome yo las señales amorosas que á Irene despachava; ó arrogante,—¡que toda muger lo es cuando piensa que la quieren!,—ó indignada con la libre presencia de quien, tan poco havia, me desengañó, le dí con la ventana en los ojos vengándome, sin sabello, con quitalle dellos su adorado empleo. Y diziendo “¡Jesús, qué grossero presumido!”, me levanté, tomándola por la mano y baxándonos al patio (recreacion curiosa, los veranos). La novedad de aquella acción, tanto más peregrina en mí quanto menos ocasionada, y la mudança de colores en el rostro, se la dieron á Irene para dezirme:

—“Aunque te estoy agradecida, Serafina mía, porque sin saber lo que has hecho has castigado atrevimientos de don García—si merecen este nombre pretensiones amorosas y cortesanías que dize que le devo, — con todo esso, el afeto de la palabra y obra tan poco usado en tu apazible trato, me haze novedad y causa desseo de saber qué delito ha sacado tu urbanidad de sus límites.,,

—“Es pequeña ocasión, la respondí, el haver perdido por él mi madre, la presencia y amor de mi hermano, y expuesto mi reputación á la rigurosa censura del vulgo?.,

—“¿Pues qué culpa tiene desso (dixo) quien sin ella, como se ha averiguado, se vió en tus brazos casi sin vida?.,

—“Tampoco la tiene la espada con que hiere el homicida, repliqué; y con todo esso la aborrece el herido. Pero declárame qué es esso que dixiste de pretensiones amorosas de que te haze cargo.,,

—“¿Agora sabes, dixo, que desde el incendio de mi casa me atribuye el de sus pensamientos?.,

—“No te devo, la repliqué, pero pésame de que no le correspondas; que yo te confieso, si no fuera por no sacar verdaderas las mentiras que han dado nota en mi recato, que las muchas partes que le apadrinan huvieran en mi atropellado las de mi sentimiento.,,

—“Antes para restaurar menoscabos de tu fama, si ha habido algunos (respondió), era el total remedio el obligalle y tratar de que en el mar del matrimonio se anegassen vulgares murmuraciones; que don García merece mucho.,,

—“¡Ya le alabas!, dixe, abressada en zelos.,,

—“Lisongéote, respondió, con su alabanza; porque conjeturo que le quieres bien.,,

—“Y yo colijo, repliqué, que no le quieres tú mal.,,

—“Ninguno me ha hecho, dixo; pero si tu sospecha llega á maliciar que una breve ausencia pueda, en menoscabo de mi firmeza, adelantar partes de don García

á méritos de don Alexo, sabiendo tú que nuestros padres aguardan su venida para trocar esperanças en posesiones, agraviás el buen crédito que imaginé tenía contigo, porque no solo en esta parte le aborrezco, pero aun cerceno obligaciones de vezina acrecentadas con el hospedage,—pues le tuve en su casa cuando se abrasó la mia,—tanto, que no lo he visitado sino sola una vez, y essa, á importunas persuasiones de mi madre, tan limitadamente como las de médico que cura de limosna.,,

—“A[h]ora bien, dexemos despropósitos impertinentes (dixe, si algo asegurada, no menos zelosa) que tú por essos respetos, y yo por los que te he dicho, disculpan lo que basta la desdeñosa clausura de mi ventana, y divertamos las dos, mañana, día de San Juan, en la Vega, tus desvelos de ausencia y mis melancolias de luto.,,

—“Estava por dezirte de no (me replicó) enojada contigo por lo poco que te deve el abono de mi perseverancia; mas como la buelva su honra, yo admito la aplaçada recreación de la Vega.,,

“Con esto reduximos asomos de enojos á entretenimientos de risa (si en ella verdadera, en mí fingida) y la siguiente tarde salimos juntas, Irene de verdegay vestido y alma, y yo de negro uno y otro; ella sintiendo ausentes dilaciones, y yo llorando presentes agravios. Llegamos al campo de Marçal, plaça célebre del Hospital de Afuera—entonces jardín de toledanas bizarrías,—adonde sucedió lo que don García podrá proseguir, que yo, habiéndole sustituido la digression—paréntesis largo de sus amores,—cumpla con esta circunstancia, restituyéndole lo que falta deste successo en que no tengo poca parte. ®

—“Compassivo deleite ha dado á mi sentimiento, hermosa Serafina (dixo don Juan), lo que nos haveis contado restituyendo por los ojos el que la comunicaron los oidos. Proseguid, don García, que adelanta ya el alva crepúsculos, y me holgaré llegueis á su conclusión

antes que el Sol nos vea, revelador de amorosos enredos que aun no havrán olvidado Marte y Venus.

—“Por daros gusto (respondió él) añadiré alcances á las deudas que confieso á doña Serafina, anudando el hilo de mi historia con el de sus queexas, que son tan verdaderas como yo desdichado. Dexé mi cuento, en que el heredero y yo baxamos á la festiva Vega. Y prosiguiéndole, digo que la hallamos poblada de diversas hermosuras, divirtiéndose mi compañero y, como libre, cebando los ojos ya en unas y ya en otras, y despertando su multitud, en mí, nuevos deseos de ver la que á mi parecer era cifra de todas. Cumplímelos la ocasionada fiesta, si bien para mayores sentimientos. Porque habiendo acudido á ella, como doña Serafina ha dicho, y el alma—que por la parte que tiene de divina,—acertando donde estava, á la sombra de la cortesía y conocimiento de la vecindad que junto con el conversable trato de Toledo permite lícitas y breves conversaciones en semejantes lugares, llegué á hablarla, dexando al heredero entretenido en curiosas averiguaciones de tapadas, haziéndose en mí el alma ojos, ó los ojos alma, aunque Irene, de miedo, como doña Serafina, resistía al ayre que usurpando la plaça de sumiller, — como si yo le hubiera sobornado, — intentava obligarme y correr la cortina á soplos del avariento soplillo, funda de aquel bellissimo relicario.

“Entretuviéronme un rato en la mitad de la espaciosa plaça, atrio de la imperial Puerta de Visagra. Pudo ser por dar gusto á doña Serafina, si no fué por dalla zelos; que no hay muger, aunque más prendada esté en otra parte, que en llegando á competencia no procure salir con la vitoria. En fin, por uno ó por otro, sin conocer á la que desseava tanto, como se encubría, y con el conocimiento de quien le tenía menos de mis penas, respondí á palabras equívocas encaminadas á la poca correspondencia con que pagava mal obligaciones de la compañera, que, por dezillas por impersonales y estar tan lexos yo

de que lo era doña Serafina ni de que su discreción permitiera al secreto buscar tal abogado, respondí, sino á su propósito, por lo menos al mio; licencia que dan palabras anfibológicas al entendimiento para aplicallas á diversos sentidos. Desta suerte procurava esclavonar mis desseos con los de Irene, ignorante de que huiesse quien le pidiesse cuenta dellos; cuando improvisamente, malogrando encarecimientos de mi amor, me atajó las palabras diziendo:

—“Perdonad, señor don Garcia, que me esperan ciertas amigas de obligación.,,

“Y assiendo de la mano á doña Serafina (que si havia llamado no menos havia sentido la enagenacion de libertad que por tantos títulos devia reconocerla por dueño) se fueron, y yo siguiéndolas de lexos hasta S. Bartolomé de la Vega con los passos, y hasta la huerta de don Antonio de Vargas con los ojos; donde, entrándose, me dexaron hecho un enigma de rezelos sin saber determinar la ocassion de aquella repentina retirada, ni permitir la satisfacion que de Irene tenia, silogizar la sospecha proposiciones en menoscabo de su buen crédito.

“Es, pues, el caso, que como poco ha supe de la referida criada de mi dama, cuando estava hablando conmigo vió salir por la dicha puerta á su don Alexo que acabando de llegar de Sevilla y no hallando en casa á la ocassion de su apressurada buelta, la venía á buscar á la Vega con el mismo vestido de camino y al pecho la madalena de diamantes, memoria de su empleo. Rezeló Irene, con el susto de velle, no ocasionasse, hallándola allí conmigo, pessadumbres en lugar de bienvenidas. Como quien de veras ama, cualquiera sombra de culpa en ofensa de su dueño se le presenta gigante, parecióla que ya nos havia visto. ¡Como si no supiera un manto y un medio ojo desatinar conocimientos linceos y transformar mugeriles Proteos! En fin, Irene, sino culpada, condenada por sí misma, se fué con su compañera á la dicha huerta, y entrando en una de sus salas, con permission de

la cassera, persuadió á doña Serafina trocassen vestidos y se dividiessen después andando de por sí aquella tarde por la Vega hasta que al anochecer bolviessen á su primero traje. Porque, si como sospechava, don Alexo la huviesse conocido por el vestido,—señuelo otras muchas veces de su amor,—y agraviado quisiesse intimar queexas, encontrándola después en aquel hábito se atribuyesse á sí mismo el engaño que entonces tanto la importava. No fué muy difícil de alcanzarlo de doña Serafina que havia determinado burlarme con el mismo disfraz; antes añadió temores que estorvos. Y así, executando brevemente el cauteloso truco, salieron las dos divididas con tan aparente semejança que así mismas se engañaran. Haviase echado al cuello aquel dia mi dama la medalla de la Concepción que la dexé á la cabecera, y deviolo de hazer, sino aficionada á su curiosidad y riqueza, desseosa de que, sacándola á vistas, conociesse por ella á su dueño que tan confusa la traía. Y así, por no dar ocasión á que la pidiesse cuenta don Alexo de la que havia de estar en su lugar ni venir bien con el luto que usurpava, hizo á doña Serafina que, poniéndosela, acompañasse á su engaño. Y quiero advertiros que yo, por no dar motivo á que mi Irene, conociendo la cruz que la quité supiesse la coyuntura que fué tan á costa de su vergüença, aunque la traía al cuello, la encubrí al tiempo que estuve hablando con ella, guardando para mejor oportunidad lo que si entonces supiera me havia de hazer daño. Pero luego que se apartaron de mí, bolví á ostentarla al pecho; que como la estimava en tanto, no me juzgué galán sin ella.

“Apenas se dividieron las dos por la espaciosa Vega, cuando doña Serafina, guiando hazia mí sus passos y hallándome llevado de mis imaginaciones—no sé si algunas dellas determinadas de entrar en la guerra y averiguar sospechas,—me dió ocasión con su disfraçado encuentro á juzgarlas por maliciosas, y con él, se alegraron de ver sin compañía la que me imaginé que era á pro-

meter albricias á mi esperança. Vió Irene baxar á don Alexo hazia el referido Monasterio, hecho los ojos escoltas de lo que buscavan y tenían delante. Y saliéndole al camino, le obligó más la cortesía que el gusto suspender un rato las diligencias que en la pretensión de lo que gozava le davan escusadas priessas. En fin, conversables palabras—que á saber cuyas eran, tuviera en más estima,—le entretuvieron, y por deziros las que Serafina y yo passamos, difiero para después las suyas. Agradecido al imaginado favor, ahorré passos al engaño que me salió al encuentro, diciendo:

—“Embidia ó zelos (si ya estas dos no son una misma cosa) me incitarán á la recuperación de la dicha que me dessazonó vuestra impensada ausencia tan buen rato, sino me fueran á la mano rezelos de enojaros; y vos, hermosa Irene, no los huvierades reparado con esta segunda merced, de tanta más estima, cuanto el hallazgo de lo que se pierde dá más acrecentamiento al gozo cuando se halla.,,

—“Por ser yo la perdidosa (respondió) vuelvo á restaurar malogros del buen rato, señor don Garcia, que [h]oy devo á vuestra entretenida conversación. Estorvólo el temor de mi compañera que creyendo la havia visto cierto deudo, ausente agora,—sospechoso, sin causa, de vos y della,—le pareció el mejor remedio escusar, con retirarse, desgracias que eran forçosas—si el que vió, fuera el que pensava,—en uno de los tres ó en todos juntos. Ya nos enteramos de que era otro; y ella, por escusar segundos sustos y no profanar el reciente luto que á causa vuestra trae, se buelve á su casa, y yo á proseguir con vos permissiones de la Vega.,,

—“Dos cosas habeis apuntado, dixé, en lo que acabo de oiros, que no entiendo: la primera, que un deudo de la persona que os acompañó tiene sospechas de mí y della; la segunda, de que el luto que trae es por mi causa.,,

—“Si vos la conociérades, replicó, estuviera yo es-

cusada de satisfazeros; pero según dizen malas lenguas, todo lo que es conocimiento en vos peligra.,

—“Yo, señora, dixé, tengo tan enagenados los sentido[s] cuando os veo, que no los da licencia el alma, menesterosa dellos para gozaros, á que passen los límites de vuestra hermosura. Pero, ¿quién era, por vida vuestra, la que me haze cargo de su luto?.,

—“¿Qué me dareis, respondió, porque os lo diga?.,

—“¿Qué os puede dar, dixé, quien os dió el alma? Pero, ¿qué quereis saber (respondió), y echais porvidas á costa de la mia? En poquissimo deveis de tenella.,

—“¡Mirad vos, señora, dixé, en que tan poco, que no pende la mia de otro principio que de su conservación! Quisiera conocer á quien no conocer quisiera, porque como no sé hasta agora que haya acreedores de mi voluntad en este mundo ni el otro, ni quien por mi causa no haya vivido todo lo que los médicos han gustado, holgárame reconocer á quien me imputa mentiras, y no conocella, porque no perdiera por ellas su crédito conmigo.,

—“Pues en verdad que afirma ella, respondió, ser vos homicida, no de una sino de muchas. Y mirad si son [h]artas, pues llora muerta, por vos, su madre, su libertad y casi para ello su reputación. Además, que si la ausencia usurpa el nombre á la muerte, también se la puede atribuir á su hermano, que no sabe donde está por vuestra ocasión.,

—“Ya sé por quien abogais, la dixé; pero pues os dió relación doña Serafina de deudas que corren por cuenta del agradecimiento y no de la voluntad, cobre de vos que teneis la mia, que con una sola partida no puede pagar el deudor dos libranças de una misma cantidad.,

—“Ni hay quien deva, dixo, sin ser tramposo, por no satisfazer á ninguna de las dos. Havreis escondido la vuestra, como haze quien teme execuciones, y alegareis empeños fingidos.,

—“Reconoced vos, respondí, cartas de pago que ha formado el amor, y vereis como haveis cobrado adelantado tercios de la voluntad.,

—“Lo mismo direis á doña Serafina —replicó.,

—“Esso, ¿de donde podeis colegirlo vos?., dixé.

—“De que sé cuan agradecido soys, dixo, y que deviendo la vida, — testigo vuestra sangre depositada en una toca, — la habreis pagado con igualdad.,

—“A ser necesario, respondí, emplealla en su servicio, si, hiziera, desempeñando con ella essa prenda; pero no con el alma, que essa es vuestra.,

—“Pues yo ¿para qué quiero (acudí) alma sola sin cuerpo vivo?.,

—“Agora una y otro está, dixé, á vuestra disposición. Secuestraldo (*) todo, y no hallando doña Serafina de qué cobrar quedaré yo desobligado.,

—“No sé si os crea (respondió); pero juradme por vida de lo que más quereys, de no amar más de aquí adelante á la que agora está en la Vega, enlutada, y vino conmigo; que con essa condición, en muestras de lo que ya no puedo negar, que os quiero. Yo quedaré segura y vos sin nota de ingrato.,

“Loco de contento, multipliqué juramentos y maldiciones. Y pidiéndola la mano, que no permitieron besar ojos de tantos circunstantes, se la dí de ser eterno correspondiente de tal merced.

“Hasta este punto había llegado nuestro engañoso discurso, mientras que el de Irene y don Alexo añadía lagos á este labirinto, porque haviéndole detenido (como os dixé) la bienvenida con que Irene le entretenía de medio ojo, y él, sin saber con quien hablava, buscava atajos á sus rodeos para desasirse de su conversación, le fué encadenando en ella y de palabra en palabra, entre tanto que con los ojos registrava cuantos man-

(*) *Secuestraldo*, en todas las ediciones.

tos eran nubes de los soles de la Vega. Curiosa de saber lo que en él tenía ganado su amor y qué quilates había disminuido ó acrecentado en el suyo la ausencia, retocándolos en la piedra de los zelos, le dixo:

—“Lástima tengo, señor don Alexo, al desassossiego con que buscáis cosa que no teneis muy lexos ni os habeis de holgar de ver, á causa de las circunstancias, que, si averiguais curioso, os han de desengañar impaciente. Muger pintan á la Ausencia; muger es vuestra dama; y una muger con otra fácilmente se conciertan.,

Llegáronle al corazón estas estocadas, porque no hay peto fuerte de seguridad á prueba de zelos. Pero desmintiendo la lengua colores advenedizos del rostro, pregoneros de su turbación, respondió:

—“Yo, señora á quien no conozco, vivo tan cierto de ser lo que en agravio de vuestro sexo dezís, que en fee dessa verdad no he desmandado hasta agora pensamientos que traygan de acarreo forasteros cuydados al alma.,

—“Luego, nunca habeis querido bien, replicó Irene.,

—“Nunca, respondió él; que fuera quererme mal á mí.,

“Picóse desto la disfrazada amante, y, ya sea por vengarse, — que enojos, y más de amor, nunca previenen inconvenientes, — ya, averiguándose el disfraz y descubriendo quien era cuando sus impacencias huviessen hecho alarde de su afición, por dar más sazón á su amor, (pues estaba facil el remedio consistiendo solo en correr á la cara media vara de manto), — ó ya, en fin, por vengarse, — que la presumpción de la hermosura siente por agravio el no preciarle de su esclavitud en ausencia quien en presencia la confessa, — quiso con una no sé si impertinente prueba, dar perfeto punto á sus amores, que sin zelos, dicen, están desabridos como el manjar sin sal. Pero echó tanta, que en vez de sazonallos por poco los echara á perder. No en valde dixo un experimentado, que assí como la sal en los manjares, siendo poca, los hazía apetitosos, y siendo mucha, los hazía amargos, assí

los zelos moderados realçavan el amor, como los superfluos los convertían en aborrecimiento. Comprobóse este exemplo en el suceso presente, pues cargando Irene la mano en demasía le dixo:

—“Yo me había engañado, creyendo por las diligencias del cuerpo, ocupaciones del alma, pues tan señora dezís que es de sus acciones, y tan poco os ha de importar lo que, imaginando os costara mucho, dezía por emblemas. Reconoced aquel vestido verde, si por las paredes de la casa sacais el dueño que la habita, y mirad cuán pocas plaças hay vacas en la facultad de Amor, pues en ausencia del propietario, busca tan presto sustituto.,

“Apenas dixo esto, cuando viéndonos don Alexo de las manos y jurando falso el vestido de Irene en doña Serafina (quicá efeto de la liberalidad de don Alexo y por esso bastantemente conocido) apoyando sus zelos la cruz de diamantes que yo traía y él devió de ver, sacando la espada y viniéndose para mí, pudiera ser le hiziera el enojo descortés, si yo, avisado por la fingida Irene y verdadera Serafina, con un grito, no le opusiera la mía desnuda, mientras que la mucha gente que había en la Vega impidió con su confusa multitud assí la ejecución de su cólera y mi vengança, como la conclusión que tenía Irene imaginada con que dar alegre fin, manifestándose, á aquellos enmarañados principios; porque temerosas una y otra de la nota con que podían dar descubriéndose, se fueron juntas y no poco asustadas á la casa de Serafina, donde, restituyéndose los vestidos, maldixeron metamorfosis. Y don Alexo y yo, sin tener él más lugar que dezirme, “á impedimentos de vulgo en agravios de honor, si estimais el vuestro, podréis satisfacerme cuando y donde os avisare”, ni yo de responderle sino “que cuanto más lo defiriese, haría mayor agravio á mis desseos”, nos apartamos por diversos caminos, él licenciando compañías de deudos y yo de amigos. Y aunque á él le obligaron á entrarse por la Puerta del Cambrón y á mí por la de Visagra, á Toledo, sus zelos,

cuanto más considerados con más determinación, y los míos, que con los recibidos favores, puesto que engañosos, se habían hecho más lozanos, se buscaron á un tiempo, hallándonos los dos en breve distancia junto á la placuela de Santo Domingo el Antiguo, que por ser poco habitada y más á tal hora, — que començava á anoche- cer — le pareció á mi competidor propósito para decirme:

—“Huélgome, señor don García, de haveros hallado á tiempo que passados los primeros ímpetus de mi co- le- ra con más consideración y cortesía pueda averiguar si tengo razón ó no en lo que hice en la Vega. Yo, aun- que he comunicado con vos poco, os tengo por Cavalle- ro en quien no desmienten las obras á la sangre ilustre que os acredita. Quiero bien, con recíproca correspon- dencia, á la dama con quien en la Vega estávades ha- blando cuando la poca consideración de los zelos se aprovechó más de la irascible que de la moderación que tal lugar y personas pedían. He estado ausente algunos dias; y aunque la confianza que en Irene he tenido (si es cuerdo el que la funda en muger ausente) assegurava temores, con todo esso, dexé en Sevilla á medio despa- char papeles de no poca importancia, y me bolví á To- ledo, á tiempo que, no hallando á mi dama en su casa, sin descalçarme las espuelas, la salí á buscar á la Vega, ví lo que pienso que no fué sino que mis sospechas ha- ziendo tropelias en mi imaginación representaron por medio de la perspectiva mentirosas especies á los ojos... En fin, ó sea verdad ó no, á mi me pareció que os dava la mano y os favorecía más de lo que permite una pala- bra dada de esposa á un amante que ha más de un año que funda toda su esperança en ella. Y si no es que con el mismo engaño me desvanece lo que miro, la cruz que traéis al pecho acaba de certificar mi agravio, por- que al despedirme cifré con ella la seguridad de mi dicha, que por ser diamantes creí serian abono de su firmeza; y agora veo la fuerça de la ausencia, pues lo

que no puede el azero con ellos puede el breve término de un mês, pues muda hasta los diamantes, si en vos bien empleados, en mí no bien correspondidos. Quisiera saber, primero que los zelos que me haveis dado ma- logren los desseos que de serviros tuve, si conocistes con quien hablávades, y conocida, si sabeis la acción que tengo á su hermosura, ó sabiéndola, fué, aquella, representación de mi olvido más que lícito entretenimiento en tales días y puesto permitido á un medio ojo y un galan cortés, que puesto que prendas al cuello co- nocidas son testigos que no padecen excepción en mis agravios, quiero más fiarlos de vuestra lengua que de su certidumbre, por la seguridad que en vuestra nobleza tengo, de quien me prometo verdadera relación.,,

—“Mucho holgara, señor don Alexo, respondí, en co- rrespondencia de vuestro noble modo de proceder, no verme tan en la mitad deste amoroso labyrintho, para re- tirarme dél; y lo hiziera, á no dudar de la salida que di- ficulta una voluntad sin ojos y ya prendada. Pero ya que no se consiga este desseo, os diré la verdad pura deste caso, y luego, haziéndoos juez á vos mismo, passaré por la determinación vuestra, vencido más de vuestra corte- sía que de vuestra espada. Yo no supe jamás que Ire- ne, — que era la dama con quien me hallastes hablando, — tenía tan bien empleados sus pensamientos; antes, certi- ficándome del recato con que siempre ha vivido, estaban exemptos de toda jurisdicción amorosa, me atreví á la dificultad que trae consigo el conquistar voluntades pri- meriças, puesto que con la perseverancia y medios ho- nestos de una lícita pretensión ha sido [h]oy el día que huviera dado albricias á mi buen principio á no malogra- lle la ocasión que me significais tener á su hermosa possession, alegando la antigüedad que os confesso, porque la mía no passa de un mês poco más. La joya que llamais vuestra y sé yo que ha sido suya, si bien la traygo por prendas y favor de cuya fué, no la posseo con su permission ni aún ella sabe quien la tiene. Un successo

que pide más tiempo y lugar que el que tenemos, me hizo dueño suyo, que os contaré cuando vos querais y estemos más despacio. Solo podreis formar queixas de Irene, en los favores que esta tarde me hizo y dándome la mano confirmó. Viéndolo vos, según dezís, y juzgándoos ausente (que en esso no hallo disculpa) prometió corresponderme con todas veras si olvidava á cierta dama de quien nunca he tenido memoria; y prometiéndoselo con todo el encarecimiento que pude, me dió la mano á tiempo que impaciente quisistes hazer con la espada lo que Alexandro en el nudo gordiano, blasón de los Reyes Católicos. Esta es la verdad, puesto que en cifra. Ved qué determinais haga por serviros, que no parándole perjuizio al amor que á Irene tengo, juzgaré á mucha dicha el satisfazeros.,,

—“De vuestro valor y noble trato lo quedo yo mucho (respondió) puesto que con la mudança dessa ingrata crezca mi agravio. Quien no parece, perece. Fiéme en la inconstancia del viento. No es mucho haya dado al traste mi navegación; que siendo piloto la ausencia qué otro parage podía esperar quien se embarcó en la poca seguridad de una muger? ¡Gozalda muchos años, y sean con más felices fines que los míos!

“Y sin aguardar respuesta me dexó tan lastimado cuanto confuso y imaginativo. En fin, juzgando[me] preferido y con la esperanza de los favores que me dió la fingida causa de tanta confusión, llegué á mi casa determinado de dar aquella noche principio al empleo de mi engañada pretensión. Dieron las doze, y sin más compañía que la de un jaco, espada y broquel, busqué la más acomodada batería de aquella amorosa fortaleza, donde se havia quedado doña Serafina con Irene (permitiéndolo su tío) á dar traça, como la tela de Penélope, de desenredar de noche lo que havian enmarañado aquel día. A pocas bueltas, pues, que dí, escuché satisfaciones, de una ventana, no admitidas en una calle—tan estrecha como las ordinarias desta ciudad,—y por fin dellas á

don Alexo, que, perdido lo que quizá importó más á su sentimiento, digo, al juicio, dando lastimosos suspiros, como la Poesía toda es furor y los zelos en esta parte se le parecen tanto, dezia estos versos, estándolos oyendo las dos afligidas amantes:

¡Verdad, que hasta agora en duda
A los montes te destierras
Y en los desiertos te encierras
Porque no te vean desnuda,
No es tiempo que ya estés muda,
Pues callar y padecer
Con zelos, no puede ser,
Y menos con desengaños!
¡Romped el silencio, daños,
Que el pecho es carcel estrecha,
Y si cupo una sospecha
Ya no caben certidumbres!
¡Amorosas pessadumbres,
Ropa al mar, que tras la calma
Padece tormenta el alma
Y lo más pesado arrojál
La esperanza se despoja
De sus frágiles empleos;
Al agua se echan desseos
Caudal de poca sustancia:
¡Anéguelos su ignorancia,
Pues se hizieron mercaderes,
Que con olas y mugeres
No hay trato que ande seguro!
El Amor, que es Palinuro,
Al mar echa su sosiego;
Mas, piloto que está ciego
¿Cómo podrá gobernar
La nave que en tanto mar
Escollos y sirtes teme?
Ni cómo regirá el leme

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

Donde entre dos elementos
 Governan treynta y dos vientos
 Reynos de aguas inconstantes?
 Pensamientos navegantes,
 Huid peligros y encantos,
 Que en Reyno en que mandan tantos
 Poco dura el gusto en popal
 ¡Echemos al mar la ropa,
 Y la hacienda de más pessol
 ¡Vaya lo primero el sesso
 (Pues la esperança zocobra)
 Que, en fin, es trasto de sobra
 En quien falta la ventura,
 Porque zelos y cordura
 No se compadecen bien!
 ¡Memoria, anegaos también!
 Mas, si yo al mar os echara
 ¡Ay de mí! ¿qué me faltara
 Para desterrar cuydados?
 Recordais bienes passados
 Para dar males presentes,
 ¡Confianças diligentes,
 Al mar os echa un desprecio!
 Todo confiado es necio.
 Necio soy, pues confié
 En sol de hebrero, en la fee
 De un griego, en torres de vientos!
 ¡Alto, al mar, entendimiento,
 Que no os quiero á vos tampoco
 Porque discursos de loco
 No estrivan en la verdad!
 ¡Salid también, voluntad,
 Pues vuestra mala elección
 Ha sido mi perdición!
 ¡Buscad posada, sentidos,
 Que soys Sinones fingidos
 Por quien mi Troya se abrasa,

Y de enemigos de casa
 No hay que esperar sino enojos!
 Enemigos son los ojos
 Pues traen penas de acarreo
 Al alma, y con el desseo
 Concertando sus engaños
 Meten huéspedes estraños
 Que usurpan la libertad.
 ¡Oídos, desde [h]oy cerrad
 Puertas á voces sirenas,
 Que para aumentos de penas
 Os quieren vender mentiras!
 Alma, si el incendio miras
 Que en mis pensamientos passa,
 ¿Por qué no sales de casa
 Donde triunfa tu enemigo?
 ¡Huye, y llévate contigo
 Los penates si es que quedan
 Libres alivios que puedan
 Dar á tus penas consuclos!
 Mas siendo peste los zelos
 No havrán reservado nada.
 ¡A casa que está apestada,
 Cerralla y ponella fuego!
 ¡Cuerpo, á la mar os entrego,
 Que es fuego y sal juntamente,
 Y castigo conviniente
 A vuestro delito igual
 Quemar ó sembrar de sal
 Casa en que viven traydores!
 ¡Gracias al cielo, temores,
 Que no me dareis enojos!
 Sin alma, cuerpo y sin ojos
 Y sin sentidos estoy.
 Sólo el desengaño soy
 De Irene: engañóme Irene.
 Fiéme en el mar que tiene

Olas con que Amor se apague.
 ¡Quien tal haze, que tal pague!
 ¡Quien tal paga, que tal pene!

Desta suerte se iba enfureciendo don Alexo y casi executando con las manos lo que decía la lengua, cuando, alborotados los vezinos y sucediendo passar por allí su padre, que le reconoció, unos y otros le llevaron por fuerza á la casa de Irene, cuya madre, que como os he dicho, había dias que le pensava tener por yerno, sospechosa de lo que era había salido á la puerta con su hija y Serafina. Y todos cuatro, con el apasionado mancebo, despidiendo la vezindad, se entraron en una sala donde contando Serafina la causa de aquel accidente, atestiguando lágrimas de Irene, abonando caricias de su madre y juntándose promessas del noble viejo, bastaron á sossegar aquella furiosa tempestad, que la de los zelos imitan á las del verano, pues con poco que duran, amenazan peligros, pero luego se serenan. Satisfízose don Alexo; y para acabar de aseguralle, confirmaron sus padres lo que antes tenían tratado, determinándose de desposallo sin aguardar peligrosas dilaciones, con que paró toda aquella máquina de pesadumbres en abraços y regozijos, echando fuera de casa zelos y enojos que buscando con quien acomodarse y hallándose á mí escuchando por entre una ventana mi desdicha, les fué forzoso el embestirme, y á mí, el llevarlos conmigo.

“Mirad con quien y sin quien, para sossegar en mi casa lo poco que faltava para el día, hallóme despierto, puesto que juzgando por sueño todo lo que por mí había passado aquella tarde y noche. Pero, para desengañarme, llegó un page á avisarme que estava allí la criada de Irene (que os dixé era su conciliaria y mi espía) y levantándose asustado de la cama donde vestido no pudo hallarme el sueño, entró con un papel que de parte de su señora me dió y yo leí, cuya sustancia era desengañarme, contándome la verdad del caso sucedido en

la Vega, el casamiento concertado con D. Alexo para de allí en quinze dias — á que me combidava, — el pedirme la destrocasse la joya que, sin saber cómo, tenia noticia estava en mi poder, embiándome la Concepción, que por haverla hallado en su lugar cuando despertó, imaginava ser mía, — perdonándose el atrevimiento que conjeturava había tenido entonces contra la inviolable inmunidad del hospicio que mis padres la hizieron, — y últimamente, el persuadirme á la devida correspondencia de doña Serafina, encareciéndome las veras de su amor y las obligaciones en que me había puesto. Acabé de leelle y de desengañarme que no dormía. Y aunque con el sentimiento que heridas de repente, y más de zelos, causan, pudiera responderla desacuerdos, reprimí quejas para repassarlas después á solas. Y embiándole la cruz que le tenia usurpada sin admitir la pressea que en su retorno me restituía, la escribí el parabien de su acertada elección, confessando la embidia que tenia al venturoso poseedor, lo mucho que había de costarme el persuadir á la voluntad había sido engaño lo que tan de veras creyó en la Vega, — que puesto que el entendimiento le juzgava por tal, ella estava todavia incrédula. Pero para atajar los estorvos que en sus desposorios podían intentar mis sentimientos, la prometía ausentarme y asegurar con mi partida los rezelos de su dueño. Y sin responder á la cláusula tocante á doña Serafina, despedí la criada quedando de suerte que no bastando los consuelos que un desengaño suele comunicar, ni los remedios que halla el amor en sus impossibles, fué tal la fuerza de la imaginación, el valor de la pérdida y los zelos de ver enagenado lo que ya juzgá por mío, que me executaron en la salud, con tantas veras, que dudaron de mi vida los que en esta ciudad tienen por oficio el conservarlas.

“Sintiéronlo mis padres como quien, siéndolo solo de un hijo, libran en él todas sus esperanças. Y sabiendo la ocasión, hizieron las diligencias posibles para obligar

á Irene á que, siquiera con fingimientos, me entretuviese hasta que saliese de peligro.

“Dió muestras de intentallos, compasiva como noble, si desdeñosa como amante de don Alexo, que bolvió á formar sospechas. Y assi, por acudir á lo principal, que era satisfacerle, dexó lo accessorio, que era sanarme. Publicáronse las bodas para mañana, en cuya solemnidad han comenzado sus vísperas las luminarias que haveis visto y con que Toledo celebra el amor que á tan ilustres vezinos tiene, cuyas nuevas (en fe que una pasión de fuerças) pudieron tanto en mí que bastaron á levantarme de la cama y á persuadir á un criado, para que, sin dar parte á mis padres, me ensillase un cavallo y me siguiese.

Estava éste sobornado por doña Serafina; y yendo á avisarla á la Quinta ó Cigarral (que con tanta propiedad llamó su ilustríssimo dueño, Buenavista) donde eran las fiestas y donde como tan amiga de la desposada assistia, previno un coche en que aguardándome al passo, impidió los de mi determinación, contándome el cómo y cuando havia tenido noticia della, y obligándome á que dexásemos en la venta su coche y mi cavallo y oyese en este sitio las querellas de su amor, que en su principio ocasionaron la dicha del deteneros y hazernos compañía. Veis aquí, amigo, el successo de mis desgracias. Disponed vos agora dellas y de mi gusto, que como tan interesado en él, yo sé que no permitireis acabe de malograrse á los ojos de quien con tanta crueldad le tiranica.,,

—“Yo, dixo don Juan, doy muchas gracias á los cielos por haverme guiado á parte donde pueda escusar á vuestros padres la muerte, que será cierta en sabiendo vuestra ausencia. Y cuando no haya sacado otro fruto la mía más de llegar á ocasión de valerme de las leyes de nuestra amistad, la doy por bien empleada, y en virtud della os suplico nos bolvamos á vuestra casa donde, antes que en la mía, sepan mi venida. Quiero ser vuestro huésped, á que deve obligaros siquiera el desseo de sa-

ber mi historia—no menos peregrina que la vuestra,—que prometo contaros en ella. Y pues doña Serafina, como combidada de los desposados no havrá hecho falta en la suya, ni en Buenavista la havrá echado menos la confusión de tanta fiesta, paréceme que se buelvan á ella, que yo espero de las mudanças del tiempo y desengaños vuestros, que han de dar lugar al agradecimiento, para que, desocupando la voluntad, conozca lo bien que la está el admitirla por su dueño.,,

—“No quiero, señor don Juan, dixo Serafina, otra satisfacción de la mucha que él sabe que le tengo, sino el verle presente, pues cuando la mía forme agravios por mal correspondida, pagará por los ojos al alma en esperanças que sustenta con su vista.,,

—“La de don Juan solamente fuera poderosa, respondió don García, para hazerme mudar propósitos y camino. Dénmele los cielos de conocer lo mucho, Serafina hermosa, que os deve.,,

Levantáronse con esto todos, á tiempo que embidia la Aurora de la poca falta que havia hecho en Toledo la luz del Sol aquella noche tan apadrinada de luminarias, le dava prissa para que, reconociendo sus rayos, á imitación de las estrellas se escondiesen, corridas de ver su resplandeciente magestad. Y llegando á la referida venta de las Pavas, despertaron sus criados, que sobre las colchones de Baco, pudieran vender sueño á sus señores y quedarles el braço sano. Volviéronse á Toledo. Y al emparejar con el Hospital de Alfuera se dividieron: Serafina, en el coche, hazia Buenavista; y los dos amigos á la ciudad, en ocasión que la casa de don García estava alborotada y sus dueños, temerosos de alguna desgracia, dando traça de buscarle. Recibiéronle con amorosas reprehensiones. Y dando la bienvenida á don Juan, los aposentaron juntos por conocer su gusto, encargándoles restaurassen la mala noche (que echavan de ver havían pasado) á costa de algunas horas del día, en que tanta parte tiene el sueño de los Cavalleros, que cerce-

nándole á las tinieblas,—contra el orden de la Naturaleza,—se le cargan de ordinario á la claridad del día; que para ellos amanece á las doze cuando más temprano.

A tiempo llegó Serafina á la Quinta,—tálamo de las celebradas bodas,— que el sol, en el principio de su acostumbrado trabajo, pudiera dar ocasión á los desposados para maldezirle por madrugador si le permitieran entrada las ventanas, prevenidas con tiempo para semejantes atrevimientos, y el sueño, ocasionado entonces más que otras veces, assi por la dilación del tiempo que le permitieron usar de su oficio (que no pudo ser más temprano que á las tres de la mañana) como por la disposición que halló en los dos consortes y comodidad de los brazos que le aguardaban. Añadiendo al cansancio con que queda amor en semejantes aventuras, el apetitoso fresco del verano en aquellas horas tan amigas de sábanas y colchas, no le huvieran dado tanta jurisdicción, que á permitirlo obligaciones de gratuladores amigos pudiera ser se les passara á los ojos por alto la luz de aquel día.

Descansó Serafina en una cuadra, que, entre otras, dava regalado hospicio á los combidados, fingiendo con sus amigas un dolor de cabeça que dió ocasión para no hallarse á los festejados desposorios; y entre esperanças y temores mil vezes verificaron sobresaltos despiertos, desyelos dormidos. En fin, ella, como los desposados, se levantaron; éstos, recibiendo parabienes á bueltas de graciosos motes,— en que tan diestros están los ingenios de Toledo,— dando alegre materia para ello los visoños casados que sacaron colores nuevas en las hermosas mejillas de Irene y dieron pié á cortesanas respuestas de don Alexo.

Estaban puestas las mesas debaxo de los artificiosos cenadores de la Quinta, donde la Naturaleza, en floridos jazmines, alegres parras y peynadas murtas, arrogante havia admitido la curiosidad de la industria para

que, ayudándose la una á la otra, hiziesen más ostentativos los triunfales arcos de Amor, coronando de sus verdes trofeos á los combidados. Sentáronse todos, adelantando la hora al banquete (que entre cavalleros, y más entonces que triunfava la gula, suele ser más apropósito para cenar que para comer) por dar tiempo á un torneo de agua que la capacidad del río—cuya tabla en aquel lugar permite semejantes gentilezas,— el amor que á nuestros novios tiene nuestra ciudad, y la riqueza generosa de sus cavalleros, havia traçado para aquella tarde. Ya començavan á servirse los principios, quando entró de camino un gentil hombre cordovés con unas cartas que doña Serafina recibió, no poco asustada, por conocer en ellas la letra de su hermano. Y abriéndolas (satisfecha primero la cortesía de los circunstantes) vió que dezian assi:

CARTA

“Bastante ocasion me havia dado el suceso passado, que tan contrario fué á vuestra reputación, para no bolver en mi vida á vuestros ojos, menos que á restaurar, quitándoosla, el honor—si no perdido, murmurado,— que tan amigo es de sangre. Pero ha podido tanto el amor que don Andrés os tiene, y la cuydada información que os disculpa, que á persuaciones suyas y obligaciones mias (pues muerta mi madre queda por mi cuenta vuestro estado) determino reducir venganças á amistades.

“Yo he buuelto á Córdoba desde Lisboa, donde de nuevo he ratificado la palabra que dí á don Andrés de que seréis su esposa, en cuya conformidad os escribe, y para cuyo cumplimiento estaremos en essa ciudad dentro de quatro dias despues que hayais recibido estas. Tengo por averiguado que quando disgustáredes deste casamiento (que no hallo razón por qué) el satisfacer sos-

pechas y mostrar cuán poca causa distes á ellas os obligará á admitir lo que os está tan bien. Y en fee desta seguridad, os prevengo que luego que llegemos celebrareis vuestros desposorios y concluidos nos bolveremos todos á Córdoba; que en compañía, y con los regalos de vuestro esposo, olvidareis presto la de vuestra patria.

“A mi tío escribo sobre ésto. Sus canas y prudencia os persuadirán á lo mismo. Guárdeos el cielo. Córdoba y Julio, etc. Vuestro hermano,

Don Luis...

Havíanse reducido á los ojos, con el alma, los sentidos de la turbada Serafina, por averiguar lo que contenía aquella definitiva sentencia. Y en notificándola el entendimiento á la voluntad, no fué posible que dexassen de pagar todos el tributo al pesar que en tales casos libertades violentadas acostumbran, copioso de suspiros y rico de lágrimas, cuya nueva alteracion dió causa á que reparassen los más en ella y que Irene se la preguntasse. Púsole el pliego en las manos sin poder hablar palabra y leida la de don Luis (porque la de don Andrés, cerrada, como vino, tuvo solo licencia de abrilla el fuego) después de muchos sentimientos, al fin se resolvió en bolverse al punto á la ciudad, assi por no aguardar aquella fiesta con sus desdichas, como por acudir con tiempo al remedio de la que esperaba. Despidióse de todos dexando compasivo sentimiento á los que sabían su successo, y admiracion á los que le ignoravan. Y haziendo traer un coche, dió la vuelta á su casa, sospechó que desseosa de que él se convirtiera en ataud y ella en sepultura.

Entre tanto, pues, que los desposados apressuravan platos por no dilatar la fiesta con que el cortesano Tajo los aguardava y Serafina caminava filosofando ocasiones para el aborrecido desposorio con que persuadir á su tío á que le contradixesse, los dos amigos, don Juan y

don Garcia, cercenando al sueño algunas horas, mejor empleadas en comunicar sucessos que en suspender sentidos, havian renovado laços á su amistad; que no la há tan firme que ya que no quiebre con la ausencia por lo menos no afloje. Y persuadido don Juan de don Garcia á que le contasse las aventuras de su peregrinación, por dalle gusto y recibir el que esperaba de la mudança que havian hecho sus desdichas con su dama, dixo assi:

—“Aunque la amistad que tantos años ha que professamos hizo á cada uno de nosotros señor del otro tan absoluto que ni hubo secreto que lo fuesse, ni bien ó mal de que no nos tocasse la mitad, con todo esso, las contrarias inclinaciones que en el tiempo que vivimos juntos nos diferenciaron haziéndome á mi amante y á vos libre, no os pudieron de suerte hazer capaz de mis passiones, que ya que las supiéssedes por mayor, os diessen noticia de muchas circunstancias, niñerías al parecer de quien no es amante y veras del alma para los que lo son. Y assi, para refrescaros la memoria, como para que conozcais la fuerza dellas, la razón que tuve para hazer tan larga ausencia (que si en ella no la haveis sabido ya que yo entonces no os la dixere será bien pagaros agora esta deuda) quiero epilogaros mis amores desde el día que los dieron principio los favores de Lisida, hasta que sus mudanças me obligaron á hazerla de Toledo.

“Un año, como os sabeis, havia que cautivé los verdes de mi edad en el hermoso Argel de Lisida. Y poco menos que en mi competencia, don Baltasar, moço, rico, noble, y como tal, atrevido, sazónó con sus zelos mi amor. Él, aprovechándose de las partes que os he dicho, no perdonava diligencia, y yo entre confiado y temeroso, ni haziendo tanto caso del opositor, que me desesperasse,—porque la cordura de mi prenda me assegurava no haria elección de quien tan mala cuenta dava de las que, engañadas, havian en él malogrado las suyas,—ni descuydado de suerte que no viviesse con vigilancia de

pretendiente (que así queda bien encarecido), y procurava contraminalle sus ardides.

“Tenia don Baltasar muy falido su crédito en causa de algunas bellezas,— fáciles en dar fee á sus promessas y difíciles en restaurar lo que por ellas perdieron,— que, burladas, libravan sus esperanças en agravios como él sus obligaciones en olvido. Y así, por éste, como porque Lisida, según ella dezia tenia tan enagenada la libertad en mí que no dava lugar á peregrinas impresiones, vivía yo con más satisfacción que deviera y la experiencia me mostró tarde. ¡Merecido castigo de quien la tiene en la mudança, ó en la muger, que todo es uno!

“Un día, pues, que, por más favorecido, se juzgava mi amor más venturoso, estando en los trucos divirtiendo horas del día hasta lograr las de la noche á quien devo mil amorosas terecerías,— testigos la calle y rejas de mi dama,— entró el cauteloso competidor con tan desusadas muestras de contento en el semblante, que reparando en él mis zelos,— astrólogos que conjeturan por las señales de la cara la ocasión que tienen para acrecentarse ó disminuirse,— me dió ocasión á preguntarle la causa de aquella novedad. A que me respondió aparte,— que aunque de noche nos acuchillávamos, nos hablávamos de día:

—“Téngoos yo, señor don Juan, por hombre tan desinteresado en dichas ajenas, que, aunque sean á costa de sentimientos propios, cedereis el derecho que dá la fortuna y no los merecimientos. Dígolo, porque en la pretensión amorosa que los dos hemos tenido, estoy tan adelante como dirá este papel que acabo de recibir y os vengo á notificar. Leed secreto, y no estorveis embidioso mi buena suerte, sino en posesión, con esperanza de estallo tan presto, que os admire...”

“Diómele entonces, y yo, sin hallar palabras que respondelle por havérmelas retirado la turbación, fié de los ojos al alma sus letras, que dezain así:

PAPEL

“Más cuydado tienen mis padres de aumentar los míos, que vos de bolver por la acción que teneis al derecho que pretenden usurparos. Vedme esta noche por donde sois,— que hay muchas novedades en mi casa más para lloradas que para escritas, y falta la mayor,— si vos os determinais y las tinieblas nos ayudan...”

“Conocí la letra, desconociéndome á mí. Y cuando iba á darle tibios parabienes y preguntarle qué novedades eran aquellas, entró un amigo suyo (no sé si prevenido primero) que diziéndole: “Para lo mucho que tenemos que hazer, son muy propósito los trucos...”, le sacó del brazo, dexándome sin el papel— pero con el traslado en el alma,— y de la suerte que vos podeis imaginar, pues ya soys de mi profession. Hize mil discursos, ya disculpando á mi enemiga con los unos, ya condenándola con los otros; éstos, fundándolos en la letra conocida y estilo de sus palabras, y aquellos, en los engaños de quien le truxo, pues la facilidad con que le puso en mis manos (cuando deviera recatarse dellas por escusar los estorvos que como tan interessado havia de ponerle) me hazía más maliciosa su cautela. Pero, en fin, ni despreciando confiado, ni sentenciando arrojado, aguardé aquella noche— más vagorosa, á mi parecer, que otras,— á certificar indicios y prevenir sufrimientos.

“Bien los huve menester para no dar voces y perder el sesso, hallando colgada una escala del valcon donde solía hablarme Lisida y baxando por ella un hombre (juzgad vos de lo que haveis oido si sería don Baltasar!), que ya en los últimos passos afirmava los pies en el suelo. Y aunque le seguí determinado de que lo fuessen de su vida, él se dió tan buena diligencia que se me puso en

cobro, gracias á las enmarañadas calles desta ciudad. Y yo bolviendo fuera de mí al mismo puesto, intenté, subiéndolo por la escala, pues havia sido instrumento de mi agravio, lo fuesse también de mi vengança. Pero quando quería poner en execucion mis desatinos, vi recogerla de dentro, y, alborotada la casa—devia de ser por haver sentido sus padres, tarde, su deshonor—de quien, por no ser testigo, sintiendo que salían en busca del delincuente me retiré reportando ímpetus, si lo pueden estar quando los ingendran zelos impensados. Consideré que Lisida havia hecho como muger—pues las que no se mudan exceden de su natural,—y que para mi satisfacción me sobraba el mal pago que tenía por cierto la havia de dar el ya olvidado amante, pues no havia ella de ser más dichosa que las demás burladas. Y con estos consuelos, por mejor dezir, desesperaciones, determiné sin daros parte (por escusar estorvos) ausentarme la misma noche. Mal hize, si zelos y desengaños en sus principios permiten desempeños de amistades. Pero, en fin, lo executé, recogiendo joyas y dineros y partiéndome á Vinaroz, donde estaban las galeras de Nápoles; porque no satisfecho de poner tierra en medio, quise poner también toda el agua del Mediterraneo para sepultar agravios en estos dos elementos. Pero como los zelos son desesperados, ni en la mar ni en la tierra hallaron sepultura, y assi se buelven en el mismo estado que quando de aquí salieron.,,

—“Antes que passéis adelante (dixo don Garcia) quiero desengañaros de todas essas ilusiones, tan fundamentales en los accidentes y contrarias en la sustancia, averiguadas por mí con rigurosa información, no sólo en los ojos de Lisida, que han hecho compassiva costa á sus pesares, sino en el mismo don Baltasar, que viéndose más aborrecido estando vos ausente, confessó la verdad blasonando de haveros echado de Toledo, y satisfecho de que perdiéssedes lo que él no pudo gozar. El villete que os enseñó era para vos, haviéndole llevado á

sus manos un bolsillo de reales con que cohechó á la tercera; y sirviéndose de sus letras como de espías dobles, os hirió con vuestras mismas armas, que una espada mal aplicada muchas vezes daña á su propio dueño. En confirmación de lo qual, zeloso vuestro contrario, os le quitó de las manos hiriéndoos con él, para cuyo efecto os le enseñó. La escala que hallastes á la ventana y el hombre que baxó por ella, fué con diferente motivo del que sospechastes, como sabréis por la verdad del caso. Don Sebastián, hermano de Lisida, inconsiderado y moço, estava, como vos sabeis, tan perdido por una belleza de la Corte,—su desigual en calidad y hazienda y aun en reputación, si hemos de dar crédito á la fama, pues quando sea mentirosa basta, en fin, ser fama para huir de su lengua,—que havia determinado de casarse con ella.

“Súpolo su padre, sacóle forçado de Madrid y trúxole á Toledo, donde, viéndole rebelde, mientras que persuasiones cuerdas resfriavan el entendimiento y la ausencia ímpetus ciegos de la voluntad, determinó tenerle encerrado en aquella sala, cuyo balcón tantos favores os hizo, como vos dezis, las noches que desde él os habló Lisida. Pero el arrojado moço, llevado más de sus desseos que de los de su padre, colgando una escala (de quien en impressas amorosas muchas vezes havia fiado sus entretenimientos) y descolgándose por ella al tiempo que vos llegáades, atropelló consideraciones y consejos y se partió á Madrid, donde, llegando la noche siguiente y queriendo reconocer ciertos emboçados á las puertas de su empleo, le hirieron tan mal, que por poco le costara su desobediencia la vida. En fin, convalació de la herida y del alma, y casado á gusto de sus padres, vive quieto y contento, como Lisida, libre de los aprietos con que apressuravan su casamiento quando os escribió el mal entendido papel,—quitándoos este estorvo dolor de costado que se llevó en quatro dias al esposo intruso,—y entreteniéndolos con dilaciones artificiosas que han durado los años de vuestra ausencia, los ha per-

suadido, Lisida, que hasta que los seys se cumplan tiene hecho voto de no casarse. Don Baltasar huyó á Milán acosado de tres cédulas de casamiento que á un mismo tiempo presentaron al Vicario tres diferentes acreedoras de un solo matrimonio; porque veais cuán fácilmente se engañan los ojos y cómo castiga el tiempo á quien por malos medios dessazona voluntades.,,

— ¡Válgame Dios! dixo don Juan. ¡Y qué estraños son los sucessos desta vida! Notable cosa es que, siendo los casos contingentes de suyo tan disparatados, se eslabonen algunas vezes de modo que más parecen efetos de causas concertadas que accidentales y sin orden. ¿Quién no se persuadiera, viendo la correspondencia del papel y escala, que todos eran medios dispuestos para un fin, y que más distantes pudieran imaginarse? Sólo vos pudiéades acreditar cosa tan peregrina, cuya autoridad puede obligarme á dar la fee y en pago della los braços á vos, que por lo que yo sé, los estimais. Creo que los tendreis por las mejores albricias de tan dichosas nuevas. Vamos á pedir perdón á mi inocente constante de los agravios que en tantos días la han hecho mis imaginaciones. Disculpadme. Sed mi padrino, y bolved á concertar voluntades que ha tanto que andan descaminadas; que antes que vea á mis padres ha de quedar Lisida satisfecha, yo en su gracia, y vos con la gloria desta impressa.,,

— Sossegaos (dixo don Garcia) que se os atropellan los contentos en la boca. Lisida es fuerza que se halle en las bodas de Irene y don Alexo, por ser tan su amiga, y cuando no lo fuera, porque la autoridad de los desposados se ha llevado tras sí todo lo principal y hermoso desta ciudad. Mirad vos como podrá faltar quien tiene tanto en lo uno y otro. Proseguid vuestros sucesos, que me tienen desseoso de saberlos lo que me promete tan larga ausencia y el ser vos quien en ella hizo los papeles principales, pues no es possible que dexé de contener sutiles puntos.,,

Iva á responderle don Juan y començar su discurso, cuando entrando una criada donde estavan le dió un papel junto con una carta abierta y le dixo:

— “Mi señora doña Serafina tiene en vos cifrada toda su esperança, y segura de que acudiréis á ella os aguarda á vos sólo por respuesta, si don Garcia no está para acompañaros.,,

Fuésse, y abriéndole vieron que dezia:

PAPEL

“De la que va con ésta conoceréis, señor don Juan, cual estará quien espera en tan breve término ver su libertad en poder de quien aborrece tanto, cuando se contentava de ser, sino amada, agradecida de don Garcia. El contento de tenerle por vos presente, se me malogra con la ausencia que me amenaza, si vuestra discreta persuasión no convence la cuerda vegez de mi tío á que ponga el medio más necesario que de vuestro ingenio espero; que como estorve este casamiento, por riguroso que sea, se me hará fácil, para cuya execución os quedo aguardando, etc.

Doña Serafina.,,

Leyeron los dos, después del papel, la carta de don Luis, su hermano. Y porque admireys, amantes, lo que pueden pérdidas de lo que se posee aunque no se estime, don Garcia, que nunca amó á doña Serafina y tan essento estava su parecer de la jurisdicción que en esta parte podian tener en él los zelos, luego que acabó de oír la última cláusula de la carta (entre tanto que don Juan, suspenso, rebolvía traças con que desahogar la afligida amante) considerando lo mucho que la devia, la impossibilidad de su primero empleo, la resistencia que en su favor hazia para no casarse, y que, en fin, forçándola

á ello la libre resolución de su hermano havia de embidiar en poder ageno lo que con tanto tiempo pudiera gozar en el propio, y, en fin, la prisa con que todos estos inconvenientes le amenaçavan, sin ser poderoso para más, dixo con amoroso sentimiento:

—“En fin, don Juan, amigo, ¿se casa Serafina y no es contigo? En fin, don Juan, ¿pierdo á doña Serafina?.. Palabras que á un mismo tiempo admiraron al generoso amigo y le abrieron camino para atajar el que tanto rehusava su dama. Y assi, aprovechándose de la buena ocasión en que hallava á don Garcia, si no determinado, por lo menos dispuesto á lo que deseava persuadille, le respondió:

—“Sí, amigo, Serafina se casa y no es con vos. Don Garcia pierde á doña Serafina, ella la libertad, vuestra nobleza el crédito y vuestro agradecimiento la opinión, Toledo su hermosura y la esperanza que tenia librada en el tiempo de que haviades de dar un fin apacible á sus tormentos; y en fin, ¡quiera Dios que no le tenga por vuestra culpa tan lastimoso, como estas razones pronostican, la vida de vuestra inocente aborrecida! Todo esto se remedia con una sola acción y lustre. Ponderad la vida que le deveis, la firmeza con que os ha querido, el riesgo que corria por vos su honra, el peligro en que la puso su hermano, la pérdida de su madre, la determinación con que os salió al camino y que de todo esto sois vos solamente la causa sin querer ser el remedio. Vereis cuán obligadas halláis todas vuestras potencias y sentidos á la satisfacción de tantas deudas. Examinad al entendimiento, cuyo objeto es la verdad, y vereis cuán convencido se halla con tantas como su firmeza os ha propuesto; la voluntad, con el bien que se os sigue de tan noble, rica y virtuosa consorte; la memoria, con tantas cartas de obligación en que os ha de executar podrá ser cuando sea imposible el pagarlas; los ojos, con su belleza; los oídos, con su discreción. Y discurriendo desta suerte por todos, vereis que no hay en vos cosa que no

esté adeudada. Ya Irene se casa, y intentar cosa que desdiga de su honra y vuestra nobleza ni á vos os pasará por el pensamiento ni yo os lo consentiré. De dos acreedores que vuestra voluntad tenia, ya el uno os da carta de pago que es Irene sola. Queda Serafina, y yo por agente suyo. ¡Vive Dios, que si permitis en ocasión tan apretada que ella añada quejas de vuestra ingratitud á las passadas, que antes que á mis padres vea, ni á Lisida, que es alma de mi vida, he de ausentarme donde ni ellos ni vos tengais jamás noticia de amigo tan poco poderoso con quien tanto estima!

—“Basta, don Juan (replicó don Garcia) que á menos bueltas confessara el alma en el potro de la verdad la obligación que á Serafina tiene, y en vos, de nuevo, reconoce. Poderosa es la ocasión, eficaces los zelos, executiva la brevedad del término que tenemos. Vamos á ver á Serafina. Hablemos á su tío, y cumplamos, si es possible, de una vez con ella, con vos y conmigo..”

—“De tan noble proceder, dixo lleno de alegría don Juan, no podia salir menos ilustre conclusión. De nuevo confirmo con estos brazos nuestra amistad, en vos tan bien lograda..”

Con esta resolución llegaron á la presencia de la temerosa amante, que de rodillas estava suplicando á su tío si no hallava otro remedio con que impidiese el daño que esperava, escogiesse uno de dos: ó encerrarla en un Monasterio, último paradero de desengaños del mundo, ó divudiesse con la daga el cuerpo del alma tan infelice por estar en su compañía. Hablóla don Juan, dándole sucinta cuenta de la determinación de su amante, entretanto que él, contemplando en el lloroso rostro de su prenda (que parecia havia sacado de ostentación nueva hermosura, no sé si adivinando lo que entonces la importava) havia hecho gala de las lágrimas, que tal vez en un semblante hermoso no suelen ser el menos eficaz afeyte, y juzgándole por más bello que otras,—porque siempre parece más hermosa una cosa cuando se enagena. En

fin, acortando palabras y remitiéndose las lenguas á los ojos, Serafina, trasladada en un instante desde el inferno de la desesperación al cielo de su esperanza, si no loca poco menos; don Juan, diligente; el venerable viejo, persuadido, y don Garcia enamorado, después de arbitrar diversos medios, se resolvieron en el más seguro, que fué desposarlos antes que llegassen don Luis y don Andrés, que havian de impedirlo.

Fueron, pues, todos tres á casa del Vicario del Arzobispo, el cual informado de la necesidad del caso y valor de los interesados, con libertad eclesiástica dispuso en que publicándose el día siguiente que era de fiesta, los enamorados contrayentes pudiesen desposarse luego, con que dieron la buelta á la del prudente tio con el contento que por no agravarle con avaros encarecimientos remito á quien ha leído las trabajosas y prolijas vísperas desta solene fiesta y sabe por experiencia en lo mucho que se estima lo que mucho cuesta.

Cenaron juntos. Y despedidos de la agradecida Serafina, — que como tan nueva en saber de gustos, y acostumbrada á pesares, casi los desconocía, — se fueron los dos amigos á casa de don Juan, donde sus padres reiteraron abrazos y celebraron el hallazgo del perdido mayorazgo con no menos contento que el que acavo de referiros, embiando parabienes los coraçones á los ojos embueltos en lágrimas, que éstos con una misma moneda pagan placeres y pesares: solo se diferencian en las marcas, porque las unas las acuña el regozijo y las otras el desconsuelo. Quedóse con don Juan, aquella noche, don Garcia, — avisando á sus padres no le esperassen, — y passaron la mayor parte della en apuntar sucessos que remitió el reciénvenido para más espacio, no hartándose de belle los que sin saber en cerca de tres años dél le havian llorado por muerto.

En este estado estaban los amores antiguos de Serafina y nuevos de don Garcia cuando (bolviendo atrás algunas horas de las referidas) los satisfechos desposa-

dos que en Buenavista dexé acabando de comer, cumplida aquella natural obligación con magestad espléndida, havian ocupado los miradores y andamios que marginando el imperial rio davan nueva vida á sus cristales y admiración al artificio que los havia vestido de doseles y telas, donde las labores de los arquitectos gusanos, compitiendo con las de la sutil naturaleza, davan en qué entender á los ojos de los jueces, sin determinarse á quien cediesen la ventaja. Ocuparon los novios los prevenidos asientos, acompañados de toledanas hermosuras, aparadores del Amor, que arrogante de verse obedecido de tales vassallos se olvidava de sus passados triunfos, trasladando la Monarquía de Chipre, su patria, á la delectosa ribera de la nuestra. Estaba en medio de los poblados miradores un sitial magestuoso y debaxo dél tres sillas de brocado, tribunal de los señalados jueces, que fueron: don Gerónimo, padre del desposado, digno por sus canas y prudencia de otra mayor judicatura; don Pedro y don Gomez, si no tan viejos á lo menos tan ilustres y cortesanos, eleccion cuerda de los naturales competidores. A la mano derecha, debaxo de otro dosel, los precios del torneo, tan ricos y curiosos, que animavan á los aventureros, si no con el interés de su materia con la delicadeza de su artificio, deseosos de mejorallos en la possession de sus damas. Los que entravan en la fiesta, que eran de los más moços, más nobles, más hazendados y más amantes de Toledo, sin perdonar gastos ni diligencias, havian recogido cuantos barcos trillavan por todas aquellas veynte leguas el transparente campo del padre de los ríos, y armando sobre ellos las máquinas de sus ingeniosos pensamientos, havian hecho á mano un apacible soto de poblados álamos, tarayes, acebos y otros árboles silvestres, que entrando parte dél en las corrientes bastara para encubrir los apercebidos barcos, causando á un tiempo recreo y admiración su vista. No se acordavan haverle visto otra vez los cárdenos riscos — cárceles del Tajo — más favorecidos de sus co-

marcanos hijos, porque trasladada la ciudad á ellos y despoblados los vezinos lugares, representavan una ordenada confusión y apacible variedad que los coronava, siendo como anillo de diferentes esmaltes y sirviéndole de nudo y piedra el hermoso trono de las damas que acompañavan á los generosos novios.

Salió vestida Irene de tabí de plata y verdemar; Narcisa, de encarnado; Anarda, de pajiço; Isbella, de rosa seca; Lucinda, de turquí; Diana, de morado; Sirena, de flor de romero. Y la graciosa Lisida, descuydada del bien que le prevenia su firmeza y cuydadosa de quien juzgava tantas leguas distante y tenia tan cerca, salió de leonado con guarnición de verde obscuro y oro, señal de sus congexas aliviadas de la esperanza, que aunque confusa con tan larga ausencia, campeava con los quilates del oro de su fee. Dexo á la consideración de quien conoce la vizaria de Toledo, la diversidad de tocados, flores, lazos, cifras, medallas y laberintos de cabellos, por no perderme entre ellos, contentándome con dezir que la fiesta era de Irene y de don Alexo; las damas, de la cabeça de España y en número muchas, unas enamoradas y otras libres, procurando hazer los vestidos y tocados enigmas de sus passiones, expuestas á las varias interpretaciones de quien las explicava, según el estado de sus pensamientos, tales agradecidos, y tales agraviados. Pocos ojos havia ociosos y pocas almas que no se assomassen á ellos olvidando lo que esperavan por lo que veían; cuando despertándolos del entretenido éxtasis la música de la multitud de instrumentos que la barca del Mantenedor acompañavan, vieron en la mitad de la transparente tabla un formidable dragón, tan á lo vivo, que dió causa al alarido popular de la femeníl naturaleza. Cubrían las escamosas alas de tal suerte los dos bordes, que no se vían seys remeros que debaxo dellas venían bogando, pareciendo los remos pies de la aparente sierpe. Servia de proa la cabeça, que, en siete repartida, retratava la Hidra fabulosa, vitorioso triunfo del Te-

bano; y la enroscada cola, que era la popa, dando espantosos latigaços açotava sin culpa las cristalinas ondas que en multiplicados círculos parece abrían las bocas para quejarse. Preguntar querían los juezes el nombre de su dueño, cuando, disparando por las siete bocas infinitad de llamas con desapacible aunque entretenido estrépito, se cubrió la región del ayre de varias figuras y peregrinas impressiones, ayudadas de las pardas nubes (que aquel día hizieron cortesano al Sol para que, ni abrasando con sus rayos ni impidiendo con su luz la de los fuegos, con más distinción hiziessen fiesta á los ojos), pareciendo abrasarse aquellos montes. Duró un buen espacio, con festiva inquietud de la plebeya gente que forçada de la solícita persecución de los cohetes desamparavan sus sitios; y ellos, ya retoçando pies y ya atreviéndose á las ropas, como alguaziles de la fiesta, parece que, diligentes, andando de ronda, buscavan en los circunstancias si traian armas prohibidas. Resolvi'se, en fin, en humo y llamas la máquina artificiosa, y desvanecida la confusa niebla bolvió á su possessión la claridad, quedando la barca desembaraçada, y en la proa, vestido de reales ropas, sobre una silla augusta, don Fernando, coronado de las dos diademas que hazen la Imperial, con un estoque desnudo en la mano diestra y en la otra un globo ó esfera, armas de nuestro Toledo, que por ser tan hijo suyo quiso representarlas en sí mismo; y los seys que bogavan antes encubiertos, ya patentes, vestidos de africanos, á los bordes, con las armas pintadas (en los remos) de las principales ciudades y villas que se incluyen en este Reyno, conquistadas por el valor de nuestros antepassados.

Admiró la invención y celebraron la voluntad que el Mantenedor tenia á su Patria recibiendo los juezes la letra que dezia:

*Las armas me bazen feliz,
Letras y hermosura beredo;
Mas ¿qué mucho, si Toledo
En todo es la Emperatriz?*

Estimaron la letra cuantos la oyeron por la parte que en ellos les cabía, y hizieron misterio del postrer verso viendo abreviado en él el nombre desta ciudad llamándola Emperatriz de todo, pues la síncopa de Toledo, quitándole la sílaba de en medio, viene á ser *todo*, con tanta propiedad, como puedan verificar su[s] ingenios, religión, hermosura, nobleza, hazañas, riqueza, clima, aguas y frutos. Pues hasta su río produce oro, sus montes plata y sus fuentes jacintos. Siendo esto tanta verdad como muestra la experiencia, y yo tanto menos apasionado en su alabança, quanto no siendo natural ni vezino della, devo ser tenido más fidedigno.

Recreándose estavan los ojos en la viçarra ostentación de la Mantenedora varca, quando los apartó della la novedad de la primera aventura, que fué una ánade hermosa, tan grande, que ocupava toda la capacidad de la navegadora máquina. Venía cubierta de tantas plumas, que imaginaran ser selva si no los engañara la forma verisimil que traía de ave, y tan blancas, que los persuadiera á que era monte de nieve si lo permitiera el tiempo caluroso — tan fuera de propósito para tal imaginación. Traía dos remos con apariencia de pies, proporcionados en todo á su cuerpo, sirviendo la proa de cabeza y la popa de cola, que haziendo oficio de timón recreava á cuantos la vían dando hipérboles á sus alabanças. Y para divertirlas salió nadando de improviso, desde lo más profundo del diáfano raudal, un gallardo mancebo que abraçándose á su cuello y recebido con amorosas muestras por la agradecida ave, al són de arpas y bigüelas que se oían sin ser vistas, debaxo de sus alas, no halló hospedage mejor que el de su coraçón. Y así, abriendo el capaz pico, le admitió dentro, bolviendo á salir en tiempo breve sobre las rizadas plumas de la nevada espalda don Suero, vestido de raso blanco guarnecido de oro — á fuer de marinero, — terciada la lança y abraçada la targeta, dando con gallardo brío la letra á los juezes, que leída en alto dezía:

[H]oy por vos, Anade, el río
Passa á nado mi fee bonrada.
Por vos nada, y sin vos ¡nada!

Agradecida fué de los entendidos la agudeza del mote conociendo quién era la dama á quien servia el dueño dél y la correspondencia con que era pagado, ponderando el ver incluido en el verso primero su nombre y sobrenombre con tanto artificio, puesto que hubo escrupulosos que dixeron ser falta reprovada en las empresas (cuya alma es la letra) el aprovecharse ó jugar el vocablo en ellas; pero perdonósele por ser bien traído. Entretanto, pues, que unos la celebravan y otros la mordían, se havia el Mantenedor ocultamente mudado la[s] Imperiales ropas, saliendo vestido de otras más ligeras y á propósito para el marítimo entretenimiento. Y presentándose su contrario á los juezes en quien se depositó una firmeza de diamantes, hecha la señal por los militares instrumentos, se encontraron por las proas con tanta destreza y igualdad, que guardando para el segundo acometimiento la dicha, neutral del primero, codicioso demasiado el aventurero de emplear bien el golpe, dió consigo en el río, con mejor suerte del Mantenedor, que antes que el competidor cayesse quebró en su targeta la lança y ganó el premio que presentó á Diana con embidia de Isbella, que le amava en secreto y quisiera ver logrados en público sus merecimientos. Bolvió segunda vez nadando á su simbólica Anade don Suero, asegurando los temores que la caída y peligro del claro piélagos causava á quien sabía cuán riguroso castigava semejantes atrevimientos, de que no temían los diestros torneadores, como experimentados desde niños á tomarse á braços con su[s] coléricas corrientes.

Llegó en esto, á boga arrancada, una galera de ocho remos por banda — por no dar más lugar la limitada capacidad de un barco luengo, — fundamento de su armazón, dorada la palamenta, y, los que la jugavan, en figu-

ra de mercaderes de todas naciones. Alas con que buela el Interés, de quien tomava la galera su apellido, llevaban todos los remos escrita esta letra:

Contra el viento.

Todas las jarcias y máquina de cuerdas parecían hechas de cavestrillos, bandas, cadenas, apretadores, cinturas, gargantillas y orejeras de oro, que, aunque falso, y las piedras y aljófar de que estaban sembradas eran de vidrio, engañaron la perspectiva de los que la miraban, que juzgaron su materia del metal monarca, diamantes, esmeraldas, rubíes y balajes finos, á que dava color el caudaloso mayorazgo de su dueño igual á su liberalidad. Estava esta letra en mitad de las escalas enmarañadas que subían á la gabia:

Por aquí.

Tenia el espolón, al parecer, de oro maziço; con que rompiendo las toledanas ondas parece que se dexavan atropellar voluntariamente sobornadas de su vencedora riqueza, y llevaba con letras azules, que ocupavan toda su longitud, aqueste mote:

Por si acaso.

El árbol mayor era una natural semejança del que disfrutó Hércules, adurmiendo á la vigilante guarda de las tres hespéridas hermanas celebradas de Séneca, Lucrecio y Diodoro. Iva la vela tendida de la entena—de raso blanco, bordada toda de doblones, escudos, reales y todas suertes de monedas mayores,—con este mote:

No con viento, mas con éstos.

De la misma suerte y con la misma empresa llevava

la mesana. Era la gabia, en la apariencia, de coral y en la forma, de corona, escrito alrededor:

Para aquel que diere más.

Sobre ella estava el Amor vestido ricamente (que aquí apeló del voto de pobreza que tantos siglos professó), alargándole la vista unos antojos que, siendo del mismo metal hasta las lunas, tenian escrito:

Sin menguante por ser de oro.

Y alrededor de los cercos:

Ciego al pobre, lince al rico.

En lo último del masteleo estava enarbolada una bandera tan cumplida que besava con las dos puntas el agua. Era de tafetán turquí y estavan en ella pintados los zelos en figura de un mastín ladrando á un amante que echándole pedaços de oro para acallalle y recibíendolos en la boca, parece que se atragantava con ellos. Estava en todos escrita esta letra:

Zaraças para los zelos.

Infinitas flámulas y gallardetes colgavan por todas las jarcias, árboles, filaretos y bordes de varias y luzidas colores; pero en todas ellas estava pintada la pobreza desnuda y afligida, con esta letra:

Porque la açoten los vientos.

El castillo de popa, si no en la verdad, á lo menos en la ostentación, era de cristal, nácar, oro y plata. Assentado en una silla de lo mismo, un Enano, tan feo y asque-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
CALLE 1625 MONTERREY, MEXICO

®

rosso, que á buscar en quien transformarse el que se atrevió á assombrar al penitente Patriarca de los destierros, no sé si le pudiera hallar más á propósito, estava desnudo; y la Hermosura—representada elegantemente por un muchacho de á treze á catorze años, vestido de muger, dando de mano, con menosprecio desdeñoso, á Adonis, Píramo y Absalón, que, postrados, la encarecían su amor, con una mano tenía assidas las joyas y cadenas que del monstruoso Enano adornavan cuello y pecho, y con la otra, hincada de rodillas, le incensava con un turíbulo de oro lleno de aromáticas pastillas. Con esta arrogante representación llegó la galera á la presencia de los juezes y damas, y en ella don Lorenço, vestido espléndidamente, dándoles esta letra y en ella risa á los cavalleros y colores vergonçosos á las damas:

*En aqueste siglo de oro,
El más feo es más galón
Siendo del Tribu de Dan.*

Ya se prevenía el Mantenedor para vengar las injurias hermosuras que al maldiciente aventurero cualquier mal suceso deseavan, cuando se presentaron otros dos, que fueron don Nuño y don Vela; aquél, convertida su barca en un huerto que pudiera contarse entre los poéticos de Alcinoo, tan decantados de Juvenal, y competir con los Pensiles de Adonis, invención de Semíramis y recreación de Ciro. Venían los árboles colmados de fruto los unos, y los otros de flores de todas suertes; que puesto que eran de cera sutilmente labrada engañavan eficazmente el apetito. Infinitos pajarillos, huéspedes apazibles de aquellos deleytosos Cigarrales, atados con sutileza por sus ramos, ó se quexavan cantando por verse presos, ó celebravan con natural música la fiesta. En la mitad de la esmaltada huerta andava una noria guiando sus bueltas la Paciencia, y á un lado della, junto á la canal donde se desocupavan los arcaduzes, el bien

empleado y mal correspondido don Nuño, señalando en la circunferencia de la rueda esta letra:

*Buscan sin seso los engaños míos
Pena en los llenos, gusto en los vacíos.*

Detuvo su curso enfrente de los juezes y damas, disparando de improviso por todas partes los árboles diversidad de flores, rosas y yervas aromáticas á bueltas de innumerable multitud de abecillas, cubriendo unas los vientos, y otras las faldas, manos y cabellos del hermoso concurso, y causando apazibles sustos y alborotos la regozijada turbación que sossegada con la seguridad del festivo combate paró en risa y en leer la letra que presentó su dueño y dezia:

*Todos cogen, sino es yo,
Flor y fruto; mas no medra
Labrador que siembra en piedra.*

Siguióse don Vela con su barca disfrazada en un monte, y sobre una peña dél, recostada la Virtud en forma de Hércules cercado de gran número de niños, al parecer pigmeos, que procuravan con frágiles y delgadas cañas darle muerte, significando en su inútil persecución la que los ignorantes hazen de ordinario al ingenio y la virtud. Pero el dormido Héroe—como quien entre sueños sacude los importunos mosquitos, que más con ruido que con armas nos inquietan,—de cuando en cuando, bolviendo ya la una mano, ya la otra, los derribava por el suelo. Despertó el autorizado tribunal, y huyendo los embidiosos émulos, dió la letra, que era deste modo:

*Contra el ingenio y virtud
No hay trofeos;
Que ignorantes son pigmeos.*

Acometiéronse don Lorenço y el Mantenedor y derribóle éste con no poca dicha del perdidoso, pues die-

ra en el río, y se riyeran dél las damas ofendidas, á no asirse al dorado espolón; que no hay quien cayga si se abraça al Interés. Gozó el precio Lisida y en él unos gallos de rubíes y diamantes por orejeras, como si los huviera menester para despertar voluntad que tantos años había velado por su ausente.

Salió á vengar á don Lorenzo don Nuño. Y hizolo tan bien, que mereció llevar la joya y en ella dos bueltas de cadena, ofrecidas á Narcisa para que tuviese más prisiones con que executar su rigor en el vitorioso amante. Prevínose de nuevo don Fernando contra don Vela, que, derribándole, imitó en la dicha al compañero, como en el premiar el desdén de Anarda con un estuche rico, caxa de terciopelo azul, los remates de oro, la herramienta inglesa y los cabos de coral y nácar, cuyos extremos eran de esmeraldas, si fué cordura dar armas á quien con las de su hermosura le tratava tal mal.

Cubrióse en esto la líquida palestra de muchas barcas aventureras, que por ser tantas, y cumplir con las de más consideración, havré de ir abreviando.

Fué la primera de don Melchor, cubierta toda de laureles, en medio de los cuales se levantava un monte esmaltado de menuda yerva y matigadas flores, en cuya cumbre, Apolo, presidiendo entre un coro de diversos Poetas deste tiempo (cuyos nombres callo), estava assentado en un trono ó cátedra, y sobre su cabeça unas letras tan corpulentas que desde lo más distante se permitían leer, y dezian:

Parnaso crítico.

Causó novedad el traje de los nuevos dogmaticantes porque las coronas de la ingrata ninfa no ceñían sus sienas como se acostumbra, sino sus cinturas. Pudo ser por llamar á los desta facultad, que tan mal se dan á entender por palabras, bachilleres de estómago. Y aunque curiosamente vestidos, habían mudado el uso hasta en el

modo de su adorno, porque traían los baqueros de tela abotonados por las espaldas, las rosetas de las ligas les servían de cuellos y puños, y los puños y cuellos de ligas, las mangas de gregüescos y los gregüescos de mangas, á imitación de su poema. Pues si toda su elegancia consiste en anteponer y posponer vocablos, entretegiendo verbos entre adjetivos y sustantivos—que también tiene Apolo sus pedantes,—del mismo modo les pareció podían critiquicar sus vestidos posponiendo los unos y anteponiendo los otros. Hasta la misma barca los imitava, porque vogava al rebés, la popa adelante y la proa atrás, con no poca risa de los que entendieron la satírica navegación. Parece que venían los afectados Académicos interpretándose á sí mismos unos con otros, con escandalosa confusión de todos, según lo que declarava un pergamino que rodeava el Parnaso, plaça de su peregrina seta, porque venían en él unas letras:

*O somos gallegos,
O no nos entendemos.*

Dió la que traía don Melchor, enemigo acérrimo de todo lo que se opone á la claridad y lisura, imitadora de la Naturaleza. Leyéronla y dezian:

*Mecene y joylice barbarismos
De los que se no entienden á sí mismos.*

Llegó tras ésta la de don Jusepe, y un templo sobre ella derribado, maltratando muchos Filisteos que tenia debaxo, unos heridos y otros muertos. Sansón en medio, asido á las columnas, y sobre su cabeça y espaldas toda la máquina de la assolada ruina, el semblante robusto, naçarenos los cabellos y ensangrentados, hincada una rodilla en tierra y con la otra haziendo fuerza para levantarse con todo el templo á cuestras. Y esta letra en uno de sus pedestales:

Morir matando y no vivir muriendo.

Que fué la misma que presentó á los juezes, y significó en ella lo que en el templo del Amor atormentan los zelos, filisteos de la paciencia.

Siguióse luego la de don Miguel, libre y burlador, satírico de toda ocupación amorosa. Significávalo en traer su barca hecha una mazmorra de cautivos amantes con esposas, argollas, cadenas y grillos en manos, cuellos y pies, y sobre ellos el dios nieta de la espuma, que, vestido á lo turquesco con sus alas, flechas y arco, parece que amenazava riguroso al essento joven que, armado, rebatía sus tiros en una rodela de acero escrito en ella:

Ocupación honesta.

Tenia las armas sembradas de higas negras, y una grande en la mano, de azavache, que, encarándola al ayrado dios, dezía:

*Para tí y para quien ama;
Y para mí,
St me sugetare á tí.*

Don Alonso entró en una barca, caravela portuguesa en la hechura, llena de músicos y dançantes desta nación, folijando y haziendo diestras mudanças. Llevava sobre sus [h]ombros, el más dispuesto, al primogénito de Venus, con capuz y sombrero portugués, alas y arco, y alrededor dél, haziéndole todos festejados mimos y agasajos, los folijadores lusitanos, que dieron esta letra:

*Pois de Portugal vos fez,
Minino, nosso primor,
Quanto un bome tein de amor,
Tanto tein de portuguez.*

Tirso, que aunque humilde pastor de Mançanares, halló en la llaneza generosa de Toledo mejor acogida que en su patria—tan apoderada de la embidia estran-

gera, — llegó en un pequeño barco, aunque curioso, hecho todo un jardín que hallara lugar entre los hibleos, y en medio dél una palma altíssima, sobre cuyos últimos cogollos estava una corona de laurel. Trepava el pastor por ella, vestido un pellico blanco con unas barras de púrpura á los pechos, marca de los de su profesión, y ayudávanle á subir dos alas, escrito en la una:

Ingenio

y en la otra:

Estudio

bolando con ellas tan alto que tocava ya con la mano á la corona, puesto que la Embidia, en su forma acostumbrada de culebra, enroscándose á los pies, procurava impedirle la gloriosa consecución de sus trabajos, aunque en vano, porque, pisándola, colgava dellos esta letra que sirvió también para los juezes:

Velis, nolis.

Dizen que la dió en latín porque no la entendiessen sus émulos; que hasta en esto quiso que campeasse su modestia, pues palabras en algarabia no agravian á quien no las entiende.

Estos y otros muchos que la prolixidad re[h]usa, tornearon con diferentes sucessos, que dieron al Mantenedor seis precios obligando con ellos á cinco damas, porque dió dos á la hermosa desposada y repartió los demás entre Lucinda, Diana, Sirena y doña Angela, sugetos tan beneméritos, que ennoblecieron las joyas dándoles nuevo ser. De los aventureros referidos salieron vitoriosos don Melchor, don Alonso y Tirso. Los dos primeros se los dieron á doña Margarita y á doña Leocadia, y el último se le embió á una hermana suya que tenía en su patria, parecida á él en ingenio y desdichas.

Aguardando estavan todos el fin que semejantes fies-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO ALFARO"
Año. 1625 MONTERREY, NEX

tas suelen tener, que es *la folla*. Pero por diferenciar y dársele más alegre (al tiempo que, sin haberse permitido ver el sol aquel día, dexava, en prendas de bolver el siguiente, pedaços de celages retocados de sombras y rosicler), salió un toro formado de una barca, tan á lo vivo, que pudieran temer las hermosuras que le miravan nuevos engaños de Júpiter y nuevos sobresaltos de Europa, si no vieran en su defensa tantos interessados apercebidos. Corria con los [h]endidos pies—en la sustancia remos,—y otros que encubiertos debaxo de las olas le ayudavan con toda ligereza y propiedad, por el cristalino coso, que dava alcance á las imaginaciones y desasosiego á los ojos que le seguían. Imitava en los crespos remolinos, manchas negras y blancas, erizada piel y retorcida cola, tan propio lo que no era, que casi engañava á su mismo artífice. La popa, que en ingenioso metamorfosis se havía convertido en corto cuello, espumosa boca, abiertas narices y cabeça proporcionada, se remataba en dos buidos cuernos, pero dorados, por asegurar el temor de sus azicalados extremos; que este metal, aun en parte tan aborrecible á la honra, suele poner apetito y deseo. Dava engañosas y ligeras bueltas, parava y imitava bramidos con más propiedad que los de aquel que siendo parto del ingenio y manos de Perilo, fué merecido premio de su bárbara invención. En fin, él representava con tanta similitud lo figurado, que ni se echaron menos los que en los sotos de Xarama pacen el corage y brío entre su yerva, ni hizo falta la plaça de Zocodover, cuyas vezes tuvo en ésta el naval anfiteatro. Juntáronse todas las barcas, y con diestra gallardía y vistosos caracoles cercaron al orgulloso toro al són de infinitos instrumentos, acometiéndole con animosas suertes y bolviendo él también por sí; que aunque las lanças del torneo ya eran rejonas, por un entretenido rato que duró la navegable caça, si no vencedor, no salió vencido, ni fueron pocos los que midieron, en vez de la arena, lo que las engendra de oro.

Havia ya la noche cerrado al día las puertas de rubies—testigo su clavaçón estrellada,—cuando desde los torneadores barcos tiraron sus dueños infinidad de rejonas y garrochas ardiendo, con que el toro, ya erico, pudiera servirle de signo al Zodíaco, al Sol de hospedage, de oficina á Vulcano, y á Júpiter de almacén, cubriendo de cometas el tercer elemento que con abrasados estallidos se remata en estrellas, y éstas, en varias colores encendidas, formavan con ingeniosas cifras los nombres de los desposados. Abrasóse con festivo recozijo la combatida máquina; y partiendo á boga arrancada de tres en tres los cavalleros de Neptuno, remitiendo los premios de “invención,, “gala,, y “letra,, para el día siguiente, quedó desocupado el río, los montes sin gente y los desposados contentos y agradecidos.

Bolvieron á la Quinta, tálamo de su amor, donde, después de haver recreado con una liberal cena á todos los cavalleros y damas, para que el Taxo, con entretenimiento de aquella tarde no se levantasse á mayores, quiso la Quinta, en un sarao que los mismos cavalleros havian traçado, hazerle competencia.

Ocupando, pues, las damas, estrados, y sillas los que ó por jubilados por la edad ó por la poca experiencia de semejantes habilidades quisieron hazer auditorio (que no todos son para todo), entraron Máscaras que, á los compases de arpas, laúdes, cítaras y vihuelas, igualaron gentilezas de los pies, aquella noche, á suertes de las manos de aquel día. En lo mejor estaban del cortesano festín, ocupando las damas ojos en las mudanças y oídos en los encarecimientos de galanes encubiertos que gozavan sus lados de rodillas—permisión lícita de palacio en tales ocasiones,—cuando don Juan y don Garcia, que mientras duró el torneo havian diligenciado los desposorios arriba referidos, satisfecho el gozo y preguntas de sus padres, havian determinado, ya que perdieron el entretenimiento militar de la tarde, gozar el pacífico de la noche. Con baqueros de tela, turbantes y rostros, en-

traron en el festivo concurso. Y entretanto que don Garcia dançava con doña Angela, viendo don Juan el lado de Lisida vacío — que por no agraviar la ocupación de sus pensamientos no permitió Amor que ninguno los divirtiese, — llegó, con la turbación y gozo que á un amante y ausente de dos años podía causarle, en la presencia de tal belleza. Y dissimulando la voz cuanto le fué posible, la dixo:

— “Más cuerdos que yo han sido, bellísima señora, los que no atreviéndose á ocupar este puesto, han confessado la reverencia que se deve y la insuficiencia del más sutil entendimiento al lado del vuestro; pues como el sol en el cielo, y en la tierra el fénix, no tienen compañía, así vos, que sois en el mundo lo uno y lo otro, estáis sola por no estar desigualmente acompañada. Pero la locura, que es toda atrevimiento y amor en mí, y siempre intenta lo más difícil, juzga por mayor la honra deste lugar que la vergüenza de no merecelle, con sobresaltos del alma, que casi reconocia lo que gozava sin conocer.,,

Respondió Lisida:

— “Diferentemente lo entendéis, cortesana máscara, que lo dezís. No hay pestilencia tan contagiosa que iguale á la desdicha; y como ésta ha tanto que me persigue, huyen todos cuerdamente de mí y della. Pero creedme que nunca estoy más acompañada que cuando estoy más sola, porque puertas adentro de los sentidos tengo yo tanto en que entender con enemigos domésticos, que no hago poco en desocuparme dellos para escucharos.,,

“¡Ay, replicó don Juan, quién fuera tan dichoso que hallara cohechos con que obligar algunos desses pensamientos que terciaran en favor mío!.,

— “No sé si cuando lo intentárades, respondió Lisida, salierades con ello; que es tan prevenido el dueño, cuyas partes hazen, y los tiene pagados por junto de suerte, que, con ser tantos, todos le guardan lealtad y respeto.,,

— “¡Qué rico deve de ser de merecimientos, dixo don Juan, quien es tan caudaloso que puede ocupallos todos!.,

— “Eslo tanto, respondió ella, que, con estar ausente y haver infinitos días que no ven libranças ni letras tuyas, paga por él la memoria librando partidas en la voluntad, puesto que se tuviera por satisfecha si pudiera revocar una de dos años que le cuesta al alma no pocas lágrimas!.,

— “Luego, ausente y descuydado vuestro amante, acudió él, ¿es tan abonado con vos, que le fiáis sobre hipotecas de ausencia tesoros de la libertad?.,

— “¡Qué he de hazer! — respondió la dama. — Costumbre es de quien ha fiado lo más arriesgar lo que queda por cobrallo ó perdello todo.,,

Iva á responder el agradecido amante, pero impidióselo el caérsele la máscara, impaciente de que le dilatassen á Lisida contentos tan bien merecidos. Y en viéndole de improviso, fué tan poderosa la alegría, que ya que no la quitó la vida — como hizo con el padre Lacedemonio y la madre de Saxo, la impensada vista de sus hijos, — la causó un desmayo poco menos que mortal, cayendo en sus brazos con los últimos acentos desta amorosa voz:

— “¡Ay, ausente mío!.,

Oyéronla todos — por dalla el repentino sobresalto, que nunca éstos reparan en inconvenientes, — y cessando la fiesta, acudieron al ignorado accidente.

Dióse don Juan á conocer. Y si no aguará el temor en que la enamorada amante les puso el gozo de verle — porque igualmente era amado de todos y estimado, — antepusieran el contento de su venida á la fiesta de aquellas bodas. Pero dándole breves y compendiosos parabienes, acudieron con los ordinarios remedios al amoroso parasismo, que duró lo que tardaron en despertarla dél algunas gotas de agua, medrando en mezclarse con las de sus ojos en el jardín de sus mexillas la esti-

mación de perlas. Bolvió el alma de Lisida á exercitar potencias y el alba á amanecer en el oriente de su cara, haziendo la costa la vergüença, que, deshojando claveles, culpava á su amor de poco recatado, haziendo publicidad de tres años de secreto. Con que asegurados todos, reyteraron abraços y bienvenidas al recién llegado, satisfaziéndolas, no con la lengua, que era imposible, sino con corteses demostraciones explicadas en los risueños ojos y urbanos cumplimientos. Dexaron las máscaras los disfraçados, mejorando el sarao en el recibimiento del generoso huésped, y, sossegados todos, se ausentaron: don Juan, entre los desposados y los padres de Lisida, y ella, si honesta vergonçosa amante, ufana al lado de su madre, haziendo experiencias en sí misma con que certificarse si dormía ó estava despierta.

En fin, después de aplaudidos por don Juan los conformes esposos y recibido el retorno de sus cortesias, en breves razones refirió el fin que havian tenido la firmeza de doña Serafina y desengaños de don Garcia, el medio que se havia dado desposándola el día siguiente por prevenir violencia del determinado don Luis y pretensio esposo, que se confirmó con desemboçarse don Garcia y bolver á renovarse el contento y los parabienes de todos, asegurándose don Alexo, y pudo ser con algún sentimiento, de Irene, que viendo fuera de su jurisdicción á don Garcia, no es temeridad creer tuvo, si no amor, embidia; que no hay muger que le pese de ser querida ni dexa de sentir verse olvidada. Pero sea lo que se fuere, ella lo dissimuló tan bien que ni engendró sospecha en quien pudiera, ni anduvo limitada en los plázemes con quien imaginó que entonces llorara pésames.

Havian conjeturado los padres de Lisida, de la resistencia con que rehusava el casarse alegando fingidos votos, la correspondencia amorosa con que don Juan y ella se amavan; y trocaron las sospechos en certidumbres, cogiéndola, sin saberlo ella, algunos papeles que como

á reliquias de su ausente guardava y él le havia escrito cuando favorecido alentava deseos. Y aunque con prudencia de viejos dissimularon el saberlo, contemporizandó con el voto achacado, deseavan bolviessse á su patria la causa dél, porque dispensándole el amor y casándolos diessen ilustres padres á sus nietos, gusto á su hija y descansada vejez á sus postreros años. Agora, pues, que vieron cuán de bodas andava Amor entre don Alexo y Irene, don Garcia y doña Serafina, antes que algún inconveniente fortuito cerrasse las velaciones, les pareció á los cuerdos padres añadir otra tercera boda á las dos que tenian presentes y executar presto lo que se havia de hazer tarde; que quien da luego, da dos veces. Y así, consultándolo todos juntos, hablaron aparte á don Garcia diziéndole la resolución que en su ausencia havian tenido, ya madura y sazonada al cabo de tantos días, que sólo aguardavan el consentimiento de sus padres (que tenian por cierto) para que, sin más dilación, asegurassen estados que suele la fortuna desbaratar cuando más ciertos. Para lo cual determinava el prudente viejo por la mañana ir á hablar á los de don Juan, diziéndole: que pues él havia de bolver aquella noche, anticipasse con su prevención este aviso para que cuando él llegasse estuviessse en la última disposición; porque él quería que se celebrassen sus bodas después de las de don Garcia, para que, sin salir de aquella Quinta, unas fiestas se alcançassen á otras, haziendo de tres una.

No pudo reprimir el recato al gozo en don Juan, para que no se postrasse á los ancianos pies de entrambos, dando con agradecimientos cortos de palabra largas muestras de su estimación, resultando dellas el venir á noticia de los presentes, que, aunque quisieron paliarlas con otras razones por no prevenidas mal aplicadas, y las admitieron corteses, las adivinaron curiosos, puesto que no se dieron entonces por entendidos. Despidióse don Juan de sus futuros suegros y esposa, de los recién casados y cavalleros. Y don Garcia, aunque reconcilia-

do con don Alexo, ya amigo verdadero — que la nobleza tiene el alma en las palabras y el corazón en las manos, — acompañando á su amigo, se volvieron los dos á la ciudad, igualmente contentos y enamorados, los novios al tálamo, los huéspedes á sus alojamientos, el sueño á su acostumbrada posesión, y el silencio á sossegar lo que quedaba de la noche, hostería donde hazen venta las acciones humanas desta vida para bolver á caminar con más aliento hasta la última jornada, término de nuestra peregrinación.

Ya havian huído las estrellas, que como la luz que tienen es hurtada del sol, temieron su presencia, y él, espantando sombras, assomaba arrevoles por las cumbres de los elevados montes desperdiciando el oro de sus rayos, y aplaudido de las cantoras aves despeñava resplandores deseoso de animar las rosas de los valles que desmayadas con su ausencia como enfermas le llamaban, cuando reprehendiéndole por más pereçoso que otros días, Serafina y don Garcia (como al contrario Irene y don Alexo, porque siendo rey de los planetas madrugava como jornalero), amonestados á la Missa del alba en San Vicente, parroquia de los dos amantes, y cumplida esta diligencia cristiana, según la dispensación del Vicario, después de haver recebido el mayor Sacramento para que diese feliz principio al del matrimonio, en casa de don Pedro, tío de la desposada, presentes los padres de don Garcia y la gente de las tres casas y el legítimo ministro deste misterio, añadieron los dos amantes con los deseados *síes* á los laços de Amor los de Himeneo, supliendo en la solemnidad de tan deseada acción, domésticos contentos y parabienes, las fiestas, músicas y ostentaciones que requería el valor y caudal de los contrayentes y impidió la prisa con que aguardavan los que á abreviar más su venida impidieran esta diligencia. Estando, pues, los generosos viejos dando abraços y bendiciones á los nobles hiernos y pidiendo al cielo los hiziese bien casados, entró don Alexo acom-

pañado de amigos, haviéndole obligado á madrugar aquella mañana, más de lo que acostumbrava y su nuevo estado pedía, obligaciones cortesés. Y después de haverles dado la norabuena con apretados encarecimientos, les pidió de parte de su esposa y suya juntassen solemnidades, bolviéndose con él á Buenavista, donde determinava, con la aprobación de sus amigos, començar de nuevo regozijos que durando algunos días festejassen á Toledo y entretuviessen á sus vezinos. No supieron negar (ni fuera razón) los combidados tan cortés y generosa petición; y así, después de agradecida, padres, hijos y tío, en dos coches baxaron á la Vega y llegaron á Buenavista, que cuando con tanta propiedad no la cuadrara este nombre, agora, por las hermosuras que hospedava, le venia nacido. Saliéronlos á recibir en amoroso escuadrón damas y cavalleros, multiplicando parabienes y abraços (que por suponellos todo cortesano discurso voy cercenando).

Entretanto, pues, que se hazia hora de comer y la amistad y nobleza toledana inventava nuevos ejercicios y fiestas á que los obligava la juventud y el parentesco que todos ó los más tenían con los cuatro consortes, paseándose los padres de Lisida con los de don Juan por entre los floridos cuadros y planteles de aquel segundo paraíso, concluyeron lo que la noche antes havian començado, que fué juntar sangres y casar sus hijos con amigable y desinteresado consentimiento de todos, quedando de hazer aquella noche las escrituras y renovar bodas á Buenavista, que parece tiene esta deleytosa Quinta particular influencia del cielo para conformar voluntades. Derramóse esta nueva por los circunstancias, con el contento de todos que la imaginación puede ponderar; y para que pagassen aquel casamentero sitio tan iguales elecciones, dispusieron que por ocho días, asistiendo en él sin subir á la ciudad, buscassen, los ingenios y gastos, artificiosos entretenimientos que ilustrassen más las tres bodas. Estava entre ellos don Melchor, gen-

til espíritu y gallardo mancebo, que, mezclando con su ingenio valiente un natural regocijado y jovial, entretenía á un tiempo y admirava, causa de que su pacífica condición, apacible trato y generosa sangre, le hiziesen con generalidad amado y á ninguno odioso. Este, viendo cuán á proposito era el tiempo y las circunstancias dél para sus inclinaciones entretenidas, dixo á todos:

—“Los caniculares se acercan, y la descomodidad dellos en Toledo nos trae á los cavalleros moços desvelados, buscando passatiempos donde con menos costa de salud y calor, tan criminal en estos meses, engañemos la ociosidad. La pelota, aunque es ejercicio noble, cobra de contado su entretenimiento en réditos del cansancio, y tal vez de la muerte, si se le arrima un jarro de agua que tantas veces brinda á la sed, ocasionándola nuestros celebrados algibes. Los trucos son para el invierno acomodados, pero no para el verano, encerrándonos en una sala para que demos bueltas á la tahona de una mesa encendiendo la sangre y [h]elando las bolsas. Baxarnos al río á luchar con sus raudales y dexar en ellos las molestias del estío, dura tan poco este alibio, que, aguardándonos á la subida de nuestra ciudad, reforçadas las congoxas, havíamos menester otro Taxo junto á las puertas del Cambrón, de la Sangre ó á las Vistillas de san Agustín. De modo que todos los medios para desahogar pesadumbres destos días sirven de aumentallas. Parecíame á mí, si pareciesse á los demás, que pues estamos en Buenavista y ella cerca de tan buenos y acomodados Cigarrales (que, sin embidiar las riveras de Valladolid, cármenes de Granada, Casa del Campo y Huerta del Duque, de la Corte Aranjuezes y Pardos del Rey, pueden anteponerse á los jardines de Lucano y huertos de Mecenas), que nos desterrásemos por estos cuarenta días en que el sol, como dama deste tiempo, es tan amigo de perros de falda, pues desde las suyas nos ladran toda la canícula, y siguiendo el arbitrio que tengo imaginado, los visitásemos con particulares passa-

tiempos; pues no sería poco provechosa esta humana cuarentena para la salud y el gusto.,,

—“Las razones que havéis dado contra la seguridad destos meses, dixo don Alexo, son evidentes, y sólo de vuestro saçonado gusto nos podemos prometer el reparo della. Yo, de mi parte, comprometo en vuestra elección.,,

—“Lo mismo hago yo, dixo don Juan, y según los semblantes de los demás que os escuchan, me parece os puedo asegurar sus votos.,,

Todos dixeron que se remitían á él, y assí prosiguió:

—“De los que aquí estamos podemos escoger diez cavalleros y diez damas, entre casadas y deseosas de sello, que cumplan el número de la mitad de los caniculares. Y porque á ninguno se le haga agravio, será por suertes, entrando todos y todas en ellas, encerrando en tres vasos de los muchos que adornan estos aparadores, en el uno, los nombres de las damas, en el otro, los de los hombres, y en el tercero los de veinte Cigarrales, los más celebrados. Sacaré yo—que soy el más inocente—un Cigarral y luego una dama, después otro Cigarral y un cavallero, interpolando los hombres con las mugeres; y oblíguese cada uno, por el orden que salieren, á entretenernos el día que le cupiere como más gustare, con esperanza del premio que se le promete desde luego á quien llevare la ventaja. Y cumplida la mitad de los dichos caniculares, bolveremos á sortear; con que, aunque le pese al rigor del tiempo, lo pasemos alegremente.,,

Parecióles á todos tan bien la proposición ingeniosa, que sin dilatallo más, después de haverle vitoreado, escribieron los nombres de cuantas damas y cavalleros estaban presentes, y, aperciendo los vasos, deseavan todos ser los primeros que saliessen, sutiçando pensamientos para las fiestas y disponiendo gastos para ejecutarlas, sin que huviesse cortedad de ánimo entre todos que las temiesse. Sobre un bufete de jasper pusie-

ron las tres urnas preñadas de las boletas, y coronándole los opositores, metió don Melchor la mano, diciendo: "¡Dios te la depare buenal., y salió el 1.º D. Alexo, con no poco gusto suyo, cabiéndole la misma Quinta en que estaban, que hasta en esto fué venturoso. En fin, ahorrando de palabras, digo que salieron desta suerte los diez y nueve:

2.º A Narcisa le cupo el Cigarral del Rey, agora del Marqués de Malpica.—3.º A don Juan, el de los Núñez.—4.º A Isbella, el de don Gerónimo de Miranda, agora de los Clérigos Menores.—5.º A don Fernando, la Huerta de la Encomienda.—6.º A Anarda, el de la Solanilla, agora de los Padres de Nuestra Señora de la Merced.—7.º A don Garcia, el de don Manrique, agora de los Padres del Carmen Calçado.—8.º A Diana, el de las Nieves, que es del Monasterio de San Pedro Mártir, frayles Dominicos.—9.º A don Alonso, el de la Peralera.—10.º A Sirena, el del Dotor Narvona.—11.º A don Suero, la Huerta del Rey.—12.º A Lucinda, el Cigarral de los Cruces.—13.º A don Melchor, el de don Bernardo de Marañón.—14.º A doña Gracia, el de [H]oracio de Oria.—15.º A don Vela, el de doña Juana ó los Membrillares.—16.º A doña Petronila, el del Racionero Sigura.—17.º A don Miguel, el del Bosque.—18.º A doña Angela, la Huerta de don Antonio de Vargas.—19.º A don Nuño, el de las Almenillas.—20.º Y, últimamente, á doña Leocadia, el de Valdecolomba.

Con esto, quedaron los señalados contentos, y los demás con esperanza de salir en las suertes venideras. Señaláronse juezes para los premios ofrecidos por los padres de Lisida y don Juan—que ya que los escluía su edad de entrar en las suertes no quisieron quedallo de su liberalidad,—y salieron, por voto de todos, los mismos, y más el tío de doña Serafina, quedando determinado que pues la primera suerte havia cabido á don Alexo, y para aquella noche le tenian sus amigos aper-

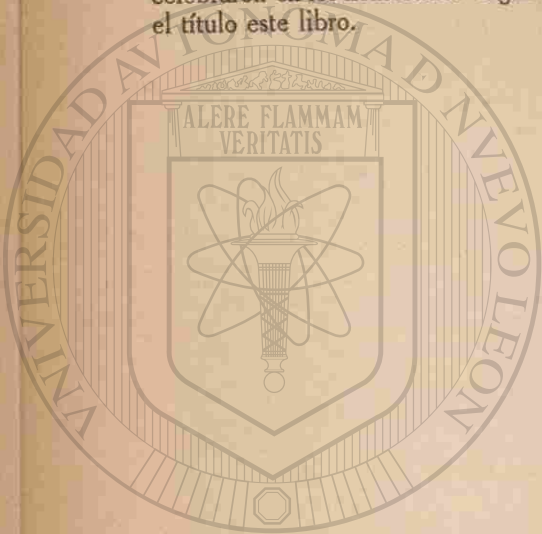
bida una Comedia que ellos mismos havian de representar, cumpliesse en ella con la obligación que le tocava, y se continuassen de allí á ocho días (término de las bodas de don Juan y Lisida) los propuestos entretenimientos, porque aunque faltavan veinte hasta el primero de los caniculares, el calor de aquel año parece que los anticipava, y con la ocasión de tantas y tan ilustres bodas pedía tan largas vísperas; pues repartiéndose entre la nobleza de Toledo y echándose suertes de veinte en veinte, podrian, sin mucha costa y con mucho gusto, passar aquel verano. Vinieron todos en esto, con general aplauso y seguridad de los que dudavan de salir en las segundas suertes, pues habiendo de ser tantas, por fuerza les havian de caber á todos.

Llamávalos la comida. Pero antes de assentarse á ella quisieron concluir con las obligaciones del torneo passado, dando los premios que se remitieron para este día. Y así llevó, por "mejor invención,, don Lorenzo un cofrecillo de carey (ansí llaman á la tortuga en las Indias), guarnecido de plata, y dentro, dos dozenas de lienços curiosamente coronados de randas flamencas que gozó doña Gracia. El de "más gala,, (1), don Fernando, que fué un papagayo de esmeraldas sobre un tronco de oro y rubíes, para que le dixesse sus penas á Anarda, segunda vez premiada, y mil si tantas lo fuera él liberalmente. Últimamente llevó el de "mejor letra,, don Nuño, y fué un arcabuz de oro, la llave de un amatisté y la caja de coral, que ofreció cortés á Lisida y ella recibió agradecida.

Acabóse esta solenidad con mucha música, al són de la cual satisfizo la liberalidad del combite todos los sentidos de los combidados, porque en él la abundancia les hizo el plato con lo más deleytoso de sus objetos. Levantáronse las mesas algo tarde, desde las cua-

(1) *Galán*, en todas las ediciones. Pero véase la pág. 105 línea 13.

les salieron á los balcones de la Quinta á ver una costosa Máscara que los entretuvo hasta parte de la noche, y yo no refiero por dar principio á la primera fiesta, que cupo por suerte á don Alexo; pues della y las demás que se celebraron en los nombrados Cigarrales de Toledo toma el título este libro.



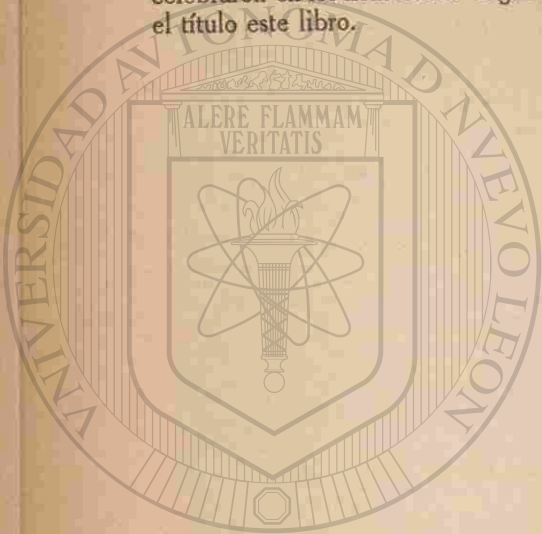
CIGARRAL PRIMERO



UATRO horas havia que el mayor de los planetas cargava en las Indias del oro que desperdicia pródigo con nosotros cada día, — pues á no venir con nuevos tesoros cansara el verle tan á menudo, — cuando en la mayor de las hermosas salas que en Buenavista conservan la memoria de su ilustrísimo dueño, aguardava la Comedia el más bello y ilustre auditorio que dió estimación al Taxo y sobervia á sus aguas por verse trasladadas de cristales en soles, — si no es baxa ponderación ésta para quien conoce la excelencia de las caras de Toledo. Alumbravan el dilatado salón doze blandones, ardiendo en ellos la nieve transformada en cera, parto de las repúblicas aunque pequeñas aves, y afeyte del sol que en la espaciosa Vega la convierte de oro en cristal. Ocupava los estrados, tribunal de la hermosura, toda la que era consideración en la imperial ciudad y se realçava con la nobleza. A otro lado, el valor de sus cavalleros honravan las sillas, en cuyos diversos semblantes hazía el tiempo alarde de sus edades, en años echando censos á la juventud, de oro, y en otros cobrando réditos de la vejez, en plata.

Intitulábase la comedia *El Vergonçoso en Palacio*, celebrada con general aplauso (años havia), no sólo entre todos los teatros de España, pero en los más céle-

les salieron á los balcones de la Quinta á ver una costosa Máscara que los entretuvo hasta parte de la noche, y yo no refiero por dar principio á la primera fiesta, que cupo por suerte á don Alexo; pues della y las demás que se celebraron en los nombrados Cigarrales de Toledo toma el título este libro.



CIGARRAL PRIMERO



UATRO horas havia que el mayor de los planetas cargava en las Indias del oro que desperdicia pródigo con nosotros cada día, — pues á no venir con nuevos tesoros cansara el verle tan á menudo, — cuando en la mayor de las hermosas salas que en Buenavista conservan la memoria de su ilustrísimo dueño, aguardava la Comedia el más bello y ilustre auditorio que dió estimación al Taxo y sobervia á sus aguas por verse trasladadas de cristales en soles, — si no es baxa ponderación ésta para quien conoce la excelencia de las caras de Toledo. Alumbravan el dilatado salón doze blandones, ardiendo en ellos la nieve transformada en cera, parto de las repúblicas aunque pequeñas aves, y afeyte del sol que en la espaciosa Vega la convierte de oro en cristal. Ocupava los estrados, tribunal de la hermosura, toda la que era consideración en la imperial ciudad y se realçava con la nobleza. A otro lado, el valor de sus cavalleros honravan las sillas, en cuyos diversos semblantes hazía el tiempo alarde de sus edades, en años echando censos á la juventud, de oro, y en otros cobrando réditos de la vejez, en plata.

Intitulábase la comedia *El Vergonçoso en Palacio*, celebrada con general aplauso (años havia), no sólo entre todos los teatros de España, pero en los más céle-

bres de Italia y de entrambas Indias, con alabanzas de su autor, pues mereció que uno de los mayores potentados de Castilla honrase sus musas y ennobleciesse esta facultad con hazer la persona del *Vergonçoso* él mismo, quedándolo todos los que la professan de verle aventajar, en un rato deste lícito entretenimiento, sus muchos años de estudio.

Los que entravan en ella eran de lo más calificado de su patria; y las damas, Anarda, Narcisa, Lucinda y doña Leocadia, ilustres como hermosas y milagros de la hermosura; con que quedó la representación autorizada como merece, pues si los sujetos que la ponen en práctica no la desdoran, ella por sí misma es digna de suma estimación y alabanza, principalmente saliendo tan acendrada (el día de [h]oy) de los que sin pasión y con suficiencia tienen á su cargo el expurgarla de palabras y acciones indecentes.

Salieron, pues, á cantar seis con diversidad de instrumentos: cuatro músicos y dos mugeres. No pongo aquí ni lo haré en las demás — las letras, bayles y entremeses, por no dar fastidioso cuerpo á este libro ni quebrar el hilo al gusto de los que le tuvieren en ir leyendo sucessivamente sus Comedias. Baste para saber que fueron excelentes, el dar por autores de los tonos á Juan Blas, único en esta materia; á Alvaro, si no primero, tampoco segundo, y al Licenciado Pedro Gonçalez, su igual en todo, que habiendo algunos años sutilizado la melodía humana, después, por mejoralla, tomó el hábito redentor de Nuestra Señora de la Merced y en él es fénix único si en el siglo fué canoro cisne. Los entremeses fueron de don Antonio de Mendocça, cuyos sales y concetos igualan á su apacibilidad y nobleza; y los bayles, de Benavente, sazón del alma, deleyte de la naturaleza y, en fin, prodigio de nuestro Taxo. Y si por sus dueños ganaron fama, no la perdieron por los que en Buenavista los autorizaron [h]oy. Esto, pues, supuesto, y entrados los músicos, salió el que echava la *Loa*, que fué la que sigue:

LOA

Llamó Xerxes (gran monarca
De Assiria y de Babilonia)

A Cortes, en su colonia,
La gente que el Assia abarca.
Y juntos en su comarca,
Desde el sagaz griego astuto
Hasta el etíope bruto,
Quiso que cada nación
Le diese un presente y dón
En vassallage y tributo.

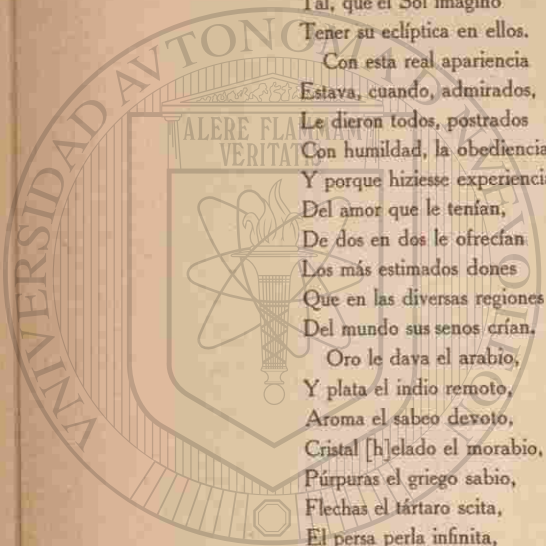
Sentóse en un trono de oro,
Puesto debaxo un dosel,
Con más diamantes en él
Que vió Oriente en su tesoro.
De Fidiás y Cenodoro
Labró la mano sutil
Una silla de marfil,
Perlas y oro, en que publica
Que aunque es la materia rica,
La vence el primo buril.

Por doze gradas de plata
Subían passos más dignos
Que los que en sus doze signos
Da el Sol, que dorarlos trata.
En fin, la labor remata
Una punta de cristal
En forma piramidal
Con un carbunco sobre ella,
Que imaginó ser estrella
La máquina celestial.

Y vestido el Rey assirio
Por quitar el resplandor
Al Sol, del rico color

Que es sangre del peze tirió,
 Tiniendo por cetro un lirio
 De oro y çafiro bellos,
 Y sobre rubios cabellos
 La real diadema, quedó
 Tal, que el Sol imaginó
 Tener su eclíptica en ellos.
 Con esta real apariencia
 Estava, quando, admirados,
 Le dieron todos, postrados
 Con humildad, la obediencia.
 Y porque hiziesse experiencia
 Del amor que le tenían,
 De dos en dos le ofrecían
 Los más estimados dones
 Que en las diversas regiones
 Del mundo sus senos crían.
 Oro le dava el arabio,
 Y plata el indio remoto,
 Aroma el sabco devoto,
 Cristal [h]elado el morabio,
 Púrpuras el griego sabio,
 Flechas el tártaro scita,
 El persa perla infinita,
 Judea bálsamo puro,
 Seda el egipcio perjuro
 Y pieles el moscovita.
 Y despúea que, quanto pudo,
 Mostró á Xerges cada qual
 Su ánimo liberal,
 Llegó un pastor tosco y rudo,
 Belloso el cuerpo, y desnudo
 Lo que la piel no ocultaba
 De una onça que llevaba
 Por ropa; en fin, al villano
 Que habló al Senado Romano
 Al vivo representava,

Y llevando un vaso tosco
 De alcornoque, de agua lleno,
 Dixo, el semblante sereno:
 — “Porque mi humildad conozco,
 En fee de que reconozco
 Tu grandeza, á darte vengo
 El presente que prevengo,
 Que, aunque no le estimarás,
 No devo, gran Xerges, más
 De ofrecerte lo que tengo.
 “Entre las dádivas ricas
 De diamantes, perlas y oro
 Con que aumentas tu tesoro
 Y tu Magestad publicas,
 Si la voluntad aplicas
 Al dón que te ofrezco escaso,
 Podrá ser hagas dél caso,
 Que el vaso de agua que ves
 De mi amor y lealtad es,
 Aunque pobre, un rico vaso.
 “Engastada en él está
 Mi lealtad; que el dón mayor,
 No le abona su valor,
 Mas la fe con que se da.
 Esta es de oro; bien podrá
 Estimalla tu decoro
 Y igualarla á tu tesoro,
 Pues aunque es de agua su vista,
 El amor, que es alquimista,
 El agua transforma en oro,
 Quedó Xerges admirado
 De que en tan tosca apariencia
 Se ocultase la elocuencia
 Con que Tulio es celebrado.
 Y dixo: — “Más he estimado
 Aquesta agua y tu humildad,
 Que quanto mi Magestad



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
 DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA "ALFONSO REYES"
 cde. 1625 MONTERREY, N.M.

Adorna, aunque la cotejo
 Con ella, porque es espejo
 En que he visto tu lealtad.
 "A premiarte me provoco;
 De Grecia te hago Virrey,
 Que en lo mucho tendrás ley
 Pues lo tuviste en lo poco, —
 Quedo de contento loco
 El pastor; y la grandeza
 Del Rey, premio con largueza
 La voluntad y el afecto
 Del presente y dón discreto,
 Que el agua fuera vajeça,
 ... Ilustrissimo Senado
 Donde el cielo y la ventura
 Junto el valor y hermosa
 En el más supremo grado;
 Imperio, que al Godo ha dado
 Inmortal y augusta silla,
 Y coronando á Castilla
 Su cabeza te hizo agora,
 Cuando el Sol la tuya dora
 Y el Tajo á tus pies se humilla:
 ¿Qué ha de darte un alma pobre
 De poca estima y decoro,
 Pues entre méritos de oro
 Halla los suyos de cobre?
 Agua te dará salobre.
 Sé Xerges en recibilla,
 Y repara al admitilla
 (Sin que de vertella trates)
 Que es oro de mil quilates
 El amor del que se humilla.
 ¡Qué consolado me dexa,
 Toledo, el que prefirió
 Al oro que el rico dió
 La blanca vil de la biejal

Con ella, pues, me coteja;
 Y aunque mis prendas son baxas,
 Me premiarás con bentajas
 Advirtiendo tu valor,
 Que el pobre es mal pagador
 Y como tal, paga en pajas.

Entróse, siguiéndose tras él un bayle artificioso y apacible, el cual concluido, comenzó la Comedia, que es como se sigue: "Comedia famosa del *Vergonzoso en Palacio*,, etc.

... Con la apazible suspensión de la referida Comedia, la propiedad de los recitantes, las galas de las personas y la diversidad de sucessos, se les hizo el tiempo tan corto, que con haverse gastado cerca de tres horas no hallaron otra falta sino la brevedad de su discurso; esto, en los oyentes desapasionados y que asistían allí más para recrear el alma con el poético entretenimiento que para censurarle; que los zánganos de la miel que ellos no saben labrar y hurtan á las artificiosas abejas, no pudieron dexar de hazer de las suyas, y con murmuradores susurros picar en los deleitosos panales del ingenio. Quién dixo que era demasiadamente larga, y quién impropia. Pedante hubo historial que afirmó merecer castigo el poeta que, contra la verdad de los anales portugueses, havia hecho pastor al Duque de Coimbra don Pedro — siendo assí que murió en una batalla que el Rey don Alonso, su sobrino, le dió, sin que le quedasse hijo sucesor, — en ofensa de la Casa de Avero y su gran Duque, cuyas hijas pintó tan desembueltas, que, contra las leyes de su honestidad, hizieron teatro de su poco recato la inmunidad de su jardín. ¡Como si la licencia de Apolo se estrechasse á la recolección histórica y no pudiesse fabricar, sobre cimientos de personas verdaderas, arquitecturas del ingenio fingidas! No faltaron protectores del au-

sente poeta, que bolviendo por su honra, concluyessen los argumentos Zoylos, si pueden entendimientos contumaces—Narcisos de sus mismos pareceres, y discretos, más por las censuras que dan en los trabajos ajenos que por lo que se desvelan en los propios, —convencerse.

—“Entre los muchos desaciertos (dixo un presumido, natural de Toledo, que le negara la filiación de buena gana si no fuera porque entre tantos hijos sabios y bien intencionados que ilustran su benigno clima no era mucho saliese un aborto malicioso), el que más me acaba la paciencia es ver cuán licenciosamente salió el Poeta de los límites y leyes con que los primeros inventores de la Comedia dieron ingenioso principio á este poema; pues siendo assí que éste ha de ser una acción cuyo principio, medio y fin, acaezca á lo más largo en veinte y cuatro horas sin movernos de un lugar, nos ha encajado mes y medio, por lo menos, de sucessos amorosos. Pues aun en este término, parece imposible pudiesse disponerse una dama ilustre y discreta á querer tan ciegamente á un pastor, hazerle su secretario, declararle por enigmas su voluntad, y, últimamente, arriesgar su fama á la arrojada determinación de un hombre tan humilde, que, en la opinión de entrambos, el mayor blason de su linage eran unas abarcas, su solar una cabaña, y sus vassallos un pobre hato de cabras y bueyes. Dexo de impugnar la ignorancia de doña Serafina (pintada, en lo demás, tan avisada), que enamorándose de su mismo retrato sin más certidumbre de su original que lo que don Antonio la dixo, se dispusiesse á una baxeza indigna aun de la más plebeya hermosura, como fué admitir á escuras á quien pudiera, con la luz de una vela, dexar castigado y corrido. Fuera de que no sé yo por qué ha de tener nombre de Comedia la que introduce sus personas entre Duques y Condes, siendo ansí que las que más graves se permiten en semejantes acciones no pasan de ciudadanos, patricios y damas de mediana condición.”

Iva á proseguir el malicioso arguyente, cuando ataján-

dole don Alexo—que por ser la fiesta á su contemplación le pareció tocarle el defenderla, —le respondió:

—“Poca razón haveys tenido; pues fuera de la obligación en que pone la cortesía á no dezir mal el combidado de los platos que le ponen delante (por mal sazonados que estén) en menosprecio del que combida, la Comedia presente ha guardado las leyes de lo que a[h]ora se usa. Y á mi parecer, —conformándome con el de los que sin pasión sienten, —el lugar que merecen las que a[h]ora se representan en nuestra España, comparadas con las antiguas, les haze conocidas ventajas aunque vayan contra el instituto primero de sus inventores. Porque si aquellos establecieron que una Comedia no representasse sino la acción que moralmente puede suceder en veinte y cuatro horas, ¿cuánto mayor inconveniente será que en tan breve tiempo un galan discreto se enamore de una dama cuerda, la solicite, regale y festeje, y que sin passar siquiera un día la obligue y disponga de suerte sus amores, que, començando á pretenderla por la mañana, se case con ella á la noche? ¿Qué lugar tiene para fundar zelos, encarecer desesperaciones, consolarse con esperanças y pintar los demás afectos y accidentes sin los cuales el amor no es de ninguna estima? Ni ¿cómo se podrá preciar un amante de firme y leal si no pasan algunos días, meses y aun años en que se haga prueba de su constancia?

“Estos inconvenientes, mayores son en el juicio de cualquier mediano entendimiento que el que se sigue de que los oyentes, sin levantarse de un lugar, vean y oygan cosas sucedidas en muchos días. Pues ansi como el que lee una historia en breves planas, sin passar muchas horas, se informa de casos sucedidos en largos tiempos y distintos lugares, la Comedia, que es una imagen y representación de su argumento, es fuerza que cuando le toma de los sucessos de dos amantes, retrate al vivo lo que les pudo acaecer; y no siendo esto verisimil en un día, tiene obligación de fingir pasan los necesarios para

que la tal acción sea perfecta; que no en vano se llamó la Poesía *pintura viva*, pues imitando á la muerta, ésta, en el breve espacio de vara y media de lienzo, pinta lexos y distancias que persuaden á la vista á lo que significan, y no es justo que se niegue la licencia, que conceden al pincel, á la pluma, siendo ésta tanto más significativa que essotro, cuanto se dexa mejor entender el que habla, articulando sílabas en nuestro idioma, que el que, siendo mudo, explica por señas sus conceptos. Y si me argüís que á los primeros inventores, devemos, los que professamos sus facultades, guardar sus preceptos, — pena de ser tenidos por ambiciosos y poco agradecidos á la luz que nos dieron para proseguir sus habilidades, — os respondo: que aunque á los tales se les deve la veneración de haver salido con la dificultad que tienen todas las cosas en sus principios, con todo esso, es cierto que, añadiendo perfecciones á su invención (cosa, puesto que fácil, necesaria), es fuerza que quedándose la sustancia en pie, se muden los accidentes, mejorándolos con la experiencia. ¡Buena sería que porque el primero músico sacó de la consonancia de los martillos en la yunque la diferencia de los agudos y graves y armonía música, huviesen los que agora la professan de andar cargados de los instrumentos de Vulcano, y mereciesen castigo en vez de alabanza los que á la harpa fueron añadiendo cuerdas, y, vituperando lo superfluo y inútil de la antigüedad, la dexaron en la perfección que agora vemos! Esta diferencia hay de la Naturaleza al Arte: que lo que aquélla desde su creación constituyó no se puede variar; y así siempre el peral producirá peras y la encina su grossero fruto. Y con todo esso, la diversidad del terreno y la diferente influencia del cielo y clima á que están sujetos, la saca muchas veces de su misma especie y casi constituye en otras diversas. Pues si hemos de dar crédito á Antonio de Lebrixa en el Prólogo de su *Vocabulario*, no crió Dios, al principio del mundo, sino una sola especie de melones, de quien han salido tan-

tas y entre sí tan diversas como se ve en las calabazas, pepinos y cohombres, que todos tuvieron en sus principios una misma producción. Fuera de que, ya que no en todo, pueda variar estas cosas el hortelano, á lo menos en parte, mediando la industria del ingerir. De dos diversas especies compone una tercera, como se ve en el durazno, que engerto en el membrillo produce al melocotón, en quien hazen parentesco lo dorado y agrio de lo uno con lo dulce y encarnado de lo otro. Pero en las cosas artificiales, quedándose en pie lo principal, que es la sustancia, cada día varía el uso, el modo y lo accessorio. El primer sastre que cortó de vestir á nuestros primeros padres fué Dios — si á tan ínclito artífice es bien se le acomode tan humilde atributo; mas no le será indecente, pues Dios es todo en todas las cosas. — ¿Fuera, pues, razón, que por esto anduviésemos agora como ellos cubiertos de pieles y que condenásemos los trages — dexo los profanos y lascivos, que éstos de suyo lo están, y hablo de los honestos y religiosos, — porque así en la materia como en las formas diversas se distinguen de aquéllos? Claro está que diréys que no. Pues si “en lo artificial,, cuyo ser consiste sólo en la mudable imposición de los hombres, puede el uso mudar en los trages y oficios hasta la sustancia, y “en lo natural,, se producen, por medio de los ingertos, cada día diferentes frutos, ¿qué mucho que la Comedia, á imitación de entrambas cosas, varíe las leyes de sus antepassados y ingiera industriosamente lo trágico con lo cómico, sacando una mezcla apacible destos dos encontrados poemas, y que, participando de entrambos, introduzca ya personas graves como la una y ya jocosas y ridículas como la otra? Además, que si el ser tan excelentes en Grecia Esquilo y Enio (1), como entre los lati-

(1) *Enio*, en todas las ediciones. Está claro que Tirso á quien alude es á *Eurípides*.

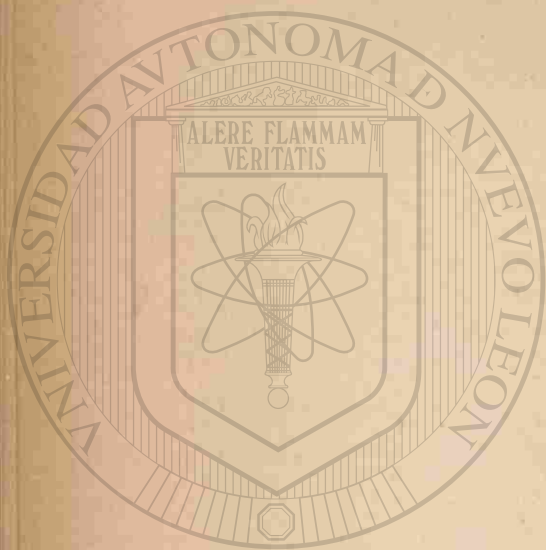
nos, Séneca y Terencio, bastó para establecer las leyes tan defendidas de sus professors, la excelencia de nuestra española *Vega*, honra de Mançanares, Tulio de Castilla y Fénix de nuestra nación, los haze ser tan conocidas ventajas en entrambas materias, así en la cantidad como en la cualidad de sus nunca bien conocidos aunque bien embidiados y mal mordidos estudios, que la autoridad con que se les adelanta es suficiente para derogar sus estatutos.

“Y habiendo él puesto la Comedia en la perfección y sutileza que agora tiene, basta *para hazer escuela de por sí* y para que los que nos preciámos de sus discípulos nos tengamos por dichosos de tal maestro y defendamos constantemente su doctrina contra quien con pasión la impugnare. Que si él, en muchas partes de sus escritos, dize que el no guardar el arte antiguo lo haze por conformarse con el gusto de la plebe — que nunca consintió el freno de las leyes y preceptos. — dízelo por su natural modestia y porque no atribuya la malicia ignorante á arrogancia lo que es política perfección. Pero nosotros, lo uno por ser sus professors y lo otro por las razones que tengo alegadas (fuera de otras muchas que se quedan en la plaça de armas del entendimiento), es justo que á él, como reformador de la Comedia nueva, y á ella, como más hermosa y entretenida, los estimemos, li-songeando al tiempo para que no borre su memoria.,,

“¡Basta!, dixo don Juan; que habiendo hallado en vos nuestra española Comedia cavallero que defienda su opinión, havéis salido al campo armado de vuestro sutil ingenio, él queda por vuestro, y ninguno ossa salir contra vos, si no es el sueño, que afilando sus armas en las horas del silencio — pues, si no miente el relox del Hospital de Afuera, son las tres. — á todos nos obliga á rendirle las de nuestros sentidos. Démosle treguas a[h]ora para que, descansando, prevengan mañana nuevos entretenimientos.,,

Hiziéronlo así, quedando avisada Narcisa para la

fiesta que en el Cigarral de su suerte, de allí á ocho días, le tocaba. Y despedidos los huéspedes que gustaron de bolverse á la ciudad, los demás en las capaces cuadras se retiraron, si diversos en pensamientos y cuydados, convenidos á lo menos en recoger, puertas adentro del alma, sus passiones.



CIGARRAL SEGUNDO



ENTRETENIDOS y apacibles ocho días pasaron en Buenavista nuestros toledanos caballeros y damas, á costa de la riqueza y liberalidad de don Alexo y Irene, ya pasando las mañanas frescas en caças—ni de enfado ni de peligro, que en el compendioso y vezino bosque de aquella Quinta no quiso defraudar al entretenimiento su ilustrísimo dueño esta generosa ocupación, — ya en contemplativas pescas, que ocasionadas de los sabrosos lances de nuestro río, jugando cañas (bien que de pescar) con sus apetitosos pezes, picavan más que otras veces los ofrecidos cebos por ir guiados de tan hermosas manos, hallando disculpa su simplicidad en las almas de los que acompañavan las hermosas pescadoras, pues no menos que ellos en los anuelos quedaban ellas prisioneras de sus atractivos ojos. Las tardes se les hazían cortas, ya por las apacibles conversaciones en que sirviendo los ingenios diferentes platos al entendimiento sustentavan las almas, ya en juegos pacíficos, estafermos y carreras, obligando con lo uno y otro voluntades y acrecentando deseos; las noches en saraos artificiosos, motes más agudos que satíricos y disputas tan curiosas como claras, que pudieran dar embidia á las *Noches áticas* de Aulo Gelio, y *Días saturnales* de Macrobio. Quien más interesó destas fiestas fué doña Serafina,

pues á la mitad della[s], habiendo llegado don Luis, su hermano, con la determinación que significó por escrito y creyó executar por obra, sin don Andrés — que por quedar indispuerto en Córdoba juzgó por mejor aguardar su pretendida esposa en ella que experimentar segundas desgracias en Toledo, — y determinado de llevarla consigo para que, con la seguridad del matrimonio, cumpliesse su palabra y saliese de la obligación en que le ponía la guarda de una hermosura, después que en el camino supo con cuánta más cuerda elección havia Serafina usado del derecho de su libertad y escogido dueño tan noble como el que le proponía don Luis — más moço, más rico y más á su propósito, — y que todo esto havia sido á persuasión y consejos de su tío — á quien reverenciava como padre, — y que, en fin, era ya imposible lo contrario, tuvo por mejor condescender, pacífico, á lo hecho, que cobrar inútilmente enemigos nuevos, arrojado.

Estos cuerdos propósitos reduxo á execución el venerable don Pedro, cuyas persuasiones fueron bastantes á que viendo cuánto mejor le estava que su hermana llamasse esposo á quien el vulgo llamó galán, y el peligro que corria su honra y vida en poder de don Andrés, — que si entonces como amante atropellava sospechas, después como marido havia de refrescar memorias (resfriados los primeros ímpetus de la voluntad) de agravios en opinión, si mentirosos, no del todo averiguados, — alabó la discreta conclusión de tantas pesadumbres, dió el parabién y brazos á su noble cuñado, perdón (si havia de qué) á su hermosa hermana, alabanças á su tío, nuevo contento á toda la nobleza, y, con un combidado más, tan principal y discreto, acrecentamiento á las alegres fiestas, siendo ya uno de los comprehendidos en ellas.

Entretanto, pues, que don Luis escribía satisfacciones á su amigo don Andrés, y los demás cavalleros y damas passavan en cortesanos entretenimientos aquel apacible otavario, llegó el término de las bodas de don Juan y

Lisida, que medido con sus deseos, no fué de ocho días sino de infinitos años, renovando en su solenidad las fiestas con los azeros que la juventud toledana acostumbra, la autoridad de los contrayentes merecia, y el amor con que de todos era estimado. Dexo su narración al discurso del discreto, por no hazer con ella prolixo el presente, y buelvo al hilo de nuestros CIGARRALES, que puesto que le cupo á Narcisa el segundo lugar en ellos, habiéndose recibido en cuenta del primero á don Alexo las fiestas que dieron dichoso remate á sus bodas, parece que tuvieron las de las suertes principio en Narcisa.

No se havia descuydado la solícita dama, pues ayudada de sus deudos — no en la traça ni en la costa de su suerte, sino en la labor y manos de su ostentación, — havia, en la entrada del celebrado Cigarral, dispuesto un enamorado Laberinto de árboles y flores con diferentes calles y laços, tan imitador del de Creta, que aunque faltó el monstruoso parto de Pasife, no á lo menos el ingenio de Dédalo ni la confusión de Teseo. Dispuesto, pues, todo, como en el progreso deste día se irá diciendo, y prevenidos coches y barcos para navegar con unos la tierra, si con otros el agua, hasta llegar á la señalada Quinta — empleo del ilustríssimo señor don Gaspar de Quiroga, herencia de Filipo el Segundo y última posesión del Marqués de Malpica, — agradeciendo todos el agradable hospicio de Buenavista, con alabanças si encarecidas verdaderas, y amorosos recuerdos de su ilustríssimo fundador, llegaron á un tiro de mosquete de su segunda mansión donde començaba el artificioso Bosque que para dar principio á su fiesta havia hecho plantar la industriosa Narcisa. Un Arco dividido en tres, de hiedras, laureles, retamas, jazmines, madreselva, claveles, açucenas y otras rosas, ofrecian deleytosa entrada en la florida confusión, de cuya principal puerta, al tiempo que todos llegaron, baxó un hermoso niño, figurado en el Plazer y bestido de diversos cambiantes y colores,

bordado el que traía de varios instrumentos músicos; y al són de los que cubiertos en las ramas tocaban los más diestros profesores suyos, puso á Narcisa una guirnalda de violetas y clavellinas sobre las dilatadas y crespas madexas de su hermosa cabeça, en fe de ser aquel día Reyna del consultado entretenimiento, cantando á un mismo tiempo el compuesto rapaz, y respondiéndole los demás, esta letra:

LETRA

UNO. Al *Bosque*, de Amor esfera,
Solamente podrá entrar
El placer que el gusto espera.

TODOS. ¿Y el pesar?

UNO. ¡No ha lugar!
Por más que la entrada intente,
Éntre el placer solamente,
Y quédese el pesar fuera.

Solamente ofrece entrada
Al regozijo esta puerta;
Para el contento está abierta,
Para el disgusto, cerrada.
De flores está esmaltada,
No es bien que el pesar las seque,
Ni en espinas rosas trueque
Quien ser su huésped espera,
Porque sólo ha de reynar
El placer que el gusto adquiera.

TODOS. ¿Y el pesar?

UNO. ¡No ha lugar!
Por más que la entrada intente,
Éntre el placer solamente
Y quédese el pesar fuera.

No ha combidado Narcisa
En su *Bosque del Amor*
Al llanto, pena y dolor,
Sino al gusto, fiesta y risa.
Mire, quien su sitio pisa,
Que enojos, penas y males
No pasan destes umbrales,
Si el portazgo considera
Que aquí se obliga á pagar
La alegría verdadera.

TODOS. ¿Y el pesar?

UNO. ¡No ha lugar!
Por más que la entrada intente,
Éntre el placer solamente
Y quédese el pesar fuera.

Recreados todos con la suave música, y gratulando la coronación de Narcisa—que como Reyna de aquel entretenimiento havia añadido autoridad á su hermosura,—iva á entrar por la principal puerta, cuando impidiéndoles el paso un padrón, al parecer de jaspe, que con engaños del pinzel en la materia de un frágil lienço persuadía á los ojos á lo que no era, vieron en él unas letras doradas que, leyéndolas, dezian:

“AL CASTILLO DE LA PRETENSION DE AMOR
„ninguno se atreva á entrar por esta puerta, que sólo se
„franquea para los que, estando en posesión, tiran con
„apazibles coyundas el triunfo de Himeneo, y para las
„damas que, en compañía de nuestra Reyna en la for-
„taleza defendida, fían del valor de sus amantes la liber-
„tad de su entretenido cautiverio.”

Regozijadamente recibieron damas y galanes la nueva premática. Y deteniendo el paso todos, dixo Narcisa:

— “Paréceme, señores, que después que murió nues-

tro español Bocacio, quiero dezir, Miguel de Cervantes, executor acérrimo de la expulsión de andantes aventuras, comiençan á atreverse cavallerescos encantamientos. No hay sino tener paciencia y obedecer sus leyes. Esta puerta solamente lo es para casados. Ellos y yo, — que, aunque no lo estoy, como Reyna (por la elección de las suertes deste dia) no me sugeto á ellas, — y estas damas con quien dispenso, acompañadas de las venerables canas destes ancianos viudos que autorizen su juventud, podremos entrar seguros en la defendida fortaleza. Manos á la labor los que sienten la privación de su vista; que no es poca dicha hallar el amante ocasión de obligar á su dama, y más en cosas de tanta estima como en rescatarles la libertad.,,

Riyéronse unos y otros del donoso requerimiento de la hermosa Narcisa, y dixo la graciosa doña Gracia:

— “Bueno es, Reyna hermosa deste Cigarral, que nos combidéis á entretener este dia, y para el combite, en cautivarlos.,,

— “No será la vez primera (respondió risueña) que en aventuras andantes paren banquetes en prisiones. Es verdad que os he de dar trabajosa vida mientras vuestros amantes fueren tan para poco que no os libren de mis manos.,,

Con estos y otros apazibles motes se entraron todos, menos los comprehendidos en la amorosa pretensión, que fueron: don Fernando, don Alonso, don Melchor, don Suero, don Vela y don Miguel; todos libres y todos enamorados, que mientras no está la voluntad atada al yugo del matrimonio, bien se compadecen estos dos atributos en un sugeto.

Cerráronse las puertas del Arco mayor, y, abriéndose las de los lados, leyeron en el frontispicio de la mano izquierda este rótulo:

“Los que tienen tanta satisfacción de sus damas que „no temen dellas los peligros en que pone el tiempo y

„la mudança, podrán entrar por esta puerta y experimentar en los diversos caminos que guian al CASTILLO DE „LA PRETENSIÓN DE AMOR el suceso de los suyos.,,

Y en el lado derecho estava otro epitafio que dezia:

“Por esta puerta entran los que con zelos, sospechas „y temores, viven dudosos del fin de su esperança; que „en las calles deste Bosque conjeturarán la dicha ó adversidad de su suerte.,,

— “No pienso yo entrar, dixo don Alexo, por aquí, que fuera agraviar la fe con que doña Leocadia me corresponde, dudar della.

— “Ni yo tampoco, replicó don Miguel, que aunque en la letra del torneo acuátíl me fingí essento de las pasiones amorosas, quizá por gusto de mi dama, oyesse della que paga mis empleos con firmeza.,,

— “Ya sabemos, dixo don Melchor, que servís á doña Margarita; mas no que, como confirmado en su gracia, sea lícito el no temer la caída della.,,

— “Hiziéranlo menos cuerdamente que dél se espera (acudió don Suero) si, amando con satisfacción, pagara con sospechas; que dudar sin causa es de pechos pusilánimes. Yo, á lo menos, imitándole en esto, tengo de entrar por la puerta de la confianza.,,

— “Pues yo, dixo don Fernando, no me atrevo á acompañaros; que Anarda, indiferente en lo exterior, tiene en Gil la competencia que entre don Nuño y yo la solicita, si bien en lo interior oso prometerme más aventajado lugar.,,

“Según esso, acudió don Melchor, ¿por el arco de la sospecha pensáis entrar?.,,

— “¿Quién duda desso, respondió don Fernando, si todo pretendiente cuerdo duda, por más justicia que alegue de su parte, hasta la conclusión del pleito?.,,

— “Vuestro compañero soy, pues (dixo don Melchor) que también anda mi voluntad deletreando la de Isbella, dama tan recatada en favorecerme, que los que me haze son tan problemáticos que me traen confuso.,,

— “Yo os acompañaré con más ocasión (replicó don Vela), pues zelos casi averiguados me obligan á embidiar á don Nuño y quejarme de Narcisa.,,

— “¡Alto, pues!, dixo don Fernando. Tres á tres estamos. La buena suerte vaya con nosotros y quiera Amor que nuestros rezelos hallen felices pronósticos en este fingido encantamento.,,

— “El os acompañe, respondió don Suero; que nosotros, confiados nobles, si vosotros temerosos cuerdos, entrando por la puerta del arco siniestro no embidiamos la diestra que os ha cabido, aunque podáis dezir que lleváis buena manderecha.,,

Deste modo, se entraron por una puerta don Alexo, don Suero y don Miguel, y por otra don Fernando, don Melchor y don Vela, hallando unos y otro[s] en cada parte tres calles [h]echas de murta, arrayán y otras yervas olorosas, con que dava principio á la enmarañada confusión; las de [la] mano derecha tenían cada una escrito en una targeta: la primera, TEMOR; la segunda, ZELOS EN DUDA; la tercera, POCA SATISFACIÓ DE SÍ.

— “Esta es la que me toca, dixo don Melchor; que merezco tan poco respeto de las muchas partes de Isbella, que aun los cortos favores que me haze los juzgo pródigos.,,

— “Pues á mí no hay quien me quite el derecho que tengo á la de los Zelos (dixo don Vela), pues, aunque *en duda*, juzgan gigantes los favores que don Nuño recibe de Narcisa.,,

— “A ser averiguados, respondió don Fernando, no fueran zelos, sino desengaños; y aun peor nombre les da la afrenta, que amenazando á la cabeça, teme pronunciale la lengua. Yo me contento con la entrada que me

ofrece el Temor prudente, que confianças presumidas y pretensiones litigantes no vienen bien.,,

— “¡La ventura, pues, nos guíe! dixo don Vela; que, puesto que este Laberinto—parto del ingenio de mi dama—no pronostica veras, los zelos aun de burlas se han de temer, pues de menos agüeros conjetura el amor su bueno ó mal successo.,,

Con esto se entraron los tres, cada uno por su artificioso camino, alabando la sutileza de su autora, cuando haviendo don Fernando andado un breve espacio, vió delante de sí una silla formada de diversas flores y en sus espaldas escrito: *Esperanza*; y más abaxo estos versos:

“Siéntate en mí, temeroso,
Que entre zelos y mudança
Es alivio la esperanza.,,

Hízolo assí el combidado. Y levantándose luego, reparó que aquella calle se dividia en otras muchas, cuáles angostas y confusas, y cuáles algo más dilatadas, escrito al principio de todas los diversos efetos del temor. En una: *Desesperación*; en otras: *Venganca, Iras, Enojos y Impaciencias*. Mas por una más estrecha que las demás, que sólo tenia este título: *Por aquí*, aunque llena de espinas y çarças, prosiguió su viage, y á poco trecho vió en una florida aunque pequeña plaçuela, des-
embaraçada de aquellos espinosos estorvos, un laurel sin hojas, aunque con algunos pimpollos que las prometian, y á su tronco escrito: *Aún no es tiempo*. Y más arriba:

“Al sufrimiento y firmeza
Prometo coronas sólo,
Que no á la prisa de Apolo.,,

Guió luego el alegre amante por una sola calle en que se terminava la apacible plaça, viendo por uno y

otro lado della, al principio, flores en esperanza, pues sólo ofrecían á los ojos sus preñados botoncillos, y entre ellos, á trechos, en pintados membretes, escrito: *Poco á poco*; después muchas y diversas rosas, que, sacando á luz sus competidores cambiantes, hermoseaban aquel sitio, y entre pergaminos iluminados que mostraban á distancias estas letras: *Hasta el fruto*; y más adelante infinidad de varios frutos que en enanos guindos, manzanos, melocotones y naranjos enamoraban el apetito, con esta letra: *Merecidos*. En fin, por último término del Laberinto estaba un moral lleno de su cuerdo fruto, con una corona pendiente de sus ramas, y una letra que decía: *Para ti*. Y en las cortezas:

"A quien cual yo con paciencia
Y esperanzas se sazona,
La posesión le corona..."

Este fin tenía por esta parte el misterioso enredo; y acabado, en un campo poblado de menuda yerva se representava (pegado con el famoso Cigarral) el CASTILLO DE LA PRETENSÓN DE AMOR, cuyas murallas, [h]omenages, torres, chapiteles y almenas, en vez de mármoles y ladrillos, havian aplicado á su fábrica hiedras, nueças, jazmines y parras de que se componía su florida arquitectura, entretregida de infinitos ramilletes que hazian vicarros embites á la vista.

Entró don Melchor por la intrincada calle de la POCA SATISFACÓN DE SÍ, y haviendo proseguido un rato por ella, vió que se dividía en tres. La de la mano izquierda, de yervas al parecer macilentas, con unas letras que dezian: *Tibieza de ánimo*; la derecha, con las mesas de almendros desiguales y locos, más capaz, aunque algo trabajosa, por estar al principio della un montecillo todo vestido de romeros, tomillos y espliegos; pero subíase á él por tres gradas compuestas de lo mismo, en la primera de las cuales estava escrito: *Solicitud*; en la segunda:

Secreto, y en la tercera: *Ocasión*, que se la dieron para elegirla, diciendo:

— "Aunque de la poca satisfacción que un hombre tiene de sí nazca tibieza en la prosecución de sus amores, no es de voluntades generosas dexarse descaecer por la pusilanimidad que la entrada colateral ofrece, que es la temeridad hija de la locura. Mejor me está la de en medio, pues siendo sus extremos viciosos, en ella es fuerza consista la virtud. La *solicitud*, que pide el primero escalón, anima á la desconfianza, pues servicios hechos á tiempo dan quilates á cortos merecimientos. El segundo pide *secreto*, siempre estimado en los amantes, pues en la república de Amor no hay oficio más odioso que el de los pregoneros. La *ocasión*, que consiste en la grada tercera, ha levantado sugetos humildes á posesiones generosas. *Solicitud*, *Secreto* y *Ocasión* es una trinidad siempre de mí reverenciada. ¡A ella me encomiendol.,

Dezir esto y subir al esmaltado monte fué todo uno; caminando más alentado por una sola senda, que, ya oblicua, ya recta, vino á parar en una palma de cuyas vitoriosas ramas pendía: un arnés, escrito en el peto, *Perseverancia*; una espada, en cuya [h]oja decía, *Ventura*; y una lanza sin hierros, escrito en el asta, *No los hagas en tu amor*. Además desto, en el tronco de la elevada planta estavan estos versos:

"Desnúdate del temor;
Que *solícito*, *secreto*,
Y con *ocasión*, ¡discreto
Vencedor!
La palma te ofrece Amor
Que en mis armas te prometo..."

Como si fueran los versos oráculos de alguna Sivila, juzgando á presagios verdaderos sus pronósticos de bur-las, se armó confiado, prosiguiendo por la apacible sen-

da, en cuyo término halló á la *Perseverancia*, al parecer de mármol parto, que sobre una base de jaspe tenia á los pies el *Temor*, y al niño dios de Chipre de la mano; y éste, en la suya derecha, una corona de encina, símbolo de la fortaleza, con esta letra:

"La perseverancia da
Merecimientos
A dudosos pensamientos,,

Coronóse della. Y franqueados los enredados estorvos, se halló á la vista del referido CASTILLO, al lado del no menos alegre don Fernando.

Entró al mismo tiempo que los sobredichos, don Vela, por la calle de los CELOS EN DUDA, que en señal de su significación estava compuesta de todas diferencias de flores açules entretregidas de espinosas cambroneras que atravesándose tal vez por el camino le hazian dificultoso. Y á pocos passos que anduvo vió escritas en diversas partes estas letras: *Tenellos, mas no pedillos*, obligándole á dezir:

"Tienen razón estos avisos. Que si el tener zelos, por más que los desacrediten los que no saben su utilidad, aquilatan el amor (sin ellos las más vezes remisso), el pedillos es digno del menosprecio que se les sigue, pues ningún amante ha de mostrar á su prenda estimarse en tan poco que se tenga en menos que su competidor; pues concediéndole la ventaja, ocasiona á su dama que estime en más al que él teme, pues por el consiguiente le confessa más venemérito. Y así, tanto como es provechoso el tener zelos, daña el pedirlos,,

Caminando adelante con estos discursos, vió que estrechándose la espinosa senda, y ya casi ciega, en vez de las primeras letras estavan éstas: *Zelos, con zelos se curan*, cuya receta alabó sobremanera, pues no hay medicina más eficaz en la botica de la esperiencia que el sacar un clavo con otro, curando zelos con zelos, pues

si se comparan á los perros rabiosos, sus mordeduras se remedian con sus propios pelos. Y así propuso desde allí adelante usar de semejante medicina.

Buen rato anduvo confuso don Vela, hasta que, después de haver atropellado no pocos estropeços de ofensivas malezas, vió, delante de muchas calles que con torcidas bueltas causavan á la elección confusa perplexidad, una mesa de jaspe y sobre ella dos dados sobre una tarjeta que mostrava escrito:

"Todo es suertes el amor.
Los dados tira,
Y después la tuya mira.,

A un lado de los dados estavan pintadas en un papel todas las que en ellas inventó su juego, con letras que avisavan lo que havia de hazer en cada una dellas el que las echava; y al otro, en un librillo, la guía que havia de tomar según el punto le entrava. Baraxólos el celoso amante, y echando encuentro de doze, acudió al papel y vió debaxo del punto estos versos:

"Si son zelos encontrar
Competidor,
En las suertes del amor
El encuentro será azar.,

Y luego dezia: *Mira el libro número doze. Miróle y halló:*

"Buelve á tirar otra vez,
Que doze trabajos fueron
Los que á Alcides fama dieron.,

Baraxó la segunda, y echó ocho. Acudió á la suerte del papel, y vió que dezia:

"Buen punto tienes, anima
Tus pensamientos difuntos,
Que amor se muda por puntos,

Y luego le mandava acudir al libro número otavo. Hízolo assí, y vió escrito:

“Fortuna ciega te ayuda.
Sigue sus ciegos antojos,
Y entra cerrados los ojos.,,

— “Según esto, dixo, cerrados los míos tengo de entrar por una de todas estas calles. Y no sin causa, que los sucessos de Amor vendado, guiados por la ciega diosa, consisten más en la contingencia fortuita que en la elección determinada.,,

Y diziendo: “¡Dios me la depare buena!,”, cerrándolos, se entró por la primera que encontró, no sin cobrar el portazgo las çarcas que servian de porteros, pues dando á ciegas con ellas, en vez de prendas le sacavan sangre. Ya, pues, que le pareció estava dentro, bolvió á abrirlos, caminando en busca de su deseado fin, no poco difícil, pues dando la engañosa senda mil bueltas encontradas, ya le guiava hazia arriba, ya bolvia á una mano, ya á otra, desatinándole de suerte que no sabia si ganava tierra ó la perdía; hasta que pareciéndole se acabava, cosa que le dió notable alivio, vió al remate della escrito: *Diligencias sin razón*. Y luego:

“Quien no busca coyuntura
Y va por donde le llevo,
Buelva á començar de nuevo.,,

Apenas acabó de leer estos versos, quando bolvió á hallarse junto á la mesa, dados y papeles que al principio, causándole no poca risa, y diziendo:

— “¡Qué de amantes celosos, por no saber acomodar los medios necesarios para sus deseos, siendo pródigos desaprovechados, quando imaginan que les han de dar el grado de sus amorosos desvelos se hallan como yo en el A B C de su pretensión! Buelvo á echar el dado; que

el tahir, tal vez porfiando, restaura con ventajas las pérdidas primeras.,,

Sorteó con esto otra vez, y echando azar, fué al papel mirando el punto de asses, — que fué el que salió, — y halló debaxo dél escrito:

“No te cases con la que amas,
Que es azar que quita el seso
Número de dos, y en hueso.,,

— “¡Mal [h]aya yo, dixo, si mirare más!,
Y guiando, medio corrido, por una de las calles que le pareció más desenfadada, la halló á poca distancia sin salida, y escrito sobre una peña grande que la cercava:

“No la tienen tus sospechas,
El porfiar es locura,
Muda, y prueba tu ventura.,,

— “Pues ¡mala me la dé Dios, replicó, si otra vez bolviere al principio!,,

Y sacando la espada, abrió camino derrivando la artificiosa maraña, hasta que saliendo á lo raso halló á don Fernando y don Melchor que havian llegado antes al ruido del colérico destroço creyendo fuesse otra cosa. Y preguntándole el motivo, sin ossarles dezir el verdadero, temeroso de sus picones, les respondió que habiéndose perdido dos veces y buuelto al principio, escogió el remedio de Alexandro en la solución del nudo de Gordio, con que no poco riyeron.

En las tres calles que á la mano izquierda davan principio á la artificiosa Selva y eligieron los tres confiados de sus damas, don Alonso, don Suero y don Miguel, estavan en targetas, pendientes de sus arcos, estas letras: *Confianza de amor*; en la segunda, *Estimación de sus servicios*; y en la tercera, *Menosprecio de sus competidores*. Elijó la primera don Miguel, la segunda don

Suero y la tercera don Alonso, por parecerles á cada cual más á propósito del estado en que se hallaban sus empleos. Entrando, pues, á un tiempo, — que fué el mismo en que los otros tres comenzaron la prueba de sospechas, — después de haver don Miguel caminado como diez passos por la confianza de su amor, vió una cama con verdadera propiedad de campo, porque los mástiles, varandillas y cielo, eran de flores varias y vistosas, la mayor parte de adormideras; y en vez de colchones ó traspontines, colchas y almohadas mullidas, rosas, madreselva y clavellinas, con tanta similitud juntas y dispuestas, que parecían de una pieza, representando labores de diversos recamados y sedas que persuadian más lo que significaban que lo que eran. Sobre los dos acerrillos de açahar y violetas que estaban encima de dos cogines de retamas, hinojos y lirios, leyó estas letras: en el uno, *Seguridad*, y en el otro, *Descuydo*. La coronación de la cabecera tenia otras que decían: *Cama de la confianza*.

— “¡Con propiedad, dixo don Miguel, la pintó la discreta Narcisa, pues todo amante confiado pretende seguro y descuydado ama! Posesión quiero tomar de cama tan deleytosa; que en ella me pronostico la que me ofrece la satisfacción que tengo de mi dama.,,

Echóse, diciendo esto, sobre el regalado lecho. Pero apenas lo hizo, cuando cayendo con todo en el suelo y saliendo impetuosamente de los cuatro mástiles otros tantos caños de agua, le dieron en el rostro, manos y vestidos. Y al mismo tiempo, como si el cielo lo fuera de veras, hizo tanto ruido, en vez de truenos, con dos despertadores y un reloj que soltó la solución del artificio, que cayendo, á bueltas de su estrépito, muchas pel- las de nieve, pusieron al pobre confiado medio corrido y mojado del todo.

Levantóse entre risa y enojo, y halló deshecha toda aquella máquina, — menos las porfiadas fuentes, que quedándose en pie no cessaban de dar baya á su descuy-

do, — y estos versos, que, con el destroço de las compuestas flores que los encubrían, quedaron patentes sobre las varandillas de la cabecera:

“Recuerde el alma dormida,
Avive el seso, y despierte
Contemplando
Que no hay dama pretendida
Que sea en la ocasión fuerte,
Firme, amando.,,

— “¡Cuerpo de Dios!, dixo el mojado presumido. ¡Y qué á mi costa ha salido verdadero este desengaño! Lo cierto es que en materia de amores no vale el proverbio que dize “cobra buena fama y échate á dormir.,,, pues á pesar de la que yo tenia, llamas de amor dormidas despiertan avisos de agua y nieve. Yo prometo desde aquí la enmienda. ¡Baste el castigo, señoras burlas, que aunque merecidas de mi presunción, passáis ya de vuestros límites á los de las veras!.,

Con esto prosiguió por la senda adelante con más recato que hasta allí, recelando, á cada movimiento leve de las [h]ojas, nuevos engaños, deseoso de verse libre dellos. Reparó en que, á trechos, estaban, entre las espesas ramas que formaban la fresca calle, muchas plumas de pavones, de aquellas en que se transformaron los cien ojos de Argos cuando en guarda de Isis los adormeció Mercurio, y escrito en sutiles pergaminos, que se rebolvían á sus cañones, estas letras: *Todos éstos no bastaron; replicando el escarmentado galán:*

— “Si ciento no son suficientes para guardar una mujer, locura es descuydarse con dos sólo.,,

Proponiendo iba la enmienda de su estimación al cuydado, cuando llegando al fin de su camino vió por último remate dél á la *Vigilancia*, sobre un altar de hiedra y arrayán, en la apariencia de bronce, llena de caras, cuyos muchos ojos se ayudaban de otros tantos

antojos de larga vista. Tenía de la mano una muger, puesto que bellísima, formada toda de vidrio tan delgado que cualquiera frágil viento parece que la amenazava hazer pedaços.

Dava la *Vigilancia* muestras de defendella, temerosa de muchos contrarios, que, escrito en los pechos, unos *Ocasiones*, otros *Dádivas* y otros *Diligencias*, con piedras en las manos, hazian ademanes de derribarla. Y en la mesa del altar, entre sutiles laços de flores que servian de frontal en medio dél, estos versos:

“Todo confiado es necio,
y más siendo la muger
vidrio fácil de romper..”

Con semejantes avisos salió á la deseada plaça, tan aconsejado y persuadido el ya temeroso amante, que propuso dar menos autoridad á la confianza y más crédito al cuydado cuerdo, hallándose á la vista del hermoso CASTILLO, y en compañía de los demás aventureros.

Por la segunda calle, de la *Estimación de sus servicios*, entró don Suero, juzgando por ellos merecer la voluntad que Diana le mostrava, — puesto que no tanta como él se prometia, — que al revés de los amantes sabios siempre añadió ceros su presunción al número de su correspondencia, falta no poco puesta en ejercicio por los Narcisos deste tiempo, que les parece hazen la vida de merced á todas las bellezas que los miran. Y aunque don Suero, en lo demás, era cortesano discreto y apacible, en esta parte excedia de los límites de la templança, pareciéndole equivalia á todas las finezas de los demás competidores, con que no pocos murmuravan dél, perdiendo en esto la opinión que en lo demás grangeava. El, en fin, si no sobervio, presumido, entró por la sobredicha senda, y al principio della vió la figurilla del *Conocimiento propio*, hecha de heno, esparto y atocha, materia tan frágil como los pensamientos de los entona-

dos. Tenía en la mano siniestra un plato de ceniza, y en la otra, entre los dedos pólex y índice, parte della, dando muestras de ponérsela á la desvanecida presunción de don Suero, que, siendo forçoso passar por junto á ella, leyó en un pergamino pintado que colgava del uno de sus braços esta sentencia: *Memento homo*.

—“¡Más parece (dixo entonces) Miércoles, éste, de Ceniza, que entretenimientos de caniculares! Ya yo sé que soy hombre, y aun por serlo en siglo que tan pocos hay dignos deste blasón,—pues los que viven, por la mayor parte usando más de la sensitiva que de la racional, desmienten con sus costumbres la apariencia humana,—vivo satisfecho de que entre todos me prefiere la desapasionada elección de mi dama..”

Passó adelante, y vió que aquella calle se dividia en dos igualmente, y á la entrada de entrambas, dos manos señalando cada cual la suya y en medio escrito: *Escoge*.

—“¡Sí, haré! dixo.—Y caminando por la de la mano derecha halló que toda ella estava adornada de cañas verdes y viçarras con la esterilidad de flores y fruto que dió á su vanidad la Naturaleza, y escrito en sus prolongadas hojas: *Vanidad de pensamientos*. Más adelante estava, sobre una mesa, — aunque de tan liviana materia que era toda de papel, pintada con tanta sutileza que la juzgaran por de bruñidos jaspes, — encima de una fuente, un bulto cubierto con un tafetán tornasolado, que en la forma que mostrava por de fuera parecia corona imperial ó turbante persiano, persuadiéndose á que era esto último, por ver que salía sobre el tafetán por remate un mundo y sobre él una media luna plateada. Colgava de una parra loca — que, despeñándose desde la cumbre de un álamo elevado, servia de dosel al encubierto enigma, — una targeta con estas letras:

“Descúbreme y hallarás
El galardón
De tu amor, en presunción..”

Hízolo ansí, sospechando encontrar la corona imaginada. Y tirando hazia arriba por el remate donde dixe estava el mundo y media luna, descubrió la mitad de una jaula, quedándose con la otra mitad en la mano y esparciéndose por el viento una apacible multitud de paxarillos, que, habiendo estado hasta allí presos en ella, poblaron las encumbradas ramas de aquellos árboles cantando norabuena á su libertad, si no es que diessen la baya al engañado presumido de su burlada estimación. Corriérase él no poco, si como sabian las libres avezillas satirizar, cantando, su engaño, supieran declararle por palabras, ó huviera allí testigos que le motejaran. Pero riyéndose de la burla cuando pudiera de sí mismo, siguió su discurso hasta entrar en el remate dél, que fué en una cuadra cuyas paredes estavan con curiosa sutileza fabricadas de romeros y hinojos, albahacas y mstranços, todos olorosos y infrutíferos, pobladas desde arriba abaxo de espejos, y la imagen del *Desengaño* en medio, que se le dava por unas letras en que dezia: *Mírate en todos*. Obedeció don Suero, y llegando á verse, estavan de tal manera dispuestos, que en cuanto reparó á mirarse le representavan feíssimo; unos en forma de sátiro, otros de caduco viejo y otras monstruosas y ridículas figuras. Estava alrededor de la alegórica sala escrito este letrero:

“Mientras no te conocieres,
Peor que esos monstruos eres...”

— “¡No hablan conmigo (dixo), ni hizieron para mí versos y espejos tan satíricos!”

Y saliendo de la predicadora cuadra, subió por cantidad de gradas que sin tener otra salida guiavan á la cumbre de un descompassado peñasco (de que aquel sitio tiene no poca abundancia), pero compuesto curiosamente de variedad de flores y ramos infrutíferos, en la corona del cual estava un carro triunfante hecho todo

de flores gigantes ó girasolas, con tanta sutileza y arte, que formándose dellas las ruedas, trono, lanza y hasta los mismos cavallos que le tiravan, á cualquier mediano entendimiento persuadieran significar aquél el Carro del Sol. Fuéle necessario á don Suero entrar en él por rematarse allí las gradas, pues á no hazello, se obligara á bolverse por donde vino. Y apenas llegó á sentarse en el bordado trono de la vistosa carroça, cuando cayendo ella y él desde la taxada peña, dió tal golpe abaxo, que á no estar prevenido el suelo con un copioso montón de berverna, miraveles, rosas y otras yervas infinitas que le recibieron y aseguraron, imitara en todo á lo que representava. Cayó, en fin, y levantóse asustado, hallándose fuera del Laberinto, en el alegre prado, junto á los demás aventureros, frontero del CASTILLO, y á sus pies, entre los despojos del precipitado plaustro, estas letras:

“Cayó Faetón presumido;
Pero en tí no será afrenta
Como caygas en la cuenta...”

Por la última calle, y sexta en orden, entró don Alfonso, que menospreciando sus ribales por juzgarlos de menos prendas que él en la competencia que le hazian amando á doña Leocadia, eligió las letras de su título, siendo, como arriba dixe: *Menosprecio de sus competidores*. Y caminando inadvertido de un laço que entre la menuda yerva le enredó los pies, dió una caída, aunque no peligrosa, considerable. Echó las manos para desaprisionarlos y halló en ellas una delgada tomaça y un pergamino con unas letras que dezian: *Para enemigo, basta*.

Rompióla impaciente, sin advertir su significación. Y prosiguiendo adelante, halló que las mesas verdes que servian de paredes á la torcida senda se componian de vistosas hortigas, cuyas casi invisibles espinas causavan

á quien las tocava dolor más agudo que las mayores de los otros ofensivos estorvos, con estas letras repartidas á trechos por ellas:

“A las veces los menores
Pican más en los amores.,,

Tampoco quiso reparar en su interpretación, hasta que se le representó un elefante, imitado al natural, sobre una basa que parecía de piedra, entrándosele por la provocida ó trompa un ratoncillo pequeño que le inquietava, de suerte que, teniéndole casi rendido, dava muestras de derrivarle; y escrito en ella:

“Al que de la fortaleza
Es geroglífico y dueño,
Vence un animal pequeño.,,

Parece que, despertando entonces, le dió causa á hacer más estima de sus competidores, enfrenando el orgullo de su presunción, aunque la seguridad con que vivia de su dama desanubló estos recelos. En fin, haviendo proseguido algunos passos, vió delante de sí un poço, cuyo brocal parecía de alabastro y en forma de algibe—de los que tan provechosos y célebres ministran á la sed y se contraponen al calor de nuestra ciudad. Estava cerrado y con una llave que colgava de uno de sus mástiles, al parecer de bronce, y estos versos pendientes della:

“Si piensas tener con llave
La voluntad de tu dama,
Dude quien ama,
Que más yerra quien más sabe,
Y abre, pues vienes
A ver lo que en ella tienes.,,

Destapóle entonces, después de abierta su cerradura,

y saliendo una infinidad de mosquitos—plaga heredada de la dureza de Faraón los veranos en Toledo,—le dieron tan repentino assalto á los ojos, narizes, oídos y demás partes del rostro, que por poco assegundara la primera caída. Vengóse dellos divirtiéndolos con la capa, y leyó alrededor del brocar este terceto:

“En competencia de amor
Hasta mosquitos desvelan,
Porque, en fin, pican y buelan.,,

—“Confesso experimentado (dixo), que no hay enemigo tan parapoco que si le desprecian y ofenden no halle tal vez coyuntura de vengarse. Pero no confessaré que la tengan los míos en la voluntad de quien adoro, porque sé que conoce su poca estima y mis merecimientos.,,

Iva á caminar adelante, pero no pudo hasta hazer elección de una de tres calles en que aquella fenecía, adornando el frontispicio de todas unas letras que dizian: *Guéte tu confiança.*

Era algo colérico don Alonso, y sin permitir á la paciencia que discurriese sobre cuál le estava mejor, con el deseo de salir de tan enfadosos pronósticos para él, echó por la primera que topó, hallando á pocos passos escritos de letras grandes: *Calle de la Ausencia.*

—“Aunque yo la hiziera, dixo entonces, tengo tanta fe en doña Leocadia, que me querrá más, ausente, que á mis competidores, en presencia.,,

Esto iba diziendo, cuando se halló en una plaza pequeña cercada toda de tarayes y cipreses enanos, y en medio un túmulo adornado de las mismas ramas, con otras de pinos, sabinas y enebros, tendida en él una imagen de una muger al parecer difunta, que declarava quien era un letrado á sus pies, diziendo: *La voluntad de tu dama;* y las fúnebres andas, otro á la cabecera, en que leyó: *Túmulo del olvido.* En el tronco de un ciprés

grande estava gravada una Cruz y á su pie escrito: *Aquí mató la ausencia presumida una voluntad amante. Rueguen á Dios por ella.*

Iva á derrivarla don Alexo, ocasionado de la tristeza natural que semejantes representaciones causan, cuando oyendo una alegre y confusa multitud de instrumentos vélicos acudió á ver lo que era, y saliendo del alegórico Bosque se halló con los cinco compañeros en la plaça de armas de aquella amorosa milicia, que haziendo señal desde el florido fuerte al assalto, enarbolando vanderas y estandartes, llamavan á prisa á sus combatientes.

Con entretenidos motes se dieron la biensalida, unos á otros, de la simbólica Selva, riendo lo que permitió la brevedad del tiempo la caída de don Suero, naufragio de don Miguel, armas de don Melchor, cólera de don Vela executada en el destroço de las enredadas calles, y turbación de los demás, que, aunque ignorantes de los sucessos ajenos, sacó cada cual de los propios, aunque en confuso, las aventuras de los otros, remitiendo para mejor ocasión el referirlas.

Todos se acercavan en orden, como si fuera de veras el assalto, al combate del florido Alcázar. Y en él, desde las almenas y murallas, se apercibian á la defensa muchas damas que en diferentes trages y tocado, con letreos á los pechos, representavan las encontradas passiones de los zelos, amor, presunciones, temores y confianças, cuando hallando en medio del oloroso prado una Coluna fabricada de diversidad de flores, leyeron, en una rodela de la misma materia, lo siguiente:

“Para la conquista de la PRETENSION DE AMOR no se permiten otras armas que las de los merecimientos propios. Y así, pena de incurrir en la de los transgresores, á arbitrio de nuestra Reyna, se desnudarán los que las traxeren diferentes, y en calças y jubón, subiendo por las escalas que la Esperança les tiene arrimadas al muro, ganarán, los que en esta impressa no desmayaren y sa-

lieren vencedores, la corona mural que la possessión segura les promete.,,

—“¡Alto, señores!, dixo don Melchor. En empresas amorosas no hay cosa de más estorvo que los vestidos. Desnuda anda su deidad. Imitémosle; que los aceros que piden las estacadas de Cupido son diversos en todo de los de Marte.,,

—“Jugadores de pelota quiere que parezcamos, replicó don Alexo, este encantamento. ¡Mal nombre para damas tan abonadas y principales como las que han de servirnos de chaças en esta competencia! Quéxense de su legisladora, que no ha de quedar su cumplimiento por mí.,,

Gallardos y gentiles hombres quedaron los seis, que pudieran embidiar los Nueve de la Fama. Y oyendo la señal de acometer, acudieron con el aliento y denuedo que si aquella fuera la fuerza de Mastriqui, subiendo por las escalas arriba y rebatiéndolos sus defensores con tiros arrojados de alcancias tan frágiles, que, siendo de huevos y pomas de cera y dándoles en las cabeças, unos derramavan aguas odoríferas y otros infinidad de flores diferentes,—munición cortesana de amorosas milicias,—atronando toda aquella comarca multitud de instrumentos ya vélicos y ya festivos, y entre ellos, tiros formidables en el estrépito y deleytosos en los efetos. Duró un buen rato el competidor assalto. Y cuando ya llegavan casi á igualar los conquistadores las almenas, cayendo ellos y ellas á un mismo tiempo por medio de un sutil artificio que los derribó en el fosso,—que en vez de fagina tosca estava cubierto de blandas yervas y regaladas flores,—cuando bolvian á levantarse para proseguir el combate, dieron de repente en tierra los cuatro lienços de la muralla, fábrica de toda aquella vistosa máquina, sirviendo los que primero fueron muros defensivos, agora, de curiosas alfombras, quedando en su primero ser el chapitel que primero fué piramidal extremo

del CASTILLO, y agora viçarra coronación de un cenador apetitoso, debaxo del qual vieron en cruz cuatro prolongadas mesas llenas de diversos manjares, y assentados á ellas los cavalleros, damas y ancianos que no siendo comprehendidos en las condiciones del fingido encanto, por ser casados, hallaron franca entrada y salida del Bosque y Fortaleza, como en el principio se advirtió.

Estaba á la cabecera, coronada, Narcisa, Reyna hermosa y inventora deste apacible y deleytoso entretenimiento, y á sus dos lados seis sillas, igualmente repartidas para los andantes enamorados. Levantáronse todos á recibirlos, trocándose el estrépito marcial en músicas de Venus, y saliendo á un tiempo seis donzellas á darles aguamanos, y otros tantos pages, los cinco con ropas y monteras para los conquistadores, y el uno con vestido galán y enjuto para don Miguel — que entre aquellos enramados laberintos trocó por los moxados en la engañosa cama. Y assentándose gratulados de canas y juventudes, comencó luego un combite tan espléndido como la fiesta havia sido curiosa y ostentativa, entretejiendo manjares del cuerpo con platos del alma, cifrados en discretas conversaciones, contando cada uno lo que en la prosecución de sus aventuras le avino, con que cada cual de por sí y después todos juntos causaron apacible risa, agudas sutilezäs, y por remate, merecidas alabanzas á la discreta Reyna, igualando su ingenio á su hermosura y uno y otra á su liberalidad, digna de la copiosa hazienda con que pudo seguramente cumplir con aquella festiva obligación, dándose fin á la pródiga comida y conversable recreo, y levantándose de las mesas al són de la artificiosa harmonia con que se entraron en el regozijado Cigarral, donde en diferentes salas satisfizieron al sueño, tan ocasionado del calor como del magnífico banquete.

Durmieron los cansados, jugaron á las tablas, axedrez y trucos los libres, y buscaron ocasión los enamorados, unos, de intimar sus queexas, y otros, de agradecer sus

favores, hasta que el sol, más comunicable, dió lugar á que las sombras — si á las dos, enanos, á las cinco, gigantes, — recibiesen en su protección los huéspedes, ayudadas de un cierço manso que las hazia más apetecibles. Y asentados todos, por disponello así la hermosa Reyna, debaxo del deleytoso cenador que alrededor de una risueña fuente no permitia la entrada al dorado progenitor de todas las cosas, — puesto que el amigo de registrarlo todo acechava lo que hazian, y como si tuviera zelos los mirava como monja por redes menudas ó donzella encerrada por celosías espesas, — dixo Narcisa:

— “Para la conclusión de mi efímero gobierno me ha parecido, discretos cavalleros, gallardas hermosuras y respetables canas, recrearos con una fábula que me envió ayer un ingenio de Madrid, tan favorecido de tal madre como ella ufana de tal hijo. Que aunque debaxo de nombre incógnito me conjuró os la comunicasse, por no defraudarle la alabanza, que tan de derecho se le debe, ni á vosotros su verdadero apellido, digo que el que gozó en el siglo fué don Plácido de Aguilar, gentilhombre del Excelentísimo Almirante de Castilla, y agora, acrecentado en todo, religioso observante, que, trocando la cátedra del Museo por el Púlpito, aprovecha en éste lo que deleytó en la otra. Y aunque mudó de dueño — pues tirando primero gaxes de una Excelencia se los paga acrecentados agora una Merced, — por ser la suya coronada y Real, queda tanto más medrado cuanto vosotros quedaréis satisfechos en haviendo oído cuán pródigo se le mostró Apolo en los versos de la fábula presente, que son los que se siguen. Y don Luis, porque no goze de todo punto la fiesta sin trabajo, le será, si le puede haver en tan interessable ocupación.,,

Aprovaron todos su elección cuerda. Tomó agradecido y obediente don Luis el papel, mudó de asiento, y siendo punto de la circunferencia de sus oyentes, leyó desta manera:

FABULA DE SIRINGA Y PAN

DEDICADA AL MAESTRO DE SU AUTOR

De aquellas que tu ingenio siembra flores
(Archivo de cordura si de ciencia)

Estas, que pude recoger, mejores,

En ramilletes buelvo á tu presencia.

Migaxas mendigué de los primores

Que de la mesa caen de tu elocuencia;

En plato te las doy. No es desvarío

Que al mar se restituya humilde río.

A tanto estudio y á gobierno tanto

Ponga treguas mi rústica Tálfa,

Rústica en voz y rústica en el canto

Si en cañas siete su contento fía.

Mas á juzgar el ánimo levanto

Que ha de serte agradable por ser mía,

Siendo flores plantadas de tu mano

Pequeño fruto de tan gran verano.

En los montes de Arcadia,—cuya cumbre

De cristales helados argentada

Vence á la que Pupula el Etna lumbré

Y el Enocauma con la nieve helada,—

Entre la hermosa copia y muchedumbre

De Ninfas y Amadrías, fué llamada

De unas y otras, Siringa, la más bella,

Al cielo undoso cristalina estrella.

Rayos de Apolo, rosas de la Aurora

Son los cabellos y bruidas sienes,

Que si enlaza en aquellos, y enamora,

Flores, en ésta vence de Hipomenes;

¡No los claveles que derramas, Flora,

O en açafates recogidos tienes

Á sus labios igualan, pues son tales

Que con ellos marfil son los corales!

Cándida producción del Gange*ó Paro
Torneado cuello es, sin que haya alguno
Cristal más trasparente, puro y claro,
Que el que muestran los dientes, uno á uno;
Ni el manto açul en hermosura raro
De su pavón loçano bordó Juno,
Como sus ojos luzes radiantes
Çafiros del amor, sino diamantes.

Cuantos árboles guardan Amadrías,
Bosques Driades, Enides los prados,
Náyades de cristal las fuentes frías,
Napeas fugitivas los collados,
Oreades las granjas y alquerías,
Potamides los ríos desatados,
Embidian de la Ninfa la belleza,
En quien se desveló Naturaleza.

Un semicapro, semidiós, ó fiera,
Adora de Siringa la hermosura,
Grossero amante que en deidad grossera
Hollar pretende la estrellada altura;
Y en la silvestre y no pisada esfera,
En Zodiaco térreo, ser procura
Capricornio de amor ciego y benigno
Que á Virgo abraça en Géminis su signo.

Robusta rama de espinoso pino
La frente al semicapro dios corona,
Por distinguirse en esto al dios del vino
Que entre racimos su deidad pregona,
Agreste culto, no amador marino,
A quien ofrecen diezmos, si Pomona
De las frutas sabrosas y mejores,
Ceres de espigas, Amalteá de flores,
A tan rara hermosura, á Ninfa tanta,
Inculto galán es robusto amante,
Y á las que el semidiós voces levanta
De nieve el pecho transformó en diamante.
Mueve de cabra, Pan, ligera planta,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

Busca, recela, mira en un instante,
 Que el dios alado, siendo lince ciego,
 Produce hielo en uno, en otro fuego.
 Barriendo estrellas, flores maticando,
 Cerniendo aljófar, luzes produciendo,
 Prado vistiendo, nuves bosquexando,
 Sembrando aromas, rosas descogiendo,
 Templando vientos, fuentes aclarando,
 Granates en mosquetas embolviendo,
 Mostrava el rostro la rosada Aurora,
 Jazmín y rosicler hurtando á Flora,
 Cuando salió Siringa dando al prado
 Primavera en nieve [h]elada embueltas,
 Coturno al pie, de perlas recamado,
 De Ofir madexas á la espalda sueltas,
 Cendal brillante, que del Sol hurtado,
 Al animado vidrio dando bueltas,
 Los vientos amorosos y trabiesos
 Retoçando con el duplican besos.
 A fugitiva si canora plata
 Que una fuente despide, dió la boca,
 Y al fino de los labios escarlata
 Las perlas netas de los dientes toca;
 El líquido cristal, que se dilata
 En sierpes puras, á su sed provoca,
 Y en la yerva menuda ensarta perlas
 Labios las rosas bueltas por beberlas.
 Segur de flores es nevada mano
 De la Ninfa Siringa; mas si llega
 El pie de plata, las marchita en vano,
 Pues brotan más aprisa que ella siega;
 En oro joven, ó en aljófar cano,
 Arenas buelve de la verde vega,
 Ocaso de sus pies, cunas de Apolo,
 Si arenas del Ladón, ya del Pactolo.
 Hazen sombra á la fuente bulliciosa,
 De esmeraldas densísimos follages,

Orla es su margen de berverna y rosa,
 Murtas la visten, lirios dan plumages;
 El Sol la acecha, pero entrar no osa,
 Que los árboles, nuves y celages
 Le ministran floridos, y á porfías
 Zelos aumentan, siendo celosías.
 Sediento ciervo caluroso intenta
 Cristales agotar de clara fuente,
 [H]elada planta que á la nieve afrenta
 El camino le impide puesta enfrente;
 El nervio estira con la mano essenta
 Al arco corbo de marfil luziente,
 Y al de la Ninfa arpón sirvió de aljava
 Ligero bruto, cuyo cuerpo agrava.
 Brillante piel de fúlgido diamante,
 Del estivo león recama y dora,
 Del lauro ingrato corredor amante
 Y de esmaltes de nácar le colora,
 Cuando el campestre Pan, si semejante
 En esto al rubio dios, pues sigue Aurora,
 Tribunal de su amor hizo al liceo,
 Juez su deidad y parte su deseo.
 — "Ingrata (dize) de mis tiernos ojos,
 Nuves de amor, pues agua ardiente llueven,
 Líquidas llamas de su mar despojos,
 Que eternos pagan censos que no deven:
 Enfrena los desdenes, los enojos,
 Y mientras que no á ti las penas mueven,
 Recibe grata peregrinas queexas,
 Echa al desdén candados, abre orejas.
 "Examina el amor más firme y puro
 Que conoció jamás monte ó fibera,
 Ablanda peñas de diamante duro,
 Que aunque es llamas Amor habita en cera;
 En muros de cristal puede seguro
 Vivir rigor, que combatir espera
 Solicitud de bronce con suspiros,

Pero á lexos de amor no alcançan tiros.

“Cuando por interés tus gustos rijas,
Esquilmos de Jasón, dan, mis ganados,
De aquilatada plata las vedijas,
Que pacen esmeraldas en los prados;
En márgenes de vidrios que entre guijas
Ya lloran y ya rien mis cuydados,
Saltan siempre traviessos corderillos,
Brincádoles la sal destos tomillos.

“Estos campos amenos y dehesas
Heredé de mis padres, en las cuales
Quinientas vacas apaciento gruesas,
En otros tantos, tiernos récentales;
Madrugadora oveja, las espesas
Encimas me enriquece de panales
En erarios de corcho, su tesoro,
Que al apetito dan potable el oro.

“Los árboles de frutas más sabrosas
Pecheros son de mi regalo eternos,
Sus pies calcando lisongeras rosas,
Que bañan sierpes de arroy[u]elos tiernos,
Peras, ó perlas verdes y olorosas
Que conservan en paxa los inviernos,
La vid, racimos de oro que al Agosto
En ubas pagan, si al Setiembre en mosto.

“La pálida camuesa, arrebolada,
En fe de que el afeyte la sazona,
La pechiabierta de su amor granada,
Reyna de frutas, pues que trae corona;
La guinda en dulce y agro delicada,
La amarilla toronja en quien Pomona
De la vejez retrata los pesares
En pálidas verrugas ó lunares.

“Etiopes endrinas, la grossera
Bellota capilluda, el higo blando,
La emparedada almendra, en primavera,
Por atrevida, cuerdos embidiando,

Y la sin huessos breva, á quien parlara
Hurraca, sin jugar está picando,
Cera rubia en limones amarillos,
Y pomos de Atalanta en los membrillos.

“La religiosa nuez de carne blanca,
La eriçada castaña, la avarienta
Nudosa piña, con el fuego franca
Del fruto que con muros acrecienta;
La calabaza, que el Setiembre arranca,
Custodia del licor que á Baco alienta,
El letrado melón que el necio alabe
Pues las letras professa que no sabe.

“Las mançanas más rubias y doradas
Que aquella que al Troyano dió la diosa
Para las plantas enfrenar aladas
De la ligera amada cautelosa,
Y las sangrientas moras enlutadas
En fe de la memoria lastimosa
De aquellos dos felices, si difuntos,
Pues ya que vivos no, murieron juntos.

“A tu beldad ofreceré las aves
Que en los vientos pintó Naturaleza,
En color ramilletes, si suaves
En voz, contradiziendo á la firmeza;
Aquellos tan sobervios como graves
Ojos, un tiempo de Argos, si belleza
De sus lunas pomposas y arrogantes,
Puesto que el ver sus pies pinte menguantes,

“Aquellas te daré, que de rubies
Labios en picos truecan amorosos,
Coturnos de nativos carmesies,
Si tafletes no, jamás ociosos,
Y tú, cisne, que en fe de que te ríes
De la muerte que lloran ambiciosos
Himnos (endechas no), muriendo cantas,
A las de nieve adornarás sus plantas!

“Hijas del viento, yeguas tan veloces

Que á Xanto y Pirois engendrar pudieran,
Cerriles toros, en vengar atrozes
Sus celos (á tener razón, ¿qué hizieran?),
Todo lo gozo porque tú lo gozes,
Recibe aqueste amor en quien esperan
Mis tributarios frutos, y con ellos
Una alma en la prisión de tus cabellos.

“Mi padre es natural el dios alado,
Ya que belleza, no de sus efectos,
Heredero amoroso emancipado
Soy, mis rigores á tu amor sugetos;
De la diosa también, cuyo dorado
De espigas campo, produziendo nietos,
Penachos rubios en granate de oro
A la trox eternizan el tesoro.

“Si buscas calidad, en mi nobleza
Deidad se incluye, hermosa Ninfa mía;
Estos montes son míos, si riqueza;
Si amor, no abrasa tanto el rey del día;
Si discreción, cualquiera rustiqueza
Sabe amor convertir en cortesía;
Noble soy, rico, amante... ¡venturoso
Me falta sólo ser, siendo tu esposol.,

Más iba á proseguir el dios silvestre,
A no dezille su adorada fiera:

—“¿Qué importa, torpe amante, que te adiestre
Llama deidad en alma tan grossera?

Mi calidad estimo. No aunque muestre
Tu opulencia este monte, esta ribera,
Rico de amor te llames, si éste estriua
En la conformidad comutativa.,

Dixo, y áspid cerrando las orejas
Del dios robusto á los suspiros vanos,
Desmiente ruegos, menosprecia queexas
Y con talares pies huye el dar manos;
Rubias al viento desplegó madexas
Y igualando los riscos con los llanos,

Al río donde lleva el pensamiento
Llegó primero que llegasse el viento.

No el ave que en el Cáucaso destroça
Por curioso atrevido á Prometeo,
Y á Ganimedes sirve de carroça
Porque ministre néctar al deseo,
Semejante á las presas de que goza
Alada Harpía en daño de Fineo,
Aunque buele veloz, huya ligera,
Alcançará á la Ninfa en la carrera.

Huye y síguela Pan, hasta que vino
Al rápido Ladón que la aprisiona;
Escóndese Siringa en el divino
De lauro cerco, á su cristal corona.
¡Oh, cuánto embif[di]a Pan, monstro marino,
Pues aunque el cuarto dios sobre su çona
Le diera el carro que gobierna solo,
Neptunol [h]oy ser quisiera más que Apolol

Nevada planta no detuvo alguna
Sierpe de plata, ó á la cara prenda
Del tracio, que por ella á la laguna
Estigia baxa, quanto oculta, horrenda,
Cual detuvo á la Ninfa la importuna
Del arenoso río undosa senda,

Y viendo que la impide en temor tanto,
Dixo, aumentando á su raudal su llanto:

—“¡Líquidas Ninfas deste sacro río
Que habitáis en alcobas de esmeraldas,
Y en crivos de cristal cerneís rocío,
Después aljófar, que guarnecen faldas!
¡Impedimento sois del curso míol
¡Un monstroo aborrecible, á las espaldas
Alcance me va dandol ¡En este trance,
Caña me convertid, y no me alcancel.,

Oyó el río su voz, oyó congoxas
Al tiempo que Pan llega á torpe hazaña,
Y creyendo que prende trenças rojas,

Espigas halla de vibrante caña;
 Braços espera, pero burlan [h]ojas
 Amor forçado que el deleyte engaña.
 ¡Caña es Siringa ya, que el ayre assombrel
 ¡Sólo en los vientos vinculó su nombrel
 Lloro el silvestre amante, llama loca
 Que á descortés amor dió atrevimiento;
 Quiere besallas, mas cuando las toca
 Huyen y tiemblan, imitando al viento;
 Pero él, por no apartallas de la boca,
 De siete corta rústico instrumento,
 Insignia de sus trágicos sucessos,
 Dando á quien Ninfa no, ya caña, besos.

FIN DE LA FÁBULA

Alabaron con exageraciones cortesanias la culta Fábula los que la entendieron, y los que no, con encarecimientos superfluos la sublimaron hasta las nubes,—propiedad de ignorantes, querer parecer sabios con mostrar entender lo que no alcançan, y más en esta materia crítica, tanto más ponderada el día de [h]oy cuanto menos entendida.

—“Aquí (dixo don Alexo) lugar tenia la invención y letra que don Melchor sacó en el torneo del río, si diera lugar á impugnaciones su cortés modestia.,

—“No son éstos, los versos (respondió él) comprendidos en mi purgatorio; que entre cultos y críticos hay diferencia grande. La pulicia y elección de vocablos esquisitos, acomodados con propiedad según el dialecto natural de nuestro idioma, siempre parece ser celebrada, pagando al cuydado el curioso jardinero (que entre la multitud de flores que cultiva hizo un ramillete concertado de las más peregrinas y selectas) en agradecimientos y alabanças. Deste género son los versos que nos han recreado en esta Fábula. Pero aquellos, escabrosos en la primera digestión, que necessitan de gra-

máticos intérpretes, obligando á construir Erasmos romancistas, desacomodando con violencia los adjetivos de sus sustantivos y echando los verbos por contera de la oración, merecen, mientras sus autores no cantan la palinodia, ridículas invectivas, como el que combidando á curiosos huéspedes les da guisadas las aves con sus plumas y las frutas con sus cáscaras, para que primero que entren en provecho al ingenio se quiebren en ellas los dientes del entendimiento. Estos vitupero, y essotros reverencio y alabo.,

Ya querían algunos profesores de la impugnada seta bolver por ella, cuando entró un criado de don Juan de Salzedo, que le dixo:

—“A la puerta está un Peregrino, el más bien dispuesto de cuantos la devoción de nuestra España ha sacado de sus países, que me rogó encarecidamente le pidiesse á V. md. limosna por amor de Dios y de Dionisia catalana.,

—¡Válgame el cielo!, respondió alborozado don Juan. ¿Quién ha renovado en mis oídos tan desseado nombre? Díle que entre; que cuando yo no fuera tan inclinado á socorrer estrangeros, — de quien quedé con la obligación en que me pusieron generosos socorros de otras naciones, — las cartas de favor que trae con esse apellido bastavan para darle cuanto tengo.,

No oyó de buena gana Lisida encarecimientos tan afectados de dama estrangera, ni dexaron los zelos de salir disfrazados á las mexillas, pues siendo ellos açules, esta vez se aparecieron encarnados.

Entró el gallardo Peregrino, y reconociendo entre todos á don Juan, se quitó el sombrero poblado de bordones y veneras, esparciendo por los [h]ombros y espaldas madexas de oro hilado que pudieran, á gozallas Milán, aquilatar sus franjas y telas. Conocióle al punto el alborozado toledano; que no bastaron trabajos de tan largo viage, inclemencias del tiempo, ni atrevimientos del sol, á desterrar de su bello rostro la hermosura, pues-

to que pudieron disminuirla. Y con impensado gozo, sin reparar en lo poco que han menester sospechas amantes para levantar máquinas de pesadumbres, echándole los brazos al cuello, dixo:

— “No le faltava á mi contento sino esta última disposición, bellísima y generosa Dionisia, para aventajarle á todos los imaginables. Ya se llamará de todo punto dichosa nuestra Toledo con tal huésped; sus hermosuras, aventajadas con la vuestra; su nobleza, con los reales que en veros cobra; su río, ufano por serviros de espejo; sus montes, alegres por haverlos vos pisado; sus minas, ricas; sus jacintos, gananciosos; sus vezinos, premiados, y yo, como quien más interessa, seré un *tantomonta* de todas las venturas que entre sí, después que os vieron, reparten estas comarcas.,,

Lágrimas respondian, en vez de palabras, al agradecido don Juan, hechas lenguas las niñas turquesadas del Peregrino, en todo, mezclándose con ellas á un tiempo las del plazer de lo que vía con las del sentimiento de lo que no podía ver. Y hazíanla en esto correspondencia, ya que no en la causa, las que el assaltado pecho de Lisida embiava á los ojos, sin que las pudiese reprimir la discreción y recato, porque zelos no prevenidos no admiten resistencias. Dió con ellas ocasión á que los circunstantes las advirtiessen y aun imaginassen — á costa de la opinión de quien las ocasionava, — que eran justificadas. Pero reparólas el inadvertido esposo diciendo:

— “Hablad, Lisida mía, á la prenda del mayor amigo y acreedor que mi vida tiene. Y vos, Dionisia ilustre, depositad en los brazos de mi esposa parte de vuestro cansancio; que en ausencia de don Dalmao no sé otra parte que mejor que ellos os puedan dar alivio, pues la experiencia de mis trabajos y aventuras os lo aseguran.,,

Levantóse Lisida, alentada con estos desengaños, que hasta allí no habia dádole licencia para ello la turbación zelosa. Ciénéronse los [h]ombros de collares de cristal (si el cristal merece la honra que se le sigue de que se

compare con sus brazos), diciendo la Peregrina discreta:

— “Cuando don Juan, Lisida hermosa, no os huviera nombrado, bastava sólo el veros para conocer yo, por la experiencia que tengo de su excelente elección, que érades vos el empleo de sus ya bien galardonados desvelos.,,

— “Adelantado pagáis, bellísima Peregrina (respondió la no del otro asegurada dama), la posada que como á forastera os ofrecen obligaciones de mi esposo, de que cabiéndome tanta parte, no será razón admita interés de alabanças, siendo él y yo vuestros deudores. Cobrad réditos hipotecados en la voluntad que de serviros tenemos, y acortad encarecimientos no merecidos, que adonde vos estáis, todos os cedemos la ventaja.,,

No consintieron passasse adelante la cortesana competencia los demás cavalleros y damas, que de la novedad con que don Juan la recibió y de su belleza y discreción coligieron su valor, y conforme á él la dieron todos la bienvenida, combidándola Narcisa con la parte del agradable entretenimiento que aquel día — ya en los últimos tercios dél, — tocaba á su gobierno. Dió la breve noticia don Juan de la ocasión de aquél y los demás que faltavan. Y remitiendo para después el saber la causa de su peregrinación y sucessos de sus trabajos, antes que de todo punto se apoderasse la noche de la jurisdicción que en lugar del sol, ya ausente, vice-exercian nubes arreboladas en crepúsculos, los llevó la Reyna á las abundantes mesas que, en el apacible sitio que primero, los aguardavan con la cena (correspondiente en sazón y regalos á la comida), ocupando en ella la catalana amante el lado de Narcisa, que presidia; honra que la corte-sía deve á todo noble huésped, y más á la belleza presente exagerada de los cavalleros y no redargüida de las damas de Toledo, en quien jamás la envidia pudo desautorizar excelencias forasteras.

Cenaron, acompañando al deleyte del gusto el del oído, recreado con músicas y letras, unas alegres y otras

artificiosas, siendo el último plato que se sirvió una corona de laurel, que recibéndola Narcisa y honrándola en la cabeza de don Juan, dixo, quitándose la suya:

—“Ya yo he cumplido con el gobierno que, sin merecimientos, hermosas damas y gallardos cavalleros, os he usurpado. La residencia temo con que mi sucessor ha de castigar mis faltas. Pero dando por descargo mi insuficiencia, perdonaréis defectos de la posibilidad á cuenta del alcance de mis desseos. Buen Rey os dexo. Yo sé, de su valor, que me excederá en todo. De suerte que, olvidando mis descuydos la obligación en que os pondrán sus alabanças, no os darán lugar para acordaros de mi cortedad.”

—“Dudoso admito el laurel con que me honráis, pródiga señora (respondió el futuro Rey), de vos por tantas razones merecido, pues si de todo gobierno se espera que ha de aventajarse al pasado, haviendo el vuestro agotado, á la posibilidad y al ingenio, la esperanza de igualarle, ¿qué ha de hazer quien se ve obligado por las leyes á sucederos y por la cortedad se impossibilita de imitaros? El Cigarral de los Núñez me encomendó la suerte. Cuando no la tenga mañana en cumplir con lo que tales personas merecen, me consolaré mucho con que, comparando mi pusilanimidad con vuestra largueza, campearán más vuestro entendimiento y gastos, sirviendo los míos de sombra que realcen más vuestras alabanças.”

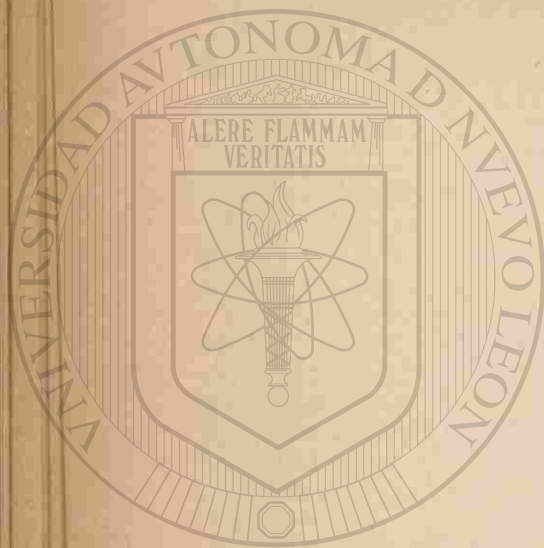
Atajáronlos los festivos vítores que al són de todos instrumentos dieron á la Reyna que acabava, y parábienes al nuevo sucessor, ciñendo unos á otros un estanco, margenado (1) todo el caudal de la Primavera, donde gastaron la mayor parte de la noche, ocasionando en ella á que la huéspedea hermosa satisficiese á curiosas preguntas—con que si su belleza havia recreado, ad-

(1) En todas las ed., *margen a do*. Cfr. p. 91, lín. 3 y 4, y p. 265 á 266.

miró su delicado entendimiento. El deseo que tenían todos de saber la historia (no menos peregrina que su dueño) de la advenediza dama, los obligó á que encarecidamente pidiesen á don Juan reduxese el entretenimiento que los tenia prevenido, el día siguiente, en contarles los sucesos que le ocuparon los años de su ausencia, con los que á Dionisia obligaron á que gozasen de su asistencia hermosa; pues coligiendo, de lo que havian oído, que estaban unos eslabonados con otros, los pareció que, sin salir del propósito, podían texer de los dos una deleytosa novela, á cuyas importunas instancias concedió don Juan, puesto que sintió mucho el mal logro de las prevenciones con que deseava competir con la costosa y sutil fiesta de su antecesora.

Ultimamente restituyeron al sueño lo que por derecho natural se le devia, en las frescas y señaladas cuardas de la apacible Quinta, llevándose en su compañía Narcisa á la gallarda Romera, que como libre de la de Himeneo, no quiso perder tan buen lance, aunque se le feriaran de buena gana don Vela y don Nuño, competidores los dos, envidiosos de que la forastera mereciesse en una noche lo que ellos en tantas havian pretendido y dudavan alcanzarlo.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO NÚÑEZ"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO



CIGARRAL TERCERO



MANECIÓ el baquero de Admeto, y con él otros muchos soles que en el oriente del festejado Cigarral madrugaron á instancia del laureado don Juan, gobernador del aplaçado passatiempo, y entre ellos el de la forastera Peregrina, si no más hermoso, á lo menos más admirado, — propiedad de todo lo que es nuevo, pues nuestra mudable inclinación tiene de ordinario en más lo advenedizo, no tanto por su estima, cuanto por el desenfado que trae consigo. Estaban prevenidos coches para las damas, y cavallos para los galanes, en que hicieron unas y otros la deseada transmigración desde la Quinta del Marqués á la de los Núñez, puesto que no tan magnífica en fábrica, pienso que más recreable en sitio, fuentes, jardines y planteles, en cuyos despojos usurparon el oficio á las avejas saqueando flores, que si no se convirtieron en panales, apadrinaron hermosuras. Discurrieron por los entoldados artesones de parras, pagando recreos de la mañana en permisiones al ayre — entonces favorable y favorecido, — consintiéndole que retoçase tocas y besase rostros tan abarrientos con deseos amantes, y tan liberales con vientos atrevidos, — que hasta los elementos conocen lo que les importa el llegar á ocasión. Ya que el sol, saliendo de la tutela del alba, se desembolvia de mantillas de púrpura y animosso pa-

sava de la edad de la puericia á la de la adolescencia esgrimiendo espadas,—si no blancas, tampoco negras, pues forjándolas sus rayos era fuerza saliesen doradas,—por reparar temeridades de su juventud, el toledano concurso se empavesó de los jazmines, vides y nuegas que sirviendo de doseles á una fuente juguetera, por escuchar murmuraciones que entre dientes de guixas de marfil la provocaban á risa, quisieron assentar sobre ella las tiendas de su joyería, caudalosas con el aparador de preseas, ya ensartadas en racimos Dionisios, verdes, dorados y açules, ya acomodados en macetas de Flora que feraban á las damas por sólo el interés de permitirse trasladar desde sus cogollos y ramos á sus cabeças y pechos.

Assentados, pues, todos, y en supremo lugar don Juan como presidente de aquel pacífico tribunal, sirviéndole de accessores, á sus lados, la catalana bella y la ya satisfecha Lisida, dixo:

“En todos los banquetes cuerdos, se han de servir manjares no solamente curiosos y delicados, pero que se proporcionen con los gustos de los combidados. Siéndolo, pues, vosotros hoy míos, y supuesto que me havéis significado el que tendréis de saber la historia de la discreta doña Dionisia, con los sucessos de mi ausencia, aunque se dessaçonen los que os guisava el deseo que de imitar á Narcisa tenia,—pues igualarla no fuera posible,—quero más guiarme por vuestra elección que seguir mi parecer; pues por espléndido que sea un comite, da fastidio cuando se come sin apetito. Y así, daré principio á esta relación, començándola desde que salí desta ciudad, y prosiguiéndola cuando llegue su vez nuestra Peregrina; que por no faltar al cumplimiento de mi obligación me ha dado ya el sí de contárosla. La cual pasó desta manera:

“Agravios aparentes, que con fantásticas ilusiones pretendieron quitarme el seso, me desterraron de Tole-

do, saliendo dél una noche obscura en todo, con un criado á cavallo, jovial en el humor, fiel en el servicio y discreto lo suficiente para comunicarle mis desdichas y aliviar enfados de mi peregrinación. Iva yo determinado de passar á Nápoles, por la noticia que me dexaron de lo que favorecen en aquel Reyno la nobleza forastera, y con propósitos firmes—que cumplí constante—de que no supiesen en mi patria (lo que durasse mi ausencia) si era muerto ó vivo, juzgando por género de vengança el cerrar las puertas á la noticia de mi dama, como ella—á mi parecer—havia cerrado las del agradecimiento á un año de amor, que pudiera equivaler en quilates á infinitos de correspondencias. Pesávame de que tan resuelta determinación cediese en daño de mis padres, pues sin culpa de mis sentimientos y con el amor que añadia al natural el ser único heredero de su nobleza y mayorazgo, inocentes havían de pagar culpas de quien, conforme imaginé, se le dava tan poco de mí y dellas. Pero por atajar diligencias forçosas que havian de hazer dondequiera que estuviese para restituirme á sus ojos, tuve por mejor ser cruel con ellos que bolver á vista de la que llevaba en el alma, pareciéndome que el tiempo, olvido y ausencia, no havian de ser menos poderosos conmigo que con los demás amantes, en cuyas manos han experimentado la milagrosa restitución de su libertad; pues siendo fuego el amor y cessando éste cuando le falta combustible en que cevarse, quitándole el de su presencia, tuve por cierto desterrarle de mi pecho, como si no huviera materia tan pertinaz que conserve años y siglos las llamas que en ella se alimentan. En fin, yo me mudé hasta el nombre, llamándome desde allí don Jacinto de Cárdenas; y fingiendo ser natural de Guadaluara, llegué á aquella ciudad á tiempo que començavan las estrellas á poblar de lunares la apacible cara de la noche.

“Havíase adelantado á prevenirme posada Carrillo, que éste era el nombre de mi criado. Y teniéndola jun-

to á Santiago, después de haver dado cevada á su cavalgadura, sin descalçarse las espuelas salió á aguardarme á la puerta que llaman del Moro Bramante. El, como os he dicho, era notablemente burlón y alegre, y encontrando á la dicha puerta un entierro de un texedor de tocas que las deste lugar dizen ser excelentes, — con seis ó ocho clérigos cantando, cuatro frayles, moderado acompañamiento, y por remate, dos capuces prolixos arrastrados de dos hermanos del difunto, en viendo Carrillo que llegava á la puerta, dixo á voces:

— “¡Paren las andas! ¡Deténganse vuessas mercedes!,,

“Hizieronlo todos, obligados más de la novedad de aquel caso que de la autoridad de quien los detenía, replicándole el Preste que llevaba la capa:

— “¿Qué es, hermano, lo que quiere?,,

— “Saber quién es el difunto — replicó mi moço,,

— “Pues ¿no pudiera, si le importa algo, dixo [el clérigo] (1), preguntallo de passo, sin detenernos?,,

— “De passo ó de embido, replicó, vuessas mercedes se detengan y me digan lo que les pregunto, que no saben lo que les importa,,

“Estava el interrogante vestido en moderado trage. Y así, por la instancia que hazia como por las voces que dava y mediano crédito de su presencia, huvieron de hazer alto, satisfaciendo otro á la pregunta de mi criado, con dezirle:

“El difunto es un texedor llamado Juan de Paracuellos. Murió de mal de orina en cuatro días. Dexa una muger pobre y moça, llamada María de la O, con tres hijos, que el mayor no passa de seis años. Los dos que le acompañan son hermanos suyos. ¿Qué nos puede agora importar su cansada información?,,

(1) *El clérigo*, consta en la ed. de Barcelona de 1631; pero no en la de Madrid de 1624.

— “¡Anden!, — dixo un capón revestido de una taraceada sobrepelliz encima de un herreruelo negro, y en los huessos, que en tales ocasiones, baxándose desde los [h]ombros á la cintura, servia de sotana; el cual era entonces, y muchos años havia, sacristán de la parroquia de San Julián, donde el texedor tenia sepultura.

— “¡Ténganse, les digo otra vez!, replicó mi burlón criado. ¡Y tú, difunto texedor, por la eficacia y virtud de mis atractivas palabras, te mando que te levantes vivo y sano y vuelvas al enmarañado oficio de tus tocas!,,

“Pasmaron todos de oír el misterioso conjuro, assentando las andas en el suelo, y concurriendo á las voces cuantos vezinos habitavan aquel arrabal y alcallería, sin quedar niño ni muger.

— “¡Segunda vez te vuelvo á mandar (volvió á dezir), ¡oh, pertinaz difunto!, que te levantes vivo y sano y tornes á acabar la tela que dexaste començada!

“No sabian determinarse los admirados circunstantes en si era loco ó hechicero el que á vista de tantos se atrevia á tan deshusada notificación, porque santo, ni el trage ni el rostro lo prometian. Con esta repentina suspensión aguardavan el fin, puestos los ojos, sin pestañear, en el fúnebre espectáculo, cuando bolviendo á levantar la voz, más que las otras vezes, dixo:

— “¡Por tercera monición y término perentorio te mando, muerto texedor, que te levantes bueno y sano y vuelvas á jugar la lançadera sustento de tu familia!,,

“Como no se levantó el inobediente cadáver, dixo el figón Carrillo:

— “¡Passen vuessas mercedes adelante, y prosigan con su entierro, que juro á Dios que me ha sucedido lo propio otras dos vezes con otros dos difuntos en Toledo y Ocaña, sin que ninguno haya querido resucitar! ¡Y perdónenme el haverlos detenido!,,

“Dezir esto y echar á correr á toda prisa hazia la huerta de la Merced que halló abierta, fué todo uno, siguiéndole parte de los presentes, corridos y deseosos

de pagarle en palos el ensalmo burlesco. Pero era el delincuente un gamo en la ligereza y no pudieron alcanzarle. Entróse en el Monasterio, y alborotando[s]e los frayles, le preguntaron si havia muerto á algún hombre.

—“¡Antes, respondió, á uno que lo estava y llevavan á enterrar quise dar la vida! Pero devia de ser mal casado, y tuvo por mejor acompañar á las calaveras de su parroquia que hazerla con su muger. Tres vezes le di voces que despertaran una taverna tudasca, y no quiso resucitar. ¡A fe que si él fuera testimonio falso, que á medio grito él se levantara!

“Cerraron la puerta, contóles el suceso, y pagándosele en risa, le echaron por las algavas, dando consigo en el río, desde donde, ayudado de la noche, volvió á la posada en que ya yo me havia apeado, porque andando en su busca encontré con un moço della que llevaba su mula á dar agua y yo reconocí. Contáronme la burla que á los funestos acompañantes havia hecho, preguntando por él, de que me riyera, á permitirlo mis cuidados. Hize dar cevada á mi macho y adereçar la cena, que, prevenida, y yo assentado á la mesa, satisfizo á nuestro Carrillo, llegando suficientemente castigado del sudor y cansancio con que huyó, el que le dieron los ofendidos en cogelle. Reprehendíle delante del huésped con rigor, avisándole cuán mal se compadecian sus gracias con mis pesadumbres, y que si pensava proseguirlas se bolviessse por donde havia venido. Prometiome la enmienda, cenó, y acostámonos, madrugando dos horas antes que el sol para proseguir nuestro camino. Tomé desde allí el de Valencia, mudando el que llevaba á Zaragoza, por parecer el otro menos trillado, y, por el consiguiente, más á comodo para no ser conocido de los que desde mi patria le frecuentan. Muchas burlas y sucessos ridículos dexo de contaros que le sucedieron con venteros y caminantes al humor inquieto de mi moço, haciéndome algunas vezes reir, y muchas rabiár, sin ser posible con ruegos ni amenazas á que refrenasse su in-

clinación burlona, porque no perdía ocasión que se le viniesse á las manos. Ello era natural suyo; yo le queria bien, y las burlas no eran perjudiciales. Servíame con amor y cuidado, y havíale menester; respeto de lo cual huve de sufrir por contrapeso de su diligencia sus travessuras.

En fin, llegamos al Reyno de Valencia, yo multiplicando cuidados con la memoria de mis imaginadas ofensas, y mi criado procurando divertírmelas con su donayre. No quise entrar en su célebre metrópoli por la dificultad que havia de que no me conociessen los mercaderes de Toledo, que en ella, como en Murcia, compran sedas para mejorarlas en las preciosas telas que aquí se tegan y en toda Europa y América visten noblezas y dignidades. Y assí, passando una jornada más adelante de Tortosa—ciudad catalana, noble y antigua, de quien despidiéndose el aragonés Ebro, último lugar de su jurisdicción, corre tan sobervio que, sacudiendo de su cerviz yugos de piedra, sólo se permite franquear sobre puente de barcas, castigando el Mediterráneo su presunción, pues muriendo en sus braços pierde con la vida el nombre que un tiempo se le dió á toda España,—entré en los enriscados y peligrosos montes de aquel Principado, apresurando las cavalgadas, y maldiciéndolas, porque no imitavan á los deseos que llevaba de salir de su aspereza y llegar á Vinaroz, donde tenia noticia estavan de partida las galeras napolitanas. Dióse más prisa el sol en ocupar la posada de su ocaso que nosotros la de una venta que entre dos riscos empinados causava más temor con su eremítica soledad, que esperanza de regalo con su pobre ostentación. Pero, en efecto, llegamos á ella á tiempo que estava toda alborotada y llena de confusión por el peligroso parto de la ventera, siendo tan flemático en despedirse el cruel fruto de sus entrañas, que avecindado en ellas por nueve meses, havia ya tres días que se hazia fuerte sin querer salir á luz, ignorando que posada en venta,

aun para una hora, es enfadosa, cuanto y más para tantas semanas.

“Apeámonos cansados con la descomodidad que semejantes alojamientos tienen, y más con la añadidura del dicho alboroto. Dió Carrillo cevada, y retiréme yo á un mal compuesto aposento, deseando la nueva tarea del sol como la vida. De allí á un rato entró mi criado, mohino de la poca comodidad que hallava en los venteros para nuestra cena, tanto más necesitada de su socorro, cuanto las alforjas de Carrillo estaban menos proveídas, porque su descuydo y nuestra prisa nõ dió lugar á que como otras vezes se previniessen. Díxome:

— “El negro parto de nuestra huéspedea trae tan ocupados sus ministros, que no hay esperança esta noche sino de acostarnos de vacío, porque aguardan al cura desta cercana aldea para darla el Viático. ¡Mire vuessa merced la paciencia de Dios, que habiendo padecido so el poder de Poncio Pilato, en manos de los judíos, viene á visitar venteros, que son peores! Prevenga las armas, que imagino serán necessarias; pues si San Pedro, por librar á su maestro, cortó la oreja á un sayón, no sé yo, siendo este castigo tan propio de ladrones, á quién le cuadre mejor que á nuestro huésped.,,

“Salieron dos hijas suyas entonces llorando y diciendo á gritos: “¡Que se muere nuestra buena madre!., Y obligóme la piedad, tan agena de aquel sitio, á entrarla á ver y consolar, á tiempo que cercada la cama de vezinos y parientes la dezian varias cosas en orden á ayudarla á bien morir. Estava entre ellos uno más anciano, que, según después supe, havia conocido dél la Inquisición de Barcelona por haver usado de la esperança más de lo que fuera justo, aguardando la venida del Messias que sus ascendientes crucificaron ocasionando nuestra redención, y habiendo abjurado *de vehementi*, se guardava para otra reincidentia por combite de las llamas executoras del castigo deste Santo Tribunal. Este buen

viejo, pues, le estava diziendo á la afligida preñada cuando yo entré:

— “Señora huéspedea, ¿cree real y verdaderamente que esse Señor que tiene en las manos (y era un Crucifixo) murió por ella y por todos los pecadores, y que la puede salvar? Diga que sí.,,

Y oyendo esto la enferma se incorporó en la cama, y juntando las suyas, dixo llorando:

— “¡Bendito seáys Vos, Dios mío, que me havéys traído á tiempo en que Jayme Brandón (que assí se llamava el viejo) se atreva á preguntarme si creo en Vos! Digo, hermano, que no sólo creo que murió por mí, sino que vuestros visabuelos le pusieron del modo que está. ¡Y si El se hallara a[h]ora en el mundo, como entonces, no hizieran ellos falta estando vos presente!.,

“Reímonos todos. Salióse el catequiçador corrido. Dióle un accidente á la huéspedea, tan grande, que viniéndosele las tripas á la boca, creímos havia de parir por ella, á cuya causa se difirió el comulgalla. Y yo, no pudiendo sufrir el asco—que añadió á su desaseo el mal olor de la evacuación,—dexé la posada por el fresco que fuera della brindava al calor con la presencia de la luna, que hazia claríssima. Dava, entretanto, prisa mi criado al huésped le acomodasse de alguna cosa para que cenásemos, y respondióle mal sufrido:

— “Hermano, [h]oy es viernes, y el gran aprieto de mi huéspedea ha sido tal, que no nos ha dado tiempo para proveer la posada de cosa que se permita comer en semejante día. No hay en toda esta venta una sola sardina. ¡Déxenos, que andamos dados al diablo!.,

— “Mucho ha que pudiera haver cargado con essa recta (respondió), pues es suya de derecho; pero ella es tal, que aun en el infierno no hará falta.,,

— “¡Oh, cap de Deus con el velitre!, dixo el ayrado hostero (juramento es éste usado del vulgo catalán).,,

“Y assiendo una estaca (si no le detienen) proveyera

á mi moço de leña, que llevara á las espaldas para guisar la cena que no esperaba.

— “¡Poco sabe de burlas y de chanças castellanas, señor huésped!, dixo mi temeroso criado. Yo quiero desenjarle con hazerle un emplasto á la enferma, que, Dios mediante, le hará, al momento que se le pongan sobre el vientre, arrojar dél á la criatura más que de passo.,”

— “Si vos, hermano, hiziéssedes esso (acudió una vieja, tía de la hostera), ángel seríades, que no moço de mulas.,”

— “Pues dénme, replicó Carrillo, una dozena de huevos frescos, media libra de manteca de bacas también fresca, una açumbre de vino blanco,— lo mejor que hubiere en la venta,— unas especies, açafrán, açucar y canela, un poco de vinagre, si no lo huviere rosado, de essotro común; y sálganse de la cozina, que no quiero sepan el secreto deste remedio que me enseñó mi madre, partera de Mocejón. ¡Verán la dicha que se les sigue de haverme tenido [h]oy por su huésped!.,”

Creyéronle todos; que no hay cosa más acreditada entre los ignorantes que la Medicina, aunque la administran bárbaros. Y assí, sacando el ventero los huevos, se los entregó diziendo:

— “Para unos arieros que esta noche aguardo los tenia reservados; pero quedaránse sin cenar, que primero es mi muger que ellos. ¡Dios ponga tiento en sus manos!.,”

“Diéronle también la manteca y demás requisitos, dexándole solo en el hogar. Y descosiendo mi moço un pedaço de un cuero, que por viejo ocupava un rincón, lleno de pez, le calentó hasta derretirle, cerrando la puerta. Y haziendo los doze huevos mezidos con el açucar, vino y canela,— que para todo tenia habilidad,— los trasladó á mi aposento sin ser visto (por estar pegado con la cocina y ya yo en él), diziéndome:

— “Cene V. md. á su plazer y saque pan de las al-

forjas, que á costa de las tripas de nuestra ventera hemos de socorrer las nuestras. El vino es excelente; la puerta está cerrada... Quien hurta al ladrón... etc.,”

“Hízelo assí. Y mientras me aprovechava de esta burla, que fué la que mejor me pareció por el provecho que della conseguí, havia el engañoso médico machacado las cáscaras de los huevos y esparcídolas por la pez del odre jubilado, á bueltas de algunas especies, incorporándose con ella por medio de la llama, de suerte que todo parecia una cosa. Llevólo á la cama de la afligida preñada; y haziéndola descubrir con la decencia y honestidad devida á la vergonçosa ventera, se le plantó en mitad de la entumecida preñez, pegándosele el atractivo parche de modo, que, á ser cabeza de niño de la Dotrina como era vientre de aquel Paladión ventero, le arrancara, no sólo la tiña, pero los sesos tras ella. Dió un grito la empegada enferma, porque, como iba abrasando el cruel estomacón, devió de assarla las tripas. Y levantándose á toda furia, ya fuesse por el movimiento desusado que la forçó la partera quemazón, ya por haverse cumplido la hora desseada, ella arrojó un muchacho, en la corpulencia vezerro, y aun en los bramidos que en vez de llanto dava. Vocearon todos de alegría, diziendo:

— “¡Milagro, milagro!.,”

“Y abraçando de tropel al emplastero, por poco le ahogaran:

— “No le quiten, dixo, el parche, que es también eficacíssimo para confortarla el estómago. Dénnos de cenar á mi señor y á mí, que bien lo merecemos.,”

Hiciéronlo liberalmente, á tiempo que yo ya estava acostado y satisfecho, entrando el huésped y su familia á exagerar la estima en que devia tener mi Esculapio moço, á que satisfize, apoyando sus habilidades, entre tanto que él castigó su hambre y despachó, assí lo que le dieron, como lo que yo le tenia guardado. Dormíme y sossegóse la venta, después de haver limpiado y em-

buelto al infante mesonero (¡buen título para comedia!). Pidióle la receta del emplasto la comadre, y escribióle una, llena de disparates ridículos, á costa de diez reales con que imaginó comprava bogas. Señalaronle una cama más autorizada que su profesión requeria. Y con esto y el cansancio de tres días en que anduvo el parto en demandas y respuestas, se acostaron, embistiendo el sueño como en real de enemigos, si no fué en la vizmada parida, cuyo parche y cáscaras de huevos resucitaron dolores si no más peligrosos á lo menos más corrosivos y inquietos, que sufrió por no despertar al progenitor ventero, y por la fe que tenia en el aplicante, del provecho que havia de hazerle.

—Hasta aquí, barata y prósperamente nos havia salido la posada. Pero escuchad cómo no la hay en venta, sin pagar por un camino ó por otro el escote, con las setenas.

En el primer tercio estábamos del sueño, tan provocado del cansancio en unos, y de los desvelos de tres noches de parto en otros, que no hiziera poco un assalto [h]olandés en despertarnos con toda su artilleria, cuando á la media noche entraron en la venta, de tropel, hasta cincuenta vandoleros cuyo caudillo era un caballero catalán, que, como es costumbre en aquel Principado, havia librado la vengança de sus agravios contra otro más poderoso que él, en las armas de aquella gente perdida, pagándoles el sueldo á costa de los desaparecidos caminantes y señalando sus alojamientos por aquellas ocasionadas asperezas, tan caras para inocentes peregrinos. La grita con que embistieron la solitaria venta fué tal, que juntándosele el ruido de algunos arcabuces, que dispararon, y muchos pedrenales, parecia acometimiento de algún formado ejército. Como la ventera no dormia por culpa del encascarado emplasto, dió luego voces, diciendo:

— ¡Vandoleros!, ¡vandoleros!.,

—A las cuales despertó el huésped —y demás do-

mésticos. Entró en camisa en mi aposento, y me dixo: — ¡Huya V. md. si no quiere ser muerto, que está la venta llena de foragidos y la meten á sacol.,

—Quísemme á los principios defender. Pero viéndome desnudo y solo contra los desesperados ánimos de tantos perdidos, tuve por cordura el huir, que, en la opinión de los prudentes, el hazerlo en ocasión semejante no es la menor valentía. Seguí á mi moço, la espada en la mano, en jubón y calçones de lienço, con solas unas chinelas en los pies; que no dió lugar la repe[n]tina confusión para otra cosa. Y saltando unas medio derribadas tapias de un corral, dimos en unos pinares enmarañados, por cuyos enredos caminamos hasta que cansados y seguros trocamos las camas por la yerva, sirviéndonos de pavellón el más poblado de aquellos silvestres árboles. Suspirava y quexávase de nuestra fortuna mi criado, siéndome forçoso el consolalle, —que el ánimo noble con las adversidades se alienta, al passo que el pleveyo se desanima, —y díxele:

— ¡Para esta ocasión eran buenos, Carrillo, tus donayres!.,

— ¡Dexéme los, respondió Carrillo, en la posada! Ya habrán cargado con ellos y con todos nuestros bienes los salteadores. Bien le decia yo á V. md. que, aunque perdiésemos media jornada, nos quedásemos en el lugar donde comimos ayer, y no hiziésemos noche en ventas, donde cada día se representa la pasión de Cristo. Porque en aquella vendió un calabrés á su Maestro por treinta dineros; fué una vez sola; pero aquí cada día se venden inocentes passageros. Y hasta el nombre lo dize, pues no en valde se llaman ventas en España las hosterías, y sus dueños, venteros, que es lo mismo que vendedores. El prendimiento se verifica en el que acabamos de ver y huir. El grasiento huésped (dixo mi criado) bien puede passar plaça, en la barriga y corpulencia, de Anás, si en la espesura y autoridad de barbas, de Pilatos. Aquí açotan — si no en la coluna, sobre un bufete

ó banco—las bolsas. Y ya que no niegue San Pedro, reniegan al hazer de la cuenta (por cosas que en ella se ofrecen) unos con otros, cantando á media noche gallos que no dexan pegar los ojos en toda ella. No faltan moças tentadoras, que á fuer de la de Pilatos desatinan á los passageros. Sobre nuestros vestidos y hazienda echarán agora suertes los sayones vandoleros. Allí huvo dos ladrones, y el uno fué bueno; aquí infinitos, y todos son malos. Salvóse allí Barrabás, porque padeciese el Justo, y aquí el ventero, peor que él, quedará libre, pagando nosotros. Sólo falta que se ahorque Judas, que es el huésped que nos vendió, y oxalá lo haga, resucitando nosotros desta desdicha á la restauración de nuestros coxines y portamanteos. ¡Amén Jesús!.,

“No bastaron cuydados para que no me riyesse de la acomodada alegoría de mi desnudo impaciente, consolándome que Barcelona estaba cerca y en ella un correspondiente de mis padres, en quien (enviándole un propio y dándole cuenta de mis desgracias), aunque fuesse contra el propósito de no darme á conocer, era fuerza hallar socorro y dineros.

“Salió el alba, y con el aliento de su frescura bolvimos á la venta por saber si havia la desordenada confusión de los salteadores perdonado alguna cosa de las que allí dexamos, ó siquiera las cavalgaduras, pues por el impedimento que hazen á esta gente, que siempre anda á la ligera, suele no hazer presa en ellas. Pero salióme vana esta esperanza, pues solamente hallamos al ventero llorando—sospecho yo que era de burlas, pues el no hallar menoscabada su hazienda me persuadió á que, como mi criado me dixo, iva á la parte con los salteadores, —y á su muger quexándose de veras, á causa de que, haviendo hecho presa en las tripas el hambriento emplasto y no pudiendo desapegársele por diligencias que hazian cuantos lo procuraban, á cada tirón que davan dél respondía ella con un grito tan grande que le ponía en el cielo. Supimos, en fin, que

haviendo cargado los salteadores con todos los muebles hospedados, y entre ellos con nuestras cavalgaduras y maletas (después de havernos buscado para ahorrar, á costa de nuestras vidas, las diligencias de los lugares circunvecinos que avisados suelen salir á caça destes inocentes lobos), se havian partido de la venta pagándoles la posada, según ellos dixeron, en malas palabras y en peores obras. Viendo esto, sentí la pérdida tan grande de tres mil y más escudos que me llevaban entre joyas y dineros, aunque con la moderación devida á mi persona. Sólo Carrillo no podia sufrir el verse, tan á su costa, cuadrillero de nuestra encamisada. El gritava por sus vestidos, que se les havian robado, y la huésped por sus dolores, pidiéndole por amor de Dios la restituyesse sus entrañas libres de aquel pesquisidor emplasto. Prometió quitársele si le davan algo con que cubrirse, porque el ventanage de su camisa revelava secretos de sus carnes con más licencia de lo que la vergüença permitía.

—“En esse corral, dixo el huésped, echamos por desaprovechados unos andrajos, con tantos remiendos, que no haréis poco, si los queréis tomar (1), en acertar con sus entradas y salidas, ni en adivinar cuál fué su materia primera. El era de un pobre gascón destes (según lo que significó el ventero) que ganan su vida á amolar tiseras y cuchillos. Tuvo fin en esta venta la suya, ocasionada de açumbre y media de vino que le trasladó de repente de un mundo al otro. Acomodaos con él, que haviendo ocho días que les falta provisión á sus costureros vezinos, ya havrán salido todos á pecorea, dexándole despejado.,,

“Fué forçoso, por la necessidad que de presente tenia, acetar el partido, —que para la hambre no hay pan

(1) *Si los queréis tomar.* Así, en la ed. de 1631. En la de 1624, dixo el ventero.

malo,— quitándole en pago de la rota investidura el parche á la dolorosa paciente, á poder de azeytes y sutileza de las manos. Salimos, en fin, de aquel hospital de desdichas, yo en calças y jubón, y Carrillo, en las colores cavallero de juego de cañas, y en la materia dellas con provisiones para una dozana de muladares; con que provocándole á rabiarse, y á mí á reír, trocamos aquella vez oficios, vengándome de cuantas con sus frialdades me sacava de paciéncia. Halló también en la recámara estercolada unos çapatos, cuyas suelas en fragmentos passavan de doze, clavadas todas alrededor de modo que cuando no estuvieran cosidas, fueran de cal y canto; los empeynes, con más cascós que una cebolla, remendados de tanta diversidad de pedaços de cordován y vadana sobre baqueta, que, á ponerse uno dellos en la cabeça, no echara menos el yelmo de Membrino. En resolución, él huvo de calzárselos, necesitado de la grande aspereza de aquellos montes, quedando pesado de suerte con ellos, que por diestro nadador que fuera, á echarse entonces al agua le llevarán á pique. Esta salida hizimos los dos de aquel infernal tugurio (1) consolados con las vidas, que sacamos libres, en cuya conservación todos los trabajos se juzgan llevaderos.

—“Guiónos el ventero por el camino real, advirtiéndonos que tres ó cuatro leguas de allí havia un lugar razonable, y desde él estava Barcelona doze ó treze, donde llevaba determinado embiar mi remendado compañero á Mosén Vila, nuestro correspondiente, en cuya amistad fundava el socorro de nuestra expoliación. Caminamos los dos poco á poco hazia la desseada villa, echando Carrillo un voto á cada passo que daba, levantando en cada pie dos quintales de bronce. Affligiale yo, diciendo:

—“Si tú llevaras esos çuecos cuando en Guadala-

(1) En la ed. de 1624, *tuguno*; en la de 1631, *engaño*.

xara te dieron caça los corridos acompañantes del muerto texedor, más costosa se te hiziera la burla y menos ligera la retirada.,,

—“A que me respondió:

—“Agora, bien se pueden vengar de mí, pues si ellos llevaban entre cuatro unas andas, yo solo llevo en cada pie un ataúd entero de plomo. Impossible es que yo pueda passar de aquí con tanto peso. Déxeme vuesa merced desbastar media gruesa de tacones de cada çapato, que harto caudal les quedará para no echar menos su falta, y llevarme con más comodidad que á vuesa merced sus chinelas.,,

—“No le fuera possible á un sacamuelas, con todos sus gatillos, el poder desclavar la [h]erramienta con que estava fortificada aquella máquina çapatera, cuanto y más, faltando al impaciente Carrillo tenaças y otros instrumentos necessarios para ello. Pero con la espada que saqué del passado infortunio, y con su buena maña, vino á descoser tres ó cuatro suelas, cayendo tras la postera, cantidad de doblones y escudos que sirvieron de antidoto á nuestro desconsuelo, de pictima al corazón, y de oro potable á nuestra necesidad.

—“¡Cuerpo de Dios!, dixo entonces, saltando de plazer. ¿Qué maravilla que pesassen tanto mis encantados coturnos, si traia cada uno dellos un Potosí?,,

—“Fué quitando suelas y fueron cayendo doblones. De suerte que deshecho todo el un çapato, se halló con ciento, tres ó cuatro menos. Besávalos uno á uno, y de ziales más requiebros que una madre primeriza á su hijo. Dió luego tras el segundo, y derribando las murallas soladas y ya assoladas, halló que los dos eran depósito de quatrocientos escudos y más, diziéndome:

—“Todos éstos eran necessarios para reparar los golpes de nuestra desdicha y mi impaciencia. ¡Oh, çapatos del siglo dorado! Ya puedo entonarme más que dama de Castilla; pues si la soberbia y vanidad ha coronado sus chapines de virillas de plata, yo las he hallado en

vosotros de oro. Una comedia oí famosa en Toledo, llamada *La ventura por el pie*, y devióla de escribir el poeta profetizando mi dicha, aunque si él la adivinara, *La ventura por los pies ó por los çapatos* la havia de intitular. Agora digo que es digna de suma veneración la pobreza, pues al revés de la estatua de Nabuco, ella tuvo la cabeça de oro y los pies de barro, y yo, siendo su antípoda, hallo en mis pies lo que él puso sobre sus cabellos...

“Adelante prosiguiera, á no irle yo á la mano diziéndole:

“Carrillo, los pródigos franceses que vendiendo hilo portugués en nuestra patria y amolando tiseras, sin ser alquimistas convierten el yerro en oro á costa de malas comidas y peores cenas, escarmentados de los vestidos nuevos que en Belmonte su Marqués los forçava á trocar por los viejos, y con capa de caridad quitándoles las suyas amontonó un tesoro, suelen dar en el arbitrio que has visto, porque temiendo los estratagemas de los vandoleros avezindados en estas asperezas (que por saber de algunos que cuando passan por ellas se tragan los doblones, por no hallar más seguro banco que sus mismas entrañas, y los suelen atar por esos pinos, dándoles mucho açote hasta que, si no como gatos de Algalia, á lo menos de escudos, restituyen entre los excrementos el depósito de sus trabajos), tienen por más seguro echar á sus [h]erraduras del más precioso metal que idolatra el mundo, que poner á riesgo de un encuentro salteador lo que tan á su costa ganaron...

— “Si entre excrementos gavachos (respondió mi alegre moço) se halla tanta moneda dorada, mucho es que sea tan fina saliendo con tanta liga. Yo he tenido la ventura de aquel Duque de Florencia á quien el pobre mendigón mandó en su testamento la albarda de su jumento y halló entre sus pajas cinco mil ducados. Pero dexando las gracias, y dándoselas á Dios, que así nos ha socorrido, paréceme, señor, que V. md. me aguar-

de aquí con todo el hallazgo çapatero, y yo vaya á la villa donde nos encaminó el ventero, con doze ó treze escudos—que á llevar más, el poco crédito de mi remendado trage dará sospechas de que lo he hurtado,—y comprando qué comer y con qué V. md. se vista, podremos hacer la segunda parte del *Viage Entretenido*, alquilando cavalgaduras que nos trasladen á Barcelona.,,

“No me pareció mal su cuerdo discurso. Y así, dándole mis chinelas, que acomodó á los pies atándolas con unos cordeles para que no le dexassen al mejor tiempo, me quedé esperando su buelta, á la sombra de un dilatado castaño, y él guió al propuesto lugar, tanto más ligero agora quanto al principio cargado. ¡Que no hay cosa que tanto alivie como el oro, pues el más flaco jumento (como dize el refrán) sube cargado dél con ligereza al monte más agrio! Yo escondí en el hueco de mi árbol hospedero todo el de nuestro hallazgo, porque ni tenia faltriguera, bolsa, ni lienço con que guardarle. Y con el nuevo aliento de su socorro, y poco sueño de la mala noche passada, me dormí, soñando varias quimeras fundadas en la diversidad de sucessos de mi fortuna y amores, en que no poca parte tuvieron las memorias de mi Lisida—ocasión principal, aunque inocente, dellas.

“Dos horas dormí desvelos,—que no perdonan éstos á la imaginación aunque todas las potencias toquen á silencio,—quando me divirtió dellos, despertándome, una voz, al són del que hazia un viento apacible en las hojas,—instrumentos naturales de su armonia, que gozava los privilegios de la música adurmiendo á sus oyentes,—y cantava estos versos, que por juzgarlos merecedores del depósito de la memoria, pedí después á su autor, y eran desta suerte:

CANCIÓN

¡Bosques de Cataluña, inaccesibles,
 Que exemplos estáis dando á la firmeza,
 Pues sin volar jamás, os sobran alas!
 ¡Amantes que ostentáis al viento galas,
 Ya vizarros, al Mayo, y apacibles,
 Ya al Enero imitando la aspereza!
 Yo sé que la belleza
 Del Sol os da desvelos,
 Que Amor os viste, y os desnudan Zelos,
 Y porque no dé besos á las flores
 Con labios de esplendores,
 Juntáis ramos distintos,
 Y en el aire texiendo laberintos,
 Del prado que matiza, emuladores,
 Sus celosías sois todos los días
 ¡Que zelos inventaron celosias!

¡Animados del ayre ramilletes,
 Cuando de rosas no, de plumas ricos!
 ¡Huéspedes de los árboles eternos
 Que la posada entre pimpollos tiernos
 Les pagáis, ya con alas, ya con picos!
 Cuando en sus hojas componéis motetes,
 Si les cantáis falsetes,
 Yo sé que estáis zelosos,
 Que zelos, ya son falsos, ya engañosos.
 Testigos, los armónicos agravios,
 Que multiplican picos, si no labios,
 Las bueltas vigilantes
 Que dais á vuestros nidos por instantes,
 De adúltero temor alcaydes sabios,
 Porque amor al cuydado corresponda
 ¡Que zelos tiene quien su casa ronda!

¡Juguetes de la tierra, flores bellas
 Que en la niñez del año vastidores
 Os labra Flora, y el Abril matiza
 Si aromas en vosotras sutiliza,
 Y al globo de zafir, al sol y estrellas
 En número imitáis como en colores!
 Yo sé que en los amores
 De la madrugadora
 Por veros afeytar rosada Aurora,
 Si desperdicia perlas,
 Zelosas competís, y por cogerlas,
 Ya cándidas, ya rojas,
 Briaricos de amor desplezáys hojas,
 Si fuistes linceos Argos para verlas
 Cambiantes ostentando en su presencia,
 ¡Que zelos no son más que competencial

¡Fuentes siempre lascivas cuando puras,
 Que ya oblicuas, ya rectas, arrastando,
 El sol, tal vez, para enredar, desata
 Virillas tersas de bruñida plata
 Que adornan de atangia las pinturas
 Con que Flora tavies va pisando,
 Vida á las plantas dando
 Vegetales impulsos!
 ¡Arterias sois del prado, todas pulsos!
 Mas yo sé que los zelos,
 Si el amor os derrite os buelven yelos,
 Que quien ama y murmura
 No tiene su esperanza por segura,
 Ni desmentís, porque os riáis, desvelos,
 Pues el amor riyendo nos avisa
 ¡Que zelos llanto son, si amor es risa!

¡Plantas, pues, aves, fuentes, si suaves
 Os vivifica Amor, zelos maltratan
 Y en contaros mi pena os entretengo!
 ¡Enamorado estoy, con zelos vengo,

Y imitando las plantas, fuentes y aves,
 Vida el favor me da, sospechas matan,
 Esperanças dilatan
 Lo que el recelo yelal
 ¡Zeloso enamorado estoy de Estelal
 ¡Terrible contrapeso
 Que éstos quiten la vida, aquél el seso;
 Y aunque los dos pelean,
 ¡Hermanos del Amor los Zelos sean,
 Viviendo el corazón entre ellos presol
 Mas, pues amáis, ¡sutríd, mis pensamientos!
 ¡Que zelos, del Amor son alimentos!

“Agradecí la Canción por lo culto y claro della, y buscara al dueño á permitirlo mi desnudez. Pero lo que los pies no ossaron, hizieron los ojos, pues franqueando matas vieron por entre ellas un gallardo mancebo que, recostado sobre un coxín, sirviéndole una curiosa maleta de cabecera, y paciendo un frisón la yerva, atado á un roble, el freno en el arçón, descuydado de puro cuydoso, aguardava la ausencia del sol para asegurar las sospechas que significó en sus versos. Acabó, en fin, de cantar, y más advertido, reparó, en el movimiento que hize para azecharle, en quién podia ser la causa dél. Vióme de la misma suerte que yo le havia visto; y sospechando que sería espía de los salteadores que habitan aquellos destierros, se levantó, la espada desnuda, á tiempo que yo con la mía prevenia mi defensa conjeturando la ocasión de su alboroto. Llegó donde yo estava, y asegurándole, le dixé:

—“Sossegaos, cavallero, que de la poca seguridad que en estas selvas hallan sus passageros, colixo vuestro cuydado, como vos de la flaca resistencia que veis en mí lo podéis hazer de que no soy el que imaginastes, sino quien desvalijado de los que teméis, aguarda en este lugar un criado que buelva con el reparo desta desgracia.

Aficionóme la demonstración (1) de vuestro ingenio en los cantados versos. Y asegurado con vuestra noble presencia, quisiera, estándolo vos de mí, tener con qué obligaros á que trocásedes descréditos de mi trage en confianças de mi voluntad, si pueden saneallas tan desnudas hipotecas y tan poco conocimiento.,,

Havia él reparado atento con los oídos en lo que yo de presente le dezia, y con los ojos en mi semblante, á que satisfizo, respondiéndome desta manera:

—“¡Válgame Dios, don Juan de Salzedo, amigo íntimo! ¿Qué desdicha (venturosa para mí) os ha trasladado de la felicidad y regalo de Toledo á la aspereza y peligros de Cataluña?.,

Soltando al punto del dezir esto la espada y echándome los braços al cuello, hize yo lo mismo, reconociéndole y dándole por respuesta:

—“¡Todos mis infortunios, Marco Antonio amigo, se han convertido en prosperidades hallándoos donde menos imaginé y más os havia menester! Pero decidme vos primero quién ha podido sacaros de las comodidades y deleytes de Nápoles y emboscaros entre las asperezas destes montes, y cómo puede ser que en ellos halléis los zelos que acabáis de ponderar, pues en ésta la vez primera que menospreciando la vezindad de las cortes y ciudades, se han hecho salteadores.,,

—“Mucho ha, amigo (replicó), que los zelos usurpan esse apellido y que, vandericando la voluntad, saltean la quietud y afligen el entendimiento. Sentémonos aquí, que cuando dos años de vuestra ausencia que ha que falto de España no afilaran desseos de saber el estado de vuestras cosas, la novedad presente los da prisa para satisfacerse.,,

“Hízelo así, y por obligarle á darme cuenta de sus sucessos le conté los míos desde el principio de mis

(1) *Demonstración*, en todas las ediciones.

amores hasta el punto en que estaban, causándole admiración y lástima. Y por pagarme en la misma moneda, comencé los suyos, después que habiendo sacado un vestido negro de la maletilla, en la materia y guarnición correspondiente á su curiosidad y nobleza (porque el que traía entonces era de camino), me obligó á vestir y calçar y luego á que escuchase su historia, que refirió desta suerte:

—“Travesuras moças, riquezas ocasionadas y desseos de ver patrias ajenas me obligaron á dexar la propia—que, como sabéis, es Nápoles,—en edad de veinte años, cuando la parte sensitiva, jubilando la vegetal, predominava sobre lo más ilustre que es la razón, gobernándose más por las lisonjas de la concupiscible (1) que por los aranceles de la prudencia. Consulté antes de executar mi gusto y camino al apetito, y después de haverme propuesto diversidad de Reynos y países, elegí por más acomodado á mis intentos el de España, así por gozar agora la Monarquía del mundo como por conocer en ella á mi Rey natural—cosa siempre apetecida de vassallos leales y nunca satisfecha en provincias remotas, donde la noticia abstractiva augmenta en espíritus nobles, desseos, no cumplidos si no es por medio de la mudança á quien se deve la comunicación de ajenas habilidades y riquezas. No se puede negar que los árboles, para ser de más utilidad, han de ser trasplantados. Los frutos, las drogas, las medicinas, los metales y las mercaderías, en sus provincias y naturalezas son de menos estima que en las ajenas. Y, en fin, los hombres, mientras se contentan con la avara herencia de sus patrias, viven tan pobres de experiencias, que apenas merecen el nombre de tales.

“Inclinéme á la elección de España más que á la de

(1) En la ed. de 1631, *concupiscible*.

Francia, Flandes y de otras partes apetecibles, por su fama y habitadores, por la mansedumbre con que su Rey enamora extranjeros y obliga á los naturales su cristiandad, riqueza, valor, y el saber—antes de oídas y ya de experiencia—que las letras y las armas, que al principio del mundo tuvieron su monarquía en Assia y después en Africa, avezindándose en nuestros siglos en Europa, parece que han ido reconociendo la mejoría de sus provincias, y, como la más acomodada para ellas, se han connaturalizado de suerte en estos Reynos, que si hasta avezindarse anduvieron peregrinos, ya, colgando la esclavina y bordón en el templo de la quietud, han fundado en ellos casa de solar eterno y colonias perpetuas: las letras, en Salamanca, Alcalá, Valladolid y demás Universidades; y las armas, como más licenciosas, alojándose por todos los lugares españoles, pues no le hay tan pequeño donde Marte no resplandezca ya entre las telas y brocados, ya entre los sayales y antiparas rústicas. En fin, están unas y otras prohijadas de suerte en España, que al sabio ó valiente que no es español parece que le falta calidad, y que como hay cavalleros pardos, también se pueden ellos del mismo modo llamar sabios pardos y valientes de executoria. Esta fué la ocasión de emplear mi camino y pensamientos en España, y no parar hasta el corazón della, Madrid, centro de tan ilustre circunferencia, *madre* de todos—como su nombre significa,—mar pacífico para espíritus virtuosos y sossegados, si tempestuoso para inquietos y viciosos, cabeza en lo secular del mundo, si en lo espiritual Roma, y, en fin, tan superior á todas las demás poblaciones registradas del Sol, que si el fuego, como rey de los elementos, tiene su esfera sobre los demás, Madrid, edificada sobre el de sus pedernales, postrándole á sus pies, puede honrarse con el blasón del primer cielo, jurisdicción de la luna, en cuya superficie cóncava ha dado la Filosofía natural habitación á sus invisibles llamas.

“Llegué á su renovada corte, donde gozando sus

benévolas influencias, milagrosa plaça, sumptuosas casas, calles, fuentes, templos, grandezas, pacífica confusión y vassallage libre, conocí amigos, huyendo los perjudiciales y eligiendo los provechosos, entre los cuales usurpó el primero lugar vuestra afición, á cuyos consejos, liberalidad, compañía y nobleza devo la reformation de mis costumbres y el grangeo que, así en ellas como en el ejercicio de mis potencias, cuando volví á mi patria embidieron los más presumidos della. Diez y ocho meses estuve en Madrid y con vos, menos los días que á persuasión vuestra recreé en Toledo, y me parece, no sin fundamento, que de veinte y dos años que agora tengo, ninguno puede eximirse del registro que haze en la ociosidad el arrepentimiento, sino este tiempo, de quien por bien empleado puedo dezir que solamente he vivido año y medio. No me acordara de Nápoles, de mis padres ni de los demás incentivos que acompañan á un mayorazgo caudaloso, á no desterrarme de España notificaciones forcosas de mi padre, lágrimas de su compañera, ruegos de amigos y el casamiento de una hermana que, como os dixé muchas vezes, mejoró la hermosura y discreción en tercio y quinto, dexándome á mí lo de menos estima, que es la hazienda, para que no me quexasse del todo. En fin, venciendo las obligaciones á la inclinación me bolví á Nápoles, siendo en ella recibido de padres, hermana, deudos y amigos con el gusto que saçona la ausencia, pagándoles las demostraciones dél en contalles nuevas estrangeras, que siempre se oyen con aplauso, quanto más distantes más apetitosas.

“Descansé algunos días. Y al cabo dellos me dieron mis padres cuenta del estado que pretendían tomasse mi hermana y havian dilatado hasta mi venida, — casándola con un cavallero calificado, moço y rico, cuyas prendas, conocidas de todo el Reyno y no ignoradas de mí, fueron tales, que alabé su acuerdo y di prisa á su execución. Hiziéronse las escrituras; y mi hermana, más

obediente que gustosa, disimulava tormentos que de noche lloravan, y de día, afligiendo más, se retiravan puertas adentro del coraçón. Dos días faltavan solos para los desposorios, quando descuydado de que hubiesse quien no se holgasse dellos y los tuviesse por obsequias, llamándome una mañana á parte un page, me puso en las manos un papel que contenía estas ó semejantes razones:

CARTA

“La generosidad, señor Marco Antonio, tan propia de vuestra nobleza, os obligará, viendo éste, á visitar un cavallero español y peregrino, persuadiendo lo uno á vuestra piedad, y lo otro á vuestra inclinación, que según estoy informado, favorece y ama los naturales de aquellos Reynos. Yo estoy á los umbrales de la muerte, sólo resistida de la esperanza que tengo puesta en vuestras manos, cuyo rigor me imposibilita el íroslas á besar y ser más largo. Cualquiera instante que tardéis, se le quitáis á mi vida. Y siendo tan pocos los que la dan de término, podréis juzgar la importancia de vuestra presencia. El cielo os guarde.

Don Artal de Aragón.,,

“Novedad se me hizo el nuevo estilo del papel y la petición que contenía, siendo ésta la vez primera que sin ser médico me hazia cargo un enfermo de su vida. Pero viendo lo que necesitava la brevedad del caso mi presencia, dixé al portador que me guiasse á su posada, yendo apercebido, lo que me pareció, para cualquier ofensivo acontecimiento. Y atribuyendo la prisa con que me citava á alguna necesidad de dineros, tan propia en los caminantes y tan perjudicial en ellos, me eché dozientos escudos en la faltriquera. Pero sacóme desta ima-

ginación la ostentativa presencia de su casa y el noble ornato della, principalmente de la cuadra y cama en que le hallé, tan compuesta, curiosa y rica, que me corrí de haver ofendido con sospechas menesterosas valor tan socorrido.

“Era la casa en que estava, de un cavallero natural de aquel Reyno y decediente del Avalos primero, que vino de Aragón á Nápoles, y mereció, por sus hazañas, nobleza y lealtad, hechas en servicio del Rey don Alonso, dexar su posteridad rica y acreditada en ella; reconoció por deudo al apasionado huésped, y con la largueza y cortesía que heredó de sus passados, le regalava, sintiendo tiernamente su peligro. Salióme á recibir don Rodrigo de Avalos—que assi se llama el piadoso hospedero,— y llevándome de la mano á la cama, ya casi túmulo del medio muerto español, le dixo:

—“Si como me dezís, amigo don Artal, vuestra vida consiste en el socorro del señor Marco Antonio, dadme albricias della, que yo fío de su valor su restauración, aunque sea á su costa vuestra cura.,,

„Incorporóse alentadíssimo sobre las almohadas el afligido amante, y apretándome las manos, me dixo:

—“La buena fe que el enfermo tiene en el médico, ¡generoso Marco Antonio!, es el principio de su salud. Y si su presencia alivia la enfermedad, en mí, después que os he visto, se verifica este aforismo, pues ya casi me siento bueno. Al médico y al confessor se ha de dar verdadera cuenta: al uno, de las passiones del alma, y al otro, de los accidentes del cuerpo. Vos havéis de ser conmigo lo uno y lo otro; y porque con el secreto, si no sacramental, á lo menos devido á la reputación de los interesados, proceda mi cura, recibiré merced que dexándonos solos los presentes den lugar á la información que quiero hazeros de mis desdichas.,,

“Retiráronse todos á otra pieça oído esto, y quedando los dos no más, yo confuso y el enfermo animado, prosiguió:

—“Seis meses ha, ilustre napolitano, que desseoso de reconocer parientes en Italia, troqué la naturaleza de Aragón por el hospedaje deste Reyno, donde, no echando menos el agassajo y amor de mis padres, he experimentado en don Rodrigo de Avalos la liberalidad y nobleza, tan natural en él como propia desta ciudad ínclita, que tuviera por madre, á no tener ella por hija una hermosura que me ha puesto en el estado en que veis. Brevemente os daré cuenta de mis desdichas, que ni el passo en que estoy permite á la lengua alargarse, ni será razón que yo os pague la merced que me hazéis en visitarme con el enfado que traen consigo prolixas narraciones.

“En un festín que por recrearme hizo dos meses ha mi noble huésped, se nos trasladó toda nuestra casa á ésta, pagando la amistad que tantos años ha professado con la de don Rodrigo, en autorizarla con su presencia y enriquezera con la de doña Vitoria, vuestra hermana, ¡gloriosa ocupación de mis pensamientos y inocente homicida de mi libertad! Quedé sin ella después que vi su hermosura corporal, y colegí de su discreción la de su espíritu. Dançamos los dos, y entre las mudanças del sarao experimenté las de mi libertad. ¿Qué mucho, entrando mi amor por mudanças, que me atormenten las que padezco? Acabóse la fiesta, y con ella el recreo de su vista, quedando de suerte sin ella, que quedé del todo sin mí, tan divertido en su contemplación, que di motivo á que don Rodrigo notasse, ya en la mesa, ya en las conversaciones, cuán desacomodado estava mi gusto para todo lo que no era emplealle en su memoria. Conjuróme, con ruegos y fingidos enojos, le diesse parte de mi nueva enagenación, y huve de satisfacerle con la verdad, acreditando en ella mi elección, si atrevida, bien empleada. Animóme ya con título de la correspondencia antigua que con vuestros padres tiene. Los visitó más vezes que acostumbra, llevándome consigo y entrando algunas vezes á tiempo que, ausentes ellos y sola vues-

tra hermana con sus criadas, pude, entre la labor que hazia, divertir la aguja y cohechar oídos con lisonjas, abriendo puertas á encarecimientos verdaderos para que les diese audiencia el alma. Apadrinóme mi amigo, favorecióme el buen crédito que en Nápoles tiene la nobleza aragonesa, acrecentado con el abono de vuestras cartas en favor de los españoles, pues según supe por ellas, os hallávades tan naturalizado en nuestra tierra que olvidávades la vuestra. En fin, continuando visitas y desmintiendo estorvos de sus padres, satisfecha de mi calidad y cantidad, dispuesta con villetes y agradecida á músicas y muchos paseos, al cabo de tres meses pude, si no merecer, alcanzar la respuesta de un papel y en él honestos favores embueltos en esperanças lícitas de que gustando sus naturales dueños y consintiéndolo vos,—á quien aguardavan,—por medio del amoroso Sacramento tendría por bien cautivar su libertad haciéndome venturoso poseedor della, mandándome suspendiese su ejecución hasta que vos llegásedes,—que seria en breves días, por haver escrito desde Barcelona estávades ya embarcado,—que del amor que os devia (más que de hermana) y la inclinación que teniades á españoles se asegurava dispondriades á vuestros padres á todo lo que á los dos nos importasse.

“No os cuento las exageraciones que hizo entonces mi ventura, suponiéndolas todo amor perfecto y no ignorándolas vos. Dióme don Rodrigo el parabién. Contava instantes de vuestra venida juzgándolas eternas duraciones y favoreciéndome doña Vitoria con la liberalidad de quien se juzgava ya mi esposa y con la limitación recatada de su honestidad, hasta que quiso mi poca suerte que, sin saberlo ella y sin merecerlo yo, pusiesen vuestros padres los ojos en Ascanio, caballero natural desta corte, noble, rico, pretendiente de su hermosura, y si no tan admitido en ella como yo, á lo menos más venturoso. Pusieron en plática con los suyos de juntar sangres y casas, sabiendo estos conciertos tan tar-

de la más interessada en ellos, que un día, después que alegrastes esta ciudad con vuestra presencia deseada y en mí animastes desconfianças, después de haveros dado cuenta de su determinación, confirmándola vos con la vuestra, y alabando las prendas de mi opositor en vuestra presencia, la notificaron su riguroso decreto, pidiéndola su consentimiento. No se atrevió á contradézille ni pudo dexar de alterarse. Pero atribuyéndolo vosotros á la natural vergüença, calificada en honestas hermosuras, y anteponiendo doña Vitoria la obediencia y reputación á la vida cifrada en su voluntad, tuvo por mejor, injuriando la una, perder la otra, que dar muestras de ser la suya tan licenciosa que saliese de los límites de la de sus padres. Dióles el sí. Pero, según supe aquella misma noche, tan á pausas, que si escrituras cancellas no valen, tampoco me parece á mí valdrá una palabra desmenuçada en fragmentos de suspiros.

“Retiróse con esto, soltando el silencio las presas á los ojos y abriendo las cárceles á exhalaciones del alma, de que se formaron tempestades de sufrimientos que, predominando en mí, como más sugeto á sus peregrinas impresiones, me tienen deste modo. Aquella misma noche me escribió este papel, que quiero leeros y luego entregaros con los demás que merecí de su mano, para que, si no os sirvieren de cartas de obligación con que executéis poderes en mi derecho anulando los de mi contrario, os sirvan de herencia; pues siendo mi muerte cierta, entre los bienes y joyas que tengo y de que o hago successor, son ellos los de más estima.”—

“Sacó uno entonces de la cabecera, que me leyó, y [®]dezia:

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
“ALFONSO REYES”
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

CARTA

“Don Artal: mis padres me casan y no es con vos. Hánme pedido mi consentimiento, y negándosele el alma con sobresaltos, los ojos con lágrimas, el corazón con suspiros y el rostro con lastimosa turbación, sola la lengua ha tenido atrevimiento á ofenderos y darles el sí. Guióla el temor y la obediencia. Sentid cuerdo vuestras desgracias—mejor diré las mías,— que si fueren tan cobardes en vos que os dexen con vida, yo sé de mis sentimientos que, á costa de la mía, pagarán entrambos.,”

— “Tampoco os he de cansar en referir los encarecimientos de mi turbación y pena. Si considerastes los de mi alegría, comparadlos con ella y añadid lo que de más alcanzan pérdidas sin esperança á esperanças no cumplidas. Dile parte de todo á don Rodrigo, que lo sintió como mitad de mi alma. Supimos quién era el venturoso amante—si merece este nombre dueño violento,— y que estavan ya hechas las escrituras. Procuró consolarme y fué acabar de rematar mi salud (que medicinas mal aplicadas, cuanto más eficaces, hazen más daño) sus consejos. Y mis sentimientos dieron conmigo en la cama, donde ha diez días que llamo á la muerte, consuelo de desdichados. En todos ellos pudieron resistencias de honra impedir en vuestra hermana obligaciones de compassión y voluntad, no embiándome á ver de su parte ni escribiéndome, por parecerla que su descuido, cuidadoso le engendraría en mí, y no mostrando sentir mi pérdida animaría desengaños que me curassen. Pero ayer que supo el término en que me tenía su olvido y mi desdicha, bolvió á dar luz á mi remedio en este segundo papel, que ya le tengo por seguro, pues consiste, generoso cavallero, en vos.,”

“Sacó entonces otro villete, y leído decia:

CARTA

“Dos días han dado solos de término mis padres á mi vida, pues el casarme y perdella será todo uno. Deséolo sumamente por escusar el sentimiento que me causa el haver sabido el término en que está la vuestra. Yo sé, si mi hermano Marco Antonio supiera lo que no me atrevo á dezirle, que, según lo mucho que me ama y lo que estima vuestra nación, él nos la diera á entrambos. El remedio os propongo. Diligencialde vos y ejecutarále él si no es que os halláis con fuerças para vivir; que como las tengáis, poco importa que yo muera.,”

— “Esta ha sido, señor y amigo, la ocasión de haveros llamado, con parecer de don Rodrigo, pariente mío y servidor vuestro. Si el riesgo de mi vida, el amor de vuestra hermana, la estimación de vuestra conciencia—mal segura si violenta voluntades,—la que tenéis á España, mi nobleza, mayorazgo, y, en fin, vuestro valor, generosidad y experiencia en amores, os obligan á restaurarme la salud y el contento perpetuo, deudor os seré perpetuo, hermano agradecido y noble pregonero de tantas mercedes.,”

“Prosiguieron lágrimas, lo que las remitió la lengua, terminándose todo en un desmayo que sospeché fuera el último de su vida. Pero yo, porque lo fuesse de sus sentimientos, compassivo y aficionado al gallardo talle y proceder del noble aragonés, llamé los retirados, y después de haver despertado los espíritus al apasionado amante, con breves consuelos le dixé:

— “Poco deve mi amor al que créí tenerme mi hermana, pues por su culpa y silencio fuera ocasión, sin darla yo, de executar la mayor crueldad que usa la imprudencia, cautivando voluntades, tan difíciles después de redimir. Ni yo consentiré ver mal casada á doña

Vitoria, ni vos tendréis ocasión de juzgarme por ingrato á las obligaciones en que España me ha puesto y agora añaden los desseos que tenéis de honrar mi casa. Todas las prendas que de vuestra nobleza, valor y hacienda me havéis propuesto, quedan calificadas con reconoceros por pariente. Don Rodrigo, alentaos; que no seré yo hijo de mis padres, hermano de doña Vitoria ni amigo de españoles, si antes que anochezca no facilito yo estos estorvos, aunque os han parecido imposibles y puesto en tan lastimoso término. Mi hermana, si ha sido ocasión de vuestra enfermedad, lo será de vuestra salud, y vos, su esposo, mi hermano, y amigo.,

—“Queríame dar las gracias, que admití en los brazos, y atajé á la lengua, despidiéndome dél y de los demás.

—“Llegué á mi casa, y haziendo ensillar dos cavallos, embié á llamar á Ascanio, pretenseo esposo de mi hermana. Vino, y diziéndole que tenia que tratar con él cosas de importancia concernientes á su estado, le obligué á que subiendo en el uno me acompañasse á la marina, fuera de las cercas de la ciudad, dexando en casa nuestros criados. Apartéle á un lado más cómodo, por su soledad, para la proposición de mis desseos, y dixé:

—“Ascanio, aunque el interés que se le sigue á mi nobleza, con el parentesco de la vuestra, está en tales términos que sólo median dos para la consecución dél, con todo esso, estimo en más la seguridad de vuestro gusto que la honra que consigo de vuestra afinidad, en fe de lo cual, primero que os enlacéis en nudos que sólo la muerte es bastante á desatarlos, os pregunto si gustaréis de ser dueño de voluntad que, no conformándose con la vuestra, ha días que la tiene empleada en otro sugeto.,

Mudósele el color oyendo esta proposición, y respondió turbado:

—“¡No quiera el cielo que, aunque yo, amigo Marco Antonio, pierda la felicidad que interesso de teneros por hermano, violente alma á quien Dios dexó fuera de

su jurisdicción el libre alvedrío; pues si el matrimonio haze de dos una, faltando la reciprocación de cualquiera, será imposible reduzillas á la amorosa unidad que este Sacramento causal.,

—“Cuerdamente (dixé), havéis, discreto Ascanio, acreditado vuestro entendimiento; y para confirmación de tan prudente sentencia, ved estos papeles y conjeturad por ellos cuán mal os estará esposa que, si os dió el sí con la lengua, confiessa á otro por señor de su libertad con el alma.,

—“Leyó entonces uno de los que me entregó el aragonés amante, y cegando los zelos la luz razón con que pronunció la primera sentencia contra sí, dixo alborotado:

—“Conozco la letra y desconozco en ella la amistad que me devéis, doña Vitoria. Antes que vos entrásedes en Nápoles, concediendo (1) con el gusto de sus padres, reconocia lo que ganava en ser mi esposa; y después que estáis en ella, aficionado, en agravio de vuestra nación, á la de España, la havéis forçado á que revoque su cuerda determinación, y anulando su primera voluntad, me desheredáis, en este codicilo, de lo que pudiera ser me estuviera mal. Vos y ella perdéis, y yo gano el desengaño que hasta aquí, llevado (como siempre) de mi necia afición, no se atrevia á reprimir mis ciegos desseos. Pero ya que abriéndome los ojos conozco, cuerdo, el despeñadero desde donde me precipitava, empleada en merecimientos forasteros, que ni los hallo en ella, ni en vos, para merecerme.,

—“Mucho devéis á mi amistad y templança (le repliqué yo), desacertado Ascanio; pues considerando con la una la passión de vuestros zelos, y con la otra re frenando mi cólera, no os respondo como merecen vuestros desalumbamientos. Yo creí que agradecíades des-

(1) Concediendo. Cfr., *decediente*, pág. 200, lin. 10.

engaños dados á tiempo que os pudieran escusar pesadumbres futuras. Miraldo mejor, y respondedme cortés, pues mi calidad, si no se aventaja á la vuestra, la iguala.,,

“Arrojóme un ¡mentís!, y yo, tras él, una gran estocada, con que derrivándole del cavallo satisfize mi ofensa, poniéndome en cobro (merced devida á la soledad de aquel sitio) y no parando hasta la Quinta de un amigo, nueve millas de allí. Escriví desde ella á mis padres la ocasión de aquella desgracia, las prendas de don Artal, la voluntad que mi hermana le tenia, lo mal que nos estava pariente tan sobervio, y el gusto y merced que recibiria en que á doña Vitoria se le diese compañía más á su satisfacción que á la de quien no havia de padecer los inconvenientes de un casamiento forçado. Y sin aguardar respuesta, socorrido, por el amigo referido, de dineros y ofertas, me bolví á embarcar para España, agradeciendo aquel successo que ocasionó la buelta á Reyno de mí tan desseado. Llegué á Barcelona deseoso de saber el estado en que estavan la vida del herido y pretensión del aragonés enfermo. Bolví á escribir desde ella á mis padres. Y mientras aguardava la respuesta, me entretuve en aquella cortesana ciudad sin darme á conocer á correspondientes de mi casa, por hallarme con dineros y joyas suficientes, con cuya comodidad pudiese assegurar vuestra comunicación y tornar á los apacibles encantamientos de Madrid.

“Una noche, pues, que á las doze me restituia desde el muelle celebrado—corona de aquella limpia marina—á mi posada, baxando por el carrer de Moncada, me acometieron dos embocados, teniéndome, como pareció después, por otro. Mas quiso el cielo y mi inocencia que antes que me ofendiessen, aunque venian armados, metiese la espada por la boca del uno, assomándose la punta á la parte contraria de la garganta, y diesse con él muerto en tierra. Apadrinéme de los pies á tiempo que el compañero pedia favor á voces, y la justicia, que

passava de ronda, començava á darme caça. Pero aunque la noche no echava menos la ausencia del sol, la angostura de las calles me favoreció para que, desmintiendo esquinas y creyendo que todavia venian en mi alcance, me entrasse en una casa grande, y subiendo alborotado, diesse en un terrado, saltando desde él á otro su vezino (correspondencia ordinaria de aquella ciudad, que en vez de texados se continuan sus casas por ellos unos con otros), y temiendo la rigurosa fama que los castigos desta república tiene—quedando encarecidos con llamarlos por excelencia *justicia catalana*,—me baxé desde el dicho terrado por una escalerilla, y sin encontrar á quien pedir socorro ni dar cuenta de aquel successo, hallé á la mitad della, á la mano izquierda, una luz en un mediano aposento en que me entré, creyendo hallar en él al dueño de aquella casa y aprovecharme de la liberalidad con que los nobles barceloneses amparan desgracias contingentes. Echéme la puerta tras mí, porque mi alboroto me persuadia que traia á las espaldas mis perseguidores, y siendo de golpe, quedó cerrada con llave, y yo sin ella, de modo que fuí alguazil de mí mismo.

“Busqué á quien dar parte de aquel atrevimiento y no hallé persona en el cerrado retrete—sino un candelero de plata sobre una mesa, y en él una vela de cera blanca encendida,—colgado de catalufas, con dos ó tres sillas y otras tantas almohadas de terciopelo carmesí que sobre una alfombra formavan un mediano estado. A un lado, una cama amparada de un pavellón de gassa verde, medio descompuestas las sábanas, cobertores y colcha, que todavia calientes mostravan lo poco que havia que su huésped las desocupó. Sobre un taburete, á la cabecera, estava un calçado que, en la pequenez y forma de los çapatos y color de las medias, declarava ser de alguna curiosa dama. Y sobre un cofre, dos basquiñas de seda y una ropa y jubón de tela açul. Todo señal de que era retraimiento de alguna belleza. Con la quietud del retrete, silencio de la noche y seguridad de

mi temor, volví sobre mí, y reparando dónde estava y lo que vía, el alboroto que havia de causar hallándome á tal hora y en tal sitio su dueño, acudí á la puerta y halléla—como os dixé—cerrada, imposible la salida y peligroso el dar golpes, pues era fuerza el atestiguar contra mi opinión ó atrevimientos amantes, ó afrentosos latrocinios. Volví á la cama y halléla descompuesta y con las señales que os he dicho. No supe qué hazerme ni en qué determinarme. Y así, assaltado de nueva confusión, me assenté sobre ella, resolviéndome en aguardar al día ó á la persona que la habitava, para que, contándole mi successo, assegurasse con mi presencia y satisfaciones su sospecha y mi peligro. Más estuve de una hora aguardando, ya paseándome, ya assentándome unas vezes en las sillas y otras sobre la cama, hasta que en ella la última, ya cansado de esperar, de lo que havia la tarde antes andado, del sobresalto, riña y diligencias de mi fuga y de la vezindad del alba que venia tan ocasionadora del sueño, me quedé dormido y recostado sobre las almohadas, ni echado del todo ni del todo sentado, sino en postura que participava de entrambas.

“Poco devia de haver que el sueño usava de su jurisdicción,—pues entre tantos cuydados no havia de hallar prendas que executar,—cuando entró el propietario de aquel aposento á desenojar la cama restituyéndose á ella, que, á tener sentimiento, le pudiera mostrar por la privación de tan hermoso huésped; porque era Estela—que así se llama el sugeto de la *Canción* que oistes,—usurpadora de la velleza, que levantándose con todas sus perfecciones, las demás hermosuras son participaciones y gaxes de la suya. Estela, pues, entró y (según lo que después me dixo) venia de ver á su madre—que, ausente entonces su anciano esposo, le havia dado á media noche un grande accidente de más congoxa que peligro, á cuyas voces y alborotos domésticos acudió, aunque havia gran rato que estava acostada, y levantándose con

la priessa que dava el amor de hija, sin permitirle el calor y susto más vestidos que un delgado manteo y unas chinelas, sossegó, poniéndole unos paños calientes y con otros remedios mugeriles, el repentino achaque, dexándola dormida y bolviéndose á su aposento, que fué á tiempo que yo, durmiendo, y ella, descuydada de tal sobresalto, sin acordarse que havia dexádole sin cerrar, le abrió la puerta, y despidiendo luego dos criadas que la acompañavan, antes de entrar en él bolvió á cerrarle, quedando en paños menores y tomando la vela que de presente estava sobre el bufete, para apagalla después de acostada.

“Al llegar á la cama me vió reclinado sobre ella, dando con el repentino susto un grito bastante á alborotar la casa, si el sueño de su madre y criadas no estuviera tan en los principios, y un desmayo, favorable para mí, no impidiera que asegurando voces me cogiera su familia si no con el hurto en las manos, con la sospecha casi evidente dél. Cayó, en fin, desmayada sobre la misma cama, siendo aquel el favor primero que sin querer me hizo, pues juntando su rostro con el mío, merecí durmiendo más que hasta aquí despierto. Al desmayarse, pues, se le cayó la vela y candelero, apagándose la luz y quedando la de su hermosura también amortiguada y el aposento á oscuras.

“El grito, el ruido de la caída y mi mal seguro reposo me despertaron á un tiempo, levantándome alborotado. Y sintiendo á mi lado lo que no vía, me persuadió la turbación medio dormida que era el vengador del muerto quien me assaltava. Y así, sacando la daga, por poco hiziera hazaña que después llorara toda mi vida á no reparar más en mí, y despierto del todo, no remitir al tacto lo que no pude á la vista. Toqué las manos, cabellos y rostro de la desmayada hermosa, asegurándome que era muger; y hallándola inmóvil, creí que estava muerta, porque negando el corazón su vital movimiento á los pulsos, y el calor abrigo á las manos y rostro,

engañara otra mayor experiencia que la mía. ¡Ponderad vos, agora, qué tal sería mi turbación, y si podré, sin injuriar mi reputación, confessar que estuve temeroso hallándome encerrado en un aposento y á escuras—y habiendo sido matador de un hombre en la calle—con una muger al parecer muerta en los brazos, sin saber adonde estava ni quién era el dueño de aquella casa, y sentenciándome todas estas turbaciones á afrentosa muerte, indiciado de ladrón y agora de homicida! Hize diligencias extraordinarias con la puerta para dar salida por ella á tantos temores: pero fueron inútiles, y no osé romperla por el riesgo que se me seguía de cualquier violento ruido. Bolví á la cama á examinar pulsos, á cuyos movimientos quiso el cielo despertassen otra vez los retirados espíritus, y bolviendo en sí el assombrado dueño dellos me assiessé de los brazos, sospechando los violadores de su honor, y me dixese:

—“¿Qué es esto, desatinado don Jorge? ¿Es posible que antes licencioso y agora atrevido, en afrenta de vos mismo matéis la luz porque no atestigüe torpezas vuestras, y contra la inmunidad de los difuntos pretendáis la usurpación de una desdicha, que lo está en sombra, pues es su imitación un desmayo? ¿Son éstas generosas correspondencias de la voluntad que os he tenido, puesto que por ser en sus principios, limitada? ¿Conquistanse así merecimientos nobles, cuya possessión ha librado la honra en la seguridad del matrimonio? ¿Qué criada de mi casa, corrompiendo vuestro interés su lealtad, os ha dado entrada en ella? ¿Será justo que obligándome á dar voces venga toda su gente, y quedando mi opinión á cortesía de las lenguas perdáis con la vida las inclinaciones descaminadas que la despenan? ¿Paréceos que porque mi padre está ausente lo estarán los azeros de su valor, heredados en mí como en su sangre, y que no habrá en esta casa executores de mi vengança y vuestro castigo? „

“Éché de ver, por estas y otras semejantes razones,

que era tenido por otro. Y sin osar declararme, temeroso de que la escuridad y el no conocerme ocasionassen las voces que havia impedido el rezelo de poner en duda su reputación, tanto más indiciada cuanto la persona era más conocida en la pretensión de sus amores, la respondí en voz baxa:

—“Asseguraos, señora, de que peligros de la vida, más que de vuestra honra, me han traído aquí, que os contara con admiración vuestra y crédito mío si huviera luz que os desengañara dessas honradas sospechas. „

—“Si es esso así, replicó, como creo de una nobleza nunca desacreditada con semejantes atrevimientos, aguardadme y satisfaréisme, que ya os tengo lástima, si primero temor. „

“Díle entonces la vela y candelero que á tiento hallé en el suelo. Y abriendo la puerta la bolvió á cerrar tras sí, ya sea inadvertida, ya sospechosa de que en hallando salida del aposento havia de buscar la de su casa (y, alborotándola, ofender el secreto á costa de su fama), séase por lo uno ó por lo otro. Ella encendió la luz en una lámpara que estava en la escalera principal, y bolviendo á abrir se turbó de nuevo, viendo á quien no pensava ni conocia. Asseguréla lo mejor que supe y pude, contándole compendiosamente mi successo, mi nación y mi linage, contemplando de camino la peregrina hermosura con que se lisongeó á sí misma la Naturaleza, y yendo disponiendo el alma para hospedalla en ella eternamente. Devíla de hablar con eficacia persuasiva, ayudando el amor á mis palabras, de modo que, dándolas crédito y sus ojos perlas, mostró la compassión que me tenía. Admiróse y consolóme, añadiendo esclavones con sus piedades á los primeros de su vista. Y ultimamente me dixo:

—“Cavallero, ni merecéis reprehensión, ni tenéis culpa, ni yo sé cómo os pueda sacar desta casa, teniendo mi madre las llaves de sus principales puertas. Bolveros por donde venistes no os lo aconsejo; que si la justicia

os buscó en la casa vezina á ésta y desvelastes á sus habitadores, será fuerça que si hasta a[h]ora ignoran el autor desta desgracia, alborotados de nuevo os prendan y den ocasión á la vengança y materia á la justicia, tan rigurosa en esta república. Pues aguardar al día es aumentar todos estos peligros. No sé qué medio me escoga. Pero ¡esperad! Mi hermano ha de tener, si no me engaño, en esta cuadra vezina, entre sus armas, algunas escalas medianeras de sus mocedades. Traeros he una; y descolgándoos desde este balcón (que cae á la calle) vos, os pondréis en cobro y yo os desvaneceré sospechas, aunque no temores que de vuestro peligro tendré mientras no os viere seguro dél.

“Beséla, por fuerça, una de sus hermosas manos, cumpliendo de una vez con mi obligación y mis deseos. Bolvió con la escala, y conjuróme con tiernas persuasiones que la dixesse mi posada y nombre para embiar á saber de día el estado de mis sucessos. Informada, en fin, de todo, me despidió, y yo volví á satisfacer mis labios con sus manos bellas, que si rehusaron comedidas, consintieron amorosas. Baxé por la escala; bolvióla á recoger y cerrar la ventana.

“Començayan crepúsculos del alba á bosquejar celages del día, á cuya ambigua luz acerté mi posada. Y mintiendo ocupaciones, satisfize á mi huésped, acostándome, ya alternando con el sueño desvelos, ya asombrándome con la memotia del no conocido muerto, y ya recreándome con la de la conocida restauradora de mi libertad, si merece este nombre quien, librándola de la justicia, se me quedó con ella. No lo pasó Estela (según después me dixo) con más sosiego; porque embiándome á visitar con una criada confidente, á cosa de las diez de la mañana, me truxo un papel, acompañado de algunos dulces, media dozena de camisas de [h]olanda (prevención de damas casaderas) y una de lienços de narizes, todo extremado, oloroso y guarnecido, y me dixo:

—“Mi señora os besa las manos, y suplica perdonéis este atrevimiento, ocasionado más de la falta que os harán regalos de vuestra hermana ausente que de la necesidad que tendréis; y os pide la aviséis cómo lo havéis passado esta noche.,,

“Hize la estimación imaginable de tanta cortesía, y acabó amor de aposeñonarse del alma, pues si prendas inútiles de cabellos y cintas obligan tanto voluntades amantes, ¿qué no obligarán favores significativos y provechosos? Y leyendo el papel vi que dezía, pienso que desta manera:

CARTA

“¡Mal me havéis pagado, señor Marco Antonio, el servicio que anoche os hize, pues á bueltas del socorro que os di, os llevastes el sueño, dexándome desvelada, y quiera el cielo no eche menos otra cosa que vale más!... Avisadme en qué estado están vuestras sospechas, que en casa estamos mi madre y yo tristes y lastimadas por haver sabido que en el carrer de Moncada mataron anoche á un primo hermano de don Jorge, caballero principal y estimado en la nuestra. Sospéchase haver sido el delincuente don Gastón, competidor antiguo suyo, porque yéndole á prender á su casa el Gobernador, supo estava ausente, y los indicios de sus vandos acreditan estos rezelos. Pero á vos esto, ¿qué os importa? Ni yo, ¿para qué os doy cuenta dello? De aquí á un hora iré á missa á San Agustín. Si os dexó el cansancio de anoche con disposición de verme, allí podréis hazerme merced y informaros con más claridad de lo que deseáis saber. Guárdeos el cielo.,,

No venia el villete firmado. Púsele en la boca muchas veces; y dando una joyuela á la portadora, antes que me acabasse de vestir, respondí desta suerte:

CARTA

“No han de ser fiadores de deudas tan grandes lisonjas de la pluma, mientras huviere vida que pague la que me havéis dado. Ufano estoy de que me tengáis por servidor vuestro, pues en fe de que ocupo esta plaza liberal y bellissima señora! tiro ya gaxes de vuestra largueza, pues es propio de los señores generosos vestir á sus criados. A los desvelos que os causé—y en mi caudal no hay paga satisfactoria— agradezco el buen tercio que imagino han hecho con vos en mi abono. Y aunque indigno dellos, soy, con todo esso, tan amigo de semejantes empeños, que diera el alma en prendas (si ya no la he dado) porque fuérades mi acreedora y os debiera la joya que teméis habéis de echar menos. Siento vuestro sentimiento y el mal logro del difunto, que me avisáis; y tengo lástima al homicida, si le mató provocado. Lo que me importa, más que vos creeréis, es veros. Y así, acompañando diligencias con desseos, os aguardaré en el puesto señalado, sin alma y sin vida, pero con infinitos desseos de que la vuestra sea tan larga como la merced que me havéis hecho.,,

“Partióse con esto la criada, agradecida y obligada, con lo que la di, para hazernos buen passage. Acudí al punto al señalado Monasterio, y á poco rato vino á él mi Estela, acompañada solamente de un viejo escudero y nuestra tercera. Háblala en una capilla. Y, para no cansaros, habiendo concertado el vernos algunos días en casa de una señora su amiga, y hablarnos de noche por unas rejas baxas de la suya, la comunicación, en principios remissa, vino dentro de un mes á convertirse en amor tan apretado, que zeloso yo de los favores hechos antecedentemente á don Jorge y de papeles que me entregó

suyos, acendré la voluntad con ellos y comencé á durar de la consecución de mi esperanza. Rondávala el dicho mi competidor (todas las noches) y hablávala los días que podía, y la presencia de sus padres obligavan más su cortesía que su voluntad, siendo todas estas diligencias tuyas gigantes para mis sospechas. Las que él tenia del que imaginó havia muerto á su primo, salieron falsas, averiguando haver estado la noche de aquella desgracia don Gastón en Lérida, de que se siguió el hazer inquisiciones más eficaces para sacar á luz el verdadero homicida. Temíme dellas no le descubriessen á mi costa, porque ya el secreto, seguro entre mí y mi dama, se havia comunicado con la criada; y secreto entre tres, siendo las dos mugeres, amenazava un mal parto. Esto, y mis zelos, dieron tanta prisa á mi Estela, que concertamos por última resolución que, después de mañana, á la una de la noche, subiesse yo por la escala en que baxé de su aposento enamorado y favorecido, y dándola en él palabra de ser su esposo, asegurasse, el cumplimiento de mis desseos, los desalumbamientos que los desatinavan; porque dándome yo después á conocer á los correspondientes que en aquella ciudad tenían mis padres, y sabida mi calidad y hazienda, fuesse más fácil obligar á los suyos para confirmar nuestras diligencias.

“Supe que en este tiempo havia desembarcado en Barcelona un hermano de Ascanio, herido por mí en Nápoles. Y recelándome de que no viniessse en mi busca, ó para vengarle ó para hazerme— aunque sea por fuerza— bolver allá á reconciliarnos, y convertir tan grandes enemistades en parentescos casándole con mi hermana, nos pareció á Estela y á mí me ausentasse hasta la aplaçada noche, en que, tornando de secreto á la ciudad y consumando nuestro amor, con este seguro pudiesse después certificarme de la ocasión de su venida. Hízelo así, y por no dar sospechas á lugares tan cortos, y por el consiguiente muy maliciosos, de mi re-

tiro, tuve por mejor favorecerme del Verano, acomodado en este sitio, y fiar de sus árboles lo que no me atrevo de las lenguas. Aquí, en fin, amigo don Juan, ha que estoy desde anoche. Haviendo embiado un criado á esse primer lugar por el sustento menestero, los zelos, que no quieren concederme ningunas treguas hasta que con la possession que espero se despidan corridos de su poca confianza, me obligaron á cantar la canción que oístes, tanto más estimada cuanto le soy más deudor por haver sido causa de que nos hayamos visto en lugar tan remoto y no esperado.,,

“Ívale yo á mostrar admiraciones de tan peregrina historia cuando oímos unas voces cercanas que llamavan por su nombre á Marco Antonio. Conoció por ellas á su criado, y avisándole con otras adonde estava, llegó alborotado y temeroso de dezir la ocasión, por hallarme allí y no conocerme. Asseguróle entonces de quien yo era, y brevemente le dixo:

—“¡Vuesa merced, señor, se ponga en cobro, sin acordarse más de Barcelona! Porque Próspero, hermano de Ascanio, muerto por V. md., ha venido á ella en su busca; y avisando á la justicia y Virrey, con cartas de favor de Nápoles, para que le prendan, ándanle buscando. Y háme dado este aviso un passagero, á quien, sin conocerme, pedí cuenta de lo que havia en aquella ciudad de nuevo, y me ha dicho lo que refiero, prometiendo nuestro perseguidor, á quien le lleve muerto ó preso, dos mil escudos. ¡Mire V. md., si se le junta la muerte del cavallero catalán — que, según las diligencias se hazen, se puede facilíssimamente descubrir el homicida, — cuán cierto está el peligro y difícil el remedio!.,

“Asustóse, y mucho, el enamorado napolitano, y yo le aconsejé que hiziesse lo que su criado le persuadia. Húvolo de acetar, aunque con gran resistencia de su amor, llevando muy pesadamente el perder á su dama. Pero,

en fin, le fué forçoso dilatar la esperanza y escoger este medio, pidiendo muy encarecidamente: que pues yo havia de parar en Barcelona el siguiente día, fuesse á tiempo que, en su lugar, acudiesse la noche aplaçada para su desposorio al puesto concertado, y contándole á Estela la ocasión precisa, que diferia para otra más oportuna sus desseos, la consolasse abonando su crédito y voluntad. Prometíselo; y dándome las señas de la calle y casa, de la ventana y hora en que podia hablarla, me obligó á subir en su cavallo, diziéndome, que retirado él entre aquellas asperezas y embiándome su criado á tercer día para informarse del estado de sus cosas, le seria de más estorvo y peligro que de provecho. En fin, despidiéndose de mí, se emboscaron por entre aquellos espesos pinares, y yo me quedé aguardando á Carrillo, con vestido, cavalgadura, y obligación de cumplir lo prometido.

“Passó el día, acercóse la noche; y aunque con la provisión que traxo el criado de Marco Antonio satisfize la necesidad conservativa, cansado ya de esperar, me determiné de ir en su busca al lugar donde se encaminó. Y así, subiendo á cavallo, y olvidándoseme (no sé cómo) los doblones franceses en el depósito del árbol, guié á la dicha villa, cuydoso de algún infortunio que á Carrillo le huviesse sucedido y ocasionasse tanta dilación. A poco más de una legua descubrí un castillo, distante media, habitación noble de todos los cavalleros de Cataluña, que hasta en esto imita aquella nación á la francesa. Fué esto á tiempo que se enlutava el cielo, por la muerte de su mayor planeta, con sus tnieblas acostumbradas, añadiendo á esto preñadas nubes que formando en vez de dolores, truenos, parian temerosos relámpagos, á cuya causa me determiné hospedar en la cercana fortaleza, si lo permitia la urbanidad de su dueño. Y así, guiado á ella, me torné á emboscar por un pinar espeso, adorno del hermoso castillo. Pocos passos havia dado por él, cuando sentí venir ha-

cia mí, huyendo á gran priesa, un bulto, que, á pesar de la escuridad, conocí en la forma y quejas que dava ser muger, la cual, en viéndome, me dixo con lastimosas muestras:

—“Cavallero (que, aunque no lo seáis, hallaréis ocasión en mí para merecerlo), si cuando no la cortesía, os obliga la cristiandad á defender una desdichada muger que se ha visto en los braços de la muerte, intentada por quien más obligación tenia de conservar su vida, amparad agora á quien os puede pagar, si sois interesable, á satisfacción. Yo vengo huyendo de mi padre y hermanos, y siento sus passos, que á mis espaldas apresuran mi muerte. No permitáis ser vos causa della.,

“Apeéme entonces lastimado—que no es noble quien dexa de ser piadoso con mugeres.— Y poniéndola á las ancas de mi frisón, y buelto á subir, la dixe:

—“Embosquémonos, señora, por esta favorable espesura, y dad gracias al cielo que havéis encontrado quien, con seguridad de vuestro honor, perderá la vida por defender la vuestra.,

“Agradeciémelo con breves encarecimientos. Y caminando muy apriessa por entre aquellos espesos pinares, á elección del cavallo, huyendo del camino, ella multiplicando suspiros y yo admiraciones de tantos accidentes sucedidos en un día, sin preguntarla la causa de aquel successo, guardándolo para mejor oportunidad, gastamos dos horas y más en rodeos no escusados por no sabidos, venciendo estorvos y estropeços, que á la escasa luz de los bosteços de las nuves nos espantaban más con los truenos que se les seguian que nos ayudaban, hasta que quiso el cielo—al cabo de tantos infortunios—sacarnos á lo raso de un llano que cercado de peñas muy ásperas y intrincadas, nos pusieron en mayor confusión, á no baxar por ellas gran multitud de serranos, que, con hachos encendidos y pedaços de tea, dando festivas voces, entre silvos y aldeanas demostraciones, celebraban la vengativa caça de seis ó siete lobos,

entre otras muchas salvaginas que se havian muerto.

“Es costumbre en todas las partes donde la abundancia y atrevimiento destas fieras menoscava la inocente grangería de los ganados, con pérdida de sus mayores y descrédito de sus pastores, el combocar á todos los comarcanos, y juntándose doze ó más aldeas—después de haver hecho cuatro ó seis profundas y engañosas hoyas que cubiertas de cabillosas trampas, ramos y céspedes, con fingidas sendas y, al parecer, pisadas sobre ellos, ocultan temerosos precipicios,— cercar hombres y mugeres, por dos ó tres leguas, los montes donde saben tienen sus manidas los hambrientos brutos, y con desentonados gritos, estruendo de tamboriles, gaytas, adufes y instrumentos semejantes, atronar aquellos desiertos, yéndose poco á poco estrechando en rueda, de suerte que, sin abrir camino, viéndose los brutos acosados y ignorando las sepulturas que les aguardan vivos, se van recogiendo, apiñados al centro, acaeciéndose las más vezes juntarse lobos, javalíes, raposas, venados y otros animales silvestres, sin que la antipatia que Naturaleza les dió use entonces de su enemistad; porque concediéndoles treguas el temor de la muerte, por evitar el mayor peligro, perdonan el menor. Havian usado aquel día los serranos desta estratagema, y en tres hoyas cogido y alanceado siete lobos, un osso, dos venados y ocho javalíes que entre otras fieras menores, traían sobre seis ó siete mulas y rozines, á cuya causa, volviéndose victoriosos, celebraban con rústica demostración su silvestre triunfo.

“Temimos á los principios no fuessen vandoleros. Y así, bolviendo las riendas al pinar, nos escondimos en parte que cerca de un camino nos podia enseñar los que por él venian. Seguros, pues, en nuestra celada, advertimos que, saliéndoles al encuentro un cavallero, señor de lo más caudaloso de aquella comarca, sobre una yegua adereçada de monte, recibia alegre la regozijada turba, diziéndoles:

—“¡Bien venidos, amigos! ¿Qué presa traéis, que según vuestras voces me declaran, no deve de ser poca?,,

“A que adelantándose algunos, el más anciano, sobre un cuartago, respondió:

—“Por a[h]ora, señor don Garcerán, ociosos han de vivir los mastines y seguros dormirán nuestros pastores. Siete lobos, ó por mejor dezir, siete pecados mortales, havemos muerto, con otra no menos dañosa caterva de salvaginas que podrá reconocer sobre esas bestias. Acudimos luego á sus camas y hallamos en ellas más de veinte cachorros, que agora aun retoçando muerden, y mañana darán un buen día á los muchachos.,,

—“Otro lance de más importancia havemos hecho (dixo el segundo) si, como parece, es el que traemos cabeza de vandoleros, porque, sin saber la trampa que le aguardava, cayó en una hoya y hizo guia á los demás lobos; que pues ellos y los salteadores viven de rapina, bien lo podemos parear con un nombre y un castigo.,,

—“Dexádmeme ver (dixo el cavallero), que si es como dezís, otro fruto diferente de sus piñas llevará, antes que amanezca, la más robusta rama deste alto monte.,,

“Truxeron entonces á su presencia, atado y cercado de hachos, teas y villanos, á Marco Antonio, que apartándose de mí, como os he contado, y embiado á su criado á que llenasse un frasco de agua en un río pequeño, grillos de aquellos peñascos, huyendo la confusa grita de los rústicos caçadores, y sospechando que andavan en su busca codiciosos del interés prometido por su enemigo, imitó en el huir y caer en uno de aquellos engañosos [h]oyos á las demás fieras, con harta dicha suya de que no le alcansassen entre ellas, que fuera forçoso, á no dar grandes voces y ayudarle las luzes de las humosas teas para distinguirlle de los demás caídos. Como le vió el cortesano don Garcerán en traje que desmentia la opinión de todos los que le juzgavan por salteador, le preguntó admirado:

—“Dezidnos, hidalgo, quién sois; que de vuestra

presencia colijo el engaño de los que os disfaman.,,

—“Vuestro cuerdo juicio, discreto cavallero (respondió), puede apadrinar mi inocencia contra la rusticidad maliciosa destes bárbaros. No soy yo salteador, aunque salteado de desdichas y persecuciones, que deven ya de querer tener fin, viéndome en vuestra protección.,,

“Conocíle yo entonces, oído esto; y sin reparar en inconvenientes ni saber si le estava bien ó mal á la dama que conmigo traia confiada en mi favor, ó el daño que se le seguia á Marco Antonio de nombrarle entre gente no conocida, cuando tantos le perseguian y buscavan, piqué el cavallo, diciendo:

—“Mirad, señor don Garcerán, que es este cavallero, Marco Antonio, de lo más calificado y rico de Nápoles.,,

“Alborotáronse todos al principio viéndome llegar de aquella suerte, previniéndose en mi ofensa. Pero advirtiéndome don Garcerán en que llegava solo y embainada la espada, sossegó á todos los demás; y reparando en la dama que traia á las ancas, y yo hasta entonces no havia visto, dixo admirado:

—“¡Doña Dionisia hermosa! ¿Qué es lo que sueño, que no osso dezir lo que miro? ¿Dónde vais dessa suerte, á tal hora, por tal parte y en tal compañía?,,

“Echóse entonces ella del cavallo abaxo —apeándome yo tras ella, — queriéndosele echar á los pies; y levantándola él, la respondió:

—“La enemistad y vandos, ilustre don Garcerán, que tantos años ha os dexó en herencia vuestra sangre contra la de mis padres y hermanos, tiene de serme, quando menos pensava, favorable. Huyendo vengo de ellos, y también de la muerte; que á no ampararme deste cavallero que no conozco, ya estuviera executada.,,

—“Venganças havrán sido (replicó don Garcerán) del amor que sin su consentimiento y noticia os tiene don Dalmao, y quiso asegurar con las apacibles coyundas de Himineo. Sossegad, señora, y dadme albriças,

no sólo de la seguridad que vuestra vida y honra han hallado en mi casa, sino de que tengo en ella á quien no estima la suya mientras teme el peligro de la vuestra. Don Dalmao, acometido de vuestro padre y deudos una legua de aquí, y defendido por mi gente y dicha (puesto que herido, no peligroso), llora vuestra pérdida y riesgos. Vámosle luego á ver, que vuestra hermosura, si le enfermó el alma, le sanará el cuerpo.,,

“Olvidado estava yo de dar los braços á Marco Antonio, divertido en estas novedades y mirando la mayor hermosura de cuantas desempeñaron el crédito á la Naturaleza, cuando ofreciéndome los suyos don Garcerán por fiadores de la obligación en que afirmó le havia puesto el hermoso hallazgo, pidiendo perdón el descrédito de su calidad, con sus labradores, á Marco Antonio—disculpándolos su simplicidad y la sospecha de aquellos despoblados,—á que él y yo respondimos con cortesias, si exageradas, verdaderas, mandó luego que guiasse toda aquella festiva serranía con el mismo estruendo y regozijo á una casa fuerte que distava un solo cuarto de legua, contándome antes de llegar á ella, Marco Antonio, el successo de su caída. Fuímos recibidos en el apacible hospedage con generoso agasajo, llevándonos su dueño á una pieza fresca y espaciosa donde estava acostado el herido, don Dalmao, tan cuidadoso del peligro de su esposa quanto descuidado de la dicha de tenerla presente. Dexo á la discreción de vuestro juicio el contento de[[l] amante y la lástima de la dama, viendo en tal estado á quien le tenia á ella en el presente. Básteos saber que, no siendo las heridas peligrosas, y cuando lo fueran, bastando la belleza de doña Dionisia á sanarlas—pues teniéndola vosotros presente, me juzgaréis antes corto en su alabança que mentiroso,—se levantó al siguiente día, augmentando el contento en todos el verle tan alentado, y la belleza en su esposa; ¡que no hay igual afeyte como la alegría! Comimos temprano, con regalo y liberalidad, pagádoselo yo en contarle la

causa de mi peregrinación, si bien por guardar el respeto á la ausencia de mi Lisida, entretegí en mi historia episodios equívocos; que aun entre estraños, sintiera pérdidas de su firmeza. Marco Antonio relató fielmente la suya, pidiendo en retorno á don Dalmao nos cumplierse el desseo de saber la ocasión de sus heridas y fuga de su dama; acudiendo ella agradable á esta obligación, por excusar á su esposo algún accidente que pudiera seguirse del exercicio demasiado de la lengua, y diziendo así:

—“Dos años ha que don Dalmao passó de pretendiente de mi libertad al dominio della, tan devido, así por su nobleza y merecimientos como por la correspondencia de estrellas y voluntades, que cualquiera que intente contradézirsela, estará obligado á la restitución de lo que por tantas razones se le deve de derecho. Todo este tiempo, pues, alimentando amor con esperanças, favores permitidos y palabras hurtadas al día, amparadas de la noche y ocasionadas de una rexa, aguardava ocasión en que, librándose de sus desseos de la juridición del temor, se asegurassen en el sagrado del sossiego conyugal, sin atrevernos á provar el gusto y consentimiento de mi padre y dos hermanos que tengo, por ser don Dalmao, si tan bien nacido como ellos, no tan [h]acendado. ¡Desdicha de nuestro abaro siglo que no estima la calidad de la nobleza sin la cantidad del oro, igualando merecimientos del alma á la codicia de un metal que, por indigno de salir á luz, le sepultó Naturaleza en las entrañas bárbaras de los grosseros montes de las Indias! Es mi padre tan severo, desapacible de condición y executivo en materia de vengar sombras de agravios, que en él solo puede verificarse la fama que los catalanes tienen en el mundo de crueles. Y parécensele mis hermanos tanto, que les puede servir de información, cuando no huviera otra, para provar su legitimidad. A esta causa dificultava el temor lo que diligenciava el

desseo, gozando tormentos y penando glorias entre medrosas confianças y animosos rezelos, que vinieron á resolverse en defraudar los intentos de mis naturales dueños, determinados en casarme con un cavallero, su igual en todo y en todo mi desigual, pues, no siendo á mi gusto, ¿qué prendas podrán equivalerme? Concertamos los dos: yo, de huir con él fuera destes Reynos, y él, de darme mano de esposo y palabra de dilatar el uso deste estado hasta que con seguridad mía y abono de nuestra reputación diessen los cielos feliz salida á tan peligrosa entrada.

“Una noche, pues, — escura y á propósito para nuestra amorosa fuga, — que estaban mi padre y sus dos hijos tres leguas de Barcelona, ocupando tal vez cuatro y tal ocho días en el cavalleroso exercicio de la caça, á la mitad della salí, sin ser sentida de ningún doméstico enemigo, en brazos de mi amante y á las ancas de un cavallo, resuelto de no ver la cara del día hasta que viesse las nuestras un cavallero, íntimo amigo suyo, que á la entrada de las montañas de Ampurdán tiene su hazienda y en ella una casa de las que en esta tierra llaman fuertes, defensa segura de sus contrarios. Consuelos amorosos de mi amante enflaquecian el temor de mi atrevimiento y los enfados del camino, cuando, andadas como cuatro ó cinco leguas, nos assaltaron á la salida de un bosque mi padre y hermanos, que avisados al tiempo que ya disponíamos nuestra amorosa huída por un criado de don Dalmao, espía doble y savior de todos nuestros secretos, acudió adonde estaban los agraviados, dándoles noticia del caso, tan á tiempo, que atajándonos luego los passos, nos acometieron, disparando un arcabuz que derivó herido á mi esposo con un mortal suspiro y á buelcas dél un “¡Ay, Dionisia mía, que me han muerto!”, Echéme del cavallo entonces. Pero assiéndome muy fuertemente uno de mis hermanos por los cabellos, y mandando al punto á sus criados que me pusiessen sobre el arçón del suyo, me llevaron á un castillo que tie-

nen aquí cerca, determinados de enterrarme viva, para cuya execución, en una huerta que havia al pie dél, abrian villanos azadones mi sepultura. Quiso el cielo que la grande confusión y alboroto de los ministros de aquella crueldad inadvertidamente descuidassen una hacha encendida, de suerte que emprendiéndose el fuego en una hazina de pinos secos, y comunicando su incendio las dispuestas ramas á las ventanas que estaban sobre ellas, se encendiesse todo aquel edificio, á cuyo remedio acudió (por si era posible) la canalla toda, y yo al mío, hallándome en aquel tiempo sola y la puerta patente, que sale á un pinar, por cuya aspereza, á pie y sin saber por dónde iba, salí huyendo y procurando la conservación de lo que más aborrecia, que era la vida, por juzgar estava ya sin ella mi esposo. Passó entonces por junto á mí este cavallero, y examinada su cortesía y nobleza, con mis lágrimas quedó con su favor tan quilatada como havéis visto, y yo con la obligación que merece el restaurar, por él, mi amante, mi vida y mi libertad, que con el respeto que devo á don Dalmao quedará rendida desde [h]oy á los empeños de su servicio.,

“Iva yo á responderla agradecido, pero atajóme don Garcerán, diciendo:

— “Yo me he pagado á mí mismo del servicio que os he hecho, hermosa Dionisia, con el contento de haver defendido á vuestro amante, vengando en esta parte la grande enemistad que con vuestro padre, hermosa dama, tengo, y quitándosele de las manos cuando, llevándoos vuestros hermanos á vos, como havéis contado, y queriendo assegurar heridas, permitió el cielo me hallasse allí. Yendo en su busca, avisado por espías — que siempre pone la vengança, — de que andavan caçando, y siguiéndole, aguardava ocasión acomodada para satisfazer mi enojo, llegando á tal, que pude, con la ventaja de mi gente, hazerlos retirar y traer conmigo á don Dalmao á esta casa, donde ha sido Dios servido de assegurar el peligro de su vida; pues aunque le passó

una vala un muslo y una grande cuchillada le abrió el brazo izquierdo, son heridas que sin lision de los huesos, assombrando la vista, aseguran de la muerte. El está casi sano con la vuestra; vos, aunque contenta, cansada, y estos cavalleros, menesterosos de regalos. Cene-mos, y sossegad todos, que mañana comunicaremos lo que más importe á los unos y á los otros.,,

“Hízose así, con la abundancia imaginable. Dormi-mos todos, y amaneció el sol, comenzando á dar con su luz nuevos sucessos, que os iré, si no os canso, con-tando.

“Affligase demasiadamente el enamorado Marco An-tonio de ver que de allí á dos días se cumplia el térmi-no aplaçado de su dama para el amoroso robo, y hu- viera atropellado muchos inconvenientes y peligros por cumplir su palabra y desseos, si yo no le hubiera ido á la mano asegurándole la quietud de Estela con mi pre-sencia, para cuyo cumplimiento, de parecer de todos, me partí luego que amaneció, quedando de bolver de allí á tres días, ó con la dama (si se determinava dar crédito á una carta de creencia que su amante la escri- vió conmigo), ó sólo con la resolución última de lo que disponia se hiziesse. Dióme un vestido suyo de camino, galán y costoso, don Garcerán (que á todo se extendia su nobleza y la afición que me havia cobrado), un cava- llo y un moço, con que en breves horas di fin á la jor- nada, que sólo era de siete leguas, entrando á las diez de la noche en la catalana metrópoli, cuidadoso de Ca- rillo, á quien, como sabéis, havia embiado á buscar provision y vestidos á costa del oro çapatero, impidiendo el saber dél la variedad de sucessos que casi juntos se atropellaron. Tomé posada, y busqué de día la casa de Estela, que havia de requerir de noche, gastando lo que tardó en venir, memorias de mi Lisida, sin ser bas- tantes tantos divertimientos para dar treguas al pensa- miento. Tocó la Seu á maytines, con cuyo aviso guié al reconocido puesto, asseguré la calle y hize la seña que

me enseñó el propietario, á la ventana. Pero apenas la havia hecho, cuando saliendo de las dos casas colatera- les hasta seis ó siete personas, me puso cada una al pe- cho dos pedreñales, cogiéndome en medio y amenaçan- do passármele si no me dava. Hízelo, juzgando á teme- ridad qualquiera diligencia, viéndome desarmado y en- tre tantos. Y entrando en casa de Estela, me llevaron á una sala, prevenida con luzes escusadas con la belle- za de la temerosa dama, que haviendo con su descuydo dado licencia á la curiosidad de un hermano suyo para que abriéndole un escritorio, sin saberlo ella, á bueltas de unas joyas que la tomó para despigar con ellas pér- didas del juego, diesse con los papeles de Marco An- tonio y sacasse por ellos el estado de sus amores y con- cierto de su huída, de que, dando parte á su padre, y ca- reándola con ellos, fué fuerça el confessar de plano toda la verdad del caso. Informáronse de la posada en que vi- vía, y no hallándole en ella, haziendo diligencias en su busca, supieron de mercaderes de su tierra, su calidad, hacienda y estimación, acreditando todo esto la informa- ción que havia hecho su enemigo Próspero en aquella ciudad para prendelle. Mitigó su enojo el interés de tan ilustre hierno, viendo que hasta allí su honra no havia padecido detrimento. Y así, perdonando á la dama tan ocasionada determinación, aguardaron la propuesta no- che, del modo que os he contado, la venida de su aman- te, para que, cogiéndole desapercibido, le obligassen á lo que tan fácilmente prometen desseos en esperança y suelen con tanta dificultad cumplirse en possessión.

“Entrado, pues, á la dicha sala, me dixo el padre de la temerosa dama:

“¡Agravio os havéis hecho á vos mismo, señor Mar- co Antonio, y pueden justamente quejarse de vos vues- tras nobles prendas, pues sin fiar dellas lo que, conoci- das, era tan fácil de alcançar con la vendición de Dios y mía, havéis usado de medios que solamente admiten disculpa en pretendientes desiguales y sin merecimien-

tos! No es vuestra persona digna de hurtar muger; que dándoosla nosotros voluntariamente, podemos tenernos por dichosos de que os merezca. Disculpo vuestros pocos años y estrañeza de Reyno, dándoos sólo por castigo lo que vos (según estos papeles) juzgáis por felicidad, que es la mano, voluntad y alma de mi hija y esposa vuestra, asegurándoos con ella de cualquier peligro en que os haya puesto la venida de vuestro contrario, porque él se ha partido en vuestro seguimiento á Castilla, y el Virrey, á cuya diligencia quedó encomendada vuestra muerte ó prisión, es tan gran señor mío, que viendo el pender de vuestra libertad nuestra honra, tomará á su cuenta vuestra reconciliación, sirviéndoos (si hasta aquí de juez) desde hoy más de abogado.,,

“Respiré con esto, coligiendo, juntamente con el desengaño de ser tenido por mi amigo, el buen despacho de sus amores y seguridad de sus trabajos, respondiendo al noble viejo desta suerte (á tiempo que habiendo traído á Estela para reconocerme y viéndome tan otro del que imaginava, sacaban, recelos de alguna novedad contraria á sus desseos, pedaços del corazón derretidos por los ojos):

“Yo, señores, me tuviera por dichosísimo si, como aposento en el pecho el alma del que pensáis que soy, me transformara en su cuerpo por gozar tan hermoso empleo. Mas, puesto que soy su mayor amigo, no tengo tanta dicha. En su nombre vine á desempeñar la palabra que á Estela dió y él no puede menos que dilatar agora. Testigo, esta carta de creencia escrita por su mano y entregada por la mía.,,

“Contéles luego, en términos sucintos, la causa de no parecer en persona y la confianza que hazia de la mía para el abono de su nobleza y amor, rematando con decirles: que si el casarse por poderes era lícito, habiéndome dado el suyo en aquella carta, desde luego dava la mano á Estela en nombre de Marco Antonio.

“Leyéronla; satisfiziéronse. Preguntándome mi nom-

bre y calidad, díxeles verdades deslumbradas con equivocaciones, á bueltas de algunas mentiras con que procurava impedir la ocasión de que llegassen á mi patria nuevas de mi vida, siendo la una dellas afirmarles me llamava don Jacinto de Cárdenas, natural de Guadaluara. Consolóse Estela, que estava ya desconfiada; sossegámonos todos, regaláronme con extremos de padre y hermanos, y antes que amaneciese determinaron que un tío de la dama y yo bolviésemos por Marco Antonio, y con secreto le llevásemos, la noche siguiente, á la célebre Iglesia de Santa Maria de la Mar, colegial y hermana de la catedral que allí llaman la Seu, cuyo Deán era hermano de don Hugo—que así se llamava el padre de Estela,— para que la inmunidad de aquel sagrado asegurasse peligros, mientras diligencias y favores alcançavan la gracia del Virrey y el contravando que anulasse el primero.

“Partímonos con esto, contentos todos, estándolo no poco los que quedavan. Llegamos á la presencia de Marco Antonio, de don Garcerán y los demás (menos doña Dionisia y don Dalmao, que no quisieron los viesse mi compañero). Contéle la dichosa negociación de los amores de Marco Antonio. Pagó en abraços turbaciones de la lengua, confirmando los desposorios que en su nombre hize; y aprovando el medio que se havia dado para su consecución, quedó estableciendo nuevas amistades y parentescos con el tío de su esposa, entretanto que yo entré dentro y hablé en secreto con don Dalmao y la suya, cuyo negocio corria más riesgo y menos esperanza de componerse. Díxeles que en breves días, dexando casados y contentos á Estela y Marco Antonio, determinava partirme á Nápoles, y que teniendo en aquella ciudad deudos y amigos españoles favorecidos del Virrey, en quien podian seguramente apoyarse cualesquiera esperanças mías, si se resolvian en honrar mi viage con su compañía, seria fácil, en la mía, passar con el regalo y gusto, en aquella espléndida ciu-

dad, que merecia la nueva amistad que havíamos profesado; y entretanto que los ofendidos deudos de Dionisia se apaciguavan por medio de los que yo tenia en aquel Reyno y los de Marco Antonio, alcançáramos del Virrey algún noble cargo con que se pudiesse prohiar en él, aunque olvidasse lo poco que dexava en Cataluña, don Dalmao, esperando de adquirir lo mucho que heredava Dionisia, ó ablandando el tiempo la dura condición de su padre ó acabando él mismo con la larga senectud suya los pocos años que le quedavan. Diéronme las gracias que la nobleza agradecida y obligada suele, resolviéndose en acompañarme, quedándose en aquella casa de plazer encubiertos hasta el tiempo de mi embarcación.

“Dexélos con esto. Y despedidos de don Garcerán, bolvimos con Marco Antonio á Barcelona, de noche y sin estorvo que impidiesse el hospedaje prevenido por el generoso Deán. En su iglesia nos visitaron don Guillén y sus hijos, quedando con la presencia del esperado hierno y cuñado de todo punto pacíficos y satisfechos. Acudieron el día siguiente al Virrey dándole parte de aquel successo — pero no de la muerte del primo de don Jorge, dada la noche primera de sus amores, que éssa quedóse sepultada en los pechos de Marco Antonio y Estela, y en el silencio de la criada, que, porque no le rompiesse, la casaron con un valenciano y embiaron fuera de aquella ciudad. — La generosidad de aquel Príncipe, el amor que tenia al padre de Estela y el bien que se seguia de aquel parentesco, obligaron de suerte su clemencia, que no sólo concedió el perdón, contravando y seguridad á Marco Antonio, pero no quiso que saliesse de la iglesia menos que casado, ofreciéndose su Excelencia por padrino, y previniendo todos galas, si en breve tiempo, tan costosas, que complitieron la diligencia y el valor, éste, alegando su riqueza, y la otra, la prissa con que se acabaron.

“Aquí tienen lugar los acaecimientos de mi criado

Carrillo, que desearéis saber por la afición que os havrán causado sus donayres.,,

“Es, pues, el caso, que habiéndose apartado de mí en el bosque, vestido de retazos y atadas á los pies las chinelas, aligerando su camino el oro hallado, anduvo cosa de una legua en demanda del lugar donde pensava trastejarse y socorrerme. Y cuando más descuydado disponia el dinero que llevaba, con el pensamiento en el empleo de nuestra restauración, vió venir á todo correr de un macho un hombre sobre él, que dándole desmayadas voces y pidiéndole, con las ansias de la muerte, confesión, cayó en el suelo casi á sus pies, hallándose en un instante con él en los braços. Reconoció, aunque alborotado, en él mi vestido, el que me hurtaron en la venta. Y después, mirando más atento, halló ser el macho y sus adereços los propios que sirviendo de despojos á los salteadores, nos causaron tanta descomodidad. Assombróle assí el encontrar en tan breve tiempo y en tal sitio lo que tenia por tan perdido, como de que su usurpador estuviesse tan cerca de dar cuenta, á otro más puntual acreedor, de aquella expoliación, porque, tendido en la yerva con apresuradas espadañas de sangre, combidava al alma á que saliesse por una de dos puertas que havia abierto la vala de un arcabuz, entrando por las espaldas y saliendo por el pecho. Pedíale confesión con dolorosas muestras de cristiano arrepentido; pero desengañado de que no era ministro mi criado de tan necessario Sacramento, le dixo:

— “Sirva, pues, la declaración de mis culpas, ya que no de sacramental remedio, á lo menos de señal que le desseo. Yo ha ocho años que soy vandolero. He muerto diez hombres, herido muchos, robado sinnúmero, y tengo á cargo veinte honras de mugeres de todos estados, salvo el religioso. A[h]ora, en compañía de un cavallero catalán que por agravios que no pudo vengar de otra manera se hizo caudillo nuestro, assaltamos de noche una venta, robando lo que en ella havia. Apar-

támonos media legua de allí, entre las quebradas y barrancas que haze el mar y aquí llaman *caletas*, á reparar, cincuenta vandoleros, los despojos de nuestra infame grangeria. Ya començava á hazerse la división, cuando sin advertir que (como de ordinario suele) estaban tres fustas berberiscas encubiertas entre aquellas resacas, nos assaltaron de repente los cosarios que las habitavan. Viendo, pues, á la luz de la luna, la ventaja que nos hazian así en número como en armas, subí en este macho que con los adornos que veys robamos en la dicha venta—haviéndome en ella puesto el vestido que traygo y hallé en un aposento suyo, — piquéle, y huyendo temeroso ó mi muerte ó cautiverio, me siguieron á todo correr tres moros que no pudiéndome alcanzar con los pies, despacharon una vala que me notificó la sentencia de mis insultos. Passóme de parte á parte; y aunque ha más de tres horas que las ansias de mi muerte y desseos del remedio de mi alma dan prissa á la vida y á esta cavalgadura, no he merecido hallar persona á quien encomendar diligencias tan necessarias para este trance, si no es á vos, á quien hago testigo de mis culpas y el arrepentimiento dellas, no del todo desconfiado del perdón que otro de mi oficio halló en una cruz al lado del que murió para redimir pecadores.,,

“Besó en esto la de su espada, y quedó sin huésped aquella habitación terrena con no poca lástima y espanto de mi moço albacea. Pero consolóse, como heredero de mi vestido, cavalgadura, joyas y dineros que sin faltar una blanca halló en la maletilla del portamanteo. Desnudóse las malacomodadas antiparas, y començando á desvalijar el difunto salteador, se halló acometido de cuadrilleros infinitos que en forma de escuadrón escudriñavan aquellas manidas de perdidos, los cuales, como vieron á un hombre tan mal vestido despojando á otro muerto, tuvieron por infalible ser uno de los que buscavan, y assiéndole de repente, con malas palabras y no mejores obras, faltó poco para no avecindalle para

siempre en uno de aquellos pinos que cada año se pueblan de dos diferencias de frutos: unos, naturales, que son sus piñas, y otros, advenedizos, que son los vandoleros, razimos humanos de sus ramas, porque la severidad catalana, cuando sale en forma de casi ejército contra ellos, luego que los coge, sin darles más plaço que el de una breve confesión—á los que quieren aprovecharse della, que con los que no, no reparan mucho en predicarlos,— colgándolos por aquellos árboles de una cadenilla larga, una vara y un cordel más corto tres dedos, vistiéndolos una camisa de angeo (provisión que llevan siempre en una acémila) los dexan á elección de las aves, hasta que cayéndose á pedazos, los recogen para enterrar, el viernes de Lázaro, cofadres que se exercitan en esta obra pía.

“Pudieron tanto, en fin, lágrimas y disculpas del condenado inocente, que á su persuasión le llevaron á la torre de Barcelona—cárcel común de aquella República,—persuadidos á que podía ser verdad su descargo, aunque el ver recién herido aquel hombre, el arcabuz á su lado indiciando la bateria que el berberisco havia hecho en él, y á Carrillo desnudándole, le hazia pesadamente sospechoso. Pero él se desculpó diziendo la verdad de aquel caso, el robo de la venta, la desnudez de su señor y que quedava una legua de allí aguardando el socorro de su mano; y que en fe de esta verdad fuesen á hazer con él la experiencia. Hiziéronlo los cuadrilleros llevándole atado y llegando al sitio donde creyó hallarme después que con gritos y ansiosas voces me llamó, ya con nombre de don Jacinto y ya de don Juan de Salcedo, engendrando sospechas nuevas en los escrupulosos ministros de que una persona misma se intitulasse de dos nombres tan distintos. Y hallando en el suelo los pedaços de los tacones, y luego, en el tronco del castaño, los escudos que yo escondí y olvidado con el hallazgo de Marco Antonio dexé, añadieron los testigos á las demás sospechas de que era lo que negá-

va, y yo, con él, salteador que en semejantes depósitos guardávamos la ganancia de nuestros hurtos. Con éstas, á su parecer, evidencias, dieron con nuestro Carrillo en la rigurosa prisión que os he contado, padeciendo en ella la miseria y descomodidad que los sin favor de amigos y parientes experimentan, porque es de suerte rigurosa, que se pasan en ella pocos días en que falten dos ó tres presos, muertos solamente de hambre.

“El, en fin, dixo en todas sus confesiones la pura verdad, saliendo tan buen ginete del potro, que si estropeado de sus corcobos, pudo poner después escuela de picador en ambas sillas. Esto, y el hazer diligencias para buscarme, como el miserable pedía, dilatavan su muerte; fuera de que, una vez presos allí los desdichados, se suele olvidar la justicia, messes y años, de sus causas. Toda esta flema gasta en aquel lugar la cólera catalana. Con una cadena al cuello, esposas á las manos y grillos á los pies, andava el pobre, sin ser bastantes su prisión, hambre y temores, para olvidarse de sus burlas — porque fueron solemnes las que hizo á sus colegas, — que dexo por prolijas. Con todo esso, os contaré una que fué la restauración de su vida y libertad.

“Estávamos un día en la iglesia, retraimiento de Marco Antonio, visitándole Estela — que con su padre y hermanos, ya como cosa cierta en tenelle por su esposo, le entretenían así el tiempo que faltava para sus bodas, — yo y algunos criados y donzellas de su familia tratando de abreviar dilaciones, cuando entrando un entierro de un presso, que por ser rico y haver muerto en la referida carcel havia mandado sepultarse en aquella iglesia, y assentando las andas en medio del cuerpo de la nave mayor, començaban á cantar el invitatorio de los difuntos; y al primer verso, alçando el paño con que venían cubiertas, salió un bulto ensabanado con toda la cargazón de hierros, grillos y cadenas que atormentavan los miserables pressos, dando saltos á pies juntillas, aunque cosidos con la mortaja, y causando tanto assombro

el verle de aquella suerte, así en nosotros como en los clérigos y demás acompañantes, que creyendo salia del infierno aquella ánima espantosa y encadenada á más no poder, echaron todos á huir dando temerosos gritos y tirándole el sacristán el acetre y hisopo del agua vendita, que por ser de bronce, á acertarle, representara un muerto al vivo. Desmayóse Estela, y pudo en Marco Antonio más el amor que el miedo obligándole á no desamparalla.

“Huía yo con los demás (que con difuntos no valen valentías) siguiéndome el aprisionado engañoso por haverme conocido. Y llamándome á voces por mi nombre, reconocí la voz, y bolviendo la cabeça, vi fuera de la mortaja la de Carrillo, riéndose y llegándome á abraçar, sacados los braços como criatura embuelta. Aumentó mi temor, porque como le tenia por muerto, creí venia á pedirme hiziesse bien por su alma. Pero, en fin, asegurándome que estava vivo y sano, y bolviendo á combocar los fugitivos assombros á bueltas de una casi infinita multitud de toda gente que vino á la voz de aquel successo, reparada Estela de su desmayo, descoloridas sus criadas y todos entre medrosos y alentados, cercaron á nuestro Carrillo preguntándole yo la causa de aquel estratagema. Contónos entonces todo lo que dél os he referido, añadiendo: que viendo la incertidumbre que de mí havia y el riesgo en que se hallava su garganta amenazada de un cordel, haviéndose muerto la noche antes aquel hombre en la cárcel y por el mal olor de su corrupción dexádole solo todos los pressos y echádose á dormir, él, que no reparava en melindres, á las dos de la mañana havia sacado el cuerpo de las andas, y echádole en un poço, sustituyendo por él y metiéndose en ellas, se cosió como pudo en una sábana que para dormir tenia alquilada, echando sobre ellas el paño de tumba cuya capacidad pudo cubriirlas por todos lados, dexando á la fortuna la buena ó mala salida de aquel engaño y sufriendo con silencio y paciencia la estrechez

de la mortaja y encierro de aquel funesto calabozo. Vinieron los ministros de aquella obra de misericordia con los deudos del difunto, y informados del mal olor con que le havia dexado la ausencia del alma, sin reparar en verle, cargaron, con toda la priessa que pudieron, del muerto vivo, supliendo el peso con que un finado echa menos el alivio de los espíritus vitales, el hierro de sus prisiones, y sirviéndole de moços de silla los que imaginavan eran sucessores de Tobías, en dar descanso á los difuntos. En fin, luego que se vió en lugar seguro, cercado de cirios y colocado en la iglesia, no gustando de la música que los clérigos le hazian les pagó los villancicos de *requiem*, en el espanto de su vista.

“Si fué este caso digno de celebrarse, dígalo la risa de los circunstantes y el gusto con que vosotros le habeis oído, que yo, por abreviar, concluyo con que viniendo á noticia del Virrey le cayó tan en gracia, que embiando por él me le pidió para tenelle en su servicio, restituyéndome las joyas, dineros y macho que tenia embargados la justicia, y mandando aplicar para Carrillo los cuatrocientos escudos, herencia del gavacho y hallazgo de los cuadrilleros en el tronco del castaño donde yo los dexé. Sacaron del poço el verdadero muerto, enterrándole. Casóse Marco Antonio. Quedó segura y contenta Estela. El Virrey, más inclinado á su favor y con nueva obligación después de haver sido su padrino. Huvo fiestas, saraos y entretenimientos dignos de los dos consortes y á satisfacción de toda aquella ciudad, tan estremada en ellos. Bolvióse Próspero á embarcar desde Valencia, sin esperanza de satisfacer su agravio. Quedó el noble viejo ufano y seguro de los cuydados en que pone la elección de un hierno, los hermanos con uno más en su casa, conforme en todo á su calidad y inclinaciones generosas, y unos y otros, haziéndome mil géneros de regalos y caricias, apercibiéndome cartas que llevasse á Nápoles, de todos, á los nuevos suegros; y yo, entre todas estas co-

modidades, más zeloso y más amante de mi Lissida.

“Doze días estuve, desde los alegres desposorios en Barcelona, acudiendo las más noches á la posta, de secreto, á la Quinta de don Garcerán, donde viendo ya en perfeta salud á don Dalmao, diligentes á sus contrarios en su busca y de doña Dionisia, apresuré mi embarcación no pudiendo Marco Antonio, ni siendo justo, dilatarla. Escribió á sus padres conmigo, nombrándome, á persuasión mía, don Jacinto; regalóme Estela con joyas, ropa blanca y llorosos despedimientos que acompañaron don Guillén y sus hijos, grangeando en ellos amor de hermano. Y, en fin, una noche, acomodada para nuestro viaje, entrando en mi galera vestidos de peregrinos Dionisia y Dalmao en compañía de otras tres de Sicilia, dimos lienço al ayre y remos al agua, como yo pausa á este discurso, remitiendo, lo que falta, á la discreción de doña Dionisia, y sirviéndonos de entremés desta comedia la comida que nos espera y los alientos deven de admitir agradecidos.,,

No sé si les pareció á todos apresurada la comida, ó si la perdonaran entonces porque no cortara el hilo don Juan á sus acaecimientos, según el gusto con que los dexó la variedad de accidentes en ellos; pero sé que cuando ivan á celebrar el conversable estilo y la caudalosa memoria que con tanta orden se los fué guisando á la lengua, sintieron que con diversidad de dulces instrumentos baxavan de aquellos frondosos y entretegidos artesones y parrales, por las cuatro esquinas, en cuatro nuves (sutil imitación de las verdaderas) otros tantos muchachos, ángeles en la forma, hermosura y alas, que estendiendo cándidos y alemaniscos manteles sobre mesas de jaspé y mármol, antes que se començasse la referida historia, en aquel deleytoso sitio prevenidas, sembrándolas de rosas y saliendo improvissadamente cuatro fuentes de aguas olorosas de azahar, y ángeles, los combidaron á que tomassen aguamanos. Acomodando cria-

dos los asientos para todos, y ocupándolos las damas y caballeros, les sirvieron una comida tan regalada, que si faltaron las margaritas de Cleopatra, salsa de la soberbia de Marco Antonio, lo esquisito de [H]eliogábalo y lo boraz de Vitelio, hubo lo curioso y deleytoso destos, y menospreció lo pródigo y vicioso. También se les hizo á las almas su banquete, pues á los oídos les ministraron platos de músicas diestras, ya profundas y ya alegres, entre las cuales me acuerdo se cantó este Romance:

ROMANCE

A las niñas de Alcorcón
les cantava Paracuellos,
mientras se juntan al bayle
debaxo el olmo, estos versos:

Fuérame yo por la puente,
que lo es, sin encantamento,
en Diziembre, de Madrid,
y en Agosto, de Rioseco.

La que haziéndose ojos toda
por ver su amante pigmeo
se quexa dél porque ingrato
le da con la arena en ellos.

La que la vez que se assoma
á mirar su rostro bello
es, á fuer de dama pobre,
en sólo un casco de espejo.

La pretina de jubón
que estando de ojetes lleno
cual pícaro, no trae mas
que una cinta en los griñescos.

Por esta puente de anillo
passé un disanto, en efeto,

aunque pudiera á pie enjuto
vadear su mar Bermejo.

Reíme de ver su río,
y sobre los antepechos
de su puente titular
no sé si le dixé aquesto:

— “No os corráys, el Mançanares;
mas ¿cómo podréys correrros,
si llegáys tan despeado
y de gota andáys enfermo?”

„Según arenas criáys,
y estáys ya caduco y viejo,
moriréys de mal de orina
como no os remedie el cielo.

„Y en fee de aquesta verdad,
azadones veraniegos
abriendo en vos sepulturas
pronostican vuestro entierro.

„Postilando vays vuestra agua,
y por esta causa creo
que con Xarama intentó
Filipo, daros comento.

„No lo executó por ser
en daño de tantos pueblos,
mas como os vió tan quebrado
de piedra os puso el braguero.

„Título de venerable
merecéys, aunque pequeño,
pues no es bien viéndoos tan calvo
que os perdamos el respeto.

„Como Alcalá y Salamanca,
tenéys (y no soys Colegio)
vacaciones en verano
y curso sólo el invierno.

„Mas, como estudiante floxo,
por andaros en floreos,

del Sotillo mil corrales
afrentan vuestros cuadernos...

„Pero dexando las burlas
hablemos un rato en sesso,
si no ya que os tienen loco
sequedades del cerebro:

„¿Cómo, dezid, Mançanares,
tan poco medrado os vemos,
pretendiente en esta Corte
y en Palacio lisongero?

„Un siglo y más ha que andáys,
hipócrita y macilento,
saliendo al passo á los Reyes,
que tienen gusto de veros.

„Alegar podéys servicios;
díganlo los que havéys hecho
en esa Casa del Campo,
sus laberintos y enredos.

„Su *Troya burlesca* os llama
hombre sutil y de ingenio,
sin que su artificio embidie
los del Tajo y su Juanelo.

„En azafates de Mayo
presentáys á vuestro dueño
flores pancayas que en frutas
convierte después el tiempo.

„¿Qué es la causa, pues, mi río,
que tantos años sirviendo
no os den siquiera un estado
que os pague en agua alimentos?

„Filipo os quiso hazer grande
después de haveros cubierto
delante dél con la puente,
y él mismo os puso el sombrero.

„Pedilde al Cuarto mercedes,
que otros han servido menos

y gozan ya más estados
que cuatro poços manchegos.

„No soy (diréys) ambicioso;
mas á fee, aunque os lo confieso,
que andáys siempre murmurando
por más que os llamen risueño.

„¡Ánimo, cobarde río,
quebrantad vuestro destierro,
y pues rondáys á Palacio
entráos una noche dentro!

„Fuentes tenéys que imitar,
que han ganado con sus cuerpos
(como damas cortesanas)
sitios en Madrid sobervios.

„Adornadas de oro y piedras,
visitan plaças y templos,
y ya son dos escrivanos,
¡que aquí hasta el agua anda en pleytos!

„No sé yo por qué se entonan,
que no ha mucho que se vieron
por las calles de Madrid
á la vergüença, en jumentos.

„Más dixera, á no llegar
con dos cargas de pucheros
Bertol, y así por los propios
dexo cuydados agenos...

Con estos y otros entretenimientos aumentavan la sazón á la comida, hasta que llegaron los postres. Y satisfechos con ellos, levantaron los manteles, quedando otros debaxo, sobre los cuales llovió repentinamente tanta diversidad de confitura de las cuatro nuves, que assombrara la tempestad á las damas, si no experimentarían el deleite que interessó el gusto de su regalado torbellino, porque imitando propíssimamente los truenos de las verdaderas, arrojavan, en vez de rayos, bocados de

conservas diferentes, en tanta multitud, que alcanzaron no sólo á todos los combidados, pero á los que servian y á cuantos de aquellos Cigarrales convezinos havian acudido á la fama liberal de don Juan de Salcedo. Cessó la confitada borrasca, sin que huviesse quien la conjurasse, ni sacristán que se atreviesse á tocar á nublo; antes, á serles permitido, hizieran processiones porque se continuasse. Y baxando de la misma suerte que al principio los cuatro angelillos, desnudaron las messas. Quedándose los combidados en la misma postura que quando don Juan dió treguas á su peregrina historia, desaparecieron las fingidas nubes con alabança de los circunstantes, que atajaron los músicos con este Romance:

ROMANCE

Cuando la mulata noche,
con sus ligas de azavache,
sale á estrellarse con todos
lleno el rostro de lunares;

Cuando brujas y lechuzas
á lustras tinieblas salen,
á chupar lámparas, unas,
y otras á chupar infantes,

Me salí confusso y triste
á buscar un consonante
¡forçosa pensión de aquellos
que comen uñas y guantes!

Los ojos puse en la Luna,
y vi que estava en menguante,
porque tuviesse mi bolsa
con quien poder consolarse.

Pero divertióme della
un *cel cel* que por celages
de un manto, fué Celestina,
creyendo yo que era un ángel.

Conocí que era muger,
si así merece llamarse
una cara Polifema
y unos ojos Sacripantes.

Travamos conversación,
porque quisiera travarse,
no siendo de Calatrava
á un doblón Avencerraje.

Brindóme con una mano,
y á fee que bastó á picarme,
pues topé cinco punçones
en vez de cinco dedales.

Desde la mano á la boca
quise hazer un passacalle
cuya población ha messes
que ya por el suelo yaze.

Manosé las mexillas,
y fué dicha no lisiarme
en dos juanetes buidos
entapizados de almagre.

Topé luego la nariz,
y, ¡por vida de mi madre,
que ella me topó primero,
aunque estava bien distantel

Tenté los baxos paises,
mas no topé los de Flandes,
sino en dos pietnas cordeles
dos cenogiles bramantes.

Halléme en un cimiterio,
y lloré que me tentasse
como pecador novicio,
con solos huesoss la carne.

Bolvíla, en fin, los talones,
y picando de portante
me crucifiqué la frente
con más de dos mil señales.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Llegué á casa, y buelto en mí
vine á hazer pleyto [h]omenage
jde no alambicar conceptos,
ni buscar más consonantes!

Con el fin deste Romance dieron todos principio á su sossiego, treguas á los sentidos y permission al sueño, que combidado del calor y con humos de valiente (nacidos de la abundancia del combite) prometió divertir congojas de la fiesta por un hora, enagenando el sentimiento. Aceptaron las damas y cavalleros el partido, y en bóvedas distintas acomodadas para este efeto, y frescas, pagaron de contado en moneda de quimeras acuñada en el entendimiento que siempre vela, este censo cotidiano con que Naturaleza nos hizo sus pecheros. No durmieron todos, pues unos jugando ajedrez, otros trucos y tablas, y algunas damas cogiendo flores, tegiendo guirnaldas y cantando letras, ahorraron el sueño para la noche porque con más aliento satisfaziessen por junto aquel ayuno. Las tres serian cuando acabaron de comer, y cerca de las cinco cuando don Juan entró á despertar los varones y Lisida á las damas, agradeciéndoselo unos y otros. Y despidiendo las reliquias que en los ojos havia dexado aquel pesado huésped, con refrescarse en los cristales de las juguetonas fuentes,—que hasta en esto tiene el sueño parentesco con el vino, pues afrentosamente rinde las fuerças al agua,—combocados, pues, todos al lugar primero, hizo don Juan que coronada la Peregrina hermosa, de jazmines y claveles, se assentasse en la suprema silla, y á sus lados, él y su querida prenda, con guirnaldas: Lisida, de murta, retama y madreelva, y don Juan, de laurel.

Sin aguardar Dionisia á que se lo rogassen, por mostrarse más liberal, dió principio á la mitad de la nobela que se le encomendó—si es bien dar este nombre á sucesos verdaderos—desta suerte:

“Felicíssima navegación tuvimos los cuatro días primeros, olvidados todos con la prosperidad presente de la desdicha futura, heredera forçosa de todos venturosos principios. Desde el punto que nos embarcamos, por estorvar inconvenientes peligrosos nos aconsejó don Juan á don Dalmao y á mí passássemos plaça de hermanos, aunque si reparáramos en historias divinas pudiéramos escarmentar en Abrahan y Sara, Isaac y Rebeca: aquéllos, tenidos por hermanos de Faraón, Rey de Egipto; y éstos, de Abimelec, Rey de Palestina; cuyo fingimiento—á no tener por defensor al cielo,—les costara lo que á mí, si él mismo no me librara. En fin, con este título nos respetaron todos los navegantes. Y el Capitán de nuestra galera, desacomodándose de la cámara de popa por hospedarnos á los tres en ella, no tanto por cortés, cuanto por amante, mostró en poco tiempo lo uno y lo otro. Havia éste puesto en mí los ojos desde el primero día que nos embarcamos, sin que desacreditasse la hermosura que me atribuyen (no sé yo por qué) el mareo, desaliño, y mala disposición con que trata el mar á sus visoños. Y puesto que no se atrevió á darme cuenta de sus ruines propósitos, fueron creciendo cada día—según después me afirmó,—de suerte que al cuarto de nuestra bonança era incomportable la tormenta con que los deseos torpes le desassossegavan el alma.

“Píntase de ordinario el Amor, niño. Pero en braços de los zelos y á los pechos de la sospecha, crece en términos breves de suerte que passando desde la cuna á la estacada y de las mantillas al arnés, puede competir con el mayor gigante. Digo esto, porque creyendo el Capitán dicho que don Dalmao y yo éramos hermanos, y viendo el amor, caricias, y respeto con que tratáramos los dos á don Juan en quien consistia nuestra vida, libertad y sossiego, tuvo por averiguado que ó era mi esposo ó esperaba serlo en desembarcando, encubriendo con el traje peregrino alguna violencia amorosa ó algún peligro que nos desterrava de España; respeto

de lo cual, acertando sus zelos en el sugeto, aunque no en la sustancia, dieron tanto brío á su amor, que se determinó con libertad soldadesca á quitarle la vida y con ella los estorvos que no hazia y sospechava. Dissimuló, cauteloso, este veneno hasta hallar ocasión en que aprovecharle, asegurándonos con todos los regalos que permite la descomodidad de aquella abreviada confusión y calabozo marítimo. Pero ofrecióse la fortuna, tan á medida de sus desseos, que á no cortarles el hilo, si no mi dicha, mi inocencia, poniéndolos por obra pusiera fin, con mi vida, á mis persecuciones.

“Fué, pues, el caso, que cansado el mar del buen recibo que nos havia hecho, nos enseñó la cara que acostumbra el que tiene huéspedes contra su voluntad y dessea desembaraçar la possada. Al quinto día levantó una tormenta tan repentina y peligrosa, que sin ser posible valernos de las velas ni remos para tomar la tierra á cuya vista navegamos, nos echó á la mar y desconservó las galeras de suerte, que hallándonos engolfados con la poca seguridad que prometen los baxos bordes de semejantes vasos, perdiendo de vista la luz del fanal con que ya anohecido nos animava la capitana, desatinados pilotos, oficiales y marineros, desmayadas las mugeres y ensartando plegarias los pasajeros, si no tragamos la muerte, sí, á lo menos, los jaraves della, poco menos amargos, pues nos forçó á echar á pechos los de sus olas, no recetadas por onças, sino por quintales de dilubios de agua de su peligrosa botica. Contáraos yo una mortal tormenta si les fueran permitidos á mi sesso los términos propios de escotas, tricas, trocas, estanteroles, filaretas, izar, amaynar, etc., con que se gobierna aquella inanimada bestia, y no fuera tan usado, y, por el mismo caso, fastidioso, pintar cuantos cuentan navegaciones y escriben historias, naufragios prodigiosos y acaecimientos espantables, con que cada día se haze más insolente, aunque menos temido, este revelde elemento. Pero contentáos con saber que aunque la tormenta que pade-

cimos no duró más que lo que tardó en despertar el alva, fué de suerte que no la padecieron mayor en su vida los más experimentados, según nos afirmavan después. Llovió al amanecer con tanta abundancia, que vastó el agua dulce del cielo á desenjar la amarga del mar. ¡Secreto de Naturaleza, no sabido entre los muchos que aquel profundo esconde, allanarse, con el agua de las nuves, las montañas de ondas, si ya no es que reconociendo éstas el deudo y parentesco que desde su creación tienen con aquéllas, las den la vienvenida, alegres por vellas tan mejoradas, que habiendo poco que salieron en vapores, buelven en cristales y se reciben de paz!

“Calmó el viento, y con él los temores de todos, con tanto olvido del passado peligro como si hubiera soñado ó no estuviésemos en el mismo riesgo cada y cuando que al viento se le antojasse y el mar se ensoberveciese. Jamás vi el placer tan cerca del pesar, ni por el contrario, la seguridad tan inmediata al temor, como en las navegaciones. En un instante ven la muerte á los ojos, dan gritos, invocan santos, hazen promesas, se abrazan unos con otros, se confessan y se despiden; y en otros, se dan parabienes, cantan, ríen, juegan, y comutando los votos lícitos en los vedados por el segundo mandamiento, no se acuerdan más de los que prometieron que si con la tormenta se le[s] huviesse ido la memoria.

“Con la luz del día nos hallamos á vista de Cerdeña, sin saber el parage de las otras tres galeras de su conserva. Y el Capitán, revocando los buenos propósitos que (á mi parecer) havia hecho con el temor de la muerte, alçó el destierro á los torpes y malintencionados, resolviéndose de dársela á don Juan y asegurar con ella sus celos engañados. Para ponella, pues, en execución más á su salvo, después de haverse congratulado con nosotros y encarecido la dicha de haver escapado de tan conocido peligro, nos dixo, para alentar á

Clavela (que con este nombre encubrí desde que me embarqué, el propio) y restaurar los alientos que desmayó la pasada borrasca:

—“Tenemos en galera poca comodidad de regalos, y suficiente en estos isleos que despoblados median entre nosotros y Cerdeña, porque están todos llenos de venados, liebres, conejos y cabras monteses. Yo no tengo orden de surgir en parte alguna, si no es en Nápoles, pena de la vida. Respeto de lo cual, me determino dar fondo al pie desta más cercana isleta y saltar en ella con el vatel en compañía de don Jacinto y media dozena de soldados, para comprar de aquellos vosques, á precio de valas y pólvora, caça. que nos refresque, quedándose Valerio (que así quiso llamarse mi amante) con su hermana.,,

—“No, señor, (dixe yo). Si queréys que la merced que nos hazéys sea cumplida, no nos llevéys á don Jacinto, que tendremos mi hermano y yo por segunda tormenta el carecer de su apacible compañía cualquiera breve tiempo; fuera de que está tan mal tratado de la pasada, que os puede servir de escusa.,,

“Agradeciémelo don Juan, y afirmóme que el mayor reparo de su salud y gusto consistia en saltar en tierra ofreciéndose de acompañar al Capitán, el cual, acreditando sospechas con estos á su parecer favores, acabó de persuadirse en que era mi amante y de determinarse en sacarle del mundo. Echaron el vatel al agua. Saltaron en él seis forçados, seis soldados con arcabuzes, don Juan, y el Capitán engañoso, quedando yo con don Dalmao casi adivinando lo que havia de suceder, aunque por inorar los torpes disignios de su enemigo, confusamente pronosticava desgracias sin saber á quien atribuirselas.

“Ellos, en efeto, llegaron á la despoblada isleta, siendo don Juan el primero al saltar en ella, y tras él, el Capitán y dos camaradas suyas. Descubrieron entonces, los que quedavan y ivan ya á seguirlos, hasta ocho ga-

leotas berberiscas y cuatro saetias que habiendo padecido la misma fortuna que nosotros, se reparavan en aquellos isleos, haziendo agua y cazando con la seguridad que suelen. Dieron voces, en viéndolos desde el vatel, los soldados y remeros á su Capitán para que se recogiesse con tiempo á la galera, porque estava aquel mar lleno de cosarios. Y hizolo él tan aprissa, que sin dar lugar á que don Juan saltasse en la falúa, se quedó en la playa pidiendo á voces á los que bogavan bolviesesen por él. Pero haziéndose sordos, y llegando á la galera, çarparon ferros; y tocando á leva á costa de las miserables espaldas de los galeotes, voces de los cómitres y escasa ayuda de un abaro viento, sin atreverse á hazer á la mar, por la ligereza con que temimos nos havian de alcanzar aquellos sacres marítimos, enderezamos la proa á Cerdeña, que, como os dixé, estava á poca distancia. Y aunque ya nos davan alcance y llegavan con los tiros casi á nuestro leño las cuatro saetias y tres galeras,— que fueron las que con más brevedad pudieron apercevirse para seguirnos,— quiso el cielo que entrásemos en el puerto de Caller, metrópoli de aquel Reyno, y metiéndonos debaxo de la artilleria del castillo, se dieron los isleños tan buena maña, que barrieron con ella todo lo que pudieron alcanzar sus escobas de fuego.

“Mucho devo á mi memoria, pues la tuve en aquella ocasión para conservar lo que acabo de referiros, estando entonces tan sin ella, para acordarse más que de mis desdichas y multiplicar lágrimas á los ojos, suspiros al corazón y ansias al alma, todas cifradas en la pérdida de don Juan. Havíamosle oído desde la galera pedir socorro á los del vatel, y don Dalmao y yo dádoles no pocas voces para que le favoreciessen. Pero sin hazer caso de unos ni otros, entró el Capitán con sus camaradas y soldados en la galera, dando por escusa el peligro evidente que amenazava cualquiera dilación, pues aun sin ella se hallavan casi cercados de turcos, y que menos importava que salvándonos todos cautivassen á uno que

no por socorrelle perdernos unos y otros. Escusa fué suficiente para cuantos la oyeron y, viendo el peligro al ojo, ignoraron la malicia interior de quien la propuso, sino fué para mí y don Dalmao, que estuvo por echarse á nado tras él siguiendo su misma fortuna; y lo hiziera, á no detenerle mi amor y la resistencia de los que juzgaban á temeridad amistad tan verdadera. En fin, don Juan, rezelando su muerte ó cautiverio, se emboscó por lo más áspero y intrincado de aquellas selvas, y nosotros, huyendo lo mismo, llegamos, como he contado, al puerto de Caller; don Dalmao desesperado, yo sin sesso, todos con lástima, y sólo el Capitán vestida el alma de esperanças, el corazón de regozijos, los ojos de ternura y la lengua de engaños.

“Luego, pues, que nos vimos, mi amante y yo, surgidos y seguros de los cosarios — aunque llevándose consigo, como creímos, á nuestro don Juan, no sé si trocáramos nuestra libertad por su cautiverio, — sin saber determinarnos en lo que havíamos de hazer, (pues proseguir con nuestra navegación á Nápoles, faltándonos el apoyo de tal amigo era sin fruto, bolver á España peligroso, quedarnos en aquel pobre y extraño Reyno, miseria conocida), rogamos al Capitán nos echasse en tierra porque desde ella hiziésemos las diligencias posibles y supiésemos si don Juan estava cautivo, ó, con el favor de aquellas espesuras y asperezas, se havia escapado, para que, siendo así, le hiziésemos traer á aquella ciudad; el cual, viendo nuestra resolución y teniéndola él de descubrirnos sus dess[e]os, nos dixo:

— “Primero, gallardos peregrinos, que os proponga los propósitos que tengo de vuestro socorro y mi sossiego (que todo ha de ser uno) havéys de hazerme merced de declararme, sin engaño ni fingimiento, vuestra patria, calidad, y la ocasión deste viaje, asegurándoos con las veras que puedo y el crédito de un hombre bien nacido merece, que la afición que os he cobrado es tanta que arriesgaré por vosotros la vida, la hazienda, y reputación,

sin que en esta parte podáys echar menos la presencia de don Jacinto, tan llorado de los dos y sentido de mí.,
“Agradécimosle la cortesía de sus ofertas, no conociendo el engaño que ocultavan. Y respondiéndole don Dalmao, le dixo:

— “De la nobleza, señor Capitán, que havemos experimentado de vos, son tan propios efectos los que nos havéys declarado, que cuando no los propusiérades, estavan manifiestos por sí mismos. La información que nos mandáys hazer, os la diera yo obligado á vuestra generosa cortesía, cuando no nos la preguntáredes, y fiara della cualquiera riesgo que corriera el descubriros. Clavela y yo somos catalanes, naturales de Lérida, y hijos de un cavallero vezino suyo y estimado en ella por noble y apacible. Murió havrá un año, y con él la esperança que teníamos de que premiando el Rey los servicios que sus hazañas atesoraron en Flandes y Milán, librando en ellos el dote de mi hermana y mi herencia, correspondiera lo uno y lo otro á nuestra calidad. Partí á la Corte, cargado de papeles y necesidades, donde, pretendiendo dos meses y enfadado de la pereza con que caminan en ella despachos de pobres, sintiendo la falta que hazia mi presencia á la pobreza y hermosura de mi hermana, tan ocasionadas una y otra para cualquiera entretenimiento, determiné dar buelta á mi tierra. Grangeé, el tiempo que estuve en Madrid, la amistad de don Jacinto de Cárdenas, tan á provecho nuestro, que viendo mi resolución, lo mal que se despachavan mis negocios, y la poca mano que nos dava la fortuna para passar la vida decentemente, me aconsejó le acompañásemos á Nápoles, para donde estava de camino, á instancia de su Virrey, deudo suyo y desseoso de su acrecentamiento. Prometió favorecernos con él. Y yo, que tenia experiencia de su nobleza y liberalidad no cifrada en palabras de cumplimiento, las admití, bolviendo con él á Cataluña. Llegamos á Lérida. Dile parte á mi hermana de mi determinación. Apoyóla don Jacinto con

tantas muestras de cumplir lo ofrecido y tanta largueza en acomodar nuestro viaje, que acreditó con ella la esperanza de lo demás. Embarcámonos juntos en vuestra galera, en el traje peregrino que nos veys, por ganar en él las gracias que Roma concede á los que visitan sus estaciones. Amávamosle los dos, ya no tanto por la utilidad que se nos havia de seguir de su conocimiento, cuanto por los méritos que en su cortesía, valor y apacibilidad descubrimos. ¡Hánosle quitado el cielo! ¡Desdichas nuestras lo merecerán, y pecados míos, de quien participa mi inocente hermana! Mirad, señor, cuán á buen punto llegan las hidalgas ofertas que nos hazéys, y cuán justo es el sentimiento que mostramos por tal pérdida.

“Cessó don Dalmao, y acabó de persuadirse el sospechoso amante de que don Juan y yo nos amávamos, diferentemente de como mi fingido hermano havia referido; porque no pudo persuadirse á que huviesse liberalidad tan desinteressable, que, sin otra grangeria que hazer bien, se cargasse de amigos necesitados. ¡Baxeza de ánimos plebeyos! ¡Como si el beneficio no se truxesse consigo la paga, ó no huviesse dicho la Primera Verdad que era cosa más bienaventurada el dar que el recibir! El, en fin, dió por bien empleado el cautiverio de su competidor y nos dixo, en breves razones, que diésemos gracias á Dios de que ya que nos havia desvaratado la confianza puesta en aquel cavallero, le huviesse movido el corazón á él para sucederle en ella, que desde el primero día de nuestra embarcación me havia mirado con tanta voluntad, que cuando yo fuera quien mi hermano dezia y mi divina hermosura (ansí la llamava él) acreditava, creciendo su amor cada día en infinito, estava determinado de pedirle, en llegando á Nápoles, convirtiesse su militar profesión en paz, su vida inquieta en sossiego, y, casándome con él, su libertad en la apacible prisión del matrimonio; que él confessava los zelos que le havia dado don Jacinto, pareciéndole excedia el

amor que yo le mostrava, los términos de una amistad sencilla, respeto de lo cual, havia determinado darle muerte en la isleta, donde con color de la caza le havia llevado, y que por esta misma ocasión le dexó en ella, aunque pudiera socorrerle, juzgando á dicha el vengar sus zelos por manos de aquellos bárbaros que ya le havrian puesto al remo; y que assí, pues yendo cautivo estava impossibilitado por entonces de cumplirles lo que les havia prometido,—pues no haria poco en redimir su libertad, para cuyo efeto havia menester para sí los favores que imaginava emplear en otros,—restaurásemos estas pérdidas con recibirle á él, yo por esposo, y Valerio por hermano, que imaginava de nuestra discreción tendríamos ya apercebido el consentimiento y gracias en la lengua, para dárselas en acabando de hablar; que su patria era Sicilia; sus padres, aunque mercaderes en Palermo, con esperanças de fundar en él un mayorazgo cavallerezco; su hazienda, por la parte que le cabia (repartiéndose entre él y una hermana) treynta mil escudos; su edad veynte y nueve años; su amor sin término; y, en fin, que casándose mi hermano con la suya venian á juntar haziendas, casas y sangres; rematando su discurso con que por tener creído no tardaria más en dar-me la mano que nosotros en responderle, sin saltar en tierra desplegaria aquella misma noche velas al viento.

“Juzgad alhora vosotros, con la turbación que estaríamos don Dalmao y yo oyendo estas cosas y viendo la determinación arrojada del apasionado Capitán, pues de responderle fuera de su propósito era cierta la violencia que el amor y la milicia permiten donde no hay defensa. La discreción de mi amante fué poderosa á encerrar con la llave de la dissimulación, dentro del pecho, el susto que le causó esta proposición, sin que saliessen á la lengua y ojos sino agradecimientos corteses y significadores de lo bien que nos estava tan no merecida ventura. Sólo en mí pudieron las colores, con la equivocación que las acreditava, vender por vergüenza honesta lo que era

puro pesar y aborrecimiento. Con ellas dissimulada, acompañé las gracias que le dava don Dalmao; y él, en retorno dellas, me dió los braços que feriera yo por los de un tigre.

“Pedíle encarecidamente que para descansar siquiera una noche de las muchas malas que en aquella navegación y tormenta havia passado, suspendiesse el navegar hasta el día siguiente, y durmiésemos, la que venia, en tierra. Concediómelo liberal, diziéndome que en pago de lo que desseava servirme, trocássemos las grosseras esclavinas en galas de camino, que él, para su gasto, aplicava las joyas, dineros y vestidos que don Jacinto dexó en la galera, depositado en dos baúles; pues él, como dueño della, heredava lo perdido. A todo diximos que sí. Con engañosas muestras de contento salió á la ciudad, buscó hospedage quieto y proveído, y dexándonos en él aunque contra su voluntad, por no ausentarse de noche de la galera, nos hizo proveer de todo lo que halló regalado en aquel puerto, que no lo es poco. Quedamos solos y resueltos de entrarnos la tierra adentro aquella misma noche, por huir los atrevimientos soldadescos ya declarados. Lloramos de nuevo la pérdida de nuestro verdadero amigo, acrecentando el odio que los desseos de su contrario engendró en nuestros pechos, la ocasión maliciosa que dió á su cautiverio. Cenamos. Y como no pensábamos dormir, serian más de las doze, cuando, desvelado de diferentes pensamientos, el Capitán bolvió á tomar puerto con el vatel, y entrando en nuestra posada por saber de mí la mejoría que havia grangeado la libertad de aquella estrecha confusión de la galera, viendo por entre la puerta luz y sintiéndonos hablar, sospechoso, ó con curiosidad de saber lo que tratávamos, nos azechó por entre sus resquicios, á coyuntura que yo, obligando los desseos amorosos de don Dalmao, le estaba diziendo:

—“Amado esposo mío, satisfecho estáys de que si me dexara llevar del amor que os tengo, y me sacó de mi

patria, me puso en braços de la muerte, y trayéndome hecha juego de fortuna dexó mi honra á la cortesía de las lenguas licenciosas, haviéndoos dado possessión de lo más, que es el alma, no os negara lo menos, que es la del cuerpo. Palabra tengo vuestra, que estimo como tal, de que hasta que la fortuna vencida con nuestra constancia nos mejore, no executaréys el título, que con tanto gusto os di, de dueño de mis pensamientos. Más regalado tálamo merece vuestro amor, más festivos desposorios vuestra nobleza, y más seguridad y descanso nuestro estado. Huyamos a[h]ora deste tirano aborrecible; que aunque tan sin esperança de las comodidades que pido, sufriendo constante, acrecentaréys méritos, cortés, y obligaréys al cielo, vencedor de vos mismo.,,

“No se le perdió palabra al Capitán de las que á mi amante propuse. Y con el furor que causan desengaños repentinos en amor sobre seguro, añadiendo la cólera soldadesca, viendo convertido en esposo el que imaginó hermano, dió, desatinado, dos puntapiés á la puerta, cuya poca resistencia no aguardó al tercero para caer en tierra; y alborotando la hosteria, á tiempo que don Dalmao, desnudando un estoque,—alma del borbón que autorizava su peregrinación,—se apercebia á la defensa, el huésped y su familia estavan cerca del zeloso colérico, con sólo un esclavo de quien se acompañó. Y assí fué casi una misma cosa entrar los unos y los otros en nuestro aposento, diziendo, con la espada desnuda, el desalumbrado Capitán:

—“¡Traydor mentiroso! ¡pagarás con la vida la que me han quitado tus engaños!.,

“Rebatióle mi esposo una estocada que le tiró, y abraçáronse con él todos los que estavan en la posada, llamando á gritos á la justicia. Entraron al ruido cuantos habitavan aquella vezindad, y entre ellos un cavallero de mediana edad, que á caso passava entonces por aquella calle, y preguntando la ocasión de aquel alboroto, el Capitán, que no se hallava con disposición de dezirla ni

vió que se le podía seguir ningún provecho de contarla, desembolviéndose de los que le tenían abraçado, se fué furioso con su esclavo, y sin parar hasta embarcarse ni aguardar averiguaciones de la justicia, en aquel Reyno rigurosa con forasteros atrevidos, ó por no perder con la dama la hazienda de don Juan, que devió de temer le havíamos de embargar. Hizo velas, engolfándose con la desesperación que podéis colegir, y yo no os digo, porque nunca más le vi, ni supe en lo que paró.

“Sossegada, pues, con su retirada aquella confusión, el cavallero que entró á sus voces preguntó á mi esposo la causa, y satisfízole, contándole lo mismo que al Capitán cuando nos propuso sus amorosos desatinos, previniendo en esto que no le cogiesen en mentira si prendiessen (como imaginamos) al Capitán, porque conviniésemos con su confesión; añadiendo, demás desto, que la causa de aquel atrevimiento fué, — á lo que sospechamos, — porque después de haver saltado en tierra, azechándonos por la puerta, nos oyó concertar el huir la isla adentro y no quebrar la palabra que á don Jacinto havia dado de esposa casándome con quien tan cruel se le havia mostrado, y que él, zeloso y loco, oyendo estas determinaciones, havia intentado lo que vian. El cavallero lo era en todo, y así, compadeciéndose de nuestra desgracia, nos consoló y dixo que sossegásemos aquella noche, que él bolveria por la mañana á favorecernos en lo que fuesse necessario. Hizimoslo assi entre consolados y temerosos, lo primero, viéndonos libres de aquel aborrecible loco, y lo segundo, rezelando no nos levantasse algun testimonio á que tan sugetos están forasteros pobres, y tan fácilmente podia provar quien era señor de gente tan perdida y que tan poco caso haze de jurar falso.

“Huyeron las tinieblas de la noche, y á la mañana supimos que havia hecho lo mismo la galera; con que perdido el temor, acabó de tomar possession la seguridad y el contento. Bolvió el cavallero á las diez, haziendo, á

persuassiones nuestras, diligencias con una barca para buscar á don Juan en la despoblada isla, que fueron escusadas, por no hallar en toda ella rastro dél. Dímosle por cautivo, llorámosle de nuevo, y de nuevo nos consoló don Guillén, — que éste era el nombre del cavallero sardo, — el cual, compadecido de nuestra aflicción, nos dixo:

—“Si como yo, nobles peregrinos, os tengo lástima, pudiera remediaros, á buen puerto havian arribado vuestras desgracias. Impossibilitados estáys de salir desta isla y seguir lo que teniades determinado; y cuando pudiérades, no os asegurara yo de los peligros que la hermosura y pobreza traen consigo. Bolver á vuestra patria con menos desmedro que della salistes, solo ha de servir de aumentar desprecios y murmuraciones, pues ir á otra cualquiera, siendo estraña, correréys la misma fortuna y aun podria ser peor que en ésta. Yo gozo abundancia de possessiones y heredades que en este Reyno me acreditan lo que basta para hazer respetable mi nobleza, puesto que como mi mayorazgo consiste en frutos y ganados, es más á propósito para regalar huéspedes que para socorrer necessidades cuantiosas como las que vuestro remedio necessita. Cuatro leguas de la ciudad de Oristán, — de quien intitúlándose Marqués el Monarca de España la ennoblece, — tengo la mayor parte de mi hazienda, dilatada en viñas, heredades, dehesas, prados y bosques, y en ella toda suerte de granjerias rústicas que cercando un castillo, presidente dellas sobre el sitial de un señorial monte, las predomina. Si os parece que con la administración de todas podréys aliviar desdichas y aguardar mudanças, yo me tendré por venturoso, y vosotros conoceréys en estos cortos ofrecimientos la capacidad del ánimo que os lo propone. En el dicho castillo tengo lo más del año mi asistencia con mi esposa y un hijo solo en quien comienza el tiempo á descubrir en flores juveniles la primavera de sus años. Vosotros, si admitís estos desseos, viviréys en una

aldea legua y media de allí, poblada toda de pastores y ganaderos míos, donde os prometo que á no llevar en vuestra compañía la memoria os pudiera embiar la humana felicidad, porque ni en ella vive la malicia labradora, ni la ambición cortesana: solo la sencillez y quietud. Goza los veranos hechizeras flores, afeytadas frutas, provechosos esquilmos, sin que ose la esterilidad en todo el año defraudarles desde las guindas en corales, — principio de paga de sus tercios, — hasta los dátiles en oro, y desde el néctar en tarros de leche, hasta el ambrosia en panales vírgines, — finiquito de sus tributos. — Y los inviernos, en estas partes abrigados más que en ninguna de Europa por la vezindad de Africa, cuando se atreva el frío á descomedirse, la leña de sus bosques le echarán de casa á palos, regalando la cortedad de sus días con los despojos del animal más aborrecido vivo y más apetitoso muerto, fruta conservada sobre el heno ó colgada de los pacíficos techos, la perdiz, el conejo, el cabrito, todo allí abundante y todo regalado. Y la flemma de sus noches, alrededor de abundante hogar, coronándole vezinos, entretendrán cuentos la lengua y linos sutiles las manos de vuestra hermana, con que abriendo las ganas al sueño le satisfaréis con embidia de las cammas de tela desveladas, y provecho vuestro. Casa tengo en el aldea, si á lo labrador, capaz para desahogos del estío, y abrigos del invierno. Todos os respetarán como á mi persona, y de todos seréis segundos dueños, granjeando yo, si admitís estas comodidades, el aumento de mi gusto, — que siempre le tengo en socorrer menesterosos, — y el de mi hazienda, que ya la juzgo acrecentada por vuestra administración.

“Del cielo nos pareció, en el infortunio presente, aquel socorro, y como tal le agradecemos al piadoso cavallero, admitiéndole consolados, y seguros de que si nos buscassen mi padre y hermanos, no tendrian en partes tan estrañas noticias de nosotros, ni nuestro amor, entre la sencillez de aquella gente, padecería detrimento; además

de que, siendo aquel Reyno de la corona de Aragón, y sus conquistadores catalanes, la lengua natural de aquella isla, puesto que mezclada con la ginovesa y pisanana, — antiguamente competidoras de su señorío, — dexava entenderse fácilmente, y con el exercicio della podíamos de camino aprender la de Italia para ir algo exercitados en ella si ordenasse el cielo que tuviésemos nuevas de que estava don Juan en Nápoles.

“En fin, nos determinamos de no perder tan buena ocasión, y assí rogó al cavallero, mi esposo, que para que con menos estrañeza nos admitiessen sus vasallos, nos vistiessen en su trage labrador, persuadiéndolos á que éramos mallorquines, hijos de ganaderos hacendados de aquella isla, que habiendo venido en romería á Nuestra Señora de Buen-ayre, patrona milagrosa de Cerdeña y único refugio de aquellos mares, nos havia encontrado en Caller y ofrecídonos partidos aventajados con que olvidar nuestra naturaleza y cuydar del gobierno de su hazienda. Parecióle bien; y assí, mudando las esclavinas en trages ni del todo rústicos ni cortesanos del todo, nos acomodó de cavalgaduras y trasladó al puesto castillo, hallando en su noble consorte y comedido mayorazgo todo buen acogimiento.

“Llevónos el siguiente día á la aldea. Y en ella, después de havernos encomendado á los vezinos de más consideración (siendo todos hasta sesenta) nos entregó el gobierno de todas sus possessions, que á tenerlas en España le pudieran igualar al más caudaloso título della. No hizo contradición el que les administró hasta entonces, que por ser ya viejo y estar enfermo deseava le jubilasen. De modo que en breve tiempo nos vimos transformados de cortesanos en rústicos, de nobles en villanos, y de señores en la sugestión de otros; aunque, con todo esso, no trocáramos la quietud amorosa de nuestro estado por la inquieta privança del mayor Príncipe.

“No sé por qué ocasión los antiguos desacreditaron

la fama de Cerdeña llamándola *Isla pestilente*, pues os afirmo con verdad, que en abundancia, clima venébol, vondad de ayres, fertilidad de frutos y sanidad de aguas, puede competir con las más entonadas provincias de Europa. A lo menos, en el Marquesado de Oristán, experimentamos esta verdad mi esposo y yo con incansable obligación de celebrarla. Múdanse los tiempos como todas las cosas, y pudo ser lo hiziesen también los climas, restaurando la mala opinión que tanto vituperaron nuestros antepasados. Parecíanos que havia buuelto el mundo allí á su primera edad y con ella los siglos venturosos y pacíficos de Saturno. Desdeñóse la malicia de havitar partes tan remotas. Las pieles, despreciadoras entonces del texedor gusano, de los linos sutilizados, de las lanas refinadas, eran y son los ordinarios adornos y galas de aquella sossegada gente; el conocimiento reboloso del metal mayorazgo del sol, ó ninguno ó tan poco que no le estiman. Unas cosas sirven de moneda á las otras por medio de los truecos y contratos. Y, en fin, aunque penetró hasta aquellos retretes del mundo la sutileza del interés con el abuso perjudicial de mío y tuyo, fué tan preparada su ponçoña, que mientras allí estuve ni sacó sangre ni formó palabra ofensiva.

“Un año gozamos desta vida, que con propiedad sola mereció este nombre, á lo menos los seys meses primeros, domesticando de suerte los no exercitados naturales de aquellos isleños, que á faltarles la fee, — en ellos siempre virgen y sencilla, — nos reverenciaran como á oráculos, y con tanto aprovechamiento y gusto de nuestros dueños, que afirmavan les havia venido la vendición del cielo á su casa, olvidados nosotros de suerte de la nuestra, que á no aguarnos aquella felicidad la memoria de nuestro perdido don Juan, juzgáramos estar en el Parayso.

“Havíale yo dado palabra á mi esposo que si en medio año no teníamos nuevas dél, cuya diligencia havia don Guillén tomado á su cargo, declarándole la verdad de nuestros amores, y cumpliendo con las leyes divinas

en acrecentamiento del conjugal amor, satisfaria á tan azendrados y merecidos deseos. Y viendo cumplido este término, sin esperança de saber de nuestro amigo, aguardava don Dalmao la vuelta de nuestro dueño y bienhechor para declararse con él, y pidiéndole licencia, regocijar todas aquellas apacibles comarcas con nuestras vodas. Pero haziendo la Fortuna de las suyas, anubló nuestra quietud con tempestades de persecuciones quiméricas que pusieron en contingencia nuestra vida. El caso fué que continuando el vernos don Leonardo, — assí se llamava el hijo de don Guillén, — ya viniendo á caçar por aquellos montes, ya al agrado de mi esposo superior á la rusticidad de aquel país y acomodado al ingenioso espíritu del mancebo; la disposición ocasionada de su primera jubentud; la comunicación frecuente en nuestra casa; el cortesano trato con que como á su dueño era recibido de nosotros; el ser yo estrangera y por el consiguiente más apetecible, — que no sé qué género de excelencia se les atribuye á las que lo son, que siempre el gusto se va tras lo advenedizo; — algunas vislumbres que le persuadian éramos más de lo que professávamos, congeturadas del respeto con que su padre nos tratava más como amigos que como á domésticos; el creer que éramos hermanos verdaderos, y, lo que es más cierto, mi desdicha, le apasionó ciegamente de lo que en mí llamaba belleza. A los dos meses que havia que gozávamos la amenidad de aquel no estimado por no conocido sossiego, no nos llamávamos como al principio, Clavela ni Valerio, porque, con parecer de don Guillén, para encubrirnos más, renovamos nombres, siendo el mío Linarda, y el de don Dalmao, Mireno.

“Celebrávanlos todos aquellos montañeses con reverencia, nacida, más de su rústica admiración que de nuestros méritos, á lo menos míos; que los de mi esposo, la misma causaran en las escuelas de Atenas, porque en todo género de ejercicios liberales, cantar, hazer versos, tirar á la barra, esgrimir, luchar, correr y todas las demás

destrezas con que recompensa la Fortuna en los labradores las partes que no tienen de nobleza, se llevaba las ventajas y los ojos de todos tras sí. Industriava en estas habilidades á don Leonardo. Y así por ellas, como por ser hermano mío, le amava de suerte que no se hallava sin él; con que añadía llamas á la fácil materia de su juventud y voluntad visóna, mi continuada vista. Prométoos que cuando ella fuera hermosa en el agrado que ellos la exageravan, las havia en nuestra pequeña aldea tales, que pudiesen mejorarle de elección y empleos; porque no es poderosa en Cerdeña la vezindad de Africa para que con su calor tostado defraude la nieve animada de muchos rostros, que en lo blanco y rosado, pueden embiar embidias á Flandes y al Sol cavallos, sí, como algunos usan, se quiere honrar con los postizos.

“Principalmente, teníamos una serrana por quien pudiera escusar la transformación de la Ninfa, y al laurel, Apolo, si ella se le atravesara en la carrera. Era esta algo deuda de nuestro dueño, en los años niña, en la discreción anciana, heredera de un caudaloso montañés viudo que por haberse partido á España á empleos correspondientes á su hacienda, se la dexó encomendada á nuestro patrón como á pariente suyo. Y ella, más hecha á la comunicación montañesa que á los melindres cortesanos, havia escogido la asistencia de nuestra aldea con alegre consentimiento de su medio tío confiando su seguridad de su satisfacción. Llamábase Clemencia, cantava por estremo, escribía, tocava un instrumento como sus inventores, y con la agudeza cautelosa, tan natural en los isleños y en ella aventajada, podia engañar al mismo Ulises. Todas estas partes la hazían amable, y yo tenía en ella compañera y amiga suficiente para no echar menos las que en mi patria eran más de mi inclinación. Estava, pues, Clemencia tan enamorada de don Leonardo, como él de mí desde el día que se avezindó en nuestra aldea. Y con su frecuencia y comunicación ha-

vian llegado los aumentos de la voluntad á la fineza de amante perfeta, desvelando la noche y suspendiendo de día sus pensamientos. Faltávala solo con quien comunicarlos, y huve yo de ser la secretaria, á tiempo que ni disuassiones ni consejos eran poderosos para apartarla dellos; y así, huve de escusarlos y apoyar su buena elección, pues sin agravio de sus padres, la igualdad de años, belleza, discreción y hacienda, junto con el amor añadido al deudo que se tenía, parece que los havian criado para en uno. Escuchávala con gusto sus amorosos encarecimientos, que por ser de mi facultad me entretenian; y callávala los míos, que acostumbrada á considerarlos á solas, siempre me pareció cordura ser avarienta dellos. Todas las vezes que don Leonardo venia á vernos, le dezía el alma, por la cifra de sus ojos, concetos de su amor. Pero como ignorava algarabías semejantes, ó como empleava los suyos en mí, ni correspondia á sus deseos, ni reparava en ellos, siguiéndose deste descuydo desesperaciones visónas y quejas ordinarias que paravan en mis consuelos y á vezes me enfadavan no poco,—que siempre los enamorados quisieran tratar de su negocio á costa del sufrimiento de quien los escucha, imaginando que con esto los obligan y nunca cansan.—Pedíame encarecidamente se los significasse, y prometíase yo cuando fuesse tiempo, y haviendo su padre buelto de España, con menos dificultad—sabiéndolo don Guillén y su esposa y viendo lo bien que les estava—los pusiesen en execución. Con estas esperanças se entretenia Clemencia. Y antes de tenellas, animava don Leonardo cortedades para declararlas sin que se atreviese la lengua á lo que los ojos, que en amores primerícos la mayor dificultad consiste en declararlos.

“Acuérdome que una noche serena, á la orilla de un arroyo, y á escusas del sol, tan atrevido entonces como don Leonardo recatado, él y Clemencia, don Dalmao y yo, con otros ganaderos y serranas, gozávamos mormuraciones de cristal entre labios de claveles que le mar-

genavan risas, autoriçándolas dientes de alabastro, sino guijas de marfil, y por parecer más agradable siendo liberal, çernia arenas ruvias hecho todo una boca de oro. Después de haver tratado varias materias que don Leonardo reducía á propósitos amorosos, — porque los amantes, todo lo que no es esto juzgan por disgressión impertinente, — le rogamos cantasse algo con que interromper murmuraciones de aquella fuente, que escucharlas de ordinario, cansa, si de cuando en cuando entretiene. Y él, comedido y deseoso, sin más instrumento que el de las [h]ojas, ni más músico que el viento, cantó assí:

Agora, noche quieta,
 Que no siendo testigos
 Los rayos enemigos
 Del hablador planeta.
 Puedes terciar discreta
 En el amor sucinto
 Del dios del cielo quinto,
 Sin temer, en luz bella,
 Tu precursora estrella,
 Vulcano laberinto;
 Agora, que destierras
 Reveladoras aves
 Y entre prisiones graves
 Del sueño el vulgo encierras;
 Si en amorosas guerras
 Palabras dan enojos,
 Tú, que en mudos despojos,
 Sabia por escusallas,
 Azechadora callas
 Sin lenguas y con ojos;
 Agora, pues, que agrabios
 No temo, en el silencio
 Que adoro y reverencio
 De tus secretos sabios,
 Podrá el alma á los labios

Fiar ocultas quejas,
 Recién nacidas biejas,
 Que, pues me escuchas muda
 Con atención, no hay duda
 Que toda eres orejas.

Yo adoro, noche mía...
 Mas ¡ay, que si te digo
 A quien... temo el castigo
 De quien secretos fíal
 Yo adoro, en niebla fría,
 Incendios en que [h]elarme,
 Yelos en que abrasarme;
 Y está, por suspenderme,
 Tan lexos de entenderme
 Cuan cerca de escucharme.

Si con quien es no atinas,
 Ni astrólogas estrellas
 Te guían, con ser ellas
 Profetas y adivinas,
 Juzga que en mí imaginas
 La elección más discreta,
 Más cuerda y más perfeta
 Que ocasionó hermosura,
 Y luego conjetura

Quien es quien la sujeta.

Que si se proporcionan
 Objetos y potencias
 Y igualan excelencias
 (La vez que se eslabonan)
 Deseos que pregonan
 Empleos excelentes,
 Con buelos eminentes

Hasta su centro aspiran,
 Pues ciegan, si al sol miran,
 Ojos insuficientes.

Yo, pues, que en esto llevo
 Ventaja á cuantos pudo

El caçador desnudo
 Poner llamas por cebo,
 Adoro y no me atrevo
 Nombrar á quien alabo...
 Mas, pues con su S. y clavo
 Su marca, mudo, enseño,
 ¡Conózcame mi dueño
 Si es bien buscar su esclavo!

“Juntaron las endechas, al déleyte de oirlas, obligación de alabarlas, y en algunos de los circunstantes curiosidad de entenderlas; que el afecto con que las cantó revelava sentimientos interiores más eficazes de lo que él quisiera y nosotros imagináramos. [H]olgóse don Dalmao de verle professar facultad tan ocasionadora de generosos ejercicios, pues no hay negarse que passiones amorosas hazen, á quien las tiene, liberal, discreto, estudioso, atrevido y hávil para todo género de cavallerosas demostraciones. Filosofava discursos sobre quién podría ser el dueño de los cuydados principiantes del enamorado mancebo, y persuadióse á que sola la hermosura de Clemencia merecia empleos de tan gentil espíritu, propusiendo entre sí de fomentarlos por la igualdad que en todo animava su cuerda elección. Lo mismo tuve yo por cierto. Y lo que más es: Clemencia, interpretando enigmas, de las endechas, á su propósito, ufana de verse correspondida y arrogante de verse celebrada, sin aguardar á ruegos, cantó assi:

Sus amorosos enojos
 Dizen en ecos las peñas
 Contra Narcisos despojos;
 Que hablando solo por señas
 Mal se entenderán los ojos.
 Hable la lengua, y concluya
 La interpretación que es suya,
 Pues sin ofender mi fee,

Yo no sólo diré que
 Esclava soy, pero cúa.
 Dueño me ha dado el Amor
 A quien, confessando, alabo
 Las prendas de su valor,
 Pues es honra del esclavo
 Preciarse de su señor.

Diga, quien sin lengua amó,
 Que por secreto ganó
 Los méritos del sufrir,
 Porque callar y morir
 Esto no lo diré yo.

Dize el pulso su tormento
 Manifestando congojas;
 El color, el sentimiento;
 Y haciendo lenguas las hojas
 En árboles, habla el viento.

Ciego es Amor, mudo no,
 Ojos, no lenguas vendó,
 Porque mi tormento explique;
 Luego, es bien que el mal publique
 Que mi señor me mandó.

Si causara amor afrenta,
 Cordura fuera ocultalla;
 Pero, si el valor aumenta,
 Lengua que es amante y calla
 Su fama injuriar intenta.

Amor manda que destruya
 Mi temor, y que atribuya
 A la lengua el bien que ordena,
 O que si callo mi pena
 Que no diga que soy suya.

“Las contrarias opiniones de los dos amantes nos dió causa para discurrir sobre cuál dellas era la más cuerda y necessaria, concluyendo mi esposo que el secreto digno de estimación en el amor devia entenderse ser aquel

que guardando de la ostentación vulgar los favores de su dama nos los permitia salir fuera de los límites de los labios; pero que pretender que, sin darle cuenta de sus penas, las sacasse ella por conjeturas de los ojos, era cortedad culpable y no secreto meritorio, habiendo tantas frasis con que darse á entender la lengua. Quedó con esto Clemencia vitoriosa y contenta de haver ganado por la mano á quien los causava, y él, persuadido á buscar coyuntura en que retratar su primero parecer declarándome, ó por sí, ó por tercera persona, sus intentos.

“No hubo entre los circunstantes quien de los versos de don Leonardo y de la glossa de Clemencia, —aún más declarada por sus acciones que por sus palabras, — no se diesse por entendido que se amavan los dos recíprocamente. Y así, estendiéndose esta fama por la comarca, en pocos días quedó tan assentada, que aguardavan sólo á que viniendo el padre de la hermosa serana los diessen, con sus vodas, uno bueno.

“Llegó á oídos de don Guillén y su esposa. Y aunque lo disimularon cuerdos, se [h]olgaron interesados, pareciéndoles que cuando él dexara en sus manos esta elección, no la podian hazer más azertada que la presente. Deste modo nos engañávamos todos, y él proseguia en sus secretas pretensiones, hasta que determinado de romper silencios y no atreviéndose á fiarlos de su turbación, un día que se halló á solas con la presumida dama, pareciéndole que el parentesco, amistad y discreción suya, le obligaria á avogar por él con la eficacia necesaria, le dixo:

“—Desde la noche, prima mía, que cantando junto á la fuente, reprehendiste mi cortedad y autorigaste tu belleza con el nuevo título de amante, pareciéndome que desvelos amorosos no tuvieran saçón faltándote con quien comunicarlos, fiava de la voluntad que imagino me tenias, que ninguno havia de usurparme la plaça en ellos de secretario tuyo, á cuya causa aguardava yo á que me diceses parte dellos para que pagándote en la misma mo-

neda depositasse yo en tí los míos. Pero ya debes, ó á costa de tu ingratitud, buscado tesorero de tus secretos más á satisfacción que yo, ó avarienta por ahorrar obligaciones, debes por tí misma haver exercitado este oficio, pues si sentiste, como cantaste, lo que importa declarar quien pretende sus passiones, tú havrás sido intérprete verdadera de las tuyas. Con todo esso, quiero que adivinando entrambos, averigüemos quién de los dos sale más verdadero y azierta mejor el sugeto que el otro adora. A mí me parece que Mireno es el dichoso dueño de tu voluntad. Díme tú, agora, si eché buen juicio, que yo te diré, sin engañarte, que tan cerca ó lexos has dado del blanco...

“Celoso, creyó Clemencia, que don Leonardo havia propuesto aquel enigma, pareciéndole que la comunicación de mi amante y el vivir los dos en una misma casa, avogaria por él, en ofensa de su menos frecuentada pretensión. Y así, por refinar la pólvora de los zelos, le respondió:

—“Yo, gallardo primo, como desde el día que quise bien, me señoreé de tus secretos, —que por más que te lo parezcan, como el amor es fuego, se saca por el humo, —quise, sin pedirte cuenta dellos, encargarme de tu agencia y ganar doblados los agradecimientos cuando saliesse con tu pretensión; y no pareciéndome que te davan lugar los cuidados tuyos para encargarte de los míos, —porque amantes nobles, al principio, con cualquiera cosa se embarcan, —te guardava para más acomodada coyuntura la confianza de mi pretensión. Y esto baste en cuanto á satisfacerte de tus quejas. En cuanto al adivinar la prenda que amas, te respondo que sé quién es desde el punto que la diste nombre de tuya, y que no ha mucho que asiste en esta aldea, que ella y yo vivimos tan juntas que una casa nos hospeda, una alma nos anima y una voluntad nos gobierna, habiendo mucho que eres tú el único dueño della, porque conozcas cuán buena tercera sabe hazer tu prima antes que tú

le des este cargo. El amante que me atribuyes, tiene partes suficientes para ocasionarte al juicio que has hecho. No le quiero mal, ni sé que también. Desembuelve tú las palabras que te acabo de dezir, y coligrás por ellas quién puede ser el empleo de mis pensamientos, y quién tu dama...

—“¡Dexa, Clemencia mía, (respondió don Leonardo) que adelante el agradecimiento abraços del alma, á lisonjas de la lengua; que no en valde reprehendías cordedades más cuando diligenciavas mi felicidad! No necessita efemerides la averiguación de tus palabras. Mireno es tu amante; y porque con más seguridad se naturalize en nuestra patria olvidando la suya, has dispuesto á su hermana Linarda para que me quiera. ¡Qué discreta eres! ¡Qué dello te devo! ¡Qué bien pienso pagártelo! ¿Es posible, prima de mis ojos, que la que no ha mucho que asiste en nuestra aldea, la que vive contigo, quien hospeda una casa y por medio de la amistad una alma anima, dividida en las dos, y una voluntad gobierna, me haze dueño de la suya? ¿Que Linarda, en pago de la acogida noble que mi padre la hizo, me la da en su alma?... ¡Prima, si una vez me veo absoluto poseedor de mi mayorazgo, yo le daré la mitad dél á tu Mireno, yo le casaré contigo, aunque mis padres y el tuyo quisiessen estorvarlo! ¡Buélveme á repetir esta ventura! ¡Desmenúzala más! ¡No hables tan compendioso! ¡Alarga dichas, que palabras breves, para sólo dar péssames son buenas!...”

“Pudíeráselos dar á Clemencia cualquiera que considerara desengaños de su presunción, tan claros, cuando con más certidumbre se imaginava Reyna coronada de la voluntad de su primo, por elección de su mismo alvedrío. Pero ella era tan astuta que dissimuló (milagro fué de su discreción) zelos embueltos en descuydos, y previniendo de improviso contrayervas para su veneno, dixo á su enagenado amante:

—“Mireno ¡primo mío! es el acierto de mi voluntad

y tus imaginaciones. No lo sabe, sino lo ha imaginado. Y assí, tú has de ser mi intérprete en paga de haverlo sido tuyo. No le digas cosa que toque á tus amores, hasta que obligado de los míos destierre esperanças y memorias de su tierra; que dessea salir desta y casar fuera della á su hermana con un rico y noble mallorquín á quien la tiene prometida. Signifícale solo lo mucho que le quiero. Miente en mi alabança lo que supieres en correspondencia de las verdades que yo digo en tu abono. Y fía de mí lo que de tí confío, que yo daré dichoso descanso á tus desseos...”

“Respondióle, agradecido el engaño, don Leonardo, ofreciéndole diligencias esquisitas en orden á la conquista de su fingido amante; y diziéndole que iva en su busca para principiar su tercera, se despidió, quedando Clemencia como podéys imaginar. Lágrimas la costaron los desengaños, que igualaron á sus suspiros, y éstos á sus desesperaciones. Pero remitiendo el reparo dellas á su ingenio y mudando en aborrecimiento la voluntad que me tenia, se resolvió en desterrarme de la isla, para cuya execución trazó marañas sólo creíbles de una muger zelosa. Buscóme luego y díxome: como haviéndose declarado con ella don Leonardo, pagava, á satisfacción de su voluntad, su amor, contentísimo de que yo fuesse el depósito de sus secretos y que al presente importava guardallos, porque el desseo de don Guillén era casarle en Caller, y á saberlo antes que bolviesse Guillermo,—que assí se llamaba el padre de Clemencia,—con quien pensava tratarlo, que desseava tenerle por suegro, pondria rigurosos estorvos. Dila el parabién, prometiendo hazer de mi parte lo possible para su dichoso cumplimiento, y desta suerte nos fué engañando á todos: á mí, con lo que os he contado; á don Dalmao, fingiendo amarle con todas las demostraciones que bastavan para persuadir á don Leonardo que su amor era verdadero, para cuyo efeto, solicitado por él, huía y escusava solicitudes fingidas de Clemencia con evassiones

ingeniosas y recatadas, porque yo no lo entendiese y experimentasse sin culpa suya el riguroso combate de los zelos; á su amante, llevándole papeles que ella notava y yo escrivia, inocente destas trayciones y persuadida á que por ser mi letra más legible que la suya se darian á entender mejor sus pensamientos, y bolviéndome el retorno dellos me los leía, exagerando yo su estilo y ingenio; y dándola yo parabienes de su buen empleo, dávala prendas suyas que le vendia por más, como cabellos, — que, por ser parecidos á los míos, apoyavan sus engaños, — cintas, guantes, flores, y todas las demás baratijas en que el amor funda sus muebles; que en esto se parecen los amantes á los buhoneros, empleando sus grangerías en semejantes menudencias.

“Seys meses havia que habitávamos mi amante y yo aquel sossegado sitio, cuando llegó este suceso al estado que havéis oído; y el término, desseado de mi esposo, al plaço propuesto en que le havia dado permiso para que declarándose con don Guillén renunciase el nombre de hermano, y con su beneplácito, gozasse el de marido.

“Partióse, en cumplimiento desto, en busca suya á Caller, determinado de dar con él la buelta y, rogándole fuesse nuestro padrino, regozijar de improviso todos aquellos valles y sierras con nuestra voda, aunque hiziessen la costa sentimientos y desengaños de Clemencia, cuyas finezas fingidas imaginava verdaderas. Aprovechóse la cautelosa serrana desta ocasión. Y haviendo dos días que faltava mi esposo, y seys su tío y nuestro patrón, dixo á don Leonardo que yo, vencida de su solicitud, estava determinada de darle mano de esposa antes que mi hermano y su padre bolviessen, y que para esto queria, — venciendo la vergüenza con que hasta allí havia dilatado manifestaciones de la voluntad, — hablarle una noche á la ventana principal de nuestra casa, donde, si la assegurava de cosas que deseava allanar cerca del estado que pretendian, le entraria en casa, y en ella celebraria el tálamo de sus deseos.,,

—“A mí me está bien, — prosiguió la enredadora amante, — pues casada Linarda con vos, será fuerza olvidar su hermano á su tierra y cassarse conmigo, porque, según me ha confessado, el no admitir mis deseos hasta agora no ha sido por cumplir empeños y obligaciones de Mallorca en favor de un rico pretendiente de su hermana y amigo suyo, cuyos amores dieron ocasión á competencias y vandos entre él y otro poderoso, y cuyo rezelo los ausentó della; mas, ya pacífico por haverse cassado el competidor (según ha sabido), determina dar la buelta, para cuya execución se ha partido á Caller á comunicarlo con don Guillén y prevenir passage. Assí que, cassándoos vos con Linarda, quedan destruidas todas estas demostraciones, y yo con esperanza nueva de conseguir mis deseos.,,

“Agradecióle tan provechosas diligencias el engañado mancebo, con palabras, abraços y promesas, rogándola apresurasse el vernos como estava concertado. Yo, como vivia ignorante destes embelecós y imaginava que todas las fineças de don Leonardo eran por Clemencia, hablávale risueña, mirávale apacible, y mostrávale el agrado que merecia un hijo de mi bienhechor, y amante de mi amiga; con que él acreditava los engaños de mi perseguidora, la cual, después de haver dispuesto sus embustes como os he contado, bolvió á mí y me dixo: que su amante estava informado, de persona fidedigna, que el ir don Guillén á Caller era sólo á concertar sus desposorios con la hija de un cavallero de aquella ciudad, con partes y hacienda para honrar su casa; y que suponiendo, de la obediencia que siempre le havia tenido, el consentimiento de esta determinación, iva resuelto de traer consigo á la que pensava darle por esposa, y á sus padres, y cassarlos luego; y que siendo esto verdad, si no los ganava por la mano, dándosela de marido antes que bolviessen, seria después imposible, para cuyo remedio le havia pedido con lágrimas, suspiros, y estremos amantes, que la noche aplaçada se desposassen

con el secreto debido á caso tan importante, asegurando desta suerte su vida y gusto; que no queria disponer del suyo sin mi consejo, pero que éste no fuesse disuadiéndola, sino animándola, porque ya su amor havia llegado al último estremo de su resolución.

“Como yo tenia experimentado en mí misma de cuán poco efeto hazen persuassiones contrarias á una pasión amante, creí más de lo que me dixo, y no quise desazonar voluntades tan conformes, principalmente en tiempo que aguardava yo premiar la verdadera de don Dalmao y imaginava autorizar con sus bodas,—después de pacificados sus padres,—las nuestras. Supe la noche en que se havian de hablar, y alabé sus prevenciones; con que, ella alegre, viendo cuán bien se disponia su vengança y mi destierro, despachó á toda priessa y secreto un criado suyo á Caller con una carta suya para mi esposo, y con ella, todos los papeles que don Leonardo me havia escrito y que ella havia guardado con este fin. Industrió al mensagero de cuanto havia de dezir, y escribió á don Dalmao: que el amor que le tenia, aunque tan mal correspondido, no era posible consintiesse en cosa que le diesse disgusto, y que por no saber si le tendria de ver á su hermana puesta en estado sin su consentimiento, le avisava lo que en ausencia suya teníamos concertado don Leonardo y yo; el amor secreto de los dos, tan adelante como podria colegir de aquellos villetes que le embiava y á mí me havia cogido; que si juzgava estarle bien tan noble cuñado como era su primo, no se diesse por entendido hasta la buelta, pues hallándolos desposados podria, imitándole, pagarla aquel aviso con hazer otro tanto como su hermana, pero que si le estava mal y deseava poner remedio con tiempo, viniessse secreto y encubierto, á tal noche, sitio, y [h]ora, donde podria confirmar por sus ojos y oídos lo que aquellos papeles indiciavan.

“Partióse con esto el engañoso embajador. Y al tiempo que en Caller don Dalmao queria proponer á don

Guillén nuestro concierto, llegó con la carta, y llamándole aparte, le manifestó sus embustes, haciéndose testigo ocular dellos. Entrególe, juntamente, los papeles de don Leonardo; leyó el de Clemencia; y tras él, el primero de los otros, sin ofender el crédito tan examinado de mi firmeza. Pero reparando en los demás, y considerando las cláusulas que respondian á favores declarados, recibos de amorosas prendas y satisfacciones de celos pedidos; en la gallarda disposición, edad, riqueza y entendimiento de su opuesto; en algunas palabras misteriosas y equívocas que, persuadiéndole al amor de Clemencia, delante dél le havia yo dicho y él havia interpretado en diferente sentido; y, en fin, en la falida opinión que desacredita con los hombres la de las mugeres, les dió (¡que no deviera!) el crédito que suelen celos en ausencia, pues por más confianças y seguridades que un amante lleve, en llegando éstos, no hay,—como dizen,— hombre cuerdo á cavallo.

“No podia persuadirse á que Clemencia, amándole á él, como fingia, le mintiesse. Animávale á creer era todo esto verdad, la dilación que yo havia puesto á sus deseos estorvando lo que con tanto sufrimiento, voluntad y trabajos, havia merecido, entretiniéndole con el nombre de marido titular sin consentirle dominio de esposo, y el haverle persuadido se ausentasse, ó el color de que, hablando á don Guillén y pedirle licencia para nuestros desposorios, los celebrase con don Leonardo en ausencia suya.

“Juzgad agora vosotros, señores: Si cualquiera apariencia destas es bastante á desatinar el más sosegado entendimiento ¿qué harian todas junta[s]? Que yo lo que os afirmo es, que don Dalmao, desesperado y impaciente después de haver dicho á su patrón le importava la vida bolver al pueblo por haverle avisado que estava yo á peligro de perderla de una enfermedad repentina, y que dilatava para otra ocasión lo que havia venido á comunicarle, se despidió dél, llegando en compa-

nia del mentiroso nuncio de malas nuevas á nuestra aldeia, encubierto, y á la hora que mi enemiga havia señalado, siéndome hasta en esto contraria la noche, que hazia escurísima, descuydada (á la mitad della) de las persecuciones que la Fortuna eslabonava contra mí.

„Andava yo adereçando, solícita, mi aposento, que por más retirado y á propósito le havia eligido mi falsa amiga para el tálamo engañoso de su desposorio, coronándole de flores, (que, aunque en la decrepitud del invierno, la templança de aquella tierra las cria todo el año), cuando me vendia Clemencia transformada en mí y fingiendo mis palabras y voz, que añadiendo la imitación alguna semejança que con la mía tenia, persuadiera á quien con menos pasión que mi amante la escuchara. Encarecíale á don Leonardo finezas de amor, que essagerava con respuestas iguales, —y don Dalmao oía persuadido del todo y engañado, —cuyos discursos no os cuento, porque renuevan mi enojo y despiertan mi venganza. Vasta saber, que la sustancia dél era dezirle la montañesa desleal: que el hechizo de sus ojos, la gallardia de su talle, la destreça de sus habilidades, havian sido tan poderosos en ella, que atropellando disgustos de su hermano, —á quien tenia obligaciones de hija y de quien era deudora del destierro de su patria, —estava dispuesta, por persuasiones de la amigable avogacia de Clemencia, á vencer inconvenientes, como él jurasse corresponder á deudas tan satisfatorias. A que el engañado amante correspondió, prometiendo imposibles. El cual, loco de contento, hizo y dixo tanto, que baxándole á abrir la puerta y entrando juntos él y mi ayrado dueño, tan desatinado, uno, de celos, como otro de amor, desembaynando un estoque, le acometió á matar, y lo hiziera, si la escuridad del portal y la de su cólera no le descaminara el golpe. Dió gritos Clemencia. Salí yo á ellos, y la gente de casa con luces. Abraçéme con don Dalmao viendo que iba á segundar heridas, y á defenderse, ofendiendo, don Leonardo. Pero la gente

que al ruydo havia acudido, poniéndose en medio y quitándole las armas, dilataron esta tragedia. Díxome, viéndose abraçado de mí, mi injuriado amante, tantos oprobios, que temiendo su furia escusé, huyendo, desacatos de sus manos. Y él, siguiéndome, entró en mi aposento, cuyo compuesto adorno destruyó haciéndole pedaços, y acabando de averiguar, con su ostentación florida, sus ofensas.

“Mostróse Clemencia fingidamente ayrada, y de veras, don Leonardo, diziéndole los dos cuánta más razón fuera que agradeciera cortesano la merced que el cielo hazia á su hermana, pues sin más información que los dos havian querido dar de su nobleza, los honrava á entrambos con más quilates que merecian, haciéndola dueño de tanta hacienda, calidad y esposo; que siendo ella señora de su libertad, y habiendo en dos meses, y más, significado lo que ganava con la compañía de tal esposo, no siendo él su padre ni más que un hidalgo ganadero de Mallorca, ¿por qué havia de querer, con demostraciones tan demasiables, usurpar jurisdicción que Dios havia dexado exempta? Acabó con esto de perder los estrivos de la paciència, y tras ella el seso, rematando, sin saber lo que hazia, con uno y otro. Abraçáronse los serranos de casa con él, y cercáronle los de la vezindad. Y él, á voces, dixo estos versos, con que confirmó la opinión de los que dizen que la Poesia es furor, pues en la mayor fuerça del suyo dieron quexas con ellas sus agravios, desta suer[t]e:

ROMANCE

¡Dexadme, bárbaros toscos,
que no es justo que esté presso
el agraviado, y se vayan,
los que están culpados, sueltos!
¡Imagináys dessa suerte
poner vil impedimento

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

á la vengança del alma
cuando aprisionéys el cuerpo?

¡Pues engañáysos, villanos!
que buelan mis pensamientos
con plumas de mis suspiros,
con alas de mis tormentos.

Mataralos su ponzoña,
que son mortales efectos
del veneno de mi injuria,
de la rabia de mi pecho.

Aunque el cuerpo detengáys,
iráse el alma tras ellos,
y quedérayos burlados
con la capa y sin el dueño.

¿No rompe el rayo la nube
dando bramidos en truenos,
y á la bívora imitando
deshaze el vientre materno?

Violentado en las cabernas
del monte más corpulento,
por respirar ¿no echa el ayre
pirámides por el suelo?

Sale el río de sus quicios
cuando con presas y fresnos
su jurisdicción limita

el rústico atrevimiento,
y inundando su furor
tal vez los montes sobervios,
pisa cerbices de mármol
porque sus pies le oprimieron.

Pare el bronce por la boca,
en uno, cuatro elementos,
redimiendo libertades
en calabozos de hierro,

¡y ignorantes intentáys
que con estorvos violentos

se temple el enojo atado
creciendo agravios entre ellos!

¿Cómo es posible, si soy
rabia, ponzoña, veneno,
congojas, suspiros, rayos,
bíboras, volcán, infierno,

que puedan encerrarse en un sugeto
tantos contrarios sin romperme el pecho?

¡Salgan verdades á luz!
¡Rompa la lengua el silencio!
No más que un año guardaron
enigmas de amor en sellos.

Cuando falta la lealtad
y el alma despide al seso,
¿de qué sirve que entre engaños
viva cautivo el secreto?

Saque Eneas los penates
libres del Troyano incendio,
mientras lloran sus ruinas
partos del cavallo griego,
y á su imitación rescate
mi perdido sufrimiento,
verdades para mí ocultas
porque no se abrasen dentro.

¡Serranos destas montañas,
vecinos de aqueste pueblo,
oid misterios de amor

que [h]oy os revelan mis zelos!
¡No es ya Linarda, Dionisia!
¡Don Dalmao ya no es Mireno!
¡Mallorca no es nuestra patria!
¡mintió nuestro parentesco!

El ser nos dió Cataluña,
nobleza y desdicha el cielo,
inclinación sus estrellas,
y la inclinación,* deseos.

Éstos buscaron palabras,
y éstas encarecimientos,
que en voluntades conformes
juró enlaçar Himeneo.

Su esposo he sido en el nombre
y su hermano en los efectos,
tan rendidos á su gusto
como á su recato honestos.

Dilataron posesiones
estorvos que, sobre el tiempo,
la Fortuna ha vinculado
ella embidiosa, y él ciego.

Desterrónos el rigor
de interesados violentos,
desde Cataluña al mar
y desde el mar á este Reyno,
donde pudiera embidíarme
el cuarto dios ganadero,
apacentando esperanças
como el las vacas de Admeto,
á no ser muger Dionisia,
pluma al aire, flor al yelo,
niebla al sol, papel al agua,
humo en sombra, cera al fuego.

Revelado os he verdades,
nombres, disfraces, secretos,
amores, penas, engaños
mudanças, desdenes, celos...

¡O permitid vengança á mis tormentos,
ó dadme muerte! ¡Acabaré con ellos!

“En diziendo esto con furor desatinado, se desembaraçó de todos. Y saliendo del pueblo, sin podelle alcanzar muchos que le siguieron, se enfrascó por los más espesos montes que cercavan nuestro lugar, quedando todos tan espantados de oille, quanto lastimosos de su locura. ¡Bien se [h]olgara Clemencia de no haver sido

causa de aquella desdicha, cuando supo que siendo mi esposo, y no mi hermano, pudiera haver guiado por otro camino sus enredos! Pero consolávasse con que de aquella suerte estava más assegurada mi ausencia, pues siendo don Dalmao tan amado de mí como havia mostrado, y no asistiéndole él en aquel lugar, havia de ser fuerza el seguirle. Don Leonardo, si primero colérico por verse acometer de quien más seguridad tenia, ya celoso con la confusión que havia escuchado, me fué á buscar, hallándome en otro aposento, tan llena de lágrimas y sentimiento, quanto inocente de la causa dellos. Siguióle Clemencia, y con ella los demás testigos de aquella novedad; y oyeron que dezia:

—“No sé si me persuada á que son verdades nacidas de su desengaño las que Mireno acava de pronunciar, ó desaciertos locos de algún lastimoso accidente que ha desvaratado su juicio. Contra lo primero, arguye en favor vuestro el crédito que tenéys ganado con todos y principalmente conmigo, de tan noble y discreta como hermosa; pues no puedo yo creer que hay nobleza hipócrita que engañe juventud tan poco experimentada como la mía, ni discreción que sin prevenir inconvenientes forzosos, ponga en tal riesgo á quien ama. Contra lo segundo, veo que si en el modo de hablar y demostraciones frenéticas parece vuestro hermano ó esposo, loco, en el orden de contar sus agrabios y referir sus sucessos, significa más verdad de lo que yo quisiera. Si no es vuestro hermano, quejas tendré de vos toda mi vida, que no sepultará el olvido, pues con engaños tan culpables me havéis hecho ofender á quien después de mis padres tengo en el primero lugar del corazón. ¿Es posible, Dionissia ó Linarda, (que no sé cómo os azierete á llamar), que debaxo de apariencias tan virtuosas y honestas, se disfracen engaños tan costosos, y que la hermosura corporal que devéis á la Naturaleza injurie la del alma, dándola dueño segundo cuando se ve sujeta

con coyundas del amoroso sacramento á quien es tan digno deste nombre? ¿Hallará la sutileza de vuestro ingenio excusa que desmienta tanta correspondencia de ojos, tanta equivocación de acciones, tantos papeles escritos de vuestra mano, tantos recados dados á mi prima, tantas prendas de cavellos, cintas y flores? Y, en fin, cuando pudiéradés recusar todos estos testigos, ¿challareíslos contra el concierto desta noche, en que vos á la ventana y yo en la calle, se vió tan cerca de executarse, como dirá aquella puerta franqueada de vuestro engaño, admitida de mi amor, y estorvada de la injuria de vuestro dueño? Yo no lo sé, si no es afirmándome que Mireno está sin sesso, que es vuestro hermano, y dessatinos los que ha dicho. ¡Pluguiera á Dios lo fueran, que, en fin, su locura puede hallar remedio en la medicina, pero no la de mis celos, ni la de vuestra ingratitud!.,

“Adelante prosiguiera el apasionado amante, á permitirlo la impaciencia de verme culpada en cosa tan fuera de mi imaginación; y assí, poco menos que mi esposo, loca, le interrumpí diciendo:

“¡Cesad, señor don Leonardo, de eslabonar despropósitos, si no intentáis con ellos que, acavando la vida, dé fin á tantas desventuras como penden della! ¿Qué malicias embidiosas ó hechizos infernales han desalumbrado la luz de vuestra razón, en vos tan excelente? ¿Cuándo he dado yo muestras de ofender, libiana, con sombra de pensamiento, la fe que á mi esposo devo, y por cuya conservación ando peregrinando destierros tan desproporcionados con mi calidad y inclinación, cuanto ocasionados á los descréditos de mi fama? ¿Favores y deseos, en vuestra prima lícitos, me atribuí? ¿Papeles que á su persuasión y con su nota os escribí, siendo secretaria solícita de sus esperanças y pensamientos,—por lo bien que juzgué os estava su compañía, y muestras que dábades de querella,—me imputáis? ¿Vos os podéys alabaros de prendas que no son tuyas? ¿Cabellos tenéys vos que no hayan ador-

nado su cabeça, cintas que no los hayan enlaçado, flores que os hayan ofrecido otro fruto que el de su casamiento? ¡Mentís, don Leonardo, mentís! ¡Y miente la presunción con que havéis ofendido la pureça de mis pensamientos! Presente está Clemencia, depositaria ó por mejor dezir, señora de vuestros papeles, versos, y retrato. Y si ella os engañó,—que lo duda la amistad que hemos professado,—¡vengáos en sus falsedades, y vengadme, que yo, en seguimiento del alma que mi esposo me lleva, y abono del crédito que sin merecerlo he perdido con vos y con él, huyendo por estas asperças, ó le desengañaré, ó precipitada dellas, firmaré con mi sangre la integridad de mi casto amor!.,

“Quise poner con execución estas últimas palabras. Pero viéndome determinada y furiosa, á don Leonardo con el pasmo desta admiración, suspenso, y turbada á Clemencia, sacándolos fuera de aquella cuadra, me encerraron en ella, dando yo desconcertadas voces que se remataron en un desmayo, sin saber lo que duró, pues me restituyeron dél el siguiente día diligencias de don Guillén, que havia apresurado su buelta cuydoso del peligro en que don Dalmao le dixo me tenia el fingido accidente. Passóse, lo que faltava de aquella enmarañada noche, en averiguar don Leonardo verdades con su engañosa pretendiente, disculpándose ella con la ordinaria excusa de que “yerros por amores, dignos son de perdonar!., y en formar quejas de sus engaños y añadir grados á su afición, puesto que ya, desinteresado de todo deseo ilícito, sossegando discreto celos tan mal fundados,—que en los ánimos nobles, pueden determinaciones ilustres salir vencedoras de sí mismas, y, acendrando la voluntad, apartarla de la liga del apetito, realçando quilates con el amor platónico que en su *Triunfo* último celebra el Petrarca.

“Vino, como os dixe, por la mañana su padre, y habiéndose informado de todo lo que passava, con reprehensiones severas añadió pesares en don Leonardo y

arrepentimientos en Clemencia. Entróme á ver, y consolóme diciendo que mi esposo quedava asegurado y quieto en su castillo; siendo assí que habiéndole enviado á buscar, sólo hallaron colgados sus aldeanos disfraces de una empinada palma que, sirviéndola de pedestal un despeñadero, por malograr su fruto cuando le despedia de sus dorados racimos, le arrojaba á las olas del mar, y él, agradecido, la lisongeava besando sus raíces. Hallaron también en las corteças de su tronco, escrito este Epigrama, si no le queréys llamar Soneto:

¡Oh, tú, descaminado, que entre engaños
Admiras los trofeos que te enseño!
No juzgues que los cuelga el desempeño
De amor correspondido en verdes años.
Mi ingratitud, á costa de los daños
De quien me sembró palma, y creyó sueño,
Negó el tributo á su primero dueño,
Que necia doy agora á los extraños.
Ingratos son también estos despojos,
Por serlo la ocasión de suspenderlos,
Que imita en pagar frutos á la palma;
Mas ¡ay! que buen fin diera á sus enojos,
Si como el cuerpo se desnuda dellos
Se desnudara de su amor el alma.

“Congeturaron, cuantos leyeron los lastimosos versos y vieron colgados los amorosos disfraces, que su dueño se havia precipitado desde aquellas peñas al mar, y cuydadosos le buscaron por la orilla, y rodearon por larga distancia, en varcos pescadores, todo el círculo de aquel premonitorio, saliendo inútiles las diligencias de fisgas y tientas, y obligándolos á bolver con los despojos de aquella tragedia. No se atrevieron á darme nuevas tan rigurosas, temiendo el efeto que en mi desesperación havian de causar. Pero saviéndolas el prevenido don Guillén, con prudente y sagaz cautela

me sossegó algún tanto, prometiendo lo que tenia por imposible cumplir, que fué traerme rendido y satisfecho á mi esposo, que deseava pedirme perdón,—el día siguiente, y que si no venia entonces, era por tenerle el tropel de tantos sucessos y pesadumbres indispuerto, y que yo tampoco estava para irle á visitar, hasta que sossegados entrambos gozásemos con más sazón la fiesta con que se reciben dos amantes passada la vigilia rigurosa de los celos. Rogóme con encarecimiento-le contasse la verdad de nuestra historia, y obligada lo hize, diziéndole nuestros amores, calidad, patria, y nombres propios, con que aumentó lástimas en él, que disimuló por no alborotarme de nuevo, habiendo retirado á su hijo á Oristán, no poco indignado con él, y llevando á su castillo á Clemencia, autora de tantos desaciertos.

“Llegó el día siguiente, de mí tan deseado, aguardando en él la reconciliación amorosa, con mi amante, de nuestros enojos. Pero como no le trujo don Guillén en su compañía, començaron rezelos á adivinar nuevas persecuciones de la fortuna. Preguntéle por él; y antes de aguardar la respuesta, dixe:

—“¡O mi esposo es muerto, ó está en víspas de morir; que menos que este estorvo no fuera poderoso á dilatarle mi vista!.,

—“¡Sossegaos, señora! (respondió el cuerdo caballero) que todos los amantes soys agoreros. Mejores nuevas os traygo que vos pronosticáys. Don Dalmao ha recibido cartas de don Jacinto de Cárdenas, vuestro tan encarecido y estimado bienhechor,—que no sé cómo ni por dónde supo que estávades aquí,—y por ellas afirma llegará al Puerto de Caller dentro de dos días. Aguárdale en él un caballero deudo suyo, que es el mensajero. Ved si es razón acudir á obligaciones y cortesias, á costa de vuestra paciencia, y si merece que la tengáys dos ó tres días lo que á don Jacinto devéys.,

“Confirmó lo dicho con mandarme enseñar los ves-

tidos que hallaron colgados de la palma, diziéndome que por recibir á don Jacinto en trage decente á su nobleza, havia trocado aquél por uno galán de don Leonardo.

“No pudiera yo restaurar los pesares passados con otras nuevas menos alegres que éstas. Y así, comunicándose el contento del alma á los ojos y á la lengua, unos y otros hicieron regozijadas demostraciones. Agradecí al cielo estos fingidos contentos,—como si los merecieran infortunios tan verdaderos como los passados,—haviendo don Guillén sacado, de la historia que le conté, la obligación y voluntad que á don Juan, disfrazado en don Jacinto, teníamos; y no hallando otro modo con que encubrirme la pérdida de mi dueño sino aquél, creíle, y á permitírmelo, me partiera en su busca al Puerto. Pero coloreando razones que me combencieron, entretuve el deseo con la esperanza, llevándome á su castillo, donde dezía determinava recibirle y regalarle como merecia amigo tan bienhechor y desinteresado.

“Recibíome su esposa con generosa afabilidad, y pidióme perdón de doña Clemencia, que le concedí liberal en albricias de las mejoras que sacó mi crédito de sus persecuciones con mi esposo, y de la venida de nuestro don Jacinto. Contando minutos que me parecían años, estava yo aguardando á mi amante y á su amigo, mientras que don Guillén traçava engaños nuevos y provechosos con que alargar el primero y entretenerme, cuando llegó Guillermo, padre de Clemencia, de camino, y con él un español que sacó en parte verdadera aquella ficción de mí tan creída.

“Fué, pues, el caso, que haviendo don Juan de Salzedo embiado á Barcelona desde Nápoles, — donde aportó después de varios acaescimientos que los guardo para otro lugar, — un criado de Marco Antonio (que se embarcó con él y llegó á aquella ciudad en la galera cuyo Capitán, ciegamente enamorado de mí, ocasionó todos estos sucessos) para que le diessen cuenta de su

llegada y el cortesano recibimiento que en su casa le hizieron sus padres y hermana, escribiéndole juntamente nuestra pérdida y los desatinos del Capitán hasta dexarnos del modo que os he contado, según lo supo del criado referido le mandó que á la buelta se tornasse por aquella isla y se informasse de nosotros, procurando, si nos hallava en ella, llevarnos consigo á Nápoles; el cual, cumpliendo con lo primero y dexando satisfechos y alegres á Estela y á Marco Antonio de que supiesse su ausencia, con sus padres y suegros, tan noble cavallero, para executar lo segundo, despedidos dellos, fletó un navío en Barcelona para venimos á buscar; y embarcándose en él el padre de Clemencia, — despachadas dichosamente sus mercaderias, — haziéndose todos á la vela, entre otras combersaciones con que los navegantes divierten enfados y ocios de su viage, vino á contarle acaso nuestras desgracias, los sentimientos que don Jacinto hazia por nuestra pérdida, y el orden que dél trahia para buscarnos. Sabia Guillermo, antes de que saliesse della, lo que en Caller nos sucedió cuando el desatinado Capitán nos dexó en la posada, y el socorro que su pariente don Guillén nos havia hecho llevándonos á su casa y encargándonos su hacienda. Y así, luego que oyó referir este punto al cuydoso passagero, interrumpiéndole su discurso, le preguntó nuestros nombres, edad, patria y señas, á que satisficó, respondiendo: que nuestra tierra era Cataluña, nuestros naturales nombres don Dalmao y Dionisia, y los fingidos, Clavela y Valerio, retratándole al vivo nuestras facciones, edad y disposición; con que el advertido sardo, que nos havia visto muchas vezes en casa de don Guillén, acabó de enterarse que éramos los que iba á buscar. Y diziéndole que él solo pudiera satisfacerle aquella diligencia y deseo, le prometió llevarle donde estábamos, contándole lo que faltava de nuestra historia, y él no sabia, desde que se encargó de nosotros don Guillén, cómo nos tenian todos por hermanos en aquella

tierra, el cargo que ejercitávamos de ganaderos, y el segundo disfraz de nuestros apellidos, llamándonos Mireno y Linarda.

“Agradecióle lo possible tan deseado aviso, esperando de la liberalidad de don Jacinto albricias iguales á sus deseos. Desembarcaron en Caller, y llegaron á nuestro castillo, como os he dicho, siendo en él recibidos con amor de pariente y esperanças de consuegro, pues le miravan ya como á padre de quien esperavan havia de ser esposa de don Leonardo.

“Estava yo retirada, cuando vinieron, en mi aposento, entretiniendo la esperança, afligida con la dilación de mi esposo y nuestro amigo,—y assí, pudieron en mi ausencia, (después de saber la causa que traia al español á aquella isla) industrialle en lo que havia de fingir conmigo cuando me viesse;—contento don Guillén de que correspondiesse su venida con lo que él me havia prometido cuando me persuadió que don Jacinto estava en Caller por nuestra causa. Informado, pues, de lo que me havia de dezir, me llamaron; y apenas vi á Roberto,—que assí se llamava el español, criado de Marco Antonio,—cuando, conociéndole, le dixé:

—“Pues, Roberto ¿adónde queda don Dalmao y nuestro amigo don Jacinto?,,

—“En Caller (respondió, regozijado de verme) os aguardan los dos, señora mía; que la prissa que da para partirse una fragata que camina á Nápoles, no permite dilaciones devidas al agradecimiento destes cavalleros. Satisfechos quedan con las cartas que vuestro esposo les ha escrito. Suplid por ellos lo que el tiempo estorva, y disponeos luego para embarcaros en un bergantín que os espera dos leguas de aquí, que los deseos que tendréys de verlos no admitirán la dilación prolija de cuarenta leguas, y más, que hay por tierra desde aquí á Caller.,,

“Díle albricias con los braços, y no sé qué joyuelas de oro con que me hallé entonces, diziéndole:

—“Pues ¿cómo no me traes á mí también cartas tuyas, siéndolo yo viva?,,

“Respondió:

—“No han querido disminuir el contento que os causará su vista, con papeles menos significatibos que sus braços. Dádselos á vuestros bienhechores, y despedíos dellos, que nos havemos de partir al punto.,,

“Llegó entonces don Guillén acreditando estas ficciones, y mostrando, por una parte, sentimiento de mi partida, y por otra, gusto de mi consuelo. Lloraron su esposa y Clemencia, que ya se havia reconciliado conmigo, y contándome aquella mañana todas las marañas de su amor, que os he referido. Díle la bienvenida á su padre Guillermo, y despedíme de don Leonardo, que, avisado de la buelta de su tío, acabava de llegar de Oristán. En fin, aprestado un vergantín que tenia don Guillén, y avisado su arráz de lo que havia de hazer, me acompañaron hasta el primer puerto, tres leguas de allí, Guillermo, don Leonardo y su padre. Y dándome, á la lengua del agua, los últimos abraços, y entre ellos amorosas encomiendas para mi esposo, nos embarcamos Roberto y yo, haziéndonos á la vela media hora después de anohecido. Creía yo que me llevavan á Caller, yendo navegando costa á costa, y halléme, cuando amaneció, engolfada en medio el mar sin saber adonde hazian su derrota. Engendré desto nuevas sospechas, sin que las asegurasse el dezirme que por haverse partido don Dalmao y don Jacinto al punto que Roberto se apartó dellos y vino en mi busca, por no permitirlos detener la prissa que la fragata les dava, ni poder dexarle don Jacinto porque llevava en ella cosas de consideración, le havian mandado que la guiasse en aquel vatel á Nápoles, donde desembarcarian todos (si no á un tiempo, llevándose poca ventaja), y que no se havia atrevido á descubrirme esta orden porque no rezelasse cosa en agravio del amor de don Dalmao, hasta que, entreteniéndome con mentiras, llegásemos al

Puerto pretendido; pero que la importuna instancia que les hazia los forçava á dezirme la verdad. No pocas me pronosticava el alma. Pero ni dándola del todo crédito, ni del todo menospreciándola, entre rezelos y confianças, con el favor del viento y diligencias de los remos, á cavo de ocho días aportamos á aquella ínclita ciudad, donde, por algunos días, dió la Fortuna treguas á mis trabajos.

“Para este lugar os he guar[da]do los sucessos de don Juan de Salzedo, que desde que le dexamos en la isleta despoblada, hasta que nos vimos en Nápoles, le acaecieron no pocos. Y aquí vienen más á cuento. Los cuales passaron assi, como de algunas vezes supimos, y él os pudiera contar mejor, por estar presente. Pero házeme señas que recibe gusto en escucharme. Y como no le tengo yo si no es obedeciendo, le digo: que emboscándose, como os conté al principio, por escusar el peligro de los cosarios, y no advirtiéndolo ellos, codiciosos con la presa mejor que en nuestra galera tenían por cierta, se embarcaron todos y le dexaron libre y indignado contra la poca cortesía del Capitán, que tan amigo se le mostró, y agora tan poco cuydadoso de su vida ó cautiverio. Atribuyólo más á falta de esfuerço que de voluntad, porque ignorava el aborrecimiento que sus zelos le havian causado. Passó aquella noche con la descomodidad de cena y cama que possada tan yerma podía ofrecerle, temeroso de que la ventaja que nuestros enemigos nos llevaban nos la havian de dar peor, y deseando que con la venida del alva aportasse allí algún vaxel que le sacasse de aquella soledad.

“Quiso, pues, su ventura, que el día siguiente llegassen á vista de aquel isleo las tres galeras sicilianas compañeras de la nuestra, que habiendo corrido la tormenta que os conté y encontrando con las galeotas turcas, las havian dado caça y cogido dos, escapándose las demás. Subióse don Juan, en viéndolas, sobre el

más empinado risco, límite del mar, y con voces y señas pidió á la más cercana le echassen el vatel. Hiziéronlo; y recogido en ella, les dió cuenta de lo sucedido, y del temor que tenia de los alarbes huviessen cautivado la galera en que veníamos, asegurándole desto, refiriéndole la pressa que havian hecho, y que si llevaran los turcos la suya, ó se la huvieran quitado, ó por lo menos, la huvieran visto; y assi, que tenían por cierto que haziendo su viage la havian de hallar en Nápoles. Consolóse con esto, viendo que íbamos libres de aquel peligro. Y navegando prósperamente, llegaron al Puerto deseado, hallando (como havian dicho) en él, nuestra galera, y don Juan sus baúles, joyas y dineros que Roberto le havia conservado de la codicia del Capitán, con favor de los oficiales de aquella galera y algunos camaradas de don Juan que le impidieron el apoderarse dello; el cual, saltando en tierra, sin despedirse de nadie ni llevar en su compañía criado, ni esclavo, de tres que tenia, se desapareció una noche cargado de diamantes y cadenas que tenia mal ganadas. Echaron diversos juizios, todos, sobre su fuga, pareciéndoles á unos que su soberbia le havia llevado á parte donde, dándole muerte sus enemigos—que no tenia pocos,—ocultarian el cuerpo, de suerte que los asegurase del castigo que merecia tal delito. Otros dezian que los que havia cometido en aquella navegación, juntos á los demás que antes della le traían indiciado, acusándole la conciencia, le atemorizarían de modo, que, por evitar las acusaciones de los principales que en aquella galera ivan y estaban mal con él, y la riguridad del Virrey que no consintia desafueros ni supercherías, havia escogido por mejor ausentarse con lo robado que aguardar se lo quitassen con la vida. En fin, séasse por lo que se fuere, él no pareció más, ni don Juan supo de nosotros, sino lo que Roberto le contó, que fué lo sucedido en Cerdeña, donde afirmó nos havia dexado el atrevido Capitán, causándole el sentimiento que de la pér-

dida de tan noble cavallero y fiel amigo podéys colegir.

“Entró en la napolitana corte, y en casa de los padres de Marco Antonio. Dióles sus cartas; y viendo en ellas,—que eran de recomendación en favor de don Jacinto, que assí se nombrava,—lo que les encarecia su valor, amistad, y las obligaciones que le tenian, le recibieron y regalaron con el mismo estremo y gusto que si fuera el propio que se las escrivia. Remitia en ellas, á don Jacinto, el darles cuenta de todos sus acaecimientos y amores, hasta la feliz conclusión dellos en los amorous nudos del Himineo. Y cumpliólo él tan á satisfacción de sus padres, que le dieron infinitas gracias y abraços por haver sido medianero de tan provechoso y noble estado, prometiendo serville y estimalle en el mismo grado que á su hijo. Preguntóles por doña Vitoria, y si estava casada con ella don Artal de Aragón, respondiéndole que aunque él havia estado preso algunos días culpándole en la muerte de Ascanio, y ella retirada en un monasterio, sin dar lugar las persecuciones y diligencias de Próspero á que se tratassen medios de paz ni se executasse el gusto que de su hijo les escribió, le tendria de que se despossasen los dos. Después que el dicho Próspero havia buelto de España, perdidas las diligencias hechas en su vengança, havia puesto los ojos en una prima hermana de doña Vitoria,—que por estar sin padres tenian en casa,—con tantas veras y deseos de convertir sus enemistades en parentesco, que para obligalles á ello dió el perdón deseado á la muerte de su hermano, entrándoseles por las puertas, alcançada la gracia del Virrey, y sido el solicitador en las vodas de don Artal y doña Vitoria, diligenciándolas de suerte que, por orden suya, quinze días havia estavan concluidas, siendo el Virrey que primero los persiguió tanto, agora su padrino y protector, que, porque entonces estavan los recién casados, con don Rodrigo de Avalos, Próspero, y Casandra su dama, en Puzol,—cuyos vaños y jardines eran la más apacible recreación de Nápoles,—no

participavan del gozo que con su venida havia dado á toda aquella casa.

“Holgóse don Juan, con las que oyó, infinito. Y después de haver descansado dos ó tres días, llegaron don Artal, su esposa y los demás, que sabiendo quién era don Jacinto, quién le embiava, y el estado que tenia, aumentaron alegrías y parabienes.

“Esta vida deleitosa passava don Juan, que lo fuera para él si no la contrapessaran memorias de su Lissida y sentimiento de nuestra pérdida, sin remediar lo primero tan larga ausencia, ni lo segundo diligencias que hizo con cuantos desde aquella ciudad partieron á Cerdeña, ofreciéndoles intereses y amistades por que se informassen de nosotros; de que, olvidándose unos, y no bolviendo otros á Italia, se quedaron inútiles sus solicitudes y aumentó desseos con melancolias. Determinóse últimamente,—después que sin fruto havia gastado en esto tres meses,—de embiar á Barcelona á Roberto, para que, dando cuenta á Marco Antonio en particular de todo lo sucedido en su patria y casa (que aunque lo havia él hecho por cartas y recebido respuesta dellas, la cortedad del papel y pluma no le satisfizian como deseava) cuando diesse la buelta á Italia, se passase por Cerdeña, y en ella hiziesse todo lo possible por saber de nosotros; y si por dicha nos hallasse en aquel Reyno, nos llevase á Nápoles con el regalo imaginable, lo cual él cumplió tan bien como en este discurso havéys oído.

“Entretanto, pues, que don Juan se ocupava en esto, Casandra,—cuya hermosura tiranizava la libertad de Próspero,—sin saber cómo, havia rendido la suya á la generosa y gallarda presencia de don Juan, con tantas veras, que se juzgava avarienta por no tener más de una alma de que hazerle dueño. Tres meses havia que resistiéndose á sí misma aumentava grados á su amor,—que por esto le comparan al rayo, que, como él, no se digna de menores victorias que de las que se le oponen con mayores dificultades,—sin atreverse á aliviar sus

llamas comunicándolas, por no tener de quien hazer amigable confianza, pues doña Victoria,—que, como su prima y esposa de don Artal, pudiera apoyar sus deseos empleados en español tan venemérito,—hazia las partes de Próspero, de cuya correspondencia pendia la paz, quietud, y parentesco de aquellas dos ilustres casas; y don Artal, agradecido á la voluntad con que se havian diligenciado sus desposorios, le pagava, con la misma, estas obligaciones, persuadiéndola á querelle; y junto con esto, los padres de Marco Antonio, que deseavan anudar de suerté aquellas amistades que sola la muerte pudiesse dessatarlas, la perseguian. Pero lo que más la desesperava, era ver que el mismo don Juan, descuydado de lo que ella procurava acordarle más, y cuydado de lo que Cassandra más quissiera olvidar, era el principal agente que Próspero tenia. Todas estas cosas, cuanto más la obligavan á no declararse, tanto más la forçavan á consumirse; principalmente, viendo á don Juan tan ocupado en sus mismos cuydados,—empleos que ella ignorava de las memorias de Lisida,—que sin notar los que Cassandra manifestava en los ojos bachilleres, suspiros desmandados y demás acciones con que el amor usurpa el oficio á la lengua, sólo le advertia enagenado, sin saber por quién.

“Tres meses, como digo, gastó en llorar á solas desperdicios del alma no entendidos, y en faores, públicos, dados á Próspero á fuerças de persuasiones de tantos terceros suyos. Determinada, pues, de experimentar lo que podia en don Juan la nobleza,—ya que el amor le acusava la rebeldia,—entretanto que él, aguardando la buelta de Roberto de Barcelona y Cerdeña, se entretenia los más días en caçar dos y tres leguas de Nápoles, uno, que con otros amigos quiso salir á divertirse en este exercicio, ya que estaban los más á cavallo, le llamó Cassandra aparte y preguntó qué hazia, dónde imaginava entretenerse entonces. Respondióla, que en los montes que están en el camino que va á Roma y

siempre abundan de fieras acomodadas á sus deseos, havian hecho sus compañeros aquella vez elección, pero que por qué lo preguntava.

—“Porque me importa (replicó) que en Ambersa, ciudad que sólo dista legua y media y es fuerça passar por junto á ella, hagáys por mí cierta diligencia, tan importante, que sólo la ossara fiar de vos. Pero ha de ser sin que la sepan los que os acompañan.,,

—“Corresponderéys mandándome (dixo don Juan) con el deseo que de serviros tengo, tanto más á mi satisfacción quanto fuere más difícil.,,

—“A lo menos, esme muy importante (respondió ella) lo que os suplico. Pero tampoco os tengo de dezir el misterio que encierra, hasta que sea tiempo y vos os admiréys de su sucesso, el cual consiste sólo en que deys con secreto una carta mía á cierto cavallero estrangero y español, que descuydado deste aviso, si no es indiscreto, le ha de estimar en el grado que yo os estimo á vos.,,

—“¡Válgame el cielo! (replicó don Juan). ¿Cavallero y español en Anversa, conocido de vos, sin serlo mío? ¿Quién puede ser, ó qué aviso le podéys vos dar que le importe tanto?.,,

—“Yo digo la verdad, replicó la dama. Y si le conocéys ó no, presto lo veréys, haziéndome esta merced.,,

—“No quisiera que fuesse el serviros (dixo él) en agravio de Próspero y correspondencia de sus amores. Porque en otra ¿qué os puede á vos importar cavallero de España?.,,

—“Agraviáisme mucho (respondió ella) en tenerme en tan fácil concepto. ¿Yo amor á hombre de vuestra patria no siendo vos? ¡Libreme el cielo de tan depravado gusto! Assegúroos que no tendrá en essa materia quejas Próspero dél, más que de vos. ¿No puedo yo avisarle de algún peligro que, como ausente, ignora, y como estrangero le amenaza?.,,

—“Digo, señora, que puede ser (replicó él), pues fuera de nuestra patria, todas las estrañas que no nos

conocen, nos aborrecen. Y siendo esto como dezís, yo os prometo de serviros de embaxador.,,

—“Pues aguardadme aquí, (dixo ella), que solo me falta sobre-escribir la carta que havéys de llevarle.,,

“Entróse con esto Cassandra, quedando don Juan haciendo juizios sobre quién seria el tal español que no conociéndole Cassandra y estando él en su misma casa, no havia visto, y lo que podria contener el aviso que le escribia. Sutilizando discursos estuvo don Juan hasta que bolviendo la astuta dama con la carta en la mano, le dixo:

—“En una de las hosterías de la ciudad que os he dicho, ha de posar don Gabriel Laso de la Vega, que es á quien va la que os encargo. No tiene esta diligencia dificultad, si no es el cuydado de buscarle. Pero ha de ser de modo que en ella ninguno os ha de acompañar.,,

—“Ya yo, señora, os lo he prometido (respondió él), y lo cumpliré aunque dexé á mis compañeros en la caça de sus montes circunvezinos.,,

—“Podria ser (acudió ella) que ganándome otra persona por la mano, se huviesse adelantado en darle este aviso, y él, luego que le tuviesse, se ausentasse. Y assí, sino le halláys (que lo dudo) romped la cubierta dessa carta; que el segundo sobre-escrito que oculta, os dirá para quién es. Y de éste, yo os asseguro que le halléys al punto que oygáys su nombre.,,

“Más confusión le causaron estas razones que las passadas. Y rogándola se acabasse de dar á entender, le respondió:

—“Don Jacinto, la importancia deste secreto estriba sólo en que vos no lo sepáys hasta que el fin dél os le declare. Hazedme merced de ponerle en execución, sin preguntarme más, y assegúroos que es todo esto favor de la persona á quien más obligación tenéys, y que essa misma carta os sacará antes de mañana de la confusión en que estáys.,,

“Fuésse con esto. Y dándole prisa los caçadores amigos, huvo de remitir á la vista del español encomendado, la averiguación que nunca pudo atinar el pensamiento. Salieron de Nápoles á las nueve de la mañana, que por ser fin del invierno no permitió el frío fuessen más madrugadores. Y haziéndoles el sol provechosa y apacible compañía, gozándole y entretiniéndose con juveniles conversaciones llegaron, sin sentir, á vista de la ciudad de Ambersa. Emboscáronse todos por los montes que la hazen deleytosa y abundante, comenzando en ellos el noble exercicio de la caça, y mandando á los criados, que en una quinta de allí cercana, cuyo dueño era uno de los cavalleros caçadores, les tuviesse prevenidas camas y cena. Dexólos don Juan divertidos en el seguimiento de un benado, y bolviendo las riendas hazia la dicha ciudad, á medio correr, llegó á ella en un pensamiento. Apeóse en la hosteria que primero encontró, donde, en cumplimiento de su comisión, preguntó en llegando por su don Gabriel Laso de la Vega, discuriendo possadas, sin que en ninguna de cuantas tiene aquel lugar y le iba enseñando un moço de la suya, hallase rastro ni señas de tal nombre. Bolvióse adonde havia comenzado, sospechoso de alguna ingeniosa burla, y quitando la máscara á la carta, como se le havia propuesto, leyó el sobre-escrito que encerrava, y dezia: *A don Jacinto de Cárdenas, en Ambersa.* Confuso de nuevo la abrió, leyendo lo siguiente:

CARTA

“Si vos, señor don Jacinto, huvierades aprendido en las escuelas de amor la gramática de los ojos, entendiérades por los míos, á menos costa de mi atrevimiento, lo que tantas vezes os han dicho y vos hasta agora ignoráys. Con todas las damas de Nápoles está desacreditada vuestra voluntad, y con razón, pues siendo tan so-

lícita en acomodar las agenas, pueden sus hermosuras tan poco con la vuestra, que en cinco meses y más de asistencia en nuestra ciudad, ninguna dellas ha sido poderosa á empadronaros por pechero suyo. La mía, á lo menos si fuera tal como Próspero encarece y algunos celebran, formara mayores agrabios—como más doméstica, pues havemos vivido los dos en una misma casa,—de [que en] vuestro salvo os hayáys eximido de su jurisdicción. Estando vos en el mundo, no quiero yo dexar tan mal acreditado mi gusto; él es, que pudiendo hazer elección de vos, la haga de Próspero. Eche él la culpa á las estrellas que os dieron tanto dominio sobre mi libertad, que yo, sin ella, y con resolución de muger amante, estaré en essa ciudad á las dos de la noche determinada de no bolver á mi patria y casa, si no es trayendoos por dueño della y esposo mio. Cavallero soys. Cuando no tengáys amor, fío de vuestra cortesía que por escusar peligros de mi temeridad, me aguardaréys á la puerta de Ambersa, y pagaréys agradecido lo que significo quereros.,,

CASSANDRA.

“Juzgue cada qual por sí mismo cuál quedaria don Juan en leyendo el engañoso papel, y luego discurra por las historias antiguas y modernas á lo que se atreve el amor resuelto en una muger no correspondida, que yo sé que no culpen de demasiado el de la presente, acosada de quien aborrecía y sin entenderla el que adorava. Que[dó] don Juan admirado de tan arrojada determinación, y temeroso de que no acudiendo donde le dezia havia de ser ocasión de alguna desgracia después irremediable, salió, dispuesto á reduzilla, antes que, como es costumbre en Italia, cerrassen la puerta á la ciudad. Aguardando fuera della, á un lado del camino que guía á Nápoles, el fin de aquel successo, ató el cavallo á un árbol y la voluntad á los respetos nobles del amor de Lissida y amistad de Próspero, para que no los

demandasse ocasión tan urgente y peligrosa. Y recostándose en la yerva,—primicias de la Primavera, que por principio de Março abotonava árboles y bosquejava prados,—á cosa de las diez de la noche oyó cerca de sí y en lo más espeso de una arboleda cantar en voz baxa y á medio tono, en su lengua española, á una persona, lo siguiente:

CANCION

¡Adiós, Babel sobervio, Caos confuso,
Idólatras lisonjas, Hur caldeo,
Adonde la mentira vive honrada!
¡Adiós, mar de ambición, donde el abuso
De la codicia y Tántalo deseo
Vive contenta con la honra hurtada!
¡Adiós, red intrincada,
Laço del alma, donde el vicio es liga
Que el apetito instiga,
Pues buelta ya Teseo escarmentada,
Huye de tu alboroto
Burlado el caçador, y el laço roto!

¡Adiós, monte espantoso de impossibles
Que el Sísifo ambicioso en bano sube,
Y cuanto más se encumbra, da más baxo,
Que ya el peso de piedras insufrible
De pretensiones que engañado tuve,
Tu vanidad me enseña y mi trabajo!
¡Echar por el atajo
De la virtud pretenden mis deseos!
¡Adiós, viles rodeos,
Que si, perdido, mi ambición me trajo,
Ya por la senda estrecha
Hallé el camino que á los cielos echa!
¡Ya no seré, del rico y poderoso,
Camaleón, mudando las colores,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1895 MONTAÑESE, MEXICO

Al passo que las muda su arrogancia!
 ¡Ya no daré pesar al embidioso
 Por ver que en la privança y los favores
 Mengua su dicha y crece mi ganancia!
 La bárvara jactancia
 Del ignorante, honrado, menosprecio,
 Por más que el vulgo necio
 Llame sabiduría su ignorancia,
 Pues juzgo por agravio
 Ver rico al ignorante y pobre al sabio.
 ¡Ya no pienso, pues cobra Orlando el seso,
 Seguir del mundo la costumbre avara
 Que vende la amistad á la malicia,
 Dónde la vara de justicia y peso
 Se rinde y reconoce al peso y vara
 Del mercader, aunque era de justicia!
 ¡La hidrópica avaricia,
 Y en traje de verdad la vil mentira
 Que al alma flechas tira,
 Huyendo voy; que no hay quien la codicia,
 Si no es huyendo, dome,
 Pues mata de hambre más, cuanto más come!
 ¡A vosotras, sagradas soledades
 Donde Naturaleza está segura
 Sin que la vença del engaño el arte;
 A vosotras, custodia de verdades
 Donde el cielo retrata su hermosura,
 Donde no abrasa amor, ni inquieta Marte;
 A vosotras se parte
 Mi dicha alegre, porque pueda á solas,
 (Seguro de las olas
 Del mundo) cielo hermoso, contemplarte,
 Y ver las luzes bellas
 Del claro sol, la luna y las estrellas!
 ¡Allí veré el Oriente, allí el Ocaso,
 En segura quietud, en paz tranquila,
 Sin que el temor del mundo me dé asalto!

Allí, como el Filósofo, hecho el vaso
 Pedacos, los cristales que distila
 La fuente beberé sin sobresalto!
 ¡Ni del lugar más alto
 Me asombrará factónica caída,
 Ni la privada vida
 Por verme solo y de riquezas falto,
 Dará el deseo vatalla,
 Pues la mayor riqueza es despreciarla!
 ¡Allí en dulces y tiernos soliloquios,
 Libre de amor fingido, ingratos zelos,
 Se entretendrá con Dios el alma quietal
 ¡Allí el silencio ofrecerá coloquios
 Que subirán suspiros á los cielos,
 Que amor es de las almas estafetal
 ¡Oh, vida más perfeta
 De cuantas tiene el universo mundo,
 En ti mis gustos fundo,
 Por más que Babilonia me prometa
 Que si en su barbarismo
 Riquezas goza el hombre, en ti assimismo!

“Por la voz le pareció á don Juan que conocia al des-
 engañado dueño de la canción. Y deseoso de averiguar
 quién era, quiso entrar por la espesura y hablarle. Pero
 difiriólo hasta la mañana, porque si Cassandra venia en
 consecución de sus arrojados deseos, no hallándole allí
 y culpando su cortesía, daría causa á alguna desgracia
 después irremediable. Parecióle con esto que el que la
 cantava havia hecho elección de aquel oculto lugar para
 hospedarse aquella noche, y así, dexó lo menos por lo de
 más importancia. Toda ella estuvo de posta desvelado,
 pareciéndole que cualquier liviano movimiento era la
 amorosa napolitana, y haciéndosele aquella noche la más
 prolija de cuantas en su vida havia passado. Pero ni
 Casandra vino, ni el Aurora se olvidó de despejar la re-
 cámara celeste, barriendo estrellas y dexando limpio el

camino acostumbrado del mayor planeta, que ya comenzava, con franjas de oro, á guarnecerle faldas de púrpura. Viéndole, pues, coronar pródigo cabeças de montes y besar amoroso cumbres de árboles, sin parecer la dama, tuvo por cierto que havia sido su carta más ficción que efecto de amorosa voluntad, de que no le pesó, antes dió por bien empleada la burla, á trueco de que Casandra quedasse en la possession de su honesto crédito y él saliesse de aquella apretura. Entró, con esto, á buscar al discreto músico, y á poca distancia halló un Peregrino dormido de puro desvelado. Conocióle luego, y maravillándose de ver en tal parte á don Dalmao, sin permitirle ser cortés con su sueño el deseo de comunicarle despierto, le dió una voz, á que se levantó asustado echando mano al bordón, preñez de un limpio estoque y seguridad de su peregrinación.

—“¡No tenéis enemigos que temer (dixo el alegre toledano) si no son vuestros mismos pensamientos, que, según lo que miro en vos, son los que más os persiguen; porque en mí, antes hallaréys abraços que ofensas!.,

—“¡Ay, amigo verdadero! dixo el zeloso catalán. ¡Y qué prevenido os hallan siempre mis desdichas en sus mayores necesidades! ¿Quién os guió á tal parte para reparo de un alma tan necesitada de vuestros consuelos, cuanto perseguida de sus mismas potencias? Pero ¿qué os pregunto, si sé que vive la mía en vos, y por el consiguiente, os avisa de mis infortunios?.,

—“A lo menos, cuydadosa dellos (respondió don Juan), he hecho las diligencias imaginables en vuestra busca, sin saber más de la mala cuenta que dió el Capitán en Cerdeña de sus obligaciones y vuestra amistad, dexándoos en ella á beneficio de estrangeros y pruebas de la Fortuna. Pero agora que os veo, ganad vos las albricias de vos mismo que os ofrezco en estos braços. Y antes que salgáys dellos, sacadme á mí de la admiración en que me tienen los desengaños que anoche cantastes, y la

soledad en que os veo sin la compañía de vuestra hermosa consorte y mi señora.,

—“De buena gana me olvidara yo de lo que me obligáys á referiros (dixo don Dalmao) por ahorraros del pesar que os ha de causar el saberlo. Pero ni vos consentiréys penas en mí de que no os quepa la mitad, ni yo cumpliré con lo que os devo si os lo oculto. Sentaos aquí, que yo seré breve cuanto pudiere, porque lo sea vuestro sentimiento.,

—“Antes me parece mejor que caminando poco á poco á Nápoles (replicó don Juan), pues la tenemos á la vista y el sol nos sazona la legua y media que hay de aquí á ella, gastemos esta breve distancia, vos en consolaros comunicándome vuestras desgracias, y yo en participarlas escuchándooslas.,

“Concediólo el apasionado amante. Y así, desatando el cavallo y dándoselo á un labrador que encontró en el camino para que se le llevase delante, dió ocasión á que don Dalmao le contasse todo lo que le sucedió en Cerdeña, menos la ocasión de sus zelos, que éstos, pareciéndole que el contarlos era hazerse agravio á sí mismo, callándolos, los trocó en dezir que Dionisia de una rigurosa y breve enfermedad havia muerto cuando con más gusto disponian sus bodas, causando esta pérdida la desesperación que oistes le ocasionaron sus agrabios aparentes, hasta que sacándole de sí el sentimiento, se fué por aquellos montes publicando lástimas; y dexando en ellos colgados los disfraces (ya inútiles) de una palma, determinó más considerado aconsejarse con sus escarmientos, menospreciando pretensiones del mundo,—liengo de Flandes en quien desde lexos causan recreo sus apariencias, y miradas de más cerca hasta las colores con que se pintan son falsas,—acogerse al sagrado de una religión penitente y solitaria, para cuya execución se embarcó secretamente en el traje de peregrino que le hallava; y desembarcando en Salerno, supo de un capitán de Nápoles, español, cómo havia

algunos meses que don Jacinto de Cárdenas asistía en aquella deleytosa ciudad, con apacible aprovación de sus cavalleros...

—“...Y pareciéndome (dixo) que disponer de mi vida (en quien tanta jurisdicción tenéys) sin vuestro consentimiento, era salir del siglo con mala reputación, determiné primero daros parte de mis resoluciones. Anochecióme antes que llegasse ayer á Ambersa, y combidado de la amenidad destos árboles y la quietud de su soledad, juzgándome ya en la que apetezco, canté lo que oistes y á quien agradezco el ocasionaros á buscarne...”

“Con lastimosas señales mostraron los ojos de don Juan los estremos que reprimía en el alma por no aumentar tormentos en su amigo, pues según las veras con que siempre tomó por su cuenta mis cosas, puedo assegurarle que le llegó al corazón mi fingida muerte. Consolóse lo mejor que pudo, y alabó su cuerda elección, ofreciéndole cuanto valía para conseguilla y aconsejándole mirasse con madurez el estado que escogía [y], pena de ser después notado de mudable, havia de conservar toda su vida, diziéndole que para tratarlo más á su satisfacción, le estava bien la asistencia de Nápoles en su compañía por algún tiempo, en cuyo Reyno tan poblado de Religiones y virtudes podria escoger la que más le aconsejasse su inclinación. Consintió á tan cuerdas amonestaciones mi esposo, acabando casi á un tiempo la determinación de sus propósitos y su camino.

“Cassandra, que con amor determinado havia escrito la carta que don Juan se llevó á sí propio, resuelta en executar lo que por ella proponia, luego que él se partió, entrando en el aposento donde don Juan dormía y tenia sus vestidos y galas, cerrando tras sí la puerta, buscó el más á propósito para su amorosa transformación, acomodando á la necesidad de su prisa lo que tan mal le havia de entallar, pues la desigualdad de cuerpos no era sastre á propósito para ajustalla el traje de su aman-

te; pero ¿cuándo reparó el amor en propiedades? Ella, en fin, los rebolvió todos, escogiendo el que más corto le pareció, que fué de tabí pagizo. Y reparando en las faltriqueras, donde sonavan papeles, curiosa de saber si por ellos podia sacar los empleos de voluntad tan encarcelada como la de su dueño, desembolvió algunos que Lissida en Toledo le havia escrito cuando en los caniculares de su amor con más fineza le favorecia. Sacó don Juan todos los que havia recibido en Toledo, consigo (y llevándolos, mal pudiera olvidar á quien tenia en su ausencia tan solícitos despertadores). Estavan repartidos entre las faltriqueras de todos sus calçones, repassándolos como se los iba vistiendo, y cupiéronle agora á Cassandra los más regalados y significativos, que como se escribieron en vísperas de las vodas que tratavan celebrar, el más desamorado título era de “esposo y dueño mío...”. Leyó el primero que se le vino á la mano, y pagóle el desengaño que le dió, en hacerle pedaços. Prosiguió el segundo. Y sin aguardar al tercero, á los principios zelosa y á su parecer injuriada, —que las mujeres cuando amamos de veras, aun de los amores antecedentes formamos quejas,—lloró fuego y suspiró venganças. Pero más considerada después, juzgando que don Juan era casado y siendo lo imposible sus deseos, con gallarda resolución determinó cerrarles el passo y abrir oídos á las solicitudes de Próspero y persuassiones de sus valedores.

“Con la misma determinación, pues, que imaginó salir en busca de don Juan, se fué agora á su tío, después de haver compuesto, como los halló, los vestidos, y en presencia de doña Vitoria le dixo: que por justos respetos que no le estava bien dezir, havia dilatado hasta entonces el obedecerle y honrarse con el esposo que havia propuesto; y que agora, por los mismos, la importava que se apresurasen sus desposorios. Admiraron todos la novedad resuelta de la apassionada dama; pero como acudió su requerimiento á sus desseos, embiando

á llamar á Próspero, á don Artal y á los demás agentes desta pretensión, y dándoles cuenta de lo que passava, hizo el esposo estremos de contento, y los demás de agradecimientos en favor de la desposada, concluyendo parabienes con las escrituras que luego se efectuaron.

“Haziéndose estaban los contratos, al tiempo que entró don Juan con el desconsolado amigo. Y dándole Próspero parte de sus dichas, acabó de enterarse que havia sido burla cortesana la que le havia hecho con su carta Cassandra. Dióla el parabién, risueño; y ella, entre disimulada y sentida, dixo:

—“¡Trabajosa noche os ha dado la caça que aguardáades y os burló, señor don Jacinto!,,

—“¡Trabajosa por cierto!—respondió.— Pero viéndola en poder de quien mejor que yo la merece, con tan alegre día restauraré la mala noche.,,

“Contó luego quién era el Peregrino que le acompañava, callando la muerte de su esposa por no aguar el regozijo presente. Y como todos le deseavan conocer por la noticia que don Juan les havia dado, acrecentaron gozos con su vista. Despachó luego don Juan un criado á los caçadores que, cuydadosos dél, no havian proseguido con su entretenimiento y temiendo algún desastre le havian andado á buscar; los cuales, al punto que supieron lo sucedido, alegres bolvieron á Nápoles, congratulándose con los desposados y previniendo galas y fiestas para celebrar la que esperavan.

“Parece que havia la Fortuna, poco á poco, ido ahorrando dichas nuestras para dárnoslas por junto,—¡que tal vez lo que regatea abarienta en muchos días, lo paga pródiga en uno!—Dígoles, porque cuando toda la casa de Marco Antonio estava llena de alegría y don Dalmao sólo triste en ella, porque no quedasse excluído destas felicidades llegamos Roberto y yo, que acabávamos de desembarcar, estando tan descuydado mi esposo de que le havíamos de hallar allí, como yo de la fama mentirosa que en Cerdeña le llorava por despeña-

do. Puse, luego que entré, los ojos en mi esposo—que como los suyos eran la piedra imán de los míos, violentamente se los llevaron tras sí.—Fuíle á dar los brazos con el regozijo que podéys imaginar, reusándolos desdeñoso. Y admirados todos de tal suceso, no menos lo quedaron (1) cuando me vieron, don Juan, porque me tenia por muerta; Roberto, porque creia lo mismo de don Dalmao; los demás, que no me conocian,—reparando en las demostraciones amorosas con que, en el traje peregrino que saqué de Barcelona, llorava de contento con mi esposo, huyendo él de mis abraços, sebero; y sin saber la ocasión, sentida yo de que cuando aguardava recibimientos exagerables en mi amante, le hallava tan desamorado. Suspendímonos todos por un rato, hasta que don Juan, dando más crédito á sus ojos que á lo que don Dalmao le havia contado acerca de mi muerte, con los brazos abiertos llegó á dezirme:

—“No sé yo, Dionisia mía, [á] quién atribuya el engaño con que vuestra muerte ha celebrado sus obsequias en mi sentimiento; ó á don Dalmao, que la devió de fingir por darme el goço de veros viva,—tanto mayor, cuanto con menos esperanza de tal imposible,—ó á vos, que con algún milagro de los que la Fortuna haze en ostentación de lo que puede, le obligastes á teneros y lloraros por difunta. Pero vivid vos, y sea como ella mandare.,,

—“Yo, amigo don Jacinto (respondió mi amante), os he dicho la verdad, si es muerte verdadera desamparar un alma el cuerpo en que vivia y mudarse al otro mundo, ya que sea falsa la opinión de Pitágoras que afirmava se trasladavan los espíritus de unos cuerpos á otros. El alma de Dionisia ha hermanado estas dos contrariedades. Porque desamparando la havitación de

(1) Así en la ed. de 1631. En la de Sánchez: “y admirados de tal suceso, no menos lo quedaron todos.,,

quien, adorándola, vivía por su aliento, se mudó á otro mundo; que pues se llama mundo menor el hombre, y el alma de Dionisia informa el de don Leonardo, mudándose de un cuerpo á otro muerta es para mí. Si la que veys presente os parece que es mi esposa, engañáysos, que con apariencias mentirosas, esa que tenéis delante es serrana de Cerdeña, y Dionisia fué generosa dama de Cataluña. Essa se llama Linarda; la otra se llamó Dionisia. Essa, en fin, adora á don Leonardo, y la otra, hasta que murió, idolatró en don Dalmao. ¡Juzgad agora, pues, si la podemos llorar los dos por muerta!.,

—“Con justos sentimientos de mi agrabio y lastimosos suspiros de mi amor, le respondí, oyendo nuevas que-rellas contra mi inocencia:

—“Imaginava yo que avonos de mi fama, en tantos días experimentados por vos, y en Caller certificados por don Guillén, siendo testigo don Jacinto, me huvieran sacado de la obligación de satisfaceros agora por mí misma. Pero soys catalán; y en aprehendiendo uno de vuestra nación una cosa, es como el espíritu, imper-suasible. Pudierades, á lo menos, cuando con don Jacinto os partistes de Cerdeña y por no aguardarme perdistes el crédito de amante puntual, hazeros juez desapasionado, como os havéis hecho parte acusadora, y comprobar el processo antes de pronunciar la sentencia; que es rigor insufrible condenar á muerte á Dionisia por las culpas que imputáis á Linarda, puesto que ésta amó tan limpia y inculpablemente á Mireno, como la otra á don Dalmao; en cuya prueba alego aquella isla por testigo, y formo quejas de don Jacinto, pues viéndoos pertinaz en esse error, os consintió salir de Cerdeña antes que con verdaderas averiguaciones quedásedes desengañado y corrido.,

—“Pues yo ¿cuándo, señora (respondió don Juan), estuve en Cerdeña en compañía de don Dalmao?.,

—“Yo soy (acudió Roberto) á quien toca desatar

todo este laberinto más ciego que el nudo que cortó Alexandro. Vuestra esposa Dionisia, señor don Dalmao, puede ser exemplo de firmeza y lealtad á todo el mundo; y por mucho que la améis, no sé si igualará á los méritos de su valor. Clemencia, enamorada de su primo don Leonardo, os engañó á todos fingiéndose, con él, Linarda; con vos, amante vuestra; y con Dionisia, amiga, haziéndola escribir papeles que vendía á don Leonardo por suyos, dándole favores propios en nombre ageno, y en fin, siendo quien os persuadió á bolver desde Caller á oír de noche equivocaciones de su amor, disfraçadas con la voz y apariencia de vuestra esposa. Ella misma lo confessa en esta carta que para abono de Dionisia, sin saberlo ella, me entregó. Concertada queda de casarse con su primo, aunque medios tan cabilosos no merecian fin tan á su gusto. Don Guillén y toda su familia han llorado vuestra muerte, juzgando, en el desesperado trofeo de vuestros disfraces heredados de la palma, el precipicio de vuestra vida, ignorante de todo esto. Hizimos creer á vuestra esposa que don Jacinto, en busca suya, havia surgido en Caller, y que vos, desengañado y más amante, embiávades por ella; que no hallamos medio más eficaz para tantos inconvenientes, que la presencia y cordura de don Jacinto á quien respeto siempre como á padre. Con estos engaños la he traído, donde (cuando era fuerza dezirle lo que se llorava en Cerdeña por cierto de vuestra muerte), os hallamos vivo, y obligado á dar crédito á todas estas cartas que escriben á don Jacinto, don Guillén, Guillermo, don Leonardo y Clemencia; pues aunque no le conocen, la noticia que distes de su valor y el conocimiento del de vuestra esposa, les ocasionó á encomendársela y declarar su inocencia perseguida y vuestra muerte inconsiderada. Sus letras conocéys; lealdas, y satisfazeos revocando propósitos y premiando trabajos tan poco merecidos.,

—“Inmóvil escuchava estas cosas mi absorto dueño.

Pero abriendo don Juan los pliegos y obligándole á leerlos, desengañado y corrido, quiso, por no hallar palabras satisfactorias á mis injurias, sellar los labios con mis pies. Troquélos en los brazos de quien tanto havia que era dueño. Celebraron todos, á imitación de don Juan, nuestras amistades. Y regalándonos como á recién venidos, á mí, del mar, y á don Dalmao de su peregrinación, remitieron para la noche la relación de nuestros sucessos, que prometimos, cumpliéndolo con admiración de todos y aumentos de la voluntad que por abono de don Juan nos havian cobrado.

“Dió, después de todo esto, Roberto, las cartas que traía de Marco Antonio, á sus padres, hermana, don Artal y á su amigo, mostrando en todas el gusto que havia recibido con los desposorios de su hermana y el noble aragonés, y el que tendria de que se efetuassen los de Próspero y Cassandra. Pero en particular encareció á don Juan cuán mal cumplia con las obligaciones de hijo y de amante, siendo tan cruel con sus padres, que en dos años que no sabian dél, desperdiciando lágrimas y diligencias, les havia pagado, su ingratitud, en plata decrépita las deudas de su amor, de manera que si se tardava más era forzoso darles la muerte los últimos alcances de su vida; que su dama, según se havia informado, estava por casar, y don Baltasar, su competidor, ausente el mismo tiempo que él, de donde conjeturava que apariencias de agravios (en la substancia mentiras) le havian precipitado á tan costosa vengança para todos; que si Lissida la merecia (que se le hazia difícil de creer) no, á lo menos, sus padres, ciudad y amigos, que todos le echavan menos y á todos hazia falta. En fin, concluyó, que él estava de partida para Toledo y determinado de no pagar con silencio ingrato las obligaciones que á sus padres tenia, sino de dezirles dónde, cómo y por qué se havia castigado á sí y á ellos con su ausencia; pero que si le dava palabra de alçarse el destierro á sí propio, y dar la vuelta á Barcelona, le espe-

ria en ella tres meses, y partiendo juntos á Castilla acabaria de reconocerse adeudado de su amistad y sin esperança de poder desempeñarse. Avisávale también cómo mi padre estava en el cielo, y dos hermanos que quedaron míos, el uno, en Malta honrado su pecho con la cruz belicosa de aquella milicia, y el otro, casado y desseoso de saber de mí y de mi amante y acabar, con amistades amorosas, vandos y enojos antiguos.

“Menos persuasiones que éstas havian menester los desseos y amores de don Juan para acetar tan cuerdo partido; pues si la imaginación de que su dama estava en ageno dominio havia amortiguado alguna parte de su amor, agora que supo era dueño de su libertad, resucitó con mayor aliento. Esto, y la compassión de sus padres, le dispusieron de suerte que revocando determinaciones passadas dió cuenta á los de Marco Antonio, á don Artal, Próspero, don Rodrigo, doña Vitoria, Cassandra, á don Dalmao y á mí, de los verdaderos sucessos de sus amores, restaurando con ellas el nombre de don Juan de Salzedo y jubilandó el de don Jacinto de Cárdenas. Y declarándonos los propósitos de restituirse á los ojos de sus dueños, no hubo quien no los aumentasse con persuasiones y consejos prudentes, si bien sentian su partida con efectos amigables; pero, en fin, pudo más en ellos el entendimiento que la voluntad. Enseñonos después á los dos la cláusula que nos tocava; y aunque leyéndolas lloré á mi padre con natural compassión, consolóme la quietud que nos assegurava su falta, y era lo que más estimávamos de su herencia, para cuyo efeto ordenamos nuestra partida acomodándola don Juan con la suya.

“Holgóse Cassandra cuando la vió prevenida, desseosa de desarraigat con ella reliquias que de su primera voluntad havian quedado, pues pocas vezes amante verdadero se limpió de calentura mientras la causa está presente. Havíame cobrado particular afición, y en fe de ella, me descubrió la que á don Juan havia tenido y

la retirada cuerda que la obligó á hazer los papeles que leyó de Lisida, con todo lo demás sucedido hasta el presente estado.

“En resolución: Próspero y ella se desposaron, y juntamente don Dalmao y yo, siguiéndose á sus regozijos lágrimas de nuestra despedida. Y con cartas para Marco Antonio, de todos, nos hizimos á la vela, remitiendo al silencio cosas de poca importancia que nos sucedieron en el viage. Llegamos á Barcelona en veinte días. Fuimos recibidos de Marco Antonio y Estela, al passo que desseados. Avisaron á mi hermano de mi venida, y mediando intercessores amigos se reconcilió con nosotros y nos entregó liberal la parte de nuestra herencia, que aunque dividida en tres, fué suficiente para acreditarme por rica. En estas diligencias, y otras que de industria voy abreviando, gastó don Juan mes y medio. Y habiendo dos años y medio que le perdió Toledo, bolvió á sus ojos (á costa de los nuestros, tristes sin él) con el gozo y aplauso de sus amigos y naturales, que veo, y con la seguridad de sus rezelos y premio de la firmeza de su esposa que merecieron amores tan dificultados y por el consiguiente de tanta estimación. No le acompañó Marco Antonio por impedirlo la preñez de Estela; pero prometió partir en su seguimiento luego que saliese á luz el fruto que esperaban.

“Pocos días nos dió la Fortuna de vacaciones, pues á los quinze de la ausencia de don Juan, cuando con más quietud gozávamos mi esposo y yo el fruto de tantos trabajos, vino á Barcelona mi hermano menor desde Malta, que heredando la severidad de mi padre, se dió por agraviado de que mientras él vivía se atrevisse contra su voluntad á intitularse mi esposo don Dalmao, y se apossessionasse, sin su permissão, de la parte de mi herencia. Espiávale con secreto cada día, hasta que uno que supo estava fuera de la ciudad tres leguas de ella, le asaltó ayudado de dos criados. Pero aunque hizo lo

possible por executar en su vida su vengança, mi esposo, con solo un amigo y la razón—que valia por mil,—le hirió de una estocada, tendiéndole en tierra no sé si muerto ó en vísperas dello; y huyendo de allí hasta salir de aquel Principado, me escrivió desde el más cercano pueblo lo sucedido, avisándome que no pararia hasta Toledo, donde, en compañía de don Juan, ni temeria persecuciones ni echaria menos otra cosa sino mi presencia. Aconsejóme que por dar lugar á la justicia me retirase á un Monasterio. Pero yo, acostumbrada á resistir semejantes desdichas y á peregrinar trabajos, me embarqué una noche secretamente, con favor de Marco Antonio, hasta Alicante, y desde allí he caminado hasta esta ínclita ciudad donde, tengo esperanças, llegará brevemente don Dalmao, y participando de la buena suerte de don Juan y de la voluntad que en él tantas vezes hemos experimentado, me asseguro tendrán fin nuestros infortunios, colgando las esclabinas y bordones en el templo de su amistad, para eternos trofeos de su nobleza y cortesía,,.

Zessó Dionissia, y celebraron lágrimas compassivas de las damas y alavanças justas de los cavalleros este sucesso, admirando unos sus desgracias y encareciendo otros la discreción y donayre con que texió casos tan peregrinos, alabando la fecundidad de su memoria, y que con tanta orden contasse lo que en diversos tiempos experimentó en sí misma y oyó de las personas comprehendidas en su discurso. Púsoles fin don Juan llevándolos á todos á un estanque cristalino y espacioso, en cuya mitad estava artificialmente dispuesta una isleta adornada de variedad de flores y verduras y en ella las mesas capaces para los combidados. Passaron á ellas por una puente levadiza compuesta de arrayanes y murtas que la servian de antepechos, y levantándola luego quedaron cercados de agua.

Esperando estavan todos el modo con que se les havian

de servir los manjares, porque distando igualmente de tierra en la mitad del estanque, no les parecia podian venir, sin mojarse, menos que bolando. Pero mientras dezia don Alexo, "la primera cena á nado será ésta que haya visto el mundo,,," sonando todas las diferencias de instrumentos bélicos que inventó la milicia, por las cuatro partes del cristalino estanque, salieron encima de sus ondas cuatro aparadores en forma de pirámides de jaspes, pórfidos y mármoles, y en la sustancia de madera, que, calafateada diestramente con la mezcla de betún marineró, havian impedido que las aguas escudriñasen sus interiores. Pusieronse, en proporción vistosa, cada uno á su esquina; y en afirmándose en sus sitios, comenzaron á disparar un ejército de artificiales fuegos que, sin perjuicio de los que miravan, poblaron con instantáneas cometas la curiosidad del más inquieto elemento; y consumidos, prosiguiendo músicas pacíficas á sossegar el estrépito de las primeras, se cayeron embueltos en llama los cuatro capiteles de las pirámides, quedando descubiertos los aparadores: el primero, poblado sus gradas de baxillas ricas y curiosas servilletas, toallas, ramilletes y brincos, con toda la demás máquina de que se sirve la gula y el apetito; el segundo, estava proveído de todos los servicios y manjares que habian de satisfacer á los comidados; el tercero, de los postres, frutas y conservas de todas diferencias, ocupación apetitosa de las Religiosas toledanas, que en esto, como en discreción, hermosura y virtud, se aventajan á cuantas en el mundo professan su clausura. Finalmente, el último estava vastecido de vasos tan vistosos en el artificio como opuestos en la materia, porque allí, como en las mesas de Agatocés, se atrevian á competir el barro y vidrio con la plata y el cristal. Acompañávanle multitud de cantimploras de nieve, unas, proveídas del licor Dionisio, que en las comarcas de Toledo no embidia los Falernos y Surrentinos tan decantados de Marcial; otros, de agua de canela; y los demás, del néctar con que

Tajo satisfaze sedes y hermosea caras. Alumbrávanse todos con faroles preñados de luzes que en presidios de vidrio se burlavan de combates del viento, aunque le hazia fresco. Cada una destas máquinas echó enllegando un passadizo adornado de varias yervas y rosas, por donde salieron, con gusto y admiración de todos, gallardos pajes y gentilhombres, que, sirviendo los principios, le dieron al vanquete.

Duró tres horas, con todas las circunstancias que podian hazerle espléndido de manjares, instrumentos, poesías, motes y agudezas, hasta que fenecido, y levantadas las mesas con todos sus despojos, se cerraron las cuatro pirámides, poblado segunda vez la tercera región, á diferencia de la passada, de infinitos y menudos pajarillos, las damas de ramilletes, y las aguas de pezes, çabulléndose los artificiosos aparadores por las mismas partes que aparecieron. Dexaron despejada la isleta, satisfechos y alegres, los comidados. Y coronada, sin saber por quién, Isabela, Princesa y sucesora jurada de don Juan y Reyna del Cigarral venidero, recibió parabienes, y don Juan gracias. Conversaron sobre cena varias y sutiles materias. Llegó por la posta el sueño; y para recibille, bolviendo á echar la levadiza puente, salieron todos, hallándole acostado en regaladas y frescas camas, en cuya compañía los cogió el alva, haviendo don Juan y Lissida cumplido la obligación de su suerte como dellos se esperaba.



CIGARRAL CUARTO



MITAVA el Aurora á la Ninfa-laurel en la velocidad con que huia atrevimientos del Sol que azechándola risueño por las vidrieras del Oriente la seguia más para beberla el sudor en perlas que desperdiciava que con esperanza de darla alcance, cuando Isabela, más hermosa que ella, Reyna de aquel día, despertando sus efimeros vassallos, en coches que les previno los trasladó al Cigarral asiento de su jurisdicción.

Era día de fiesta; y por cumplir en ella con las obligaciones cristianas, antes que entrassen en el apacible sitio, los llevó á una hermita nueva y curiosa que á la entrada dél hizo el dueño Religioso y ilustre del dicho Cigarral, donde oyeron missa y ocuparon en devociones parte de la mañana. De modo que cuando entraron en su quinta, pareciéndole á la Reyna tarde para representar antes de comer una comedia que les tenia, de parecer de todos se remitió para la tarde, ocupando lo que faltava de la mañana en música y vayles.

Y ya que el calor los combidava á passatiempos de más sosiego, entoldado un jardín, pedaço del de Adán, —cuyas paredes se vestian de doseles de naranjos y limones, pegados con ellas, que servian de escalas á jazmines, parras y nuezes, con que, sin dexar blanco en sus piedras, pudiera causar embidia á los sitios más so-

bervios,—les ofreció assientos; y Isabela, en el más eminente, mandó que por su orden fuesen todos diciendo los versos que tuviessen en la memoria, aunque á diversos propósitos, comenzando desde don Lorenço que estaba casi á su lado; el cual, obedeciendo dixo:

—“Esta Canción acaban de embiarme de Madrid, á los desposorios por poderes de dos títulos, estando el esposo ausente. Leyéndoosla cumpliré con mi obligación y el deseo del poeta, que es lograr sus estudios en tan discretos oyentes.,,

CANCIÓN

Con más cambiantes que sobervia peyna
De Juno el ave, si doradas plumas
Ojos un tiempo de Isis veladores,
La toda lenguas, de los tiempos Reyna,
Cristales rompe, multiplica espumas,
Exala aromas y produze flores;
Y emulando esplendores
Que al sol hazen injuria.
De la española Menfis buela al Turia,
Mensagera sutil de Mançanares,
(Si no con caduceo, con talaes),
Tan bizarra, que agravia
Al poético pájaro de Aravia.
Recíbela festivo; y en vez de obas
Vestido el cano padre de esmeraldas,
De sus Ninfas comboca el sacro coro
Que dexando las lúzidas alcobas,
Brillantes piedras, orla de sus faldas,
Recaman telas y entretexen oro;
Y ostentando el tesoro
Que oculta en sus cristales,
En un trono de perlas y corales
(Sitial agora, si otras vezes, carro)

Sentándose festivo, si bizarro,
Al bien que ya barrunta
Albricias manda y la ocasión pregunta.
— “Una nieta (responde la que anuncia
Las nuevas enemigas del silencio)
Tienes joh, sacro Turial en Carpentania,
Hija del claro espejo que entre juncia,
Espadaña y bervena, reverencio,
Néctar que bebe Apolo y brinda Urania.
Desde la griega Albania
Hasta donde á Faetón llora y sepulta
La adusta plebe, con piedad, si inculta,
No honró Naturaleza, diestro Apeles,
En otro igual desvelo sus pinzeles,
Pues en ella procura
Hipérboles mostrar de la hermosura.
Progenitor de su belleza suma
Es el Vice-Filipo, que deroga
Del interés la vil jurispericia,
Y de Areopago laureó la pluma
Porque cedan las armas á la toga,
Merecido blasón de su justicia;
La universal noticia
De leyes autorigan su nobleça
De la corona de Aragón cabeça,
A quien si el ciego bates alcançara
Illiades de Aquiles dedicara,
Y el Macedón Monarca
Ofreciera del Rey Assirio el arca.
“El nácar donde amor perlas congela
Madre que en ésta cifra su tesoro,
Es la Egeria de nuestro español Numa,
Que no porque Penélope y su tela
Guarden al Griego el conyugal (1) decoro,

(1) *Conyugal*. En todas las ediciones, *conyugal*.

La aguja basta á entorpecer la pluma.
 Eternizar presume
 Tres Corinas la Fama en sus historias,
 A quien Píndaro ofrezca tres vitorias,
 Que si dió la primera, en Grecia, á Thebas
 Nuevos blasones y murallas nuevas,
 No ya de augustas ramas
 Apolo cenirá sus Epigramas.

“Imbente la otra el dórico Poema,
 Y Ovidio alabe á la tercera en versos
 Dando á los suyos célebre renombre;
 De Cleubolina la elocuencia estrema
 Canten los geroglíficos diversos.
 Y sus enigmas, porque al mundo assombre;
 Safo, en Lesbos, dé nombre,
 A los sáficos versos que hasta agora
 La Iglesia canta y honran á su autora,
 Y eternamente Alpaída y Anastasia
 Ilustren, una á Europa y otra al Assia,
 Pues no hay difícil trance
 Que si le intenta una muger, no alcance.

“Pero ésta, ilustre más que todas ellas,
 Que sin mapas, esferas y astrolavios,
 Del cielo sus estudios haze dignos
 Orbes midiendo y numerando estrellas,
 Por discípulos tiene á los más sabios
 Residenciando con el sol sus signos;
 Los astros que benignos
 Influyen sus divinos pensamientos,
 La revelan sus leves movimientos;
 Y del milésio Thales cada día
 Aventaja á la oculta Astrología
 Juntando su elocuencia
 A la hermosura, la nobleza y ciencia.
 “De aquestos dos principios (que en un nido,
 Laço de amor, son uno indivisible)
 Este milagro célebre procede;

Y por eternizar contra el olvido
 Su prosapia (sin nietos imposible)
 Un sol buscaron que su casa herede;
 Rendir sus flechas puede
 El que á Pitón ostentativo enseña,
 Al que sobre el Oriente de Cerdeña,
 Si el mundo padeciera más diluvios,
 Pudiera restaurar con rayos rubios,
 Y ver en su grandeza
 Competir la hermosura y la nobleza.
 “Conformáronse, en fin; que la Fortuna
 Propicia, aunque embidiosa, en yugo leve
 Juzgó igual de tal dicha á su consorte,
 Y el Sol enamorado desta Luna,
 Ausente della á desposar se atreve
 Mandando Amor que su pesar reporte.
 Amaneció la Corte
 A ver la novia y á gozar la fiesta
 Tan vizarra, tan bella y tan compuesta,
 Que en gracia y nombre de los dos amantes
 Lo menos que arrastró fueron diamantes,
 Mostrando en su riqueza
 Grandes de España y grandes en belleza.
 “Damas y Cavalleros, en la gala
 Venus y Adonis, si en la vista soles,
 A honrarse, con honrar los novios, llegan,
 Y hecho cielo en la tierra la gran sala,
 Serafines de amor, aunque españoles,
 Alumbran almas, cuando cuerpos ciegan;
 En agua aromas riegan,
 Andando allí tan pródigo el contento,
 Que es Alexandro Midas avariento;
 Y en galas, trajes, joyas y bordados,
 A los dueños se igualan los criados,
 Que en fee de lo que medran
 Diamantes pienso que hasta el suelo empiedran.
 “Del monarca metal honran sus barras

En campo de rubís los que el Senado
 A Mantua passan, que celebra Roma,
 Que entre hermosuras del amor vizarras
 Autorizan las canas, si el nevado
 Puerto de la vegez Abriles doma.
 La cándida paloma
 A dar la maño vergonçosa llega,
 (Por medio del pacífico colega
 Que en toga, merecida, de escarlata,
 Del tiempo esmalta la peinada plata)
 Al Salomón prudente
 Por quien celebra España á Benavente.
 "Del dichoso Marqués fué sosituto,
 Que á quien Filipo su gobierno fia
 Bien pudo Villasor fiar su esposa;
 Y al pronunciar el sí, de amor tributo,
 Nuevos rayos del sol dieron al día
 Grana entre nieve, de la Aurora hermosa.
 La Corte generosa,
 "Feliz mil vezes,, esta boda llama,, -
 Esto al Turia contó la leve Fama;
 Y él, gratulando su vegez proliza,
 Sobervio con la honra de tal hija,
 -"¡Vivan siglos dorados
 (dixo) los venturosos desposados!,,

Seguíase, después de don Lorenzo, don Fernando; y
 por cumplir con su vez, dixo esta Glossa:

(AGENA)
*¿De qué sirve, ojos serenos,
 Que no me miréts jamás?
 De que yo padezca más,
 Mas no de que os quiera menos.*

(PROPIA)

Con ser señor absoluto
 Amor, á quien dan despojos
 El hombre, el ave y el bruto,
 Luego que vi vuestros ojos
 El mío os pagó tributo.
 Ya sirve á dueños agenos,
 Pero no ha venido á menos,
 Pues con ser tan gran señor,
 Sólo se precia mi amor
De que sirve ojos serenos.

Por esclavo un Rey tenéis,
 Y á mí con él, que os adoro;
 Mas... ojos, no os enojéis,
 Que con mi amor niño, lloro
 De que ayrados me miréis.
 ¡Basta, ojelos, no haya más!
 ¡Favorecedme al compás
 Que yo vuestros rayos sigo,
 Porque es terrible castigo
Que no me miréys jamás!

Pues traygo vuestra S y clavo,
 Ojos, tratadme mejor,
 Y advertid que en cualquier cavo
 Suele pesarle al señor
 Que se le muera su esclavo.
 Vuestro rigor buelva atrás.
 Pues no os ofendí jamás,
 Y acábense estos enojos,
 Si no es que gustáys ¡mis ojos!
De que yo padezca más.

Que si en esto os doy contento,
Tendré, penando, por justo
Dar tratos al sufrimiento,
Pues como vos tengáis gusto,
Gloria será mi tormento.

¡Dadme muerte, ojos morenos,
Cruelos, aunque serenos!
Serán causa vuestros tratos
De que os llame más ingratos,
¡Mas no de que os quiera menos!

Anarda, que estava á su lado, sin aguardar á que se lo mandasen, prosiguió con este Soneto:

Compárase á la muerte una partida
Porque es el mal mayor que dan los cielos,
(Si no es peor la ausencia y sus desvelos
Que el acabar tormentos con la vida).
Ausente estoy de quien de mí se olvida,
Y si el estallo aumenta desconsuelos,
¿Qué sentirá una ausencia que, entre zelos,
De amor y agravios bive combatida?
Viva tu ingratitud, pues es la cosa
Que agora se usa más y tú apetece;
Quedaré yo vengada, aunque quexosa.

Que tú, de ingrato el nombre, al fin, mereces,
Y yo después de ausente sospechosa,
Estando viva, moriré dos veces.

Encomendó la Reyna á Narcisa la suerte que le ca-
bia y respondió este Soneto, que agora diré es de un
Príncipe de Castilla, igual en el ingenio y en la sangre,
siendo en ésta de la mejor de Europa:

A UNA FUENTE

Risa del monte, de las aves lira,
Pompa del prado, espejo de la Aurora,
Alma de Abril, espíritu de Flora
Por quien la rosa y el jazmín respira.

Aunque tu curso en cuantos pasos gira
Perlas bierte, esmeraldas atesora,
Tu claro proceder más me enamora
Que en cuanto en ti Naturaleza admira.

¡Cuán sin engaño tus entrañas puras
Dexan que por luziente vidriera,
Se cuenten las hijuelas de tu estradol
¡Cuán sin malicia cándida murmurast
¡Oh, sencillez de aquella edad primeral
¡Perdióla el hombre, y adquirióla el pradol!

Admiraron la lisura, propiedad y concepto del epi-
grama cuantos le oyeron, grangeando dél deseos de
conocer á su generoso artífice, que les prometió cumplir
Narcisa cuando tuviese licencia para ello. Seguíase
don Alonso, y tras él fueron todos por su orden dizen-
do lo que les ofrecia la memoria, como se irán nom-
brando:

Don Alonso:

Seis veces ha dado Mayo
tributo en flores al sol,
que desea ver el fruto
de su esperanza, mi amor,
sin que anime este cuydado
una hora de posesión
en tanto tiempo, mi dicha
y vuestro largo favor.

¡Mirad si será milagro
que el gusto conserve en flor
en el jardín del deseo
tanto tiempo una afición,
y qué tal estará un alma,
que es mía y [h]avita en vos,
sustentándola seis años
la vista sin posesión!

Bien sé yo, señora mía,
que un discreto comparó,
con propiedad y agudeza,
el amante al labrador;
y que para que éste goze
la cosecha con sazón,
compra un día de descanso
por un año de sudor.

Mas ¿qué labrador habrá
que no dexé la labor
que en seis años de trabajos
no da frutos, sino yo?

Sembré al principio esperanças
en fe que me prometió
el pronóstico del gusto
un año de bendición;

y passados seis de penas
nunca el Agosto llegó,
siendo en cosechas de amores
el Agosto la ocasión.

Ya sé que responderéis
(puede ser que con razón)
que culpe mi cortedad
y no vuestra obligación,

pues cogidos los cabellos
que su frente me ofreció,
sin ver su calvo castigo
gozara vuestro favor.

Mas si el dar cinco de corto
seys años me castigó,
asegundad y veréys
cuán diestro en el juego estoy.

Dueño mío, no haya más;
dad fruto como dais flor,
que se nos va todo en flores
y yo acabándome boy.

Don Miguel de Monsalve:

A UNA DESPEDIDA

A exemplo de Alexandro, la violencia
De mis desgracias [h]oy deshacer pudo
Por medio de la espada de la ausencia,
Del alma y vida (no de Gordio) el nudo;
Ya el potro de mis celos la impaciencia
Al sufrimiento muestra, que desnudo
Amenaza temores y desvelos,
¡Pues no hay tormento como ausencia y celos!

Gerarda, si es la muerte despedida
Del cuerpo y alma, y de la misma suerte
En visperas estoy de tu partida,
Las visperas celebro de mi muerte;
Contigo parte el alma que es mi vida,
Y así el alma y la vida que á no verte
Se parte, y tu hermosura considera,
No es partida mi muerte, sino entera.

Pero si es piedra toque en que el decoi
Prueve amor y el valor de la firmeza,
Los quilates verás que ha dado al oro
De mi memoria tu sin par belleza.
¡Pártete, luz hermosa, en quien adoro!
Provarás, con partirte, la nobleza
De mi invencible amor, y que ha mentido
Quien dixo que el ausencia causa olvido.

Doña Petronila:

Tal vez el caçador el arco afloxa,
 Porque descansa un poco, y con más brío
 Bolviendo á amenazar el ayre frío,
 Con más valor la flecha alada arroja.
 El sol esconde la madexa roja,
 Porque en su ausencia, como el amor mío,
 El prado se marchite y llora el río
 Por ver que su cristal de luz despoja.
 Si afloxaron de Amor el arco, celos,
 Fué para hazer mejor después el tiro,
 Pues no le quiebra aunque le desadorna.
 ¡Buelva tu sol á dar luz á mis cielos,
 Que el tiempo que sin verte estoy, suspiro,
 Pues no huye, en fin, aquel que á casa torna!

Sirena:

Penetra Amor como invisible fuego,
 Pues sin ofender ojos alma passa;
 Pero no es fuego Amor, que el fuego abrasa
 Y amor me yela á mí cuando á él me llevo.
 Ciego se pinta, mas tampoco es ciego
 Quien en la vista ha puesto corte y casa;
 Llámase dios sin límite ni tassa,
 Pero mal será dios quien en fee es griego.
 No es nada, en fin, Amor; y así no haze
 A nadie bien ni mal, ni causa efectos,
 Ni con penas ó gustos satisfaze.
 Es un humor discreto en los discretos;
 Pero en los necios, necio, porque nace
 A la medida, Amor, de los sujetos.

Don Nuño:

(AGENA)

*Mil cercos doy á mi pecho
 A ver en qué te he agraviado,
 Y si no es haverte amado,
 Otra ofensa no te hehecho.*

(PROPIA)

En la batalla de Amor,
 Donde van desordenados
 Huyendo de su rigor
 Mis penas, que son soldados,
 Y el capitán, mi temor,
 tu memoria asiento ha hecho
 En mi pecho, y satisfecho
 Del valor de tu belleza,
 Por ser él la fortaleza
Mil cercos doy á mi pecho.

Pongo al muro ardiente escalas,
 Y asestando Amor mis tiros
 Por derrivalle las alas,
 Son las piezas mis suspiros,
 Y mis congojas las valas.
 Pero de guerras cansado
 Buelve luego mi cuydado,
 Y Amor, á quien da tributo,
 Biene cual juez absoluto
A ver en qué te he agraviado.

Haze processo en presencia
 De tu divina veldad,
 Y aunque en mi favor sentencia,

Condena á mi voluntad
 Porque le hizo resistencia.
 Ningún delito en mí ha hallado
 (Puesto que estoy condenado)
 Si no es, hermosa señora,
 Contemplarte cada hora,
Y si no es haverte amado.

Si con esto satisfazes
 Tu enojo, que me destierra
 Del cielo, y Luzbel me hazes,
 Acabóse ya la guerra,
 Cesen quejas, haya pazes;
 Que si no es darte mi pecho,
 Alcázar fiel aunque estrecho,
 Y de mis dichas teatro,
 Donde ciego te idolatro,
¡Otra ofensa no te [he] hecho!

Don Juan:

¡Cuán embidiosa, dulce prenda mía,
 El alma, de sus mismos pensamientos,
 Juzga por siglos largos los momentos
 Que no goza los rayos de tu djal
 Ellos que buelan por la esfera fría
 Usurpando las alas á los vientos,
 En la fruición de su veldad contentos
 Dan flor á mi esperanza, aunque tardía.
 ¡Oh, mar! ¡Oh, montes! ¡Oh, prolixa tierra!
 Impedimentos sois de mi ventura,
 Mientras ausente peno y amo loco.
 Mas si la paz es premio de la guerra,
 ¡Sufrid por merecer tanta hermosura,
 Alma, que nunca mucho costó poco!

Doña Gracia:

¿Qué confusión de estrellas, qué influencia
 Eclipsada y obscura juntó el cielo
 Cuando á la primer cárcel rompí el velo
 Que de mi centro fué circunferencia?
 Simbólica deidad, si toda ciencia
 Es certidumbre y vos sois en el suelo
 Fuego que alumbra, ¿cómo en vos me yelo,
 Y os hallo obscuridad y no evidencia?
 Si Floriso me quiere, es por rodeo
 Y equívocos, que agora dificulto,
 Amándome en enigmas quien no veo.
 ¡Amor, salid á luz, no andéis oculto,
 Que no sé yo, aunque versos cultos leo,
 Que haya también amor crítico y culto!

—“A un galán escribí el otro día (dixo don Melchor, llegándole su vez) estas Décimas. Tenia una nube en un ojo; pero tan registrador, con el otro, de hermosuras, que no perdonava á ninguna de su barrio. Las Décimas son éstas:

Don Melchor:

Monóculo enamorado,
 Trasumpto español de Isopo,
 Puesto que en los ojos, topo,
 Argos lince, en el cuidado:
 A las damas que has aojado,
 La más bella darme quiso
 De tus desvelos aviso,
 Y entre las señas que dió
 De ti, que eras, me avisó,
 Antípoda de Narciso.
 En ser la esfera del fuego
 Que entre suspiros exalas,
 Dizen que al Amor te igualas

Si no en lo lindo, en lo ciego;
 Que me respondas te ruego:
 ¿Quién hay que te certifique
 Que haya quien por ti se pique,
 Si anda, en tan necia conquista,
 En crepúsculo tu vista
 Con solo un ojo menique?
 ¿A quién no darás enojos
 Tú, que sin ser blanco y rubio
 Prometes otro diluvio
 Con tanta nube en los ojos?
 ¡Si como traes los anteojos
 En el gusto, los trujeras
 En el rostro, aún encubrieras
 La fealdad que nos promete
 Cara con solo un ojete,
 Y ése... cercado de ojeras!
 Estima la maravilla
 Con que en ti la suerte fragua
 Ojos pasados por agua
 Con sus niñas en tortilla;
 Que á quien los tiene, mancilla
 Por las nubes que les dan
 Poca vista y mucho afán...
 Puedes decir, con razón,
 Que en fe de que niñas son
 En los pañales se están.
 Dexa, Cíclope cruel,
 De dar al amor enojo,
 Que aun no es digno aquese ojo
 De que te asientes sobre él;
 Mas si dando en cascavel
 Tomas la pena á destajo
 De tanta ronda y trabajo,
 Pues no es ojo esse de rúa,
 Haz que te suba una grúa
 En su lugar... el de abaxo,

Riyéronse tanto del donayre con que don Melchor (saçonado en todo) recitó las Dízimas, como de la agudeza de sus motes. Y entretanto, Lisida, templando una bigüela de arco que mandó la previniessen para quando llegasse su ocasión, cantó assí:

Lisida:

Ligero pensamiento
 de amor, páxaro alegre
 que bistes la esperança
 de plumas y alas verdes:

Si fuente de tus gustos
 es mi adorado ausente,
 ¿dónde amoroso asistes?
 ¿dónde sediento beves?

Tu buelta no dilates
 quando á sus ojos llegues,
 que me darán tus dichas
 embidia si no buelves.

*¡Paxarito que vas á la fuente,
 bebe y vente!*

Correo de mis quejas
 serás, quando le lleves
 en pliegos de suspiros
 sospechas impacientes.

Con tu amoroso pico,
 si en mi memoria duerme,
 despiértale agraviado
 severo le reprehende,
 castigale descuydos,
 amores le engrandece,
 preséntale firmeças,
 favores le promete.

*¡Paxarito que vas á la fuente,
 bebe y vente!*

Assí cantava Clori,
y el viento corrió leve,
(que en competencias tales
discreto fué en correrse)
y por acompañarla,
su voz haze que temple
los típles de las [h]ojas,
los bajos de las fuentes.

Regálala amoroso
besándola claveles,
y Clori agradecida
prosigue desta suerte:

¡Ay, pensamiento mío,
qué dello te detienes!
¡qué ligero que partes!
¡con qué pereça buelvest!

Celosa estoy que gozes
en propiedad aleve
las glorias que me usurpas,
la ardiente sed de velle.

Si acaso, de su boca,
el puro aliento beves
que bierten sus palabras,
y hurtalle algunas puedes...

¡Paxarito que vas á la fuente,

beve y vénte!

¡beve y vénte!

Regalándose estaban las almas por los oídos con las endechas de Lisida, cuando entró don Dalmao en traje de peregrino, que guiado de los criados de don Juan no quiso dilatar los deseos de verle, ni él pudo dexar, en conociéndole, de poner fin al ingenioso entretenimiento, levantándose á recibille con el corazón en los brazos y el alma en la lengua. Y si don Juan, por ser solamente

su amigo hizo tales demostraciones, dellas podéis conjeturar las de Dionisia, no sólo mitad de su vida, pero su alma entera. Doblósele el contento á su esposo de hallarla allí, haciendo nuevos empeños su voluntad á las fineças que en la de Dionisia reconocia. Como todos sabian sus sucessos, y assí por la compassión dellos como por lo que su esposa havia grangeado con su discreción y hermosura, en las voluntades de los generosos toledanos fué universalmente recibido de la suerte que si hubiera la amistad gastado muchos años de conocimiento, principalmente, de la laureada Isabela, que dixo era ya imposible no llevar la bentaja la suerte de su Cigarral entre todos, pues la havia tenido tan buena que la auto-riçasse tal güésped, y en él tuviessen fin los sobresaltos y desdichas de la catalana hermosa.

En amigables reconocimientos y cortesías passaron lo que quedava de la mañana, satisfaciendo á todos de que su enemigo ó su cuñado (que las más vezes todo es uno) no quedava muerto (según havia sabido en el camino) aunque sí peligroso, y de que el haver llegado después de Dionisia havia sido por haverse detenido en Madrid, haciendo un propio á Marco Antonio, fuera de que el viaje por agua, cuando es próspero, gana muchas leguas al de tierra.

Llegó la hora de comer. Y llevándolos con músicas alegres y entretenidas á las mesas, compitieron en ellas el abundancia y el artificio, leyendo de ostentación y quedando los juizios indiferentes, aunque admirados. Regozijóles por sobre comida una Máscara de matachines que con redículas mudanças y mimos se remató en un ingenioso juego de manos inventor de nuevas trope-lías. Durmieron la siesta los que quisieron, aunque fueron pocos, porque ivan baxando de la ciudad muchas damas y cavalleros amigos á la fama de la Comedia y de los que la representavan,—que eran de los más moços y principales de aquel festivo concurso,—y fué forçoso el dexar, por recibillos, desacomodado al sueño.

Apartáronse de todos don Juan y don Dalmao, Lisida y Dionissia, y trataron despacio de sus acaecimientos, assegurándoles los generosos toledanos que mientras la Fortuna no les alçasse el destierro de su patria, tendrían aquella por propia, y su casa y hacienda por [h]erencia, sin que en la dispensación della huviesse diferencia sobre cual de los cuatro era su dueño. Pagó estas ofertas Dionisia á Lisida en abraços y lágrimas agradecidas, y don Dalmao á don Juan en nobles reconocimientos, gastando en esto y otras conversaciones de gusto todo el tiempo que el sol el de su peregrinación por nuestro [h]emisferio, llamándolos (cuando se iba á poner) para la Comedia que quisieron se representasse en el jardín donde comieron, començándola de día, para que con tiempo pudiessen los forasteros bolverse á sus casas. Assentados estavan todos, y estudiando las flores nuevas hermosuras en las bellezas de sus huéspedes, cuando habiendo hecho lugar á Lissida, á don Juan, y sus dos amigos, salieron los cantores, en número, voces, tono y letra célebres, y tras ellos don Melchor á echar la *Loa*, que por ser en alabança de las bellezas presentes y dezirla él con tanta destreza, se llevó la de todos. Siguióse el bayle, regozijado, artificioso y honesto, y después dél la Comedia, que fué la que sigue: "Comedia famosa de *Como han de ser los amigos...*, etc.

..La sazón y la destreza de los recitantes, las galas con que se adornaron y la fama que ya la Comedia tenía ganada en toda España, fué tan á gusto del apazible auditorio que no halló otra falta sino el que durasse (1) tan poco.

— "Entretenidas dos horas (dixo don Melchor) tiene el entendimiento en una comedia cuando es buena.,,

(1) que durasse, segun la ed. de 1631. En la de 1624, *quedarse por yerro.*

— "Martirio de tres ó treynta padece el alma (replió don García) cuando es mala.,,

— "Dezís la verdad, respondió don Melchor; y la diferencia que yo hallo en esos dos encontrados poemas es la que haze el sabio entre la conversación del necio y el discreto, que si la una satisfaze y entretiene, la otra atormenta y martiriza.,,

— "Muchas comedias, dixo don Alejo, han corrido con nombre de disparatadas y pestilenciales, que siendo en sí maravillosas, las han desacreditado los malos representantes, ya por errarlas, ya por no vestirlas, y ya por ser despropositados los papeles para las personas que los estudian; las cuales, después que caen en otras manos ó más cuydadasas ó más acomodadas, buelven á restaurar, con el logro, la fama que perdieron.,,

— "La del *Vergonçoso en Palacio*, dixo don Juan, pasó por esos naufragios; que no pareciendo en la Corte como merecia en poder del mejor autor y representante de estos tiempos, — porque ni sabia el papel, ni eran á propósito sus años para la vergüença y cortedad primeñca que en materia de amores trae de ordinario consigo la juventud, — después, en las demás compañías (que hubo pocas que no la representassen) ganó renombre de las mejores de su tiempo.,,

— "Tres causas hallo yo, dixo don Melchor, que todas juntas y cada una de por sí echan á perder un estudio tan digno de no malograrse. La primera es un vituperio del poeta, que, ó no sabe traçarla ó escribe impropiedades tan indigestas que rebolviendo el estómago al sufrimiento provocan á silvos y vituperios. Yo conozco uno de los más corpulentos, y no de los más dignos, que en una comedia sacada de un *Flos Santorum*, en romance, — cuyo argumento fué la vida de uno de los Juezes de Israel, — se dexó dezir, entre ciertas promesas que el gracioso hazia á no sé quién, "que le traería el turbante del gran Sofí.,, ¡Mirad qué gentil necedad, profetizar un pastor los Sofíes que vinieron á

Persia más de mil años después del nacimiento de Cristo!

—“¿Tragaría el vulgo, dixo don Vela, con todo el aplauso y risa imaginable la turbantada que le dió el poetón?,,

—“Como essas çarandajas, caben en el buche (respondió él) de la vallena plebeya. Lllaman á la Tarasca “traga-caperuças,, çy no quereys vos que el poblacho trague turbantes?,,

—“¡Yo se le colgara después de muerto (acudió don Garcia) sobre su tumba, como capelo de Cardenal, graduándole de presumido, no con borla, pero con borlas!,,

—“La segunda causa, prosiguió don Melchor, de perderse una comedia, es por lo mal que le entalla el papel al representante. ¿Quién ha de sufrir, por estrema-da que sea, ver que haviéndose su dueño desvelado en pintar una dama, hermosa, muchacha, y con tan gallardo talle que vestida de hombre persuada y enamore la más melindrosa dama de la Corte, salga á hazer esta figura una del infierno, con más carnes que un antruejo, más años que un solar de la Montaña y más arrugas que una carga de repollos, y que se enamore la otra y le diga: “¡ay, que don Gilito de perlas! ¡es un brinco, un dix, un juguete del amor!,,?,,

—“En essa ocasión, dixo don Lorenzo, castigar podrían por vagamundos cuantos pepinos pueblan mular-dares, si no la sacassen colores á la cara ya que no se las sacó la vergüença,,

—“Pues, ¿qué hizierades vos (prosiguió) si viéssedes enamorar á una Infanta un hombrón, en la calva y barriga segundo Vespesiano, y dezirle ella amores más tiernos que rábanos de Olmedo?,,

—“¡Sacárale yo á ésse por alquitara (respondió) y quedara en la disposición acomodada para esse papel con una cabellera postizal,,

—“¿Y si este tal, bolvió á dezir don Melchor, ha-

ziendo á un Emperador, saliese vestido como un Gómez Arias, y queriendo dar un assalto á una fortaleza, subiendo por una escalera á vista de todos, le viéssedes la espada desnuda y subir con chinelas?,,

—“¡Diéraselas yo á comer (respondió) como el otro señor á su çapatero, guisadas!,,

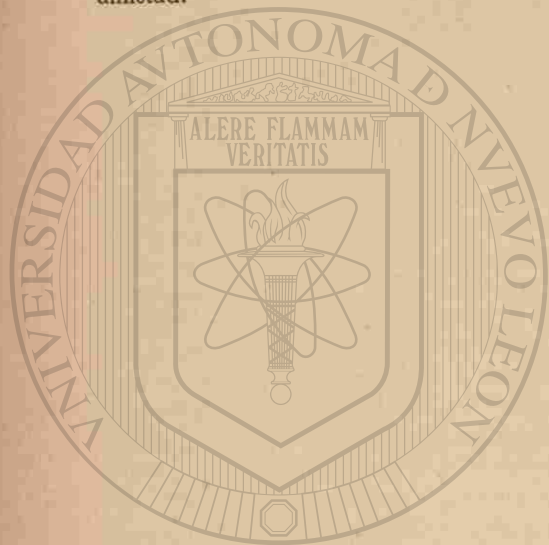
—“Pues lo más intolerable (prosiguió) es ver errar los versos por instantes, estropeando passos que merecieran, á recitarlos con fidelidad, suma veneración,,

—“Sabed, dixo don Fernando, que después que se usan representantes, no ha menester el Pegasso de Apolo herradores, porque ellos hazen esse oficio clavándole por puntos. Pero castigáralos yo en la costa, como al-béytas que mancan las cavalgaduras,,

—“A[h]ora, señores, bueno está de murmuración (dixo la Reyna). Emplead esos azeros en la cena que os llama, y dexad á los pobres, que harto hazen—guardando en la memoria un processo de papeles de cincuenta comedias—en no passarse en el tablado de un dicho á otro, como delincuente entre dos juridiciones,,

Obedecieron todos, aumentándose los combidados que de la ciudad quisieron quedarse aquella noche, porque la prevención de la hermosa Isabela á todo se estendia y la cena era tan abundante que pudo formar quexas de que no fuessen más. El último plato que se sirvió fué una corona, en una fuente de plata, para don Fernando, que le puso en la cabeça su antecesora. Trúxola un viejo venerable, vestido de ropas rozagantes bordadas de verdes ovas, cristales, y granos de oro, coronado de azucenas y espadañas, que representava al padre Tajo; y agradecido á la honra que le hizo cuando fué Mantenedor en el torneo celebrado en su diáfana palestra, le guardó para esta ocasión, en premio, la misma corona que defendió gallardo. Diéronle todos el parabién. Y acompañándole con festiva magestad

hasta su hospicio, se retiró cada cual al suyo, acomodándose en uno Lisida y Dionisia—que ya se amaban íntimamente,—y en otro, don Juan y don Dalmao, que hasta el sueño se desazona si no le acompaña la amistad.



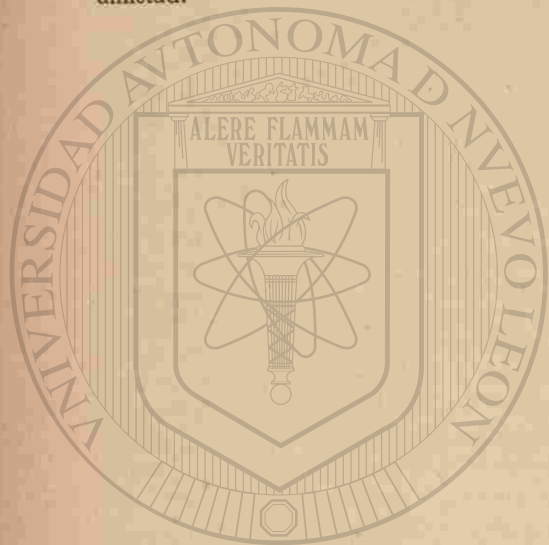
CIGARRAL QUINTO



OS horas antes que el alva abriese las ventanas de cristal para despertar al sol, habían, todas las damas comprendidas en la fiesta de nuestros Cigarrales, con permiso del nuevo Rey, trocado las camas por los juguetones cristales del Tajo, deseosas de ahogar el calor que atrevido las descomponía, en los brazos de sus diáfanos raudales, yendo á visitarlos en coches al conocido sitio que llaman de "las Azudas,,," donde más comunicables y menos peligrosas las corrientes del caudaloso río, les previno linfas serviciales que á puros besos refrescaron alabastros y recrearon hermosuras. Bañáronse todas, hasta que el sol, deseoso de ver lo que la noche se alabava de retoçar, salía presuroso por cogerlas de repente; y saliera con su diligencia si no las avisara la parlera Aurora por medio de las aves; previniéndose con tanto tiempo, que cuando él se despeñava de los montes, ya ellas, guardando en fundas pedacos de cielos, habían desamparado relicarios de cristal, y en la güerta de la Encomienda motejaban de dormilones á sus amantes, pues por descuidados habían perdido tan buena coyuntura.

Recibiélas don Fernando, y recreó, con conservas y confitura, los alientos, que siempre sacan de los baños afilado el apetito. Llevólos á todos, después desto, á un

hasta su hospicio, se retiró cada cual al suyo, acomodándose en uno Lisida y Dionisia—que ya se amaban íntimamente,—y en otro, don Juan y don Dalmao, que hasta el sueño se desazona si no le acompaña la amistad.



CIGARRAL QUINTO



OS horas antes que el alva abriese las ventanas de cristal para despertar al sol, habían, todas las damas comprendidas en la fiesta de nuestros Cigarrales, con permiso del nuevo Rey, trocado las camas por los juguetones cristales del Tajo, deseosas de ahogar el calor que atrevido las descomponía, en los brazos de sus diáfanos raudales, yendo á visitarlos en coches al conocido sitio que llaman de "*las Azudas*,, donde más comunicables y menos peligrosas las corrientes del caudaloso río, les previno linfas serviciales que á puros besos refrescaron alabastros y recrearon hermosuras. Bañáronse todas, hasta que el sol, deseoso de ver lo que la noche se alabava de retoçar, salía presuroso por cogerlas de repente; y saliera con su diligencia si no las avisara la parlera Aurora por medio de las aves; previniéndose con tanto tiempo, que cuando él se despeñava de los montes, ya ellas, guardando en fundas pedacos de cielos, habían desamparado relicarios de cristal, y en la güerta de la Encomienda motejaban de dormilones á sus amantes, pues por descuidados habían perdido tan buena coyuntura.

Recibiólas don Fernando, y recreó, con conservas y confitura, los alientos, que siempre sacan de los baños afilado el apetito. Llevólos á todos, después desto, á un

soto ameno y privilegiado del sol, hecho á mano de toda la diversidad de agradables árboles, con assientos de olorosas yervas, alrededor de una fuente artificial centro de aquella circunferencia, hermosa, y coronada de unos y otros; impuso á don Melchor refriessse la *Novela* que le havia ofrecido el passado día, pues del ingenio y sazón con que recreava en todas materias á sus aficionados, se prometia un apazible entretenimiento que divertiesse las horas que faltavan hasta las de la comida; el cual, obedeciendo comedido y disponiéndose risueño, comencó así:

NOVELA

“En Madrid, — hija heredera emancipada de nuestra Imperial Toledo, que haviéndola puesto en estado y casado sucessivamente con cuatro Monarcas del mundo (uno, Carlos Quinto, y tres Filipos), agora que se ve Corte, menos cortesana y obediente que deviera, quebrantando el cuarto mandamiento, le usurpa, con los vezinos que cada día le soborna, la autoridad de padre tan digno de ser venerado, — vivian pocos tiempos há tres mugeres hermosas, discretas y casadas; la primera, con el Caxero de un caudaloso ginovés, en cuyo servicio ocupado siempre, tenia lugar de assistir en su casa solamente los medios días á comer y las noches á dormir; la segunda tenia por marido á un Pintor de nombre, que en fe del crédito de sus pinzeles, trabajaba, más havia de un mes, en el retablo de un monasterio de los más insignes de aquella Corte, sin permitirle sus tareas más tiempo para su casa que al primero, pues las fiestas que davan treguas á sus estudios eran necessarias para divertir melancolías que la asistencia contemplativa de este ejercicio comunica á sus professors; y la tercera, padecia los zelos y años de un marido que passaba de los cincuenta, sin otra ocupación que dé martirizar á la po-

bre inocente, sustentándose los dos de los alquileres de dos casas razonables que por ocupar buenos sitios les rentava lo suficiente para passar, con la labor de la aflicta muger, con mediana comodidad, la vida.

“Eran todas tres muy amigas, por haver antes vivido en una misma casa, aunque agora habitavan barrios no poco distantes; y por el consiguiente, los maridos profesavan la misma amistad, comunicándose ellas algunas veces que ivan á visitar á la muger del Zeloso; porque la pobre, si su marido no la llevaba consigo, era imposible poderles pagar las visitas, y ellos los días de fiesta, ó en la comedia ó en la esgrima y juego de argolla, andavan de ordinario juntos.

“Un día, pues, que estaban las tres amigas en casa del Zeloso contándoles ella sus trabajos, la vigilancia impertinente de su marido, las pendencias que le costava el día que salia á missa, — que con ser al amanecer y en su compañía, aun de las puntas del manto, porque la llegavan á la cara, tenia zelos, — y ellas, compadeciéndose de sus persecuciones, la consolavan; habiendo venido los suyos, y estando merendando todos seys, concertaron para el día de San Blas, que se acercava, salir al sol y á ver al Rey, que se dezia iba á Nuestra Señora de Atocha aquella tarde, y por ser un día de Jueves de Compadres, llevar con qué celebrar en una güerta allí cercana la solenidad desta fiesta, que, aunque no está en el calendario, se soleniza méjor que las de Pascua; habiendo hecho no poco en alcanzar licencia para que la del Zeloso necio se hallase en ella.

“Cumpliósse el plaço y la merienda, después de la cual, assentadas ellas al sol, que le havia apazible, oyendo muchas quexas de la malmaridada, y ellos jugando á los bolos en otra parte de la misma güerta, sucedió que, reparando en una cosa que reluzia en un montoncillo de vasura á un rincón della, dixesse la muger del Zeloso:

—“¡Válgame Dios! ¿Qué será aquello que brilla tanto?,,

“Miráronla las dos, y dixo la del Caxero:

—“Ya podría ser joya que se le huviesse perdido aquí á alguna de las muchas damas que se entretienen en esta güerta semejantes días,,

“Acudió solícita á examinar lo que era, la Pintora, y sacó en la mano una sortija de un diamante hermoso, y sacó en la mano una sortija de un diamante hermoso, y tan fino, que á los reflexos del sol parece que se transformava en él. Acodiciáronse las tres amigas al interés que prometia tan rico hallazgo; y alegando cada cual en su derecho, afirmavan que le pertenecía de justicia el anillo. La primera dezía que habiéndolo sido en verle, tenia más acción que las demás á poseerle; la segunda afirmava que adivinando ella lo que fué, no havia razón de usurpársele; y la tercera replicava á todas que siendo ella quien le sacó de tan indecente lugar, hallando por experiencia lo que ellas se sospecharon en duda, merecia ser solamente señora de lo que le costó más trabajo que á las demás.

“Passara tan adelante esta porfia, que viniendo á noticia de sus maridos pudiera ser ocasionaran en ellos alguna pendencia sobre la acción que pretendia cada una dellas, si la del Pintor, que era más cuerda, no las dixera:

—“Señoras, la piedra, por ser tan pequeña y consistir su valor en conservarse entera, no consentirá partirse. El venderla es lo más seguro, y dividir el precio entre todas antes que venga á noticia de nuestros dueños y nos priven de su interés, ó sobre su entera possession riñan y sea esta sortija la mançana de la Discordia. Pero ¿quién de nosotras será su fiel depositaria, sin que las demás se agravién ó haya segura confianza de quien se tiene por legítima poseedora desta pieza? Allí está paseándose con otros cavalleros el Conde mi vezino. Comprometamos en él, llamándole aparte, nuestras diferencias, y pasemos todas por lo que sentenciare,,

—“Soy contenta (dixo la Caxera); que ya le conozco, y fío de su buen juicio y mi derecho que saldré con el pleyto,,

—“Yo y todo, respondió la mal casada. Pero cómo me atreveré á informarle de mi justicia, estando á vista de mi escrupuloso viejo, siendo el Conde moço, y ciertos los zelos, con el juego de manos tras ellos?,,

“En esta confusa competencia estavan las tres amigas, cuando, diziendo que passava el Rey por la puerta, salieron corriendo sus maridos entre la demás gente á verle. Y aprovechándose ellas de la ocasión, llamaron al Conde y le propusieron el caso, pidiéndole la resolución dél antes que sus maridos bolviessen y el más zeloso llevasse qué renir á casa; poniéndole la sortija en las manos, para que la dicesse á quien juzgasse merecerla.

“Era el Conde de sutil entendimiento; y con la cordedad del término que le davan, respondió:

—“Yo, señoras, no hallo tan declarada la justicia por ninguna de las litigantes, que me atreva á quitársela á las demás. Pero, pues havéys comprometido en mí, digo que sentencio y fallo que cada cual de vosotras dentro del término de mes y medio haga una burla á su marido, — como no toque en su honra; — y á la que en ella se mostrare más ingeniosa, se le entregará el diamante, y más cincuenta escudos que ofrezco de mi parte, haziéndome entretanto depositario dél. Y porque buelven vuestros dueños, manos á la labor, y adiós,,

“Fuésse el Conde, cuya satisfacción abonó la seguridad de la joya, y su codicia les persuadió á cumplir lo sentenciado. Vinieron sus maridos. Y porque ya la cordedad del día dava muestras de recogerse, lo hizieron todos á sus casas, rebolviendo cada cual de las competidoras las librerías de sus embelecocos, para estudiar por ellos uno que la sacasse vitoriosa en la agudeza y possession del ocasionador diamante.

“El deseo del interés, — tan poderoso en las mugeres,

que la primera, por el de una mançana, dió en tierra con lo más precioso de nuestra naturaleza,—pudo tanto en la del codicioso Caxero, que habiendo sacado por el alquitara de su ingenio la quinta essencia de las burlas, hizo á su marido la que se sigue:

“Vivia en su vezindad un Astrólogo, grande hombre de sacar por figuras los sucessos de las casas ajenas, cuando quizá en la propia, mientras él consultava efemérides, su muger formava otras que, criándose á su costa, le llamavan padre. Este, pues, tenia conocimiento en la de [un] vecino Contador, y deseos no tan lícitos quanto disimulados de ser su ayudante en la fábrica del matrimonio. Havia la astuta Caxera caládole los pensamientos. Y aunque por ser ella tan estimadora de su honra quanto el amante entrado en días, se los rechazava, quiso en la necesidad presente valerse de la ocasión y aprovecharse de sus estudios; para lo cual, mostrándosele menos intratable que otras vezes, le dixo que para cierto fin ridículo con que queria regozijar aquellas Carnestolendas, le importava hiziesse creer á su marido que dentro de veynte y quatro horas passaria desta vida á dar cuenta á Dios de la que hasta entonces havia mal empleado. Prometióselo, contento de tenerla gustosa, sin inquirir su pretensión. Y mientras ella, llamando al Pintor amigo, y Zeloso necio, concertó con ellos lo que havian de hazer para colorear este disparate, persuadiéndolos que era para regozijarse con semejante burla en días tan ocasionados para ellas, haziéndose el Astrólogo en contradicho con el ignorante Caxero, que cansado de pagar letras se venia á acostar, le dixo:

—“¡Mala color traéys, vezino! ¿Sentís acaso alguna mala disposición en vos?

—“¡Gracias al cielo, (le respondió) si no es el enfado de haver contado [h]oy más de seys mil reales en vellón, no me he sentido más bueno en mi vida!,,

—“La color, á lo menos, replicó, no conforma con vuestra satisfacción. Dadme acá esse pulso.,,

“Diósele turbado el ignorante vezino. Y arqueando las cejas con muestras de sentimiento amigable, el cauteloso embelecador dixo:

—“Vezino mío, cuando yo no haya sacado otro fruto del conocimiento de los cursos celestes sino el que se me sigue de avisaros de vuestro peligro, doy por bien empleados mis desvelos. Para estas ocasiones son los amigos. No lo fuera yo vuestro, si no os avisara de lo que os conviene y menos cuydado os da. Disponed de vuestra hazienda y casa, ó lo que importa más, de vuestra alma. Porque yo os digo por cosa infalible, que mañana á estas horas havréys experimentado en la otra vida cuánto mejor os estuviera haver ajustado cuentas con vuestra conciencia que con los libros de Caxa de vuestro dueño.,,

“Entre turbado y burlón le respondió el pobre moscatel:

—“Si este juicio sale tan verdadero como el pronóstico que del año passado hizisteis, todo al revés de como sucedieron sus temporales, más larga vida me prometo de lo que imaginava.,,

—“A[h]ora bien, (replicó el Astrólogo) yo he cumplido en esto con las leyes de cristiano y amigo. Hazed vos lo que mejor os estuviere, que yo sé que no llevaréys quexa de mí al otro mundo de que no os lo avisé pudiendo.,,

“Y dexándole con la palabra en la boca, echó la calle arriba.

“Turbado y confuso guió á su casa el amenazado Caxero, tentándose por el camino los pulsos y más partes de donde podia temer algún assalto repentino y mortal. Pero hallándolo todo en su devida disposición, y no siendo el crédito del adivinante muy abonado, medio burlándose dél y medio temeroso, entró en su casa, y sin decir nada á su esposa, por no darla pena, pidió de

cenar, que le truxo ella diligente, habiendo conjeturado de sus acciones que ya se havia dado principio á aquel estratagemá. Comió poco y mal. Y diziendo le hiziesen la cama, se comenzó á desnudar, suspirando de cuando en cuando. Preguntóle lo que tenia, fingiendo sentimientos amorosos, la codiciosa burladora, á que satisfizo fingiendo disgustos con el ginovés, que le habian desazonado. Consolóle ella lo mejor que supo. Acostáronse, y fué aún menos el sueño que la cena, notando ella, aunque fingian dormir, cuán buenas disposiciones se ivan introduziendo para el fin de sus deseos. Madrugó más de lo ordinario, algo descolorido. Y acudiendo á su exercicio acostumbrado, fueron de suerte las ocupaciones de aquel dia, que no pudo ir á comer á su casa, dándosele en la del ginovés su amo.

“Al anochechar, cuando se tornava á su posada, estaban á la esquina de una calle por donde forçosamente havia de passar, el teniente de su parroquia y otro clérigo, con dos ó tres hombres prevenidos por el Pintor á instancia de la dicha Caxera, diziendo cuando llegava cerca dellos, fingiendo no verle y de modo que pudiese oírlos:

— “¡Lastimosa muerte por cierto ha sido la del malogrado Lucas Moreno! (que assí se llamava el escuchante).

— “¡Lastimosa, (respondió el otro clérigo), pues sin sacramentos ni otra prevención cristiana le hallaron muerto en su cama esta mañana, estando su muger, que le amava tiernamente, de puro dolor cerca de hazerle compañía.,

— “Lo peor, (dixo otro del corrillo) que el Astrólogo su vezino afirma que se lo avisó ayer, y haziendo burla de su pronóstico, sin desmarañar las trampas que los de su oficio traen entre manos, se dexó morir como una bestia.,

— “¡Dios tenga misericordia de su alma, (replicó el cuarto) que es de quien podemos tener compassión; que

la viuda con dote queda, de lo que quizá él ganó mal, con que assegurar el matrimonio! Y vámonos á acostar, que haze mucho frío.,

“Iva el pobre Lucas Moreno á satisfacerse dellos y saber si havia otro de su nombre que se huviesse muerto aquel día. Pero ellos, de industria, dándose las buenas noches, se desaparecieron, dexándole con la turbación que podéis imaginar. Caminó confuso adelante, y en una calle antes de la suya halló al Astrólogo hablando con el Pintor, que en viéndole venir, dixo, (como que proseguian la plática de su muerte):

— “¡No me quiso creer á mí cuando ayer le dixe que se havia de morir dentro de veynte y cuatro horas! ¡Hazen burla los ignorantes de la evidente ciencia de la Astrologia! ¡Tómese lo que le vino; que yo sé que es ésta la hora en que está bien arrepentido de no haverme dado crédito!.,

“Respondió el Pintor:

— “Era notablemente cabeçudo el mal logrado de Lucas Moreno, y no poco glotón. Devió de comer alguna fiambre (1) ginovesa y daríale alguna apoplegia. ¡Dios le tenga en su gloria y consuele á su afligida muger; que cierto que havemos perdido un buen amigo!.,

“No pudo sufrirlo el confuso Caxero; y llegándose á ellos, les dixo:

— “¡Señores! ¿qué es esto? ¿Quién me haze las honras en vida, ó tomando mi forma, se ha muerto por mí? ¡Que yo bueno me siento, gracias á Dios!.,

“Echaron á huir entonces todos, fingiendo espantosos assombros y diziendo á bozes: “¡Jesús sea conmigo! ¡Jesús mil veces! ¡El alma de Lucas Moreno anda en pena! ¡Alguna restitución pide que hagamos de su hacienda, por la que deve [de] haver mal ganado! ¡Conjú-

(1) *Fiambre*;—*fiambrea*, pone la edición de 1624; y *fiambra* la de 1631.

rote, de parte de Dios, que no me sigas, sino que desde donde estás me digas qué quieres!,... dexándole con esto á pique de sacarlos verdaderos, según el sobresalto que le causó tan apoyada mentira.

“Prosiguió, medio desmayado y sin pulsos, hasta cerca de su casa, y junto á ella vió al amigo Zeloso que fingia salir della y le estava esperando para acabar de desatinarle. Hizosele encontradizo, y al emparejar con él, bolvió los passos atrás, y haziéndose mil cruces, dixo:

—“¡Animas benditas del Purgatorio! ¿Es ilusión la que veo ó es Lucas Moreno difunto?,,

—“¡Lucas Moreno soy! Pero no éssotro, amigo Santillana (dixo el asombrado mentecato). ¿De qué os santiguáis? ¿O cuándo me he muerto yo para hazer tantos aspavientos?,,

“Assióle entonces de la capa porque no huyesse. Y él, dexándosela en las manos, se fué dando gritos, santiguándose y diciendo:

—“¡Abrenuncio, espíritu maligno! ¡No devo á Lucas Moreno sino seis reales que me ganó á los bolos el otro día; pero *quod non ponitur non solvitur!* ¡Si vienes por ellos, vende essa capa, que no quiero travacuentas con gente del otro mundo!,,

“Fuése huyendo con esto, quedando nuestro Moreno tan pasmado, que faltó poco para no dar consigo en tierra.

—“¡Alto! ¡no hay más! ¡Yo devo de haverme muerto! (dezia entre sí muchas vezes). ¡Dios deve de embiarme á esta vida en espíritu para que disponga de mi hazienda y haga testamento! Pero ¡válgame Dios! Si me morí de repente, ¿cómo no vi á la hora postrera al demonio, ni me han llamado á juicio, ni puedo dar señal alguna del otro mundo? Y si soy alma, y el cuerpo quedó en la sepultura, ¿cómo estoy vestido, veo, toco, y uso de los sentidos corporales? ¿Si he resucitado? Pero si fuera así, ¿no hubiera visto ó oído algún ángel que de parte de Dios me lo mandara? Mas ¿qué sé yo de lo

que se usa en el otro mundo? Puede ser que me hayan otra vez revestido de mi primera carne, y no sea costumbre allá hablar con escribanos; y como mi oficio es de pluma, tendrán por caso de menos valor tratar con gente de travacuentas. Lo que yo veo es que todos huyen de mí y me tienen por muerto, hasta los que son mis mayores amigos, y según esto, deve de ser verdad. Pero si dizen que el más amargo trago es el de la muerte, ¿cómo no la he sentido ni me ha dolido nada? Las repentinas deben de entrarse, sin duda, por una puerta y salirse por otra, sin dar lugar al dolor para hazer su oficio. Pero... ¿si fuesse alguna burla de mis amigos? Que el tiempo es acomodado para ellas, y hasta agora ninguno de los que me encuentran por la calle haze aspavientos de verme, sino ellos. ¡Válgate Dios por muerte tan á poca costal!,,

“Haziendo estos discursos desvariados llegó á su casa, y hallándola cerrada, llamó con grandes golpes. La noche estava fría y oscura, y la cabilosa muger estava prevenida de lo que havia de hazer y avisada de lo que havia passado. Tenia sola una criada en casa, habiendo de industria embiado dos leguas de allí con un recado fingido á dos criados que vivian en ella. La moça era tan bellaca como su señora; y en oyendo llamar, respondió con una voz lastimada:

—“¿Quién está ahí?

—“¡Abreme, Casilda! dixo el difunto vivo.

—“¿Quién llama (replicó) á esta hora, en casa donde sólo vive el desconsuelo y la viudez?,,

—“¡Acaba ya, necia, (volvió á dezir), que soy tu señor! ¿No me conoces? ¡Abre, que llovizna y haze más frío del que permite este lugar!,,

—“¡Mi señor? respondió ella. ¡Pluguiera á Dios! ¡Ya le pudre la tierra! ¡Ya está en parte donde, por lo que sabia de cuentas, le havrán hecho Caxero mayor del infierno (que allí todas se pagan á letra vista), si Dios no ha tenido misericordia de su ánima!,,

“No pudo entonces, impaciente, sufrir tantas verificaciones de su muerte. Y así, dando un puntapié al postigo, que no estava para aguardar otro, quebrando la aldava, le abrió, huyendo la criada y dando las voces que los demás que havia encontrado en la calle. Salió á ellas la muger en hábito de biuda recoleta, fingiéndose alborotada. Y en viéndole se cayó desmayada, diciendo: “¡Jesús, qué veol,, Faltó poco para no hazer lo mismo el assombrado marido, y tuvo por infalible que estava muerto. Con todo esso, en pago de las muestras de sentimiento que en su muger havia visto, la llevó en braços á la cama, desnudán[do]la y echándola en ella; que aunque lo sentia todo, se dava por medio difunta. La moça se encerró en otro aposento, disimulando la risa y vendiendo miedos que no tenia. En fin, el pobre ánima en pena, sin averiguar si comian ó no los del otro mundo, abrió un escritorio y dió tras una gaveta de bocados de mermelada, acompañándola con vizcochos y ciruelas de Génova que ayudó á passar con los empellones de una bota cuya alma le havia infundido la membrilla, pareciéndole que no era tan trabajosa la otra vida pues hallavan tal ayuda de costa los que caminavan por ella. Dióse tan buena maña nuestro Lucas Moreno en fortalecer el corazón desfallecido, con el cordial remedio, que cogiéndole algo flaco y desvanecido con las ilusiones burlescas, y subiéndosele el licor de Noé, si no á las barbas, á la cabeça, se halló en la gloria de Baco, desnudándose á çancadillas y echándose al lado de la que todavía dissimulava su desmayo y se tragava la risa, con no poca resistencia de ella, que rebentaba por salir. En fin, él se acostó entre desmayado y lo otro, embistiendo el sueño con azeros vinosos; que no hay tal xarabe de adormideras como el que saca un lagar. El durmió hasta la mañana, soñando infernos, purgatorios y glorias. Y entre tanto, vinieron los burlones amigos á informarse de lo que passava, de la criada, y celebrando la buena elección que el difunto havia hecho

amortajándose por de dentro, de pies á cabeça, con las telas que texe Baco.

“Amaneció (viendo que todavia estava durmiendo su marido) la cautelosa Caxera, y se levantó y vistió de gala, embiando fuera de casa el mongil viudo y las hipócritas tocas. Compuso la cara de fiesta, y bolviendo á la cama, despertó al aparente finado, diziéndole:

— “¿Hasta cuándo havéis de dormir, marido mío? ¿Aun no se han digerido (1) los humos con que anoche os acostastes?,,

“Estremecióle los braços, tirándole de las narizes, con que dando bostezos bolvió en sí; y viendo á su muger tan compuesta, la casa de regozijo y sin los lutos y llanto de la noche passada, admirado de nuevo, dixo:

— “Polonia, ¿adónde estoy? ¿Haste tú también muerto como yo, y en fe del amor que me tenías en el siglo, y te ha sacado dél, vienes á celebrar en este mundo nuevo segundas bodas? ¿De qué enfermedad ó cómo salí de la otra vida? Que ¡vive Dios (si en ésta se puede jurar) que no sé cómo me he muerto ni á qué partes me ha echado el cielo! ¿Hay camas y aposentos por acá? ¿Véndese vino y vizcochos? ¿Qué arriero me truxo á mi escritorio, que yo anoche saqué dél provisión bastante á consolar la soledad que sin ti sentia por estos países no conocidos?,,

— “¡Buen humor (respondió la astuta figona) crían en vos, marido mío, las Carnestolendas! ¿Qué chilindriñas son éssas? ¡Acabad, levantaos! que ha embiado á llamaros el ginovés dos vezes.,,

— “Luego ¿no estoy muerto ni me enterraron ayer? replicó él.,,

— “En vos, á los menos, (respondió entonces ella) devió de enterrarse anoche el alma de nuestra bota, según está de macilenta, pues dezís esos disparates.,,

(1) En las ed. de 1624 y 1631, *dirigido*.

— “Si las almas se entierran, Polonia de mi vida (bolvió á dezir), es verdad que anoche la hize las honras; pero ya yo lo estava en la parroquia, lastimado el tiniente, tristes nuestros amigos, llorando Casilda y enlutada vos.,,

— “¡Acabad agora de ensartar chanças (replicó ella); que os llama nuestro ginovés!.,

— “Luego ¿también los hay acá?, preguntó él. No devo yo de estar en carrera de salvación, pues puedo ir donde habitan cambios y se hospedan trampistas.,,

— “Dexémonos de pullas, (dixo Polonia), y levantaos de ahí; que parece que habláis de veras, y estáis echando bernardinas.,,

— “¡Muger, por nuestro Señor (respondió Lucas Moreno), que ha veinte y cuatro horas que estoy muerto y no sé cuántas enterrado! Preguntádselo á Casilda, al tiniente cura de nuestra parroquia, al Pintor nuestro amigo, á Santillana el Zeloso, al Astrólogo nuestro vezino, y á vos misma, viuda anoche y enlutada, y agora, á lo que imagino, muerta como yo; que si no me acuerdo mal, anoche os llevé sin pulsos ni aliento á la cama, y os devió de costar, el espanto de verme, la vida; y sin saber cómo, de la suerte que yo estáis en ésta y no lo acabáis de creer.,,

— “¿Qué tropelías son éstas, marido mío? dixo la fingida turbada. ¿Anoche no nos acostamos buenos y sanos? ¿Qué entierros, difuntos, ó otros mundos son éstos?... Casilda: llámame al Astrólogo nuestro vezino, que también es médico, y nos dirá lo que le ha dado á mi buen Lucas Moreno; que estas mugercillas con quien trata le deven de haver trastornado el seso.,,

“No sabia qué se dezir el atronado marido, ni si estava loco, muerto ó vivo, ni la muger podia sacarle de que era espíritu que bolvia á poner orden en su hazienda.

“En esto entraron los dos ayudantes de la burla; y refiriendo ella lo que passava, le afirmaron — no sin reirse — de que estava no sólo en este mundo, pero en Madrid

y su casa, y que si dava todavía en su tema, pararia en la del Nuncio. Vino luego el Astrólogo, llamado de la criada, y afirmó que el desvanecimiento de sus libros de Caxa y cuentas le tenian barrenado el cerebro; con que él, consolado de que vivia, y ayrado de que le tuviesen por loco, les dixo:

— “Pues si es verdad que no estoy muerto, ¿de qué sirvieron los espantos y conjuros con que ayer huistes de mí, haziéndoos más cruces que tiene una processión de penitentes?.,,

— “¿Vos me vistes á mí? replicó el Astrólogo. ¿Cómo puede esso ser, si estuve encerrado todo el día en mi estudio levantando figura sobre descubrir los ladrones de una joya de diamantes?.,,

— “Yo á lo menos, dixo el Pintor, no salí del monesterio donde trabaxo hasta las onze de la noche.,,

— “Pues yo (acudió el viejo), tampoco ví ayer la calle, ocupado en despachar un proprio á la Montaña, mi tierra.

— “¡Peor está que estava! dixo el casi loco de veras. Vos, señor vezino, ¿no me dixistes anteyer por la noche que según la mala color, los índices del pulso y pronóstico de vuestras figuras, havia de morirme dentro de veinte y cuatro horas?.,,

— “¿Yo? replicó él. ¿Pues ha más de cuatro días que no nos vemos, y agora salís con esso? Bolved en vos, señor Lucas Moreno, que lo debéys de haver soñado esta noche.,,

— “¡Como ello sea sueño, y no pura verdad (replicó), yo haré la costa del Martes de Carnestolendas en albricias de la vida que no sé si tengo!.,,

“¡Acetamos la fiestal, respondieron todos. Y para que os acabéis de desengañar, vestíos y vamos á oír missa á la parroquia. Veréis lo que puede en vos la imaginación vehemente.,,

“Hízolo así el incrédulo finado. Y para no cansaros, le sucedió lo mismo con los clérigos que vió el día

passado tratar de su entierro, que con los demás amigos. Riyéronse y diéronle picones, que por no hallarse con caudal para sufrirlos, le obligaron, después de haver cumplido con el combite, á que se ausentase de Madrid á negocios del ginovés por quinze días, dando en ellos lugar al olvido, que en la Corte sepulta brevemente todos los sucessos por peregrinos que sean, dexando concertado su muger con todos los participantes en la burla, no dixesen el misterio della á su marido, sino que le persuadiessen á que fué sueño, temerosa de que no hiziessen sus espaldas la costa della.

“Entretanto que nuestro Caxero experimentava ausente que estava vivo, y se moria la fama de su entierro en sueños, no se descuydó la muger del Pintor de executar la burla que tenia imaginada, embidiosa de la buena salida que havia tenido la de su competidora. Para lo cual, concertándose con un hermano suyo, amigo de entretenerse á costa agena, le embió el jueves siguiente á la plaçuela de la Cevada á que comprasse una puerta de las muchas que tales días traen á vender allí, que fuesse á medida de la que en su casa salia á la calle y por vieja pedía la jubilasen. Trúxola con todo secreto, de noche. Y escondida donde el Pintor no pudiese verla, avisó al burlón hermano de lo que havia de hazer, y le encerró con otros dos amigos en el sótano. Vino dos horas después su marido, quedándose en el monesterio donde pintava los aprendizes que tenia, moliendo colores, porque se havia de acabar el retablo para la Pascua y era necessario darse priesa. Recibióle Mari-Pérez (que así se llamava la codiciosa Pintora) con todo cariño y amor. Acostáronse temprano porque le importava el madrugar, y durmieron hasta la media noche,—digo, el descuydado marido, que ella mal pudiera, preñado el entendimiento con tantas arquitecturas burlescas;— y llegada aquella hora, començó á dar voces y quejarse á gritos la engañosa casada, diciendo: “¡Je-

sús, que me muerol ¡Marido mío, mi hora es llegada! ¡Tráyganme confesión presto, presto, que me muerol,, y otros extremos semejantes que saben hazer las mugeres cuando se les antoja. Preguntávala compassivo su compañero lo que tenia, respondiendo solo:

—“¡Jesús! ¡Madre de Dios! ¡Que me muerol ¡Confesión! ¡Sacramentos! ¡Que perezcol,,

“Levantóse á las voces una sobrina que tenia en casa, á suplir los ministerios de una criada, y era partícipe en el engaño; la cual, llorando de verla así, aplicándola paños calientes á las tripas, dándola tostadas en vino y canela, y haziendo otros remedios semejantes, sin que el dolor cessase, porque la enferma no queria, hubo de obligar al desvelado Morales (que éste era el nombre del Pintor) á que se levantasse harto contra su voluntad, coligiendo de la complexión que en su muger conocia, y afirmandolo ella y la sobrina, que aquel accidente era mal de madre, ocasionado de una ensalada que havia cenado, cuyo vinagre rezió y una rebanada de queso otras vezes la havian puesto en el último peligro de la vida. Riñóla de que no escarmentasse de tales excessos; y ella le dixo medio ahogada:

—“No es hora, Morales, agora, de reprehender lo que no se puede remediar. Vayan á llamar á la comadre Castexona, que sabe mi complexión, y ella sola puede aplicarme con qué se me alivie este mal rabioso, ó si no, ábranme la sepultura.,

—“¡Muger mia! (respondió el affligido esposo). La Castexona se ha ido á vivir junto á la puerta de Fuencarral. Nosotros estamos en Lavapiés; la noche es de invierno, y si no mienten las goteras, ó llueve ó nieva. Aunque yo vaya con todas estas descomodidades, ¿cómo sabemos que se querrá levantar? La otra vez que os apretó esse achaque, me acuerdo yo que fué con dos onças de triaca de esmeralda caliente en la cáscara de media naranja, y puesta en la boca del estómago. Yo iré á la botica por ella. ¡Por amor de Dios que os soseguéis y no

me consintáys hazer tan larga diligencia, pues ha de ser inútil y yo tengo de bolver con otro mal de madre peor que el vuestro.,,

“Començóse á quejar entonces más rezio que nunca y á dezir:

— “¡Bendito sea Dios, que tan buena compañía me ha dado! ¡Miren que impossibles le pido, que enterrarse conmigo si me muero, que sangre de sus braços, que desperdicios de su hacienda, sino que me llame á una comadre á costa de mojarse un par de çapatos! Ya yo sé que deseáis vos renovar matrimonio, y que á cada grito que yo doy, dais vos una cabriola en el corazón, y por esso escusáis cualquiera diligencia que estorve vuestros deseos y mis dolores. Bolved á acostaros, sossegad y dormid; que si yo me muriere, declarado dexaré que me distes soliman en la ensalada de anoche.,,

— “¡Muger, muger (respondió el marido), menos libertades; que no tienen los males de madre exempciones de atrevimientos, y podrá ser que con un palo os trasiegue el dolor desde las tripas á las espaldas!.,

— “¿Palos á mi señora tía? (dixo la donzella taymada). ¡Malos años para buesa merced y para quien no le sacara los ojos primero con estas uñas!.,

“Iva el Pintor á que pusiesse la postura á no sé cuántos pretinazos la sacudida moça, que excusó huyendo; y dando mayores gritos, con alharacas mortales, bolvió á pedir la doliente, confesión, comadre, sacramentos...

— “¡Que me muero! ¡Ay, que me han dado rejalgar! ¡Jesús! ¡No, no es este mal de madre, sino mal de marido!.,

“Temió alguna burla más pesada de la que sin saberlo le començavan á hazer, el enojado Morales, y que si se moria dexando fama que él la havia hecho la costa, era echar la sogá tras el caldero; y huvo de apaziguarla con caricias y amores, y encender una linterna bien necessaria para la escuridad y lodos, poniéndose unas botas, capa aguadera, la capilla sobre el sombrero, y salir

en busca de la comadre Castexona, registrándole las goteras que despachavan los texados á cántaros. Sabia el buen Morales que se havia passado la dicha comadre á la calle de Fuencarral, pero no á qué parte della; y lloviendo, como os he dicho, sin persona en la larga distancia que hay desde Lavapiés á aquel barrio, la noche como boca de lobo, y él renegando de su matrimonio, juzgad vosotros si se tardaria buen espacio de tiempo en hallar lo que buscava y no havia menester, que entre tanto que él se va echando en remojo, bolveré yo á la enferma de bellaqueria y no de males de estómago; la cual, en viendo fuera de casa á su buscón marido, llamó á su hermano, que estava escondido en la cueva con otros dos amigos, y en un instante quitaron la puerta antigua de la calle y pusieron la nueva, que ya tenia su cerradura y aldava y se havia ajustado á los quicios y medido de suerte que, sin ruido, se assentó como de molde. Encima della, en el frontispicio, clavaron una tabla mediana, y escrito en campo blanco: *Casa de posadas*. Hecho esto, truxo una caterva de amigos que vivian cerca de allí, con sus mugeres, dos mastines gruñidores, guitarras y castañetas, y de en casa de un figón cena y gira, acomodada con el tiempo, celebrando con bayles y borracheras el naufragio del pobre busca-comadres, que sin hallar la Castexona, no hizo más de importunar aldabas y despertar vecinos.

“Con el agua á media pierna y la paciencia al gollote, llegó nuestro Pintor á su casa. Y oyendo desde la puerta las voces, bayles y grita que passava dentro, pensando que la havia errado, levantó la linterna, y reconociéndola, vió las puertas nuevas y la tablilla de posadas sobre ella, que le desatinó sobremanera. Bolvió á examinar la calle, y halló que era la de Lavapiés. Recorrió las casas colaterales, y conoció que eran las de sus vezinos. Reparó en las de enfrente, y halló las propias que siempre. Bolvió á la suya, y desconoció la novedad de su puerta y reziente oficio de su título.

— “¡Válgame Dios! dixo haziéndose cruces. Hora y media há que salí de mi casa, donde mi muger estava más para llantos que para bayles. En ella sólo vivimos los dos y su sobrina. Las puertas, aunque menesterosas de reformation, eran las mismas cuando salí que los otros días. Casas de posadas en esta calle no las vi en mi vida; y cuando las huviera, ¿quién puede, de noche y en tan breve tiempo, haverle dado á la mía este ventero privilegio? Pues dezir que lo sueño no es posible, que tengo los ojos abiertos y los oídos examinadores deste encantamento. Echar la culpa al vino en tiempo de tanta agua, es obligarme á la restitución de su honra. Pues ¿qué puede ser esto?,”

“Tornó á tentar y ver y oír puertas, tablilla y bayles, sin saber á qué atribuir tan repentina transformación. Y assiendo de la aldava, dió golpes con ella, bastantes á despertar el barrio, que no oyeron ó no quisieron oír los bayladores güéspedes. Assegundó aldavadas mayores. Y después de haverle tenido á curar como lienço de Galicia un buen rato á las goteras, abrió un moço la ventana de arriba con un candil encendido en la mano y un tocador en la cabeza entre sucio y roto, diciendo:

— “¡No hay posada, hermano! ¡Vaya con Dios, y menos golpes, que le coronará por necio un orinal de seys días!

— “¡Yo no busco posada que no sea mia (dijo el Pintor), sino que me dexen entrar en mi casa, y me diga el que se hace mandón en ella, quién en hora y media la ha dado el nuevo oficio de hostería, haviéndole costado su dinero á Diego de Morales!

— “¡De *Parras* devia de ser (respondió el moço), el que os desgoberna la lengua! ¡Hermano mio, para quien tan aforrado viene, poco daño le hará el agua de las goteras! ¡Váyase noramala, y no me toque otra vez á la puerta, que le echaré un mastin que le abra media dozena de botanas!,”

“Cerró con esto de golpe la ventana. Prosiguió

adentro la gira y bureo, y el pobre Pintor, dándose á los diablos, imaginava que alguna hechizera le hazía estos trampantojos. Menudeava el cielo cántaros de agua y nieve á bueltas de un cierço que le desembarcaba el cerebro. La vela de la linterna se havia acabado, y con ella la paciencia de su portador. Y así, bolviendo á dar mayores golpes á la aldava, oyó que respondía de dentro uno:

— “¡Mozo, daca un palo! ¡Suelta esos mastines! ¡Sal allá fuera, y hazle á esse borracho una fricación de espaldas con que se le desembarace la cabeça!,”

“Abrióse la puerta entonces y salieron dos perros, que á no detenerlos el moço y cerrar tras sí, hizieran que llorara el confuso Pintor la burla de veras.

— “¡Hombre del diablo! dixo el ministro. ¿Qué nos queréys aquí con tantos golpes? ¿No os han dicho que no hay posada?,”

— “¡Hermano, ésta es la mia! respondió él. — ¿Quién diablos la ha convertido en mesón, siendo ella, desde mis padres acá, de Diego de Morales?,”

— “¿Qué, dezís, hermano? replicó. ¿Qué Morales ó azufaios son esos?,”

— “¡Yo lo soy, (dixo) por la gracia de Dios, pintor conocido en esta Corte, estimado en este barrio y habitador desta casa más há de veynte años! ¡Llamadme á mi muger Mari-Pérez, si no es que también se ha transformado en mesonera, y sacaráme deste laberinto!,”

— “¿Cómo puede esso ser (prosiguió el moço), si há más de seis años que esta casa es hospedería de las más conocidas de cuantos forasteros vienen á Madrid, su dueño Pedro Carrasco, su muger Mari-Molino, y yo su criado? ¡Andad con Dios; que á no teneros lástima, yo os curára por el ensalmo deste garrote la enfermedad vinosa que os deslumbral!,”

“Bolvió á cerrar la puerta, entrándose dentro; y el expelido amo de su casa, atarantado, sin saber qué se dezir ni hazer, á escuras y atrancando lodos, se fué á la

del zeloso Santillana. Llamó á ella, y haziéndole levantar casi á las cuatro de la mañana, encendió luz, creyendo le havia sucedido algún desastre ó pendencia. Preguntóselo; y informado de lo que passaba, hizo levantar á su muger; y aunque ella sabia el fin á que tirava la burla, la hizo, en compañía de su marido, del aguado Pintor, atribuyéndolo á los hechizos y tropelías que Yépes y San Martín—de quien no era poco devoto—suele hazer en tales noches y tiempos. Encendieron lumbre, en que se calentó. Dexaron á enjugar su ropa, limpiáronle las botas, y dándole matraca sobre el fieltro, que resistió mejor el agua que sus físgas, le acostaron en una cama que le hizieron, porfiando él en acreditar lo que havia visto, y ellos en afirmar que venía, como dizen, calamocano.

“Luego, pues, que la buena Mari-Pérez supo por sus espías que se havia ausentado su enlodado esposo, assentó la primera puerta con ayuda de sus convidados como estava de antes, quitó la tablilla, y haziendo que se llevassen lo uno y lo otro consigo, los despidió á todos, conjurándolos guardassen secreto; y quedándose con su sobrina sola, se acostaron, cansados los pies de bailes, las manos de castañetas, los estómagos de comer y las bocas de reir, durmiendo á satisfacción de la cena y entretenimiento hasta la mañana, que bolvió su Pintor á medio enxugar en compañía del viejo Santillana, que casi persuadido con la porfía de nuestro Morales, oyéndole afirmar lo mismo á la mañana que por la noche, deseava ver esta nueva maravilla. Llegaron, en fin, á vista de la casa encantada. Y hallándola con su puerta antigua, sin tablilla sobre ella, quieta y cerrada, comenzó el viejo á dar cordelejo de nuevo al pobre Morales, y él de nuevo también á desbautizarse, jurando y perjorando que era verdad cuanto le havia referido, y alguna arte del demonio aquella con que pretendia se desesperase. Llamaron, y salió á medio vestir la sobrina, abriendo la embustera puerta; y en viendo á su casi padastro, le dixo:

—“¿Con qué cara viene buesa merced, señor tío, á ver á su muger? ¿Ni qué cuenta dará de sí quien, dexándola á la muerte á las doze, y embiándole por una comadre, buelve á las ocho de la mañana sin ella y con essa flema?,,

—“¡Si tú supieras, Brígida (respondió), en lo que por tu tia me he visto esta noche, más lástima tuvieras de mí que quejas! ¡Mañana nos hemos de mudar desta casa, que andan en ella enjambres de demonios!,,

“Oyóle en esto la prevenida enferma, y levantándose como una onça de la cama, en solo manteo, salió dando gritos y diziendo:

—“¡Oh, qué solícito marido de la salud de su muger! ¡Para frío de cuartana valéis lo que pesáis, Morales mío, que no bolveréis en toda la vida! ¿Hízoos mal el sereno de anoche? ¿Venís acatarrado? ¡Qué enjuto que os dexó la tempestad passada! ¡Cerca vivía la piadosa Marta que os hospedó! ¡Bien creistes vos hallarme muerta cuando bolviédes con la Castejona, y entraros por mi dote y hacienda como por viña vendimiada! Pero ¡malos años para vos y para quien tan mal me desea! ¿A qué viene buesa merced con esse perdido, señor Santillaña? Si es á disculparle conmigo, no tiene para qué, que por el siglo de mi madre que he [de]irme luego al Vicario y pedir divorcio! ¡No quiero aguardar otra ensalada cuya sal maliciosa ponga á pique mi vida!... Dame de vestir, Brígida; toma tu manto, huye deste busca-comadres...”

—“¡Soséguese buesa merced, señora Mari-Pérez (dixo el amigo), que el señor Morales no tiene la culpa, sino alguna hechicera que por malos medios quiere hazerlos mal casados!”

—“¡Muger (acudió el afligido Pintor), puesto que os parezca teneis razón en quejaros de mi, escuchad las mias y hablad menos libre, que me falta paciencia para sufriros, gastada la que tenia en los embelecocos desta noche!,,

“Contóle en esto todo lo que ella mejor se sabia; con que fingiendo alborotos nuevos, bolvió á decir:

—“¿A mí con papeles? ¿No ven buenas mercedes que soy cabos negros y boquiancha? ¿Hay más lindas papandujas que las que me venden? ¿Casa de posadas la mia? ¿Mastines, bureo, bayles y fiestas aqui anoche? ¡Aun si dixeran quexas, maldiciones, suspiros y males, acertáran! ¡No lo hubiera hecho mejor conmigo media açumbre del Santo y dos mostachones acompañados de seys vizcochos, que desterraron el mal de madre, que mi cuidadoso marido, que ya mascára tierra la pobre de su muger!

—“¡Hágaos muy buen provecho, esposa mia! respondió él. ¡Y no permitáis que me éntre en malo á mí, dándome tras de una noche tan penosa un dia tan pendençierol! ¡Juro á todo lo que puedo jurar, que cuanto os he contado me sucedió! En esta casa deve de haver Duendes. Con venderla ó alquilarla passándonos á otra, se remediará todo.,,

—“Y ¿cómo que hay Duendes, señor tío?—acudió la taimada Brígida.— Las más noches me pellizcan y dan de açotes, aunque blandos, y se ríen á carcajadas.,,

—“Pues ¿cómo nunca me lo has dicho?—dixo la dissimulada tia.

—“Porque no imaginassen buenas mercedes (respondió) que era otra persona, en descrédito de mi opinión y su casa de mis señores tíos.

—“¡Alto! ¡Esso deve ser, sin duda! dixo Santillana. ¡No hay sino perdonarse unos á otros, y entrar con buen pie en la Cuaresma, que es mañana!.,,

“Hízose assí, quedando en ojeriza con los Duendes el encantado Pintor, y su muger con esperança de que premiase su burla el diamante pretendido.

“No desmayó la bella malmaridada por ver la prosperidad y sutileza de las burlas de sus dos opositoras.

Antes, de un camino satisfizo dos necesidades: el premio de la burla el uno, y el otro la cura de su zeloso compañero, que dispuso assí:

“Acabava de llegar á Madrid un Religioso, hermano suyo, por Prelado de uno de los monasterios que fuera de la Corte con la recolección de su vida apuntalan lo que los vicios tienen á pique de arruinar. No sabía su venida el zeloso Santillana; y su muger, cuando ausente, por cartas, y agora, presente, por papeles y una visita que él la hizo, se le havia quexado de la mala vida que sus impertinentes sospechas la davan, y dicho que si no fuera por su respeto y lo que menoscabava la opinión de las mugeres el poner pleitos á sus maridos y pedir divorcios, se hubiera apartado dél por el Vicario. Estava informado el prudente Religioso de los vezinos y amigos del mal acondicionado viejo, de la razón que su hermana tenia de aborrecerle y vivir desconsolada; deseando hallar un medio con que alumbrarle el entendimiento, y, sin romper con el yugo conyugal, persuadirle cuánta satisfacción era justo tuviese de su esposa, y que zelos sin ocasión no suelen servir sino de despertar á quien duerme. Pero por más que estudió sobre ello, nunca atinó traça suficiente que venciese la pertinaz malicia, que, ya buelta en costumbre, era casi imposible de desarraygar su sospechosa vejez.

“Habíala escrito que mirase ella qué modo le parecia más apropósito para que, sin llegar á dar cuenta de sus trabajos á tribunales causídicos, ella viviese descansada y su marido con sossiego; que por difícil que fuesse, él pondria toda la diligencia imaginable en su execución. A[h]ora, pues, que halló ocasión para executarle en estas promessas, curar al viejo Santillana, y de camino llevarse el diamante, una mañana que él se fué á oír missa y sermón, por ser principio de Cuaresma, embió á llamar al bien intencionado frayle; y después de haverse consolado con él llorándole sus martirios y pesadumbres, le dixo que no hallava otra traça más á propósito para

sacarle de la cabeça aquel tema venenoso de sus zelos, sino era uno que le propuso y después sabréis. Refiriósele con toda la elocuencia que dió el artificio persuasivo á las mugeres, con lágrimas, suspiros y encarecimientos, concluyendo en que si no le executaba, seria imposible no acabar ó con sus trabajos descasándose, ó con su vida rematándola en una viga de su casa por medio de un cordel. El remedio que la malcasada le ofreció tenia muchos inconvenientes. Pero, en fin, atropelló con todos el amor de hermano, la piedad de Religioso, y el deseo de impedir alguna desesperación, creíble de la angustia y sentimiento que nuestra Hipólita (que éste era su nombre) mostrava. Prometiéndola llevar al cabo lo que le pedía; señalaron el día, despidióse, llegó á su convento, y propuso el caso á sus súbditos. Queríanle mucho, y conociendo el provecho que se esperaba de él para la quietud de dos casados, le ofrecieron hacer cuanto les mandasse, y le animaron á concluirle.

“Alentado con esto, embió para el plaço concertado dos onças de unos polvos eficacísimos para dormir, quien los bebiesse, cuatro ó cinco horas, con tanta enagenación de los sentidos, que sólo se diferenciavan de la muerte en la breve distancia con que aquéllos restituian el alma á sus vitales exercicios. Recibiéndolos contenta la astuta Hipólita, assentándose á cenar con su marido y mezclándolos con el vino, apetitoso á sus años. Entre bocado y bocado la dava una reprehensión, y entre trago y trago bevia su sueño. Al último, en fin, sin aguardar á que se levantassen los manteles, cayó como piedra en poço, siendo tan eficaz la polbareda boticaria, que á no estar sobre el caso la aplicante y la moça, creyeran (y no las pesára) que havia nuestro Santillana desembaraçado el matrimonio. Desnudáronle. Y echándole en la cama, aguardaron que viniessen por él el Religioso hermano, que no tardó mucho, pues á las nueve—suficiente hora y quieta para aquel tiempo frío y de invierno—con dos legos y un coche se apearon á su puerta, y entrando

dentro, mandó á uno de sus compañeros que venia prevenido de tixeras y navaja, que le quitasse toda la barba y abriese una corona de frayle. No se mostró perezoso el obediente barbero, pues sin bañarle, porque la frialdad del agua no ahogasse la virtud de los polvos, le convirtió en reverendo cenobita. Era cerrado de cabellos como de mollera; y assí, salió la corona con toda perfección venerable, autorizándola las canas, que se entretexian todo lo possible. Y despachada la barba, no pudo dexar de causarle risa á su muger, viendo vuelto á su marido de viejo en vieja. Vistiéronle un hábito como el de su hermano, sin sentirlo él más que si esto acaeciera con el Conde Partinuples; y metiéndole en el coche, encargó el Prelado á Hipólita encomendase á Dios el próspero fin de aquel buen principio. Llegó con él á su monasterio, y desembaraçando una celda, le desnudaron, acostándole en una cama penitente, dexándole los hábitos sobre una silla, y un candil encendido; juntaron la puerta y se fueron á dormir.

“Dos horas havia que durava el éxtasis del ignorante novicio, y dos prosiguió en su dormilona embriaguez, que era el término puesto á la virtud de los polvos con jurisdicción de solas cuatro horas; y haviéndola començado á las ocho, síguese que á las doze feneceria su operación.

“Tocaron á maytines, como se acostumbra en todos los monasterios, á media noche, y tras la campana, las matracas con que despiertan á los que se han de levantar, — que es un instrumento cuadrado de tablas huecas llenas de eslabones de hierro, que cayendo sobre clavos gruesos y meneándolas aprieta, haze un són desapacible para los que despiertan y le conocen, y espantoso para los que coge desapercibidos y visoños en tan gruñidora música. Assí le sucedió al Padre Santillana, pues despertando despavorido y creyendo que estava al lado de su muger y en su cama y casa, dió un grito, diciendo:

—“¡Jesús! ¿Qué es esto, Hipólita? ¿Cáese la casa? ¿Hay truenos, ó vienen por mí los diablos?,,

“Como no le respondió, atentó á los lados buscando á su muger; y no hallándola, lleno de malicias y imaginando que estaba haziéndole fayancas y con el ruido passado querian echarle el aposento á cuestras, se levantó furioso y diziendo á voces:

—“¿Dónde estás, adúltera? ¡Mala hembra, no dirás a[h]ora que son ilusiones y vejezes las mías! ¿A media noche fuera de mi cama y aposento, recibiendo por el techo el adúltero? ¡Más leales que tú son para mí las tejas, pues cayéndose me han despertado! ¡Dáca mis vestidos, muchacha! ¡Venga la espada, que yo labaré mi afrenta en la sangre destes traidores!,,

“Esto y buscar los bestidos, hallando en vez dellos los hábitos de frayle, fué todo uno. La novedad de la celda, sin saber cómo ó quién le havia traído á ella, le tuvo como cada cual podrá juzgar por sí; ni sabia si diese voces; ni si era arte aquella de encantamento; si dormia ó velaba. Fué á abrir la puerta, y estaba sobre ella una calabera, que cayendo sobre la suya los dos huesos de las canillas, le resfriaron la cólera de los zelos con la flema del miedo que le causó verse acometido de *requiem*. Juzgándolo á mal pronóstico, tomó el candil para ver á qué calle ó campo caia aquel aposento encantado, ó en qué parte estava, y vió un tan largo dormitorio, que le cansó la vista, lleno de celdas, con una lámpara en medio.

—“¡Válgame Dios! ¡Qué es esto?,, (dixo bolbiéndose á entrar temblando). ¿No me dormí yo en acabando de cenar anoche? ¿Quién me ha traído aquí a[h]ora, trocando mis vestidos en hábitos? ¿Si estoy en el Hospital? Que ésta más parece enfermería que habitación política. ¿Si mis zelos me han buuelto loco, y para curarme me han traído al Nuncio de Toledo? Que la estrechez deste aposento más parece jaula que hospedería. ¡No sé lo que imagino! Aunque esto último bien puede ser,

pues si no me acuerdo mal, ya andava mi seso dando çancadillas de puro imaginativo sobre la conservación de mi honra; y no será mucho que haya algunos dos ó tres años que me estén curando en este Hospital, y a[h]ora, buuelto en mi juicio, me parezca que fué anoche cuando estuve quieto y seguro en mi casa y con mi muger. Si es esto como imagino, á navaja quitan los cabellos y barbas á los locos y á los galeotes; la mia me sacará deste temor.,,

“Echó mano á ella, y hallóla tiple, haviéndola él criado con trabajo. Tentóse la cabeça, y hallóse coronado por rey de los zelosos maridos. Lloró su juicio rematado, teniéndose por conventual del Nuncio, creyendo que por burlarse dél, como suele hazerse con los de su profesión, le havian puesto la cabeça de aquel modo. Con todo esso, se consolava, pareciéndole que pues echava de ver entonces el estado en que estava, havia ya buuelto en su juicio, y según esto, saldria presto de aquel colegio desacreditado. Solo le desatinavan los hábitos, que le disuadian estas imaginaciones, porque los locos que él havia visto en Toledo andavan vestidos de ropas burieladas, pero no de religiosos.

“Entre estas confusiones ridículas estava en su celda desnudo, sin haverle acordado que se vistiese, el frio, ni saber él por dónde ó cómo acomodar la diversidad de pliegues y confusión del hábito, que en su vida se havia puesto, cuando entrando el compañero que dava luz á los demás frayles, le dixo:

—“¿Cómo no se viste, Padre Rebolledo, si ha de ir á maytines?

—“¿Quién es aquí Rebolledo, hermano mio? O ¿qué maytines ó vísperas son éstas que me desatinan? (respondió el casado frayle). Si soys loco, como yo lo he sido, y es esse el tema de vuestra enfermedad, ya yo estoy sano por la misericordia de Dios, y no para oír disparates. ¡Dezidme dónde hallaré al Rector, y dexad de rebollearme!,,

—“¡Con buen humor se levanta, Padre Rebolledo! dixo el religioso. ¡Vístase, que haze frío, y mire que voy á tocar segundo, y que es mal acondicionado el Superior!.,

“Fuesse con esto, dexándole muy confuso.,

—“¿Yo, Rebolledo? dezia. ¿Yo frayle y maitines, no habiendo seis horas, á mi parecer, que al lado de mi Hipólita tratava más en pedirla zelos que entonar salmos? ¿Qué es esto, Animas benditas del Purgatorio? Si duermo ¡quitadme esta molesta pesadilla! Y si estoy despierto, ¡reveladme este misterio ó restituídmelo el juicio que sin duda he perdido!.,

“Pasmado se estava, sin acertar á vestirse, obligándole el frío á traer las fraçadas á cuestras, cuando vino otro frayle y le dixo:

—“Padre Rebolledo: el Vicario de Coro dize que por qué no va á maytines; que son cantados, y vuestra reverencia es semanero.,

—“¡Válgame la corte celestial (replicó el nuevo frayle), que, en fin, soy Padre Rebolledo yo, siendo ayer Santillana! Dígame, religioso, si es que lo es, ó hermano loco, si, como imagino, estamos en algún hospital dellos: ¿Quién me ha puesto en este estado? ¿Cómo ó por qué me han quitado mi casa, mi hazienda, mi muger, mis vestidos y mis barbas? O ¿qué Urganda la Desconocida ó Artus el Encantador anda por aquí y ha rematado con mi seso?.,

—“¡Buena está la flema y disparate, (respondió el corista), para la priesa con que vengo á llamarle! Delantero devió de cargar anoche en el refitorio, Padre Rebolledo, pues aún no se han despedido los arrobos de Baco. Vístase, y si no acierta, yo le vestiré.,

“Echóle entonces el hábito encima, y al ponerle la capilla, como era estrecha, creyendo que era algún espíritu malo que queria ahogarle, comencó á dar gritos:

—“¡Arredro vayas, Satanás! ¡Déxame aquí, ángel maldito! ¡Animas del Purgatorio! ¡Santa Margarita, San

Bartolomé, San Miguel, todos abogados contra los demonios, ayuda y fabor, que me ahoga este diablo capilludol.,

“Y escabulléndosele de las manos, rota la capilla y arañado el frayle, echó á correr por el dormitorio adelante.

“Atentos y escondidos havian estado oyendo la escarapela ridícula el Prelado y súbditos, rebentando la risa por romper los límites de la dissimulación y silencio que este caso requeria; pero saliendo juntos con las velas encendidas que havian prevenido para el Coro, le dixo severo el dissimulado Superior:

—“Padre Rebolledo, ¿qué escándalo y decompostura es ésta? ¿Al frayle que yo embío para que le llame al Coro trata de essa suerte? ¿Las manos pone en un ordenado de grados y corona, y á la culpa de no venir en fiesta doble á hazer su oficio añade el descomulgarse? Aparéjese luego; que con un *Miserere mei* se le aplacarán esos bríos.

—“¿Qué es aparejar? respondió el colérico montañés. ¿Soy yo bestia? Ya lo estoy para defenderme de vuestras ilusiones. ¡Espíritus condenados! ¡Catád la cruz! ¡No tenéis parte en mí, que soy cristiano viejo de la Montaña, bautizado y con crisma! ¡Fugite, partes adversae!.,

“Estos y otros desatinos comencó á ensartar, con no poco tormento de la risa de los circunstantes, que se malograva puertas adentro de la boca; pero haziéndole agarrar á los donados, y diziéndoles el Prelado: “Este frayle está loco, mas la pena le hará cuerdo.,, le assentaron (1) en las espaldas de par en par una colación de canelones, que pagó con más cardenales que tiene Roma. Dava gritos que los ponía en el cielo, diziendo:

—“¡Señores, ó frayles, ó diablos, ó lo que soys! ¿qué

(1) *Assentó*, se lee en la ed. de 1624.

os ha hecho el pobre Santillana para tratarle con tanta riguridad? Si sois hombres, ¡doléos de otro de vuestra especie, que jamás hizo mal á una mosca, ni tiene de qué acusarse, sino de la mala vida que sus zelos han dado á su muger! Si soys religiosos, ¡baste la penitencia, pues no cae sobre culpa que yo sepa! Si sois demonios, dezidme: ¿por qué pecados os permite Dios que me desolléis de esa suerte?,,

Menudeava el Padre diciplinante açotazos en esto, diciendo:

—“¿Todavía da en su tema? Pues veamos quien de los dos se cansa.,,

—“¡Ya lo estoy, Padre de mi alma! respondió el penitente por fuerça. ¡Por la sangre de Jesucristo, que tenga lástima de mí.,,

—“Pues ¿enmendaráse de aquí adelante?,,

—“¡Sí, Padre mío, yo me enmendaré, aunque no sé de qué!,, respondió.

—“¿Cómo que no sabe de qué?, replicó. ¡Miren qué gentil modo de conocer su culpa! ¡Aun no está como ha de estar! ¡Aguarde un poco!,,

Y diziéndole esto le taraceava las espaldas.

—“¡Padre de mi corazón! dixo entonces echándose en el suelo. ¡Confesso que yo soy el más mal hombre que pisa la tierra; tenga misericordia de mis carnes, pues Dios la tiene de mi alma; que yo me enmendaré!,,

—“¿Sabe (le replicó) que es frayle, y que en los que lo son, las culpas veniales son de más escándalo que las mortales del seglar?,,

—“¡Sí, Padre (respondia), frayle soy, aunque indigno!,,

—“¿Sabe la regla que professa?, proseguia, y él también en responderle:

—“Sí, Padre.,,

—“¿Qué regla es?,,

—“¡La que vuestra Paternidad fuese servidol No

repare en reglas, aunque éntre en la del gran Sofí.,,

—“¿Será desde aquí adelante humilde y cuidadoso en su oficio, Padre Rebolledo?,,

—“Seré Rebolledo, respondia, y todo lo que quisieren.,,

—“Pues bese los pies á ese religioso (dixo) maltratado por él, y pídale venia.,,

—“¡Bésele los pies, Padre mío (dixo llorando de dolor más que de arrepentimiento) y pídale brevas, ó lo que es esto que me mandan le pidal.,,

“Soltaron la risa todos entonces, que no pudieron sufrirla. Reprehendiolos el Prelado, y diziéndoles:

—“¿De qué se ríen, Padres, habiendo de llorar la pérdida del juicio de un frayle, el mejor que teníamos, y que ha servido quince años este monasterio con la mayor puntualidad que la Religión ha visto?,,

—“¿Quince años yo? dezia entre sí el pobre Santillana. ¿Hay encantamento semejante en cuantos libros de caballerías desvanecen mocedades? ¡Alto! pues tantos lo dizen, verdad deve de ser, aunque no sé el cómo; porque á no ser así, ¿qué les importava á estos benditos el maltratarme y afirmallo?,,

—“Véngase al Coro con nosotros.,, le dixo el cuñado, que no conocia.

“Obedecióle el zeloso por su daño. Començaron á cantar los maytines, y mandóle que entonase la primera antífona. Sabia él de música lo que de baynicas. Pero no osando replicar, temeroso de otra tunda, la cantó regañando, de suerte que prosiguiendo la risa de todo el Coro, y no pudiéndola dissimular, el Superior le mandó llevar al cepo donde le tuvo tres días tan fuera de sí, que faltó poco para no renunciar con el siglo el seso. Al cabo dellos le sacaron, y mandó el Prelado fuesse con un compañero á pedir el pan de limosna que se acostumbra los sábados. Diéronle su talega, y sin replicar palabra, como una oveja cumplió la obediencia. Llebóle de industria el que le acompañava á la calle donde vivia

su muger; y reconociendo la casa, alentado y con nuevo espíritu, dixo entre sí:

—“¡Aquí de Dios! ¿Esta no es mi casa? ¿Yo no estoy casado con Hipólita? ¿Quién diablos me ha metido en frayllas que no apetecí en mi vida? ¡Matrimonio me llamo!

“Entróse con esto en el portal, y hallando á su muger allí, abraçándose con ella, començó á dezir:

—“¡Esposa de mis ojos! ¡Castigo del cielo fué el mío por la mala vida que te he dado! ¡Frayle me han hecho sin saber cómo ó por qué; pero desde [h]oy más, buscarán talegueros; que yo matrimonio me llamo!.,

—“¿Qué descompostura es ésta? dixo á voces la mal casada. ¡Aquí de la vezindad, que este loco atrevido ofende mi honra!.,

“Acudió el compañero y parte de los vezinos, que le desconocieron,—por faltarle la longitud de la barba y estar en tan desusado trage, y tan macilento con las penitencias passadas, que pudiera vender flaqueza á los Padres del Yermo,—y le apartaron á empellones, diziéndole oprobios satíricos.

—“¡Déxenle vuestras mercedes! acudió el compañero; y no se espanten de lo que haze, que ha estado el pobre seis meses loco, y su tema principal es dezir á cualquiera muger que ve, que es su esposa. Hémosle tenido en una cadena; y habiendo más ha de dos meses que mostrava tener salud, á falta de frayles, que han ido á predicar por las aldeas esta Cuaresma, me mandaron le truxesse conmigo á pedir [h]oy la limosna, bien contra mi voluntad!.,

“Diéronle todos crédito, lastimados de su desgracia; que cuanto más gritava afirmando era el marido de Hipólita, más la acreditava. Lleváronle medio loco de veras, y en son de atado, á su convento. Bolviéronle á disciplinar y meter en el cepo, donde después que purgó más de otro mes los malos días que havia dado á su muger, al cabo dellos y á la media noche le despertó

una voz desde el texado que estava sobre la prisión, y dezia en tono triste y sonoro:

Hipólita está inocente
de tus maliciosos zelos,
y assí te han hecho los cielos
de esse cepo penitente.
Por necio y impertinente,
en tí su vengança funda
el que te ha dado essa tunda;
por esso, si sales fuera,
escarmienta en la primera,
y no aguardes la segunda.

“Repitió esto tres vezes la fúnebre voz, y él, puestas las manos, llorando, con la mayor devoción que pudo, respondió:

—“¡Oráculo divino ó humano, quienquiera que seas, sácame de aquí; que yo prometo verdadera enmienda!.,
“Diéronle después desto de cenar, y la bebida fué de vino, que no lo havia provado desde el día primero de su transformación—penitencia más áspera para él que todas las demás. Bebiólo, y con él dos vezes más cantidad de los mismos polvos que primero. Durmióse como antes. Havíale crecido el cabello y barba suficientemente; afeitáronle, dexándole lo uno y lo otro en la disposición antigua; y llevándole en otro coche á su casa, se despidió el Religioso, médico de zelos, de su hermana, con esperanza de que cuando despertase hallaria sano á su marido y enmendado. Púsole los vestidos seglares sobre un arca cerca de su cabeçera, acostóse á su lado, acabó el sueño junto con la operación de los polvos, al amanecer, por haberlos él tomado á las diez de la noche; despertó, en fin, y creyendo hallarse en el cepo, vió que estava en la cama y á oscuras. No lo acabava de creer. Tentó si eran colchones aquellos ó madera, y topó á su muger á su lado. Imaginó que era algún espíritu que pro-

seguía en tentarle, dió voces y ensartó letanías. Estaba velando Hipólita, y aguardando el fin de aquel suceso; fingió que despertava, y dixo:

—“¿Qué es esto, marido mío? ¿Qué tenéis? ¿Háos dado como suele el mal de hijada?,,

—“¿Quién eres tú, que me lo preguntas? dixo despa- borido el ya sano zeloso; que yo no tengo mal de hijada, sino mal de fraylia,,

—“¿Quién ha de ser la que duerme con vos, (respon- dió), sino vuestra muger Hipólita?,,

—“¡Jesús sea conmigo! replicó él. ¿Cómo entraste en el convento, muger de mi vida? ¿No ves que estás des- comulgada, y que si lo sabe nuestro mayoral ó superior te acanelonará las espaldas, dexándotelas como ruedas de salmón?,,

—“¿Qué convento ó qué chanças son éssas, Santilla- na? respondió ella. ¿Dormís todavía, ó qué locura es ésta?,,

—“Luego ¿no soy frayle de quince años ha (pregun- tó él) y entonador de antífonas?,,

—“Yo no sé lo que os dezís con esos latines, replicó ella. Lebantáos, que es mediodia, si havéis de traer qué comamos,,

“Más asombrado que nunca, se tentó la barba, y ha- llóla cumplida y la cabeça descoronada. Mandó abrir la ventana, y se vió en su cama y aposento, los bestidos á su lado, sin rastro de cepo ni de hábitos. Pidió un espejo, y vió otra cara diferente de la que los días passados le enseñó el de la sacristia. Hazíase cruces, acabando de creer el oráculo coplista. Preguntávale dissimulada su muger que de dónde procedían aquellos espantos. Con- tóselo todo, concluyendo en que devia de haverlo soña- do aquella noche, y Dios le devia de mandar se enmen- dasse y tuviesse la satisfacción que era justo de su muger. Apoyó ella esta quimera diziendo que havia prometido nueve misas á las Animas si le alumbrava á su marido el entendimiento; y que si no, havia determinado echar-

se en el poço.—“¡No lo permita el cielo, Hipólita de las Hipólitas!,,—respondió él. Pidiola perdón, juran- do no creer aun lo que viesse por sus mismos ojos de allí adelante; con que dándola libertad para salir de casa, hubo de ir con las otras dos amigas á la del Conde, ale- gando cada cual su burla, y quedando tan satisfecho él de todas, que por no agraviar á ninguna, les dixo:

—“El diamante, ocasión de sutilizar, señoras, vues- tros ingenios, se me havia perdido á mí el día de su hallazgo; él vale dozientos escudos; cincuenta prometí de añadidura á la vencedora; pero todas merecéis la co- rona de sutiles en el mundo; y assí, ya que no puedo premiaros como merecéis, doy á cada una estos trezien- tos escudos que tengo por los más bien empleados de cuantos me han grangeado amigos, y quedaré yo muy satisfecho si os servís de esta casa como vuestra,,

“Encarecieron todas su liberalidad, y bolviéndose más amigas que antes, hallaron al Caxero buelto ya de su viaje y olvidada su burla; al Pintor, que havia ven- dido su casa y comprado otra por evitar bellaquerías de Duendes; y á Santillana tan satisfecho y enmendado de sus zelos, que desde allí adelante veneró á su muger como á merecedora de oráculos protectores de su bue- na vida,,

Pagaron en risa, damas y cavalleros, á don Melchor, el donaire que añadió á la sal de la Nobela, celebra- do la sutileza de las tres casadas y disputando entre to- dos cuál merecia el premio si no se huviera sentenciado con tanta igualdad, dividiéndose en opiniones el audi- torio, que duraran en defender la suya cada cual, á no llamarlos á comer, poniendo treguas á la entretenida disputa la comida, que, en el mismo sitio, fué igual á la largueza y cuidado del generoso don Fernando. Feneció con músicas, bayles y juegos, recogiendo la siesta á dormir los que quisieron y á jugar los aficionados. Passó la furia del mayor planeta; y apaziguados sus rayos, des-

pués de haver recebido muchos cavalleros y damas que baxaron de la ciudad combidados á una Comedia con que el Rey de aquel Cigarral quiso dar entrenido fin á su gobierno, cercado de asientos en Teatro de flores, árboles, y olorosas yervas, se assentaron todos, el Rey en medio. Y dando principio diestros músicos, echó la *Loa* don Miguel, con despejo toledano, siguiéndosele un honesto y ingenioso bayle, y luego la Comedia que fué la que se sigue: "Comedia famosa del *Zeloso prudente*,.... etc.

... Bien afortunada fué en todo esta Comedia, pues ni en los que la representaron hubo que notar menos que alabanza, ni en ella los escrupulosos hallaron cosa que no fuesse á satisfacción de los gustos y del arte.

— "¡Afilen agora (dixo don Juan de Salcedo) los Zoylos murmuraciones en la piedra de la embidia! ¡Veamos si hallarán, los que parten un pelo, alguno en ésta digno de reprehensión! Censuren los Catones este entretenimiento, que por más que le registren, no tendrán las costumbres modestas ocasión de distraerse. Aquí pueden aprender los zelosos á no dexarse llevar de experiencias mentirosas; los maridos, á ser prudentes; las damas, á ser firmes; los príncipes, á cumplir palabras; los padres, á mirar por la honra de sus hijos; los criados, á ser leales; y todos los presentes, á estimar el entretenimiento de la Comedia, [que] en estos tiempos, expurgada de las imperfecciones que en los años passados se consentian á los teatros de España, y limpia de toda acción torpe, deleita enseñando y enseñando gusto.,,

— "Apacibles predicadoras (replicó don Garcia) son las que, en alabanza de sus autores, no pasan de los límites honestos, pues persuaden y curan los ánimos que se quieren aprovechar de sus consejos disfrazados. ¿Qué píldora se atreverá á acometer desnuda la salud del enfermo, por más eficaz que sea su medicina, si no vie-

ne con la máscara del oro que hermosea su amargura? Ya las verdades que no se visten con metáforas ingeniosas y versos deleitables, dan en rostro y son dificultosas de digerir. Y aquí vienen tan bien guisadas, que el más delicado estómago las recibe, siguiéndosele el provecho que no hiziera á venir sin adorno.,,

Prosiguieran este discurso, á no atajarle la cena, que fué igual á la comida, y una y otra publicadoras de la generosidad de su dueño, el cual, al cabo della, ciñendo las sienes hermosas de la discreta Anarda con su misma corona, renunció en ella el gobierno del siguiente día, aceptando colores purpúreas y palabras corteses el nuevo cargo.

Ivanla á dar sus vassallos parabienes, cuando entró Carrillo, criado antiguo—si os acordáis—de don Juan de Salcedo, de camino, diziéndole:

— "Marco Antonio, vuestro amigo, y don Garcerán, llegan cerca de Olías, que viniendo á Madrid en compañía del Virrey de Barcelona, mi amo, han querido cogeros en Toledo de repente. Pero yo que no consiento pendencias sin desafíos, me adelanté á avisaros. Salid á recibirlos. Y si hay frío, dénme de beber, que traigo la lengua á la posta si lo demás á pie.,,

Recogieronse todos. Y pidiendo coches y cavallos, los encontraron poco más de una legua de nuestra ciudad, —cuyos recibimientos, fiestas, novelas, juegos, invenciones y comedias, os contará la *Segunda Parte* de nuestros CIGARRALES, si esta *Primera* es recibida de vosotros con la correspondencia de voluntades que merece quien os sirve con ella.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

VARIA LECTIO

Para ayudar al expurgo y fijación del texto, señálanse aquí, entre otras, aquellas erratas que á los ojos del lector inexperto pudieran parecer graftas del ejemplar originario, ó formas de dicción habituales, propias de la época. Algunos yerros de puntuación y acentuación que encontrará el curioso á lo largo de estas páginas, no se indican, por ser tan leves como fácilmente subsanables.

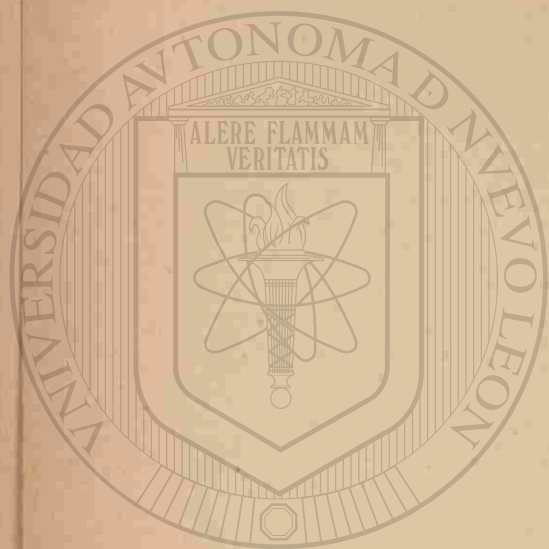
Pág. 27, lín. 26: dice "pelo,; debe decir "peso,;—Pág. 39, lín. 19: dice "le tomasse,; Así en la ed. de 1624; pero *debe decir* "la tomasse,; como consta en la ed. de 1631.—Pág. 40, lín. 22: dice "fíee,; *debe decir* "fee,;—Pág. 42, lín. 8: dice "aguadar,; *debe decir* "aguardar,;—Pág. 47, lín. 3: dice "calle,; *debe decir* "calle,;—Pág. 47, lín. 21: dice "Cuan á tales,; conforme al ejemplar R-4561 de la Bib. Nac. *Debe decir* "Cuando á tales,; y así aparece corregido en el R-3865 de la misma edición.—Pág. 50, lín. 23: dice "Llegaron á ellas,; Tal se lee en las ed. de Madrid y Barcelona. Pero el sujeto "vozes,; está tan alejado (cfr. lín. 35 de la pág. 49) que la concordancia no se advierte. *Debe leerse* "Llegaron á ellos,; concertando con "gritos,; (lín. 21).—Pág. 57, lín. 24: dice "un laud á ella y fiando,; El "á ella,; (á su ventana) debe ir entrecorado. —Pág. 60, lín. 22: dice "de miedo,; conforme á la ed. de 1631. La de 1624 pone "de medio,; A esta lección hay que atenderse. "De medio,; está aquí, elípticamente, por "de medio ojo,; (cfr. las págs. 61, lín. 34; 65, lín. 31; y 69, lín. 9).—Pág. 62, lín. 13: dice "así mismas,; forma impura que pasó del texto primordial á esta edición; *léase* "á sí mismas,;—Pág. 65, lín. 15: dice "Secuestraldo,; Ya en nota se advierte que las ed. ponen "Secrestaldo,; forma perfectamente legítima. Contra mi sistema, y como excepción única, sustituí un término por otro, para evitar á los lectores no informados el consiguiente tropezón ante una palabreja que ya no corre.—Pág. 67, línea 20: dice "Serafina, con un grito,; Sobra la coma.—Pág. 67, lín. 29: dice "metamórfosis,; En el texto, "methamorphosis,; sin acento.—Pág. 77, lín. 28: dice "Alfuera,; *debe decir* "Afuera,;—Pág. 82, lín. 37: dice "dezain,; *debe decir* "dezian,;—Pág. 84, lín. 5 á 10: Pónganse comas después de "casa,; y "delincuente", y suprimase la que sigue á "y,; en la lín. 6. La puntuación del párrafo es realmente difícil, porque no está claro si el

"quien,, concierta con "deshonra,, ó con "casa,,.—Pág. 85, líns. 32 y 33: dice "Lisida, libre,,; debe decir "Lisida libre,,; dice "su casamiento, cuando,,; debe decir "su casamiento. Cuando,,.—Pág. 86, lín. 17: dice "dar la fee,,; debe decir "darla fee,,.—Pág. 88, lín. 6: dice "don Juan, amigo,,; debe decir "don Juan amigo,,.—Pág. 91, lín. 14: dice "Estaba,,; debe decir "Estava,,.—Pág. 96, lín. 8: dice "estaban,,; debe decir "estavan,,.—Pág. 108, lín. 36: dice "sospechos,,; debe decir "sospechas,,.—Pág. 113, lín. 3: dice "seguridad,,; debe decir "reguridad,, como en la ed. de 1624, ó bien "riguridad,, como en la de 1631; cfr. las págs. 25 (lín. 12), 293 (lín. 30) y 374 (lín. 2) de esta edición.—Pág. 137, lín. 9, y 138, lín. 17: dice "don Alexo,,. Así en todas las ediciones. Pero es error. Debe decir "don Alonso,,. Cf. las págs. 136 (lín. 27), 145 (lín. 29), 146 (lín. 1) y 151 (lín. 21).—Pág. 157, lín. 32: dice "le será,,. Así consta en todos los viejos textos. Parece error de imprenta por "leerá,,.—Pág. 158, lín. 21: dice "Pupula,,; y eso estampan por igual las ediciones de Madrid y Barcelona. Acaso "purpura,, del verbo "purpurar,,.—Pág. 178, lín. 32: dice "comodo,,; debe decir "cómodo,,.—Pág. 193, lín. 18: dice "arrastando,,; debe decir "arrastrando,,.—Pág. 196, lín. 13: dice "ilustre,,; léase "ilustre,,.—Pág. 203, lín. 15: dice "cancellas,,; debe decir "cancelladas,,.—Pág. 206, lín. 6: dice "pariente. Don Rodrigo, alentaos,,; debe decir "pariente don Rodrigo. Alentaos,,.—Pág. 206, lín. 16 á 17: dice "hermina,,; debe decir "hermana,,.—Pág. 207, líns. 12 y 35: dice "luz razón,,; debe decir "luz de la razón,,; dice "lín. 10,,; debe decir "lín. 7,,.—Pág. 209, lín. 27: dice "estado,,; debe decir "estrado,,.—Pág. 225, lín. 22: dice "conyugal,,. La ed. de 1624 pone "conjugal,, (v. la pág. 321, nota).—Pág. 226, lín. 33: dice "á buelcas,,; debe decir "á bueltas,,.—Pág. 280, lín. 13: dice "quedérayos,,; debe decir "quedaréysos,,.—Pág. 344, lín. 4 y 5: dice "circunferencia, hermosa, y coronada de unos y otros; impuso,,; debe decir "circunferencia hermosa, y coronada de unos y otros; impuso,,.—Pág. 350, lín. 18: dice "teniente,,; debe decir "tiniente,,.

Por último: los párrafos correspondientes á las páginas 46 ("Algunos días antes... etc.,") y 78 ("A tiempo llegó... etc.,") resultan oscurísimos en los primitivos textos. El de la pág. 89 ("Con esta resolución... etc.,") está evidentemente mutilado, así en la ed. madrileña de 1624, como en la barcelonesa de 1631.

ÍNDICE DE MATERIAS

	Páginas.
Dedicatoria.....	17
Al bien intencionado.....	19
Introducción.....	23
Cigarral primero.....	117
Cigarral segundo.....	131
Cigarral tercero.....	173
Cigarral cuarto.....	319
Cigarral quinto.....	343
Varia lectio.....	383



*Acabóse esta reimpresión en la
imprenta "Renacimiento",
el día 1 de noviem-
bre del año
MCMXIII*

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO DEYBES"
1625 MONTERREY, MEXICO

UAN

IDAD AUTÓNOMA DE NUEVA
CIÓN GENERAL DE BIBLIOTEC

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVA LEÓN